



Pearl S. Buck

---

# La flor escondida

Lectulandia

Allen Kennedy, Teniente americano se ha quedado en Japón una vez pasada la guerra porque se ha enamorado de Josui Sakai, y a pesar de que los americanos no son muy queridos inician una relación a pesar de la oposición de la familia de ella, que ha comprometido su matrimonio con un japonés. A pesar de sus diferentes formas de pensar y cultura creen que el amor conseguirá sobreponerse, se casan y posteriormente se van a vivir a Norteamérica. De nuevo el choque de culturas, el aislamiento y la oposición de la madre de él que tampoco desea una japonesa en la familia influirán en la relación entre ambos llegando a hacer la situación insostenible.

**Lectulandia**

Pearl S. Buck

# **La flor escondida**

ePub r1.0

Titivillus 02.02.15

Título original: *The hidden flower*  
Pearl S. Buck, 1952  
Traducción: Juan G. de Luaces  
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

El jardín estaba en silencio. Más allá de sus muros ningún rumor de pasos se sobreponía al suave y continuo murmullo de la diminuta cascada. Aquel silencio estaba deliberadamente planeado, como planeada estaba toda la construcción del jardín, aunque el conjunto diera la impresión de ser un rincón agreste de la naturaleza. Por el lado de la tapia que comunicaba con la calle, el agua, conducida mediante cañerías modernísimas, ocultas entre rocas formaba un riachuelo que parecía despeñarse espontáneamente desde las alturas. Un truncado pedregón, semiescondido entre bambúes, se apoyaba contra el alto muro y parecía adquirir la dignidad de una estribación de las montañas que se elevaban más allá de la ciudad. El agua que, formando una minúscula catarata, caía de las rocas, iba a parar a un profundo y límpido estanque. Tres grandes pinos, doblegados por los años, se inclinaban sobre el estanque, como si deliberaran y reflexionasen. Y aunque eran tan pocos, daban la impresión de un bosque divisado a lo lejos.

La casa, situada al norte del jardín, era enteramente japonesa. Aunque amplia, tenía los techos muy bajos. Algunos bambúes suavizaban las curvas de sus inclinados ángulos y como descorridas cortinas, revelaban los tabiques interiores, cubiertos de papel. El edificio era de madera, sin pintar, y el tiempo había puesto sobre sus muros una pátina plateada.

Corría entonces la primavera y sobre el suave tono de la madera gris argentada florecían macizos de azaleas. El sol, que sobre ellas resplandecía, les arrancaba destellos de tonos escarlata, anaranjados y de un amarillo de miel.

Llegaba el mediodía. En su despacho el doctor Sotan Sakai alzó la cabeza, apartándola del manuscrito en el que trabajaba y miró a través de las puertas abiertas.

El jardín aparecía irresistiblemente bello. Sotan posó en la mesa su estilográfica y, al incorporarse y quedar de pie sobre la alfombrilla, sintió el interior orgullo de notar que no tenía rígidas las piernas.

Le había costado trabajo volver a aclimatarse a las usanzas de sus compatriotas después de pasar su juventud en los Estados Unidos. Al principio le resultaba insoportable doblar las piernas ante la mesa baja y escribir en aquella forma durante horas enteras. Pero había resuelto acostumbrarse a tal postura, como decidió otras muchas cosas semejantes cuando abandonó el país en que habitaba para volver a la tierra de sus antepasados.

La opción no le había parecido dudosa. Era hombre orgulloso y no le placía la idea de habitar en un campo de concentración, en Arizona. Se le había planteado el dilema: o el campo de concentración, o el Japón. Y eligió el Japón.

Su férreo orgullo le había hecho retornar por completo a los usos de sus antecesores. Adquirió la antigua casa solariega del barón Kazuko, en las afueras de la ciudad de Kioto. La familia Kazuko, empobrecida por la guerra, se había retirado definitivamente del mundo cuando sus hijos perecieron en China. El barón ingresó en un monasterio budista situado en la cumbre de una montaña, cerca del Unzen, en la isla de Kiusiu, y su esposa se fue a vivir con su familia paterna. Así, la estirpe de los Kazuko había desaparecido. Y en la que antes fuera su mansión habitaban ahora Sotan Sakai, su mujer y su hija Josui. Sotan había tenido también un hijo llamado Kensan, cinco años mayor que Josui. Cuando les plantearon la fatídica opción, el mozo prefirió el campo de concentración a volver al país japonés. Más adelante se ofreció voluntario para la guerra y murió en Italia.

La muerte de su hijo confirmó al doctor Sotan Sakai en su decisión de ser más nipón cada vez. La ciudad de Kioto no había sufrido estragos durante la guerra. La antigua capital continuaba siendo lo que había sido durante más de mil años, si se exceptuaban algunas construcciones modernas. Pero estos edificios no podían sobreponerse al prestigio de lugares tan antiguos y venerados como el templo de Higashi-Hongan-ji, o como los arcaicos palacios que habían constituido el orgullo de varias generaciones imperiales. Los jardines de aquellos palacios habían proporcionado al doctor Sakai la primera fuente de descubrimientos del país de sus antepasados; y de esa fuente obtuvo ideas decoratorias y estéticas relativas al empleo de rocas, agua, árboles enanos y musgos. El jardín de Shokintei, en el recinto privado del palacio imperial de Katsura, le había parecido particularmente bello, con sus aguas que fluían lentamente, sus puentecillos, sus rocas, sus árboles escasos y hábilmente distribuidos y la diestra combinación de los grupos de arbustos que daban a la par una impresión de proximidad y de distancia.

Cuando terminó la guerra, Sotan procuró mantenerse apartado de las tropas de ocupación y de sus comandantes. A partir de entonces logró granjearse una sólida reputación como único médico que practicaba la medicina occidental en aquellos parajes. Su posición era muy segura. La gente no podía prescindir de él. Trataba a todos sus consultantes con igual cuidado, o poco menos, pero, queriendo ser prudente y atenerse a las realidades con que se enfrentaba, tendía a reservar sus más especiales cortesías hacia las grandes familias aristocráticas que ahora vivían retiradas del mundo. Y no le parecía incongruente la actitud de aquellos nobles hacia él, ni la suya ante ellos.

Después de su cotidiano trabajo en un gran hospital moderno, el doctor regresaba a su casa, se cambiaba de ropa y se ocupaba en escribir el libro que estaba componiendo y que se titulaba: *Enfermedades originadas por el raquitismo*. Durante los años transcurridos desde su regreso, había acumulado muchos datos sobre aquel

tema.

Secó su estilográfica cuidadosamente antes de salir al jardín. La pluma, en su patria, era la única concesión que hacía al modo de vivir americano. El pincel tradicional resultaba demasiado lento. Sin embargo, tal concesión no era muy importante, dado que la mayoría de los japoneses usaban pluma o lápiz en vez de pincel. Las plumas se fabricaban en el Japón y se consideraban superiores a las americanas. En cambio, la mina de los lápices nipones siempre resultaba demasiado dura.

En el umbral de la ancha puerta, que era una especie de mampara o biombo con celosías, Sotan paróse a mirar el jardín. Siempre se sentía dichoso contemplándolo. Como conocía todos sus pormenores, nunca dejaba de buscar una hoja caída, un hormiguero surgido de la noche a la mañana, o cualquier otro detalle que pudiera perjudicar la perfección del conjunto. No le gustaba molestarse en llamar al jardinero y preguntarle el origen de tales accidentes.

Cerró los ojos, meditó un instante y murmuró algunos fragmentos de un sutra. Cuando tornó a abrir los ojos distinguió el jardín con una percepción nueva. El jardín relampagueaba bajo el sol, exactamente como él deseaba que sucediese.

La meditación era para él un asunto arduo. Había pasado su mocedad en las bulliciosas calles de Los Ángeles, vendiendo al público las verduras y las flores que sus padres sembraban y recolectaban, con su ayuda, en una propiedad de cinco acres de extensión que poseían fuera de la ciudad. Mediante su trabajo pudo pagarse el colegio y luego obtuvo una beca en la Facultad de Medicina. En América, pues, no había tenido tiempo para dedicarlo a la meditación. De suerte que hubo de aprender la ciencia meditatoria cuando se encontró en el Japón. Fue algo improvisado, como cuando uno aprende a tocar, por ejemplo, la flauta de cinco agujeros, que a él le agradaba escuchar por las noches.

Ahora que la guerra había concluido, sólo una inquietud le asaltaba. Y se refería a su hija. A los quince años, cuando siguió a sus padres al Japón, Josui no pasaba de ser una niña. Y no porque fuera dócil, sino todo lo contrario, en muchos sentidos. Sólo la perplejidad y el temor la decidieron a irse de América. La habían aterrorizado sus compañeras de colegio, antes tan agradables, tan buenas amigas... Pero un día se produjo en ellas un repentino cambio. Sus encantadores rostros se torcieron en feas muecas y los gruñidos sustituyeron a las sonrisas. No pudiendo comprender semejante mudanza, la muchacha se quejó a su mejor amiga, Polly Andrews, la hija del tendero que compraba legumbres al abuelo de Josui.

—Polly —dijo la muchacha—, ¿acaso no soy la misma de siempre?

—No —repuso la otra—, porque eres japonesa. Yo misma te aborrezco.

Josui no contestó. Dejó de ir a clase y cuando algunos días después sus padres embarcaron para el Japón, los siguió en silencio, con el corazón desgarrado. El país que consideraba suyo, el país donde había nacido, el país cuyo lenguaje hablaba, la despreciaba y la expulsaba de su seno. Por otra parte la amedrentaba ir al Japón,



porque su abuela le había explicado cuál era la suerte de las mujeres en aquella tierra. Y así se sentía dubitativa, y, aunque se consideraba segura mientras viviera en casa de su padre, el porvenir le parecía incierto.

El doctor Sakai, adivinando la situación mental de su hija, experimentaba vivas inquietudes. Josui tenía ya veinte años y, por lo tanto, ¿qué procedía hacer con ella? Una muchacha tan bonita no tendría dificultades para casarse, pero ¿qué clase de matrimonio conseguiría Sotan? Había recibido proposiciones, pero su prudencia le impedía transmitir las a la muchacha, temeroso de que las rechazara rotundamente. Nunca discutía con ella la posibilidad de su casamiento. Incluso había prohibido a su esposa, Hariko, que tratase del asunto con la joven. En cuestión tan delicada, él prefería manejarse solo y con discreción suma. Una palabra torpe, y Josui se negaría a casarse.

Mientras permanecía en el umbral, cambió sus zapatillas de paja por unos zuecos de madera. Luego, avanzando a lo largo de un sendero, se acercó al estanque y se ensimismó contemplando la caída del agua. Flotaba una sensación de renovada vida en el aire primaveral. El doctor era hombre de imaginación estrictamente fiscalizada por su mente, y no se sentía con ánimos para dejarse dominar por los encantos de la estación vernal. No hacía sino pensar desasosegadamente en Josui. ¿Qué influencia ejercería la primavera en la joven?

El año anterior Josui había experimentado desazones que el doctor comprendía muy bien, porque había estudiado psicología como aditamento que consideraba indispensable para la medicina. Le constaba que lo físico y lo psíquico iban siempre acordes en lo bueno y en lo malo. Aplicó entonces a la joven unos sedantes inofensivos y procuró mantenerla ocupada dándole a copiar a máquina las primeras cien páginas de su manuscrito cuando ella regresaba del colegio. Luego vino la estación calurosa y la inquietud de la muchacha se tornó en indolencia y pasividad. Pero su padre estaba convencido de que bajo los dulces modales de Josui se ocultaba una naturaleza apasionada. Así, urgía casarla, y pronto. Era imperativo.

Miró su dorado reloj de pulsera, escondido bajo las flotantes mangas de su túnica. En el hospital llevaba ropas occidentales, pero en su casa se había acostumbrado a las amplias prendas japonesas de oscura seda, ceñidas al talle. Dentro del edificio usaba zapatillas sin tacones, y zuecos de madera cuando traspasaba los umbrales. Con aquellas vestiduras se sentía libre y a sus anchas.

Era ya casi la una de la tarde. Josui tardaba. ¿Dónde se había entretenido? La comida estaba preparada, sin duda, aunque los sirvientes probablemente por orden de la dueña de la casa no habían avisado todavía al doctor. Todos esperaban a Josui.

Sotan Sakai, olvidando el jardín, frunció el entrecejo. Si la muchacha no llegaba dentro de un cuarto de hora, no la esperaría. El médico amaba a su vulgar y silenciosa mujer, pero no le gustaba comer sin que Josui estuviese sentada a la mesa. Mas tampoco estaba dispuesto a ser demasiado indulgente con su hija. Dentro de quince minutos empezaría a comer, y ordenaría retirar los platos si antes de terminar el

yantar no llegaba la muchacha. El orden de la casa no debía alterarse. A las dos él tenía que estar en el hospital para reconocer a sus pacientes.

Pero no fue menester aplicar su decisión, porque Josui apareció exactamente diez minutos más tarde. El médico oyó vibrar la campanilla de bronce de la puerta, la cual se abrió y se cerró. Los zapatos de corte occidental de la joven taconearon vivamente sobre el camino empedrado, mientras la criada prorrumpía en exclamaciones de bienvenida.

Sotan esperó, siempre mirando al estanque, de espaldas a la casa. El deber de la hija era buscar a su padre. Un momento después oyó una dulce voz.

—Ya estoy aquí, padre.

Él se volvió, sin sonreír.

—Muy tarde llegas —dijo.

—No he tenido yo la culpa, padre —respondió la muchacha.

El sol que inundaba el jardín, aureolaba el rostro de la joven. Sotan Sakai casi quedó asustado ante la belleza de su hija. ¡Pensar que, con aquel atractivo, había venido sola desde el colegio!

El cabello de Josui era de un reluciente color negro y sus ojos intensamente oscuros y brillantes. El calor había encendido sus mejillas y tenía los labios muy rojos. En los breves minutos transcurridos desde que entró en la casa, se había quitado las ropas del colegio, sustituyéndolas por un lindo quimono verde. Menos mal —pensó su padre— que no había ido por la calle con aquel atuendo. Las ropas del colegio eran tan feas...

—¿Dices que no tienes la culpa de tu retraso? —preguntó severamente el padre.

—No. Había por la calle muchos soldados norteamericanos, y todos tuvimos que esperar a que pasaran.

—¿Y dónde esperaste? —quiso saber Sotan.

—En el zaguán del hospital, para no cruzarme con la tropa.

El doctor resolvió no seguir hablando.

—Bueno —dijo—, vamos a comer. Me queda muy poco tiempo. No me gustaría llegar tarde al hospital, porque daría mal ejemplo a los médicos jóvenes.

Josui que conocía el estricto concepto que del deber tenía su progenitor, procuró excusarse una vez más.

—No sabes lo que siento la tardanza, padre...

Hablaba en japonés para complacer a Sotan, pero ello le costaba siempre mucho más trabajo que expresarse en inglés.

—Ya me has explicado que no tuviste la culpa de nada —dijo él.

Y precedió a su hija caminando con las manos a la espalda y mirando a un lado y a otro.

—Fíjate en las azaleas —comentó—. Están más hermosas que nunca.

—Es verdad —convino ella.

El médico ponderaba el sonido de la voz de su hija. Después examinaría su

expresión y el ritmo de sus movimientos, para procurar calibrar la temperatura de su corazón. Él no se sentiría seguro hasta que viese a su hija casada. No podría soportar otra primavera con aquella ansiedad. Una hija era una carga, preciosa, sí, pero por ello mismo más pesada...

Durante toda la comida Josui reparó en la observación a que, con aparente disimulo, la sometía su padre. Siempre la joven reparaba en la ansiedad que suscitaba en el doctor, y conocía perfectamente su causa. Ella procuraba retraerse y burlar aquella continua vigilancia. Mas el doctor no sabía lo que su hija pensaba, ni cómo era en realidad. Ella se conducía perfectamente en presencia de su padre, mas él tenía para sí que semejante perfección no era lo extremada que parecía. No la acusaba de nada, pero creía acertar en sus suposiciones. La joven vivía en la casa una doble vida, no porque se sintiese descontenta, sino porque le rebosaba energía por todos los poros. Josui pensaba a menudo que tal energía debía de proceder de haberse criado en California hasta los quince años, bebiendo leche de vacas alimentadas con alfalfa y grano, y comiendo frutas, legumbres y carne. Quizá por ello su cuerpo irradiara vigor por los cuatro costados. Además, su mente estaba plétórica de intensa curiosidad por la vida. En esto divergía de las demás muchachas japonesas, pálidas y calmosas, que la miraban con admiración y a la par con desagrado. La llamaban la *Americana* y a ella no le desagradaba el remoquete.

—Andas como las mujeres americanas —solía decir Haru Mishima.

En la ciudad se veían algunas mujeres americanas, aunque no tantas como en Osaba o Tokio. Josui, mirándolas, advertía que andaba, en efecto, como ellas. No volvía los pulgares de los pies hacia dentro y caminaba con las piernas rectas. No obstante, simpatizaba con Haru, la de los piecillos de pichón, sin saber por qué. Quizá fuera porque el desbordamiento de su energía la inclinaba a simpatizar con todos.

Ya no se alimentaba de leche, pan, manteca, huevos y carne, como en América, pero despachaba abundantes platos de arroz, pescado y legumbres.

Aquel día, mirándola, su madre rió:

—Nadie diría que eres la hija de un hombre instruido —observó—. Comes como la hija de un aldeano. Todos se sentaban, doblando las piernas, en torno a la mesa baja en que les habían servido los víveres. La criada colocó ante cada uno de ellos una escudilla de laca, llena de una sopa clara en la que flotaban una tajadita de rábano y un poco de lechuga verde. En el centro de la mesa había tres cuencos con pescado y legumbres, y en otros recipientes muy amplios, de madera, Yumi, la camarera, puso arroz blanco que extraía de una fuente de madera también.

Al ofrecer cada plato, la criada se inclinaba ligeramente. Las reverencias profundas habían pasado de moda desde la ocupación militar y la instauración de la democracia. No obstante, el doctor Sakai exigía que se le hiciese una leve inclinación. Y ello a la sirvienta le encantaba, porque daba a entender que la casa tenía un dueño, aunque en el Japón no fuera usual que los amos de casa comiesen con sus mujeres e hijas. Los americanos sí lo hacían, según contaban a la criada otras de su profesión, en el mercado. De manera que su señor, aunque fuese menos que un auténtico japonés, era más que un americano. Y, clasificándole así, la buena mujer se sentía satisfecha.

El doctor Sakai, observando a hurtadillas a su hija, juzgó que estaba encarnada en exceso. Sus mejillas, rosadas siempre, parecían ahora despedir llamas.

—¿Te dio mucho el sol mientras pasaban los americanos? —inquirió Sotan.

—Sí —reconoció ella—. Esta mañana me dejé en casa la sombrilla. No creía que el sol calentara tanto. Mientras nos desayunábamos, había muchas nubes sobre las montañas.

—Esas nubes siempre presagian cielo despejado a mediodía —declaró el doctor—. Si hemos de esperar lluvia, ha de ser del mar.

La mujer de Sakai miró a Josui.

—Estás roja como la grana —dijo—. Después de comer ponte unos polvos blancos en las mejillas. Esos colores tan vivos sientan muy mal a las muchachas.

Josui hizo un pucherito con la boca y sonrió.

—¡Quisiera no ser hija única! ¡Cómo se ve que no tenéis más que hacer que fijaros en mí!

Padre y madre apartaron la vista.

—Hay que arreglar mañana el tokonoma —apuntó la esposa de Sakai.

El cuartito del tokonoma miraba el jardín. Desde el extremo de la estancia donde los tres se sentaban ante la mesa, veían las ramas floridas de sauce y ciruelo inclinarse sobre la reducida urna incensaria. El día anterior Josui había colocado una rana de bronce bajo la rama de ciruelo. En el tokonoma había que colocar tres objetos, pero tres exclusivamente. El doctor había contratado a uno de los mejores maestros de la ciudad para que instruyese a la joven en aquellas particularidades. El tal maestro era un hombre viudo, menudo y bajo, que vivía con su hijo y otras personas de su familia en una casita gris, junto al río katsura.

—Mañana cortaré flores de melocotonero —indicó Josui.

—Pues entonces convendrá que las coloques en el jarrón de cuarzo rosa —dijo su padre.

El ambiente, un tanto tenso hasta entonces, empezaba a relajarse. Josui no habló más. Ofrecía platos a sus padres diligentemente, y procuraba esquivar mediante el silencio el disgusto que en ellos creían notar. De haber vivido su hermano, le habría sido más fácil soportar la carga de aquel intenso y oprimente amor paterno. Además, con el muchacho hubiera podido evocar sus tiempos de América. Él la habría

invitado a visitarle, ya que seguramente para entonces hubiera estado casado y con hijos. Pero la novia del joven, después de guardar el luto impuesto por las conveniencias, había contraído matrimonio con otro hombre, y en casa del doctor Sotan Sakai no se habían tenido más noticias de ella.

Josui, sin embargo, la recordaba muy bien. Era una muchacha bajita y vivaracha, con una cara pálida y redonda encuadrada en un abundante cabello negro y rizado. Llevaba lindas ropas americanas y zapatitos de tacón alto; y una vez fue elegida Reina de Mayo en la Escuela Superior de Los Ángeles. Josui la rememoraba siempre en aquel papel de reina con un vestido incrustado de lentejuelas de plata y una corona de latón dorado sobre su cabellera recién rizada. Su padre era sacerdote de la Iglesia cristiana. En cambio, la familia de los Sakai nunca se retractó del budismo, lo que conturbaba no poco a aquella otra familia de cristianos. ¿Acaso el budismo no rayaba en el paganismo? Entre el hermano de Josui y sus padres el asunto había promovido serias disensiones. El doctor Sakai no quería que su hijo se casase en un templo cristiano. Claro que todo esto importaba poco ya, puesto que el matrimonio no se había celebrado. Cuando llegó el día señalado para la boda, el hermano de Josui había muerto, la familia cristiana se hallaba tras las alambradas de un campo de concentración, y los Sakai residían en Kioto. Nadie en la casa había mencionado la fecha de la boda, pero Josui sabía que sus padres la recordaban bien. De todos modos, aquel día, ella había salido sola, al jardín para esconder, tras una alta roca, sus lágrimas...

Súbitamente su padre indicó:

—Takashi Matsui me ha invitado a tomar el té con él. Puesto que la invitación llegó hace cinco días, la fecha de la cita corresponde a esta tarde.

Terminó de comer y bebió a breves sorbos el té verde que tanto le agradaba.

Takashi Matsui era el más adinerado de sus parientes. Padecía una afección biliar. Había tenido tres hijos. Uno estaba prisionero en Rusia, otro murió en Nanquín y el otro era muy joven aún. El padre ponía en este último hijo todas sus esperanzas, porque se sentía persuadido de que el Japón nunca volvería a entrar en una guerra, lo que a él le permitiría conservar vivo a su último vástago. ¿No constaba por escrito en la nueva Constitución que el Japón no tornaría a rearmarse jamás? Así lo habían exigido los vencedores americanos. De manera que Takashi Matsui derrochaba su amor y su dinero en beneficio de aquel hijo. A los otros le había parecido inútil darles instrucción, puesto que sabía que los habían de obligar a ser soldados y probablemente morirían en las grandes guerras que preparaban los hombres que por aquel entonces ocupaban el poder. Mas ahora Kobori estudiaba en la Universidad de Tokio.

La familia de los Matsui era muy antigua, y su rama de Kioto no podía considerarse la más importante. Con todo, pasaba por ser la más conservadora, y Takashi Matsui fue, sin duda alguna, el primero en reanudar la ceremonia del té después de que la guerra hubo terminado. Siguiendo sus consejos, el doctor Sakai

planeaba, para cuando terminase la ocupación y se restableciese la independencia, construir una casa de té en el más apartado rincón de su jardín. Muchos japoneses a la moderna ridiculizaban la vetusta ceremonia del té, pero el doctor Sakai no toleraba tal actitud en presencia suya. Consideraba importantísimo reanudar los viejos ritos y costumbres lo antes posible, para que el antiguo espíritu japonés reviviera también. En la ceremonia del té las meditaciones sobre el arte y la naturaleza se unían a un agradable intercambio de conversaciones y a un exquisito alimento.

Aquel mediodía el doctor comió poco, porque le constaba que por la tarde, saborearía una merienda compuesta de habas en puré, pescado, caza, legumbres, una sopa ligera y dulces. A todo ello seguiría un espeso té verde preparado con hojas de té machacadas, que se habrían tomado de las plantas más sombreadas y antiguas. Aquella bebida tendría un sabor delicioso.

Después de la ceremonia, que duraría cuatro horas, el doctor quizá pudiera hablar —o quizá todavía no— en privado con su cliente. Si llegaba la oportunidad, procuraría que el anciano le mencionase a sus hijos. Semejante plática conduciría inevitablemente a tratar del precioso hijo tercero, y ello, a su vez, podría llevar, como casi había estado a punto de ocurrir en otras dos ocasiones, a departir sobre la no menos preciosa y encantadora Josui.

La comida terminó silenciosamente, sin que el padre ni la hija aludiesen a lo que bullía en sus cerebros. Kobori, el hijo de Matsui, estaba ya en edad de contraer matrimonio. Tenía dos años más que Josui. En otros tiempos los dos padres hubieran arreglado el asunto por su cuenta, pero en los presentes sabían que no les cabía hacerlo. Las bombas atómicas caídas sobre Hiroshima y Nagasaki no sólo habían destruido ladrillos, cemento y carne humana, sino muchas otras cosas. El doctor Sakai aún no había dicho nada a su hija acerca del joven, pero sí indicó a su mujer que Kobori deseaba casarse con Josui y que ésta debía tomar el caso en consideración.

La madre repitió a su hija las palabras paternas. Josui meditó, pero no le placía pensar en Kobori. No le aborrecía, no... Ninguna mujer podía aborrecer a un hombre atento, bien educado, de buen tipo y orgulloso. Ella le veía a menudo, pero no porque se citasen, sino por casualidad. Aunque él estudiaba en la Universidad de Tokio, pasaba las vacaciones en casa de su padre. Ella le había conocido en la fiesta de los cerezales, unas semanas antes. Le pareció un mozo de buen talante, con los ojos muy oscuros. No tuvo ninguna dificultad en platicar con él, tanto más cuanto que el muchacho se sonrojaba cada vez que Josui le dirigía la mirada. La frente de Kobori era muy despejada y como tenía la piel insólitamente blanca, en seguida se le notaba el rubor. Admirada por aquel cutis tan blanco y por la intensa tonalidad roja de la sangre que afluía a las mejillas del joven, Josui, con su franco estilo americano, no tuvo inconveniente en felicitarle por lo bien cortado y elegido de su traje, de color gris pálido y de hechura occidental.

Pero, pese a su admiración, no se había enamorado del joven, lo que no dejó de

maravillarla, puesto que nada deseaba más vehementemente que enamorarse. Su corazón palpitaba continuamente con fuerza. Quería amar a un hombre y ser su esposa. Sabía lo que era el deseo y ansiaba aplacarlo entregándose al amor. Pero, mirando a Koberi, su obstinado corazón atenuó sus palpitations y el deseo se heló en sus venas.

Tuvo que reprimir una singular inclinación a contestar con brusquedades a los suaves tonos de la voz del muchacho. Apartó su mirada de la de los ojos de Koberi, húmedos de amor. ¿Qué derecho tenía él a quererla tanto cuando ella no le había estimulado en lo más mínimo?

Aquellos encontrados pensamientos batallaban en su interior mientras terminaba la comida y se levantaba de la mesa para hacer una reverencia a sus padres. Tenía que darse prisa para volver al colegio, pues ya andaba un tanto retardada.

Sus progenitores aceptaron la reverencia y prosiguieron apurando sus recipientes de té. La muchacha corrió a su cuarto y sustituyó el quimono por sus ropas del colegio. Esta vez no se puso sombrero y, recordando lo que le habían advertido sobre el color de sus mejillas, cogió su sombrilla de seda verde. El vestido tenía precisamente rayas verdes y blancas, y consistía en una falda y una blusa al estilo americano, aunque la joven tenía la certeza de que las muchachas de veinte años no llevarían ya en América prendas semejantes. Las mangas, largas, se abotonaban en las muñecas y la falda, bastante ancha, le llegaba algo más abajo de la pantorrilla. El cuello era muy alto, pero en cuanto la muchacha traspuso la puerta se lo desabrochó para que el aire refrescase la garganta.

Salió por la puerta del jardín a una calle solitaria. Presumió que los americanos debían de andar diseminados por la ciudad, para conocer sus curiosidades. A menudo llegaban grupos de ellos desde Tokio u Osakak, y pasaban unas vacaciones en Kioto, donde seguramente, según Josui presumía, debían de decirles sus guías y libros de viaje que aún persistía la antigua cultura japonesa. Josui había oído afirmar que, durante la guerra, los bombarderos americanos habían recibido la orden de no destruir Kioto, como los aviones japoneses no habían destruido Pequín. Su padre no esperaba que Kioto se salvase, porque, a su entender, los norteamericanos no comprendían la cultura. A veces se quejaba diciendo:

«Por triste que sea, hemos de elegir entre el salvajismo comunista o la vulgaridad de Norteamérica».

A menudo la joven se repetía —y siempre con satisfacción— que su padre era un extremista. Le constaba, empero, que de todas las acusaciones que pudieran formularsele, aquélla sería la que él rechazaría con más indignación. Anhelaba la calma, anhelada la tranquilidad, y a su modo quería castigar a Norteamérica por haberle expulsado de su seno. El castigo consistía en amar solamente al Japón y apegarse a sus antiguos ritos y creencias. Pero a ella la ceremonia del té le parecía una extravagancia. Era absurdo que unos cuantos hombres maduros se sentasen solemnemente en el pabelloncito de un jardín, mirando al espacio y esperando, muy



graves, que les sirvieran una especie de sopa hecha con hojas de té machacadas.

Su padre aseguraba que el té era muy rico en vitaminas y que, aparte de la belleza y el significado espiritual de la ceremonia, el té resultaba muy nutritivo para el cuerpo. Mas a Josui todo eso no le agradaba. En el otoño anterior había estado con su padre en la ceremonia del té en casa de Matsui. Su padre insistía en llamar Cha-no-Yu a aquel ritual, aunque su nombre corriente fuese el de ceremonia del té. La conversación, tan mesuradamente espiritual, mental y elevada, había resultado aburridísima. Matsui recitó unos cuantos poemitas de cuatro líneas, que fingía haber improvisado en el momento, pero que a ella le constaba que había estado preparando cuidadosamente durante días y días.

En fin, si conociese mejor a Kobori... De todos modos, ¿a qué esperar? La próxima vez que viese al joven, se decidiría.

Caminaba calle adelante, abismada en aquellos pensamientos, que sabía que no osaría expresar jamás en voz alta. Ni siquiera su madre hubiera querido escucharlos. Y, de insistir ella en exponerlos, su progenitora, tapándose con las manos los oídos, hubiese esperado pacientemente a que Josui acabara de hablar. En ciertas ocasiones, con gusto Josui hubiera increpado a su madre y separándole las manos de los oídos, pero nunca se decidió a tal extremo. Porque sobre su sentir americano a la par cálido y suave, había también una dura costra japonesa.

Era como un volcán cuyo cráter, cerrado por su propia lava endurecida, hiciera detonar sus fuegos por dentro.

Mientras andaba por las calles, miraba alrededor. Su sombrilla proyectaba en el suelo una movediza sombra circular. El día anterior había llovido y el verdor de los añosos árboles y los retorcidos arbustos, uniéndose al esplendor de las azaleas que decoraban parques y jardines, elevaban un himno triunfal a la primavera. Josui se movía lentamente, con la cabeza erguida, respirando el embalsamado aire de la tarde. Su sangre rebosaba energía y la estimulaba como un aguijón. Hubiera querido correr, alzar los brazos, agitarse... En América solía echar a correr, rodeada de otras muchachas que también corrían. Volaban literalmente, extendidos los brazos como alas, por las aceras, sombreadas de árboles, del arrabal donde residían. Parecían pajarillos inquietos y reían de continuo sin motivo alguno. Pero, en el Japón, Josui no se atrevía a correr, pues allí nunca corrían las jóvenes, ni siquiera las niñas. Andaban pausadamente sobre sus zuecos, o sobre sus gruesos zapatos de charol, o sobre calzados de suela de goma que hubieran sido magníficos para emprender una carrera loca...

Llegó a la puerta del hospital. Más allá se encontraba ya el colegio. Allí estaba ella por la mañana, cuando pasaron los jóvenes americanos. Josui apenas les había dirigido una mirada de simple curiosidad. Todos se parecían entre sí. Todos hablaban, reían y se empujaban unos a otros. La gente afirmaba que parecían colegiales, con tanto empujón, tanta carcajada y tanta ficticia lucha. Y así los japoneses repetían, atónitos: «¿Es posible que los americanos sean unos niños?».

En el pórtico del hospital florecían pomposamente las wisterias. Sus purpúreos racimos, semejantes a los de uva, pendían, pesados, entre sus pálidas hojas verdes. Era la estación de aquella flor y la de los iris, y la de las peonías, y todo ello encantaba a la joven. A su padre las flores le preocupaban poco. La belleza de su jardín era muy austera y se constreñía a las rocas, el agua y los pinos, sin otra nota suave que la de los bambúes. Las flores que se usaban para decorar la casa las cultivaba la esposa del doctor en el huerto, exceptuando un lecho de iris azules situado en la parte septentrional del jardín.

Como de costumbre cuando pensaba en su padre, Josui experimentaba una extraña mezcla de amor, admiración y resentimiento. Deploraba de continuo el haberse ido a América. Su padre no comprendía, o no quería comprender, cuanto más difícil era la situación de una mujer en el Japón que en América. Al recordar a las muchachas de California, Josui las rememoraba como si fuesen reinas juveniles. En cambio, en el país nipón las mujeres no eran reinas jamás, sino siervas que cumplían su misión de atender a los hombres. Y era dudoso que llegasen a ser reinas nunca, puesto que, según su padre decía, en cuanto los americanos se retirasen el Japón volvería a sus tradicionales usanzas, al menos en gran parte. Entonces, agregaba Sakai, los jóvenes no se comportarían como en aquel período transitorio. Los norteamericanos se hallaban de paso en el Japón, a guisa de huéspedes. En presencia de los invitados se concedía siempre a los niños una aparente libertad, pero en cuanto los visitantes salían, los niños eran castigados.

Josui suspiró y aspiró los penetrantes y suaves aromas de la wisteria. Ante la puerta del hospital cerró la sombrilla. Junto al pórtico estaba un americano joven, alto, delgado, vestido de uniforme. Se apoyaba contra el muro, con un pie cruzado sobre el otro y las manos en los bolsillos. Ella le miró, sobresaltada. El americano sonrió.

—La esperaba —dijo.

La sorpresa hizo enmudecer a la muchacha. Contempló boquiabierta, a su interpelante. Era rubio y gallardo. Muy gallardo. Tenía los ojos azules como él iris. Su cutis era terso y claro. Unos dientes grandes y blancos corroboraban la risueña expresión de su boca. Parecía fuerte y saludable, tenía anchos los hombros y el talle estrecho, y llevaba el cinturón muy apretado.

Riendo con los ojos, el hombre añadió:

—¿Qué le parezco?

Ella se ruborizó al darse cuenta de que estaba mirando al americano como si fuese alguna cosa extraordinaria. Pero precisamente le miraba por una razón opuesta. Aquel hombre le hacía evocar todo lo que ella había casi olvidado, sobre todo a los muchachos de la escuela de California, aquellos muchachos en quienes ella comenzaba a fijarse cuando su padre se fue de América. El tono de la voz del militar recordaba a Josui la de su hermano.

—¿No habla usted inglés? —preguntó el joven.

—Hablo inglés —repuso ella, expresándose con toda fluidez, sin acento alguno.

El americano se quitó reverentemente la gorra.

—Jamás una plegaria mía ha sido escuchada tan pronto —dijo—. Esto me parece casi excesivo.

—¿Excesivo el qué?

—Encontrar que la única muchacha japonesa a quien deseaba hablar sabe expresarse en mi idioma.

Ella sonrió.

—¿Deseaba hablarme? Yo nunca le he visto hasta ahora.

—Esta mañana me miró, pero no me vio —respondió él—. Y, en cambio, yo reparé en usted. Estaba bajo el pórtico de este edificio. En mi casa hay uno igual. Más pequeño, claro. Dirigí la vista hacia aquí y entonces la vi a usted tan... tan hermosa...

—No hacía más que aguardar a que pasaran ustedes.

—Y pasamos. Pero yo volví. Los demás han ido a Nara. Una excursión muy agradable. No obstante, me figuré que, si volvía y esperaba, tendría la probabilidad de verla de nuevo.

—Bien; me voy a la escuela.

—¿Es usted aún una colegiala?

—Perdone: estudio en la Escuela Superior. Y voy a llegar tarde.

Él permanecía en pie, con la gorra en la mano. El sol daba de lleno en su cabello rizado y rubio, tan rubio que rayaba en amarillo. Relucían sus claros ojos azules. Su rostro era muy delgado, de pómulos salientes y de mandíbulas voluntariosas. Su aspecto era el de un hombre muy pulcro.

—Tendría mucho placer en que me considerase su amigo —dijo con voz profunda y fuerte, que procuraba suavizar.

—No puedo —contestó ella con sencillez—. Déjeme marchar.

—¿Por qué no? —insistió él.

Y empezó a andar al lado de la joven. Ella, muy agitada, tornó a abrir la sombrilla. ¿Qué hacer? Si algún conocido de la familia la veía con un americano y se lo contaba a su padre, la cólera de éste sería terrible.

—Haga el favor de retirarse —dijo Josui, mientras avivaba el paso sin mirar a la alta figura que caminaba junto a ella.

—Presumo —persistió él— que en el Japón habrá alguna manera de entablar conocimiento con una muchacha bonita. Puedo ir a su casa, enviar mi tarjeta, visitar a sus padres...

—¡Oh no! —protestó Josui—. Mi padre se enojaría espantosamente.

—¿Por qué?

—Porque sí —repuso Josui, desconcertada.

—¿No es amigo de América? —inquirió él con cierta dureza.

—Conoce América muy bien.

—¿Sí?

—Sí, puesto que vivíamos allí antes. Y cuando estalló la guerra nos trasladamos al Japón.

Ya llegaban a las puertas del colegio. Era imprescindible que Josui se desembarazara de aquel importuno. Por suerte, a aquella temprana hora de la tarde nadie la había visto, porque todos solían dormir una siesta de un par de horas.

—Le ruego que no me acompañe más —exclamó la joven con desesperación—. Podría usted provocarme un conflicto serio.

—Entonces no la seguiré acompañando. Pero la esperaré mañana en el mismo sitio. Mi nombre es éste.

Sacó del bolsillo una cartera pequeña y de ella extrajo una tarjeta alargada y estrecha. Tendióla a la joven, que no tuvo más remedio que tomarla. La tarjeta decía:

### *Segundo teniente Allen Kennedy*

—Y ahora, ¿me dirá usted su nombre?

Ella deseaba negarse. Mas, mirándole a la cara, le pareció tan agradable y tan cortés, con aquella boca risueña, de suave corte, que no osó rehusar lo que le pedía. En el fondo se sentía anhelosa de tratar con algún americano. Se encontraba muy sola. Era difícil entablar amistades con la gente japonesa, incapaz de comprender la vida que ella había llevado en California hasta los quince años. Así, sus compañeras la miraban con desagrado y, fingiéndole aprecio, la envidiaban malévolamente.

—Me llamó Josui Sakai.

—Josui Sakai... —repitió él—. ¿Quiere indicarme dónde vive?

Ella, aterrada, movió la cabeza. No podía resistir la implorante mirada de los hermosos ojos azules de aquel hombre. Se notaba febril, le acometían deseos de romper en risas, y al fin, no sabiendo qué hacer, plegó la sombrilla y se deslizó a través de un espeso macizo de bambúes.

El joven quedó inmóvil ante la puerta del colegio, mirando con desconcierto a todas partes. Al cabo desanduvo lo andado. Ante el porche del hospital, engalanado por las wisterias, se paró un momento. El dulce aroma de las flores parecía haber adquirido una intensidad mayor. Antes él no había reparado en aquella penetrante fragancia. ¿Cómo era posible? Aspiró el aire embalsamado a pleno pulmón, siempre asociado tal perfume con la encantadora muchacha. Vaciló, como en presencia de un portento incomprensible. ¿Qué hacía él allí, rodeado de aquel ambiente de deseo?

Desde su escondite ella vio al joven alzar la cabeza, con aspecto de sorpresa, y después alejarse.

Josui salió entonces del macizo de bambúes, medio deseosa de que el americano se hubiese emboscado allí cerca, en espera de verla reaparecer. Pero él no estaba ya en las inmediaciones del colegio. Josui se sintió a la vez disgustada y tranquilizada. Y, con la certidumbre de que no volvería a ver de nuevo a su cortejador, pasó las horas de las clases vespertinas, recordando el rostro hermoso y juvenil de aquel

hombre. Un rostro que, aun cuando diferente en todos sus rasgos al de ella misma, le resultaba familiar y natural, como si fuese una parte de su inolvidable niñez...

El doctor Sakai, estimulado, como siempre, por la ceremonia del té, se hallaba en meditativo silencio entre los demás invitados. Había a la sazón pocas casas donde la ceremonia se celebrara en el pleno sentido de su significado espiritual. Sakai se consideraba un principiante, puesto que en el hogar de su infancia y su mocedad, en California, no había nada que se asemejase a una casa de té. Así, el doctor siempre procedía humildemente ante la familia Matsui, tanto en el orden médico como en el de la amistad. Confesó, pues, a los provecos japoneses presentes que, aunque había regresado a su país, se sentía en él en cierta manera, como un extraño y tenía que aprender a tornar a ser nipón.

—No es que haya olvidado las cosas de mi patria —explicó Sakai—. He pasado toda mi vida leyendo y estudiando cuanto podía referirse al Japón. Y cuando me pusieron en la disyuntiva comprendí que mi deber era retornar a mi tierra. Pero ahora que estoy aquí advierto que he de aprenderlo todo de nuevo.

—Le asiste el espíritu y todo lo demás es dominable —garantizó Matsui.

Matsui no había abandonado nunca las costas del Japón y por eso miraba con curiosidad a aquel médico alto y de austera apariencia, que, a pesar de sus esfuerzos para ser japonés, seguía siendo americano sin notarlo. Por ejemplo, aquella misma tarde, en la casa de té, Matsui había observado el exceso de celo del doctor Sakai. El espíritu meditativo, en verdad, no acudía sencillamente porque se le invocase. Por ello Matsui se esforzaba en conducir la plática por senderos menos espinosos. Sacó de una caja forrada de seda un cuenco para el té. Preciaba en más aquel objeto que todo cuanto poseía.

—Esta vasija —dijo— perteneció a un amigo mío, muerto ya. Era un maestro del Cha-no-Yu, y siempre bebía en el mismo recipiente. Cuando murió, me lo legó, porque su único hijo no acertaba a aprender los ritos del té.

El doctor Sakai tomó la vasija con exagerada minuciosidad, apoyando los dedos, según los cánones, en las alfombrillas. Un cuenco del valor de aquél no podía sostenerse con las manos en el aire. Cuando Matsui hubo bebido, colocó la taza en el hueco de su mano izquierda y lo sujetó con la derecha. El doctor Sakai contemplaba el recipiente. Era liso, sin adornos ni esculpidos, y tenía un color verde pálido. Parecía tan sedante como el agua quieta. Todo se reducía a círculos y curvas.

Devolvió la vasija a Matsui, suspiró y dirigió la mirada alrededor, examinando la

estancia. La tetera, el jarro, el brasero y la bandeja, con los demás utensilios de la ceremonia, eran bellos en su sencillez. Los cinco invitados, hombres todos, permanecían con el torso muy recto y las piernas cruzadas. La perfección del ambiente que los circuía serenaba sus ánimos. Aquellos hombres comprendían la belleza. Eran expertos en el arte del té, les constaba que la forma es huera cuándo le falta el espíritu, y este conocimiento los conducía, paso a paso, a la búsqueda de la belleza con miras al desarrollo del ánimo y la mente, y a la consecución de la unidad completa de la naturaleza y el hombre. Creían, pues, que los principios de la belleza debían introducirse en todos los pormenores y todas las cosas de la vida, incluyendo la arquitectura, la cerámica y la decoración.

Los iris que adornaban aquel día el pabelloncito estaban dispuestos en dos mazos, uno de capullos y otro de flores, combinados, respectivamente, con masas de hojas grandes y de hojas pequeñas. No parecía haber artificio alguno, y, sin embargo, todo había sido combinado con cuidado exquisito. A los presentes les constaba que aquella sencillez, aparentemente natural, rebasaba los dominios de la naturaleza. Conseguir la simplicidad era el pináculo de la exquisitez. Toda mentalidad plenamente madura alcanza la sencillez como su etapa final.

Durante la larga ceremonia y el festín no sobrevino ninguna conversación ajena a lo filosófico. Pero cuando el ritual acabó, mientras el sol principiaba a declinar, los amigos, tras una inclinación de agradecimiento ante su anfitrión, se dirigieron a la casa y entraron en la sala. Allí podían hablar como quisieran. Matsui, a los pocos minutos, se unió a ellos.

Aquella plática entre hombres que nunca habían salido de su país y deseaban conservar la cultura de su pueblo durante los años de la ocupación extranjera, resultaba profundamente satisfactoria para el doctor Sakai. Él se consideraba desembarazado ya de todos los vínculos que le habían unido a América. Libres de ellos su corazón y su alma, los prolijos y sosegados razonamientos sobre el viejo Japón, sobre sus antiguos usos, sobre el bien y el mal, creaban en el ánimo del médico un hombre nuevo.

Hablando así llegaba a comprender cómo el Japón se había dejado arrastrar a métodos de vida que no encajaban con su carácter nacional.

Sentados en el saloncito, el señor Tanaka explicaba:

—Todos los pueblos tienen sus espíritus malignos. No hay país en que no surjan almas toscas, refractarias a la cultura. Son feroces desde que nacen, sin duda en castigo de algún crimen cometido en una existencia anterior. Es imposible domeñarlos. Disgustan a sus padres y al resto de su familia, constituyen una amenaza para la sociedad, y suelen saber el medio de atraerse a los débiles y los descontentos. Gente así, entre nosotros, hace más de un siglo, contaminada por el mal espíritu de los tiempos, aseguró a nuestro pueblo que las potencias occidentales, que ya estaban repartiéndose el continente asiático, caerían después sobre el Japón. Acaso acertaran. ¿Quién sabe? El caso fue que nuestro pueblo se sintió medroso y así los malos y los

brutales pudieron abrirse camino. Reclutaron un ejército, construyeron una escuadra, se apoderaron de Manchuria y quisieron crear un imperio como medida aparentemente defensiva. Aquél fue el principio de estos grandes cambios. De haber alejado el temor, quizás hubiésemos sido invulnerables. El temor es el principio de toda debilidad.

El señor Tanaka era un viejecillo bajito y arrugado que había asistido durante setenta años a la gran transformación nipona. Nunca llevaba vestidos a la europea y en su casa no había una sola silla ni un lecho al estilo occidental. Heredero de una modesta fortuna, había vivido siempre de sus rentas, aunque con dificultades cada vez mayores. Había perdido a todos sus hijos en la reciente guerra y su padre también pereció en la primera contienda con China, muchas décadas antes. Así, Tanaka había llegado a aborrecer todas las guerras, y en su reacción se convirtió al budismo, negándose a seguir profesando el sintoísmo, que tanto empeño ponía en subrayar un sentimiento patriótico que Tanaka impugnaba. Se declaraba humanitario y amante de todos los hombres, e incluso no parecía tener excesivo rencor contra los americanos.

—Muchas crueldades he visto durante mi existencia —añadió, pensativo.

Nadie le interrumpió. Su menuda figura, vuelta hacia la puerta abierta, contemplaba el jardín, inundado por la luz amarillenta del sol poniente.

El viejo prosiguió:

—Cuando la bomba atómica cayó sobre Nagasaki, fui a examinar los estragos que había causado. Ya saben que mi familia es oriunda de Nagasaki. La casa familiar había desaparecido, y los únicos seis parientes que me quedaban habían muerto. Desde esa visita, no he podido tolerar el menor acto de crueldad, por insignificante que sea. Por ejemplo, si voy en un tranvía muy lleno, no me decido a empujar a los viajeros para que me abran paso. Verdad es que el hecho de que un viajero proveyo empuje ligeramente a una persona por un momento, no daña a nadie. Pero no puedo ejecutar ese acto. Sería la crueldad definitiva que me haría aborrecer absolutamente el mundo. No soy capaz de aplastar una hormiga, ni de matar una mosca, ni de permitir que un niño llore. Añadir una crueldad más a las muchísimas que se han cometido, no sólo aquí, sino en toda la tierra, resultaría excesivo para mí. ¡Basta de crueldades, oh, Buda, Dios mío!

Levantó su demacrado semblante y cerró los ojos. El doctor Sakai hizo un signo de asentimiento. Sentía en el alma una roedora tristeza que, sin embargo, parecía fortalecerle en cierto modo.

Cuando al fin todos se levantaron para despedirse, el doctor no había tenido aún oportunidad alguna de hablar a solas con Matsui. Tampoco deseaba forzar la situación. La tarde había sido tan pura... Bañando su espíritu en el pasado, había aprendido nuevas reglas fundamentales para ser un japonés auténtico. No quería pensar en su hija, ni en el mañana. Habría tiempo de sobra para ello.

Sintiéndose inundado de paz interior, regresó lentamente a su casa.



En el cuarto principal del edificio, la señora Sakai esperaba a su marido. ¿Cómo podría explicarle lo que, en su ausencia, había acontecido aquella tarde? La mujer temía a su esposo porque le admiraba sobre todas las cosas, e incluso, de haberse atrevido, le hubiese amado. Pero resultaba imposible amar a un ser a quien se admira tanto. Una mente tan inteligente como la del médico reparaba en todos los defectos, y ella era demasiado humilde para no reconocer los que tenía. Además, guardaba en lo más recóndito de su corazón un secreto inconfesable. No le gustaba el Japón. No hubiera querido salir de América. Hubiera preferido el campo de concentración, donde vivían todas sus amigas. Desde luego aquellos campos eran incómodos. La mujer conocía todos sus males, porque el doctor los refería a menudo. Pero ella habría estado con sus conocidas, y todas se hubieran reunido para cocinar y lavar, sin que ello las privase de tiempo sobrado para charlar cuanto quisiesen. Incluso hubiera dispuesto de más tiempo que nunca, porque en el campamento no había que trabajar para ganarse la vida. Se repartía comida, mala, sí, pero gratuita. El clima del desierto era seco y caliente. En cambio, en Kioto, el ambiente era húmedo y la casa fría, incluso en primavera. El agua del jardín y las brumas del mar y las montañas colmaban de humedad el edificio.

Permanecía sentada correctamente, con las piernas entrecruzadas, vistiendo uno de sus mejores quimonos purpúreos y un chal de seda blanca muy limpio. En aquella actitud aguardaba a su marido. Había a sus pies unos calcetines de algodón, blancos como la nieve, y de talones reforzados. Ella misma hacía los calcetines. Entendía de ello, porque se había criado en el Japón y era hija de una familia pobre. Su casa paterna había sido una mísera granja en las laderas de las montañas que se alzan cerca de Nagasaki, no lejos del Unzen. No distaban mucho de las aguas termales, y por ello, en otoño o en primavera, solían sus padres llevarla a aquel lugar, para admirar las flores que lo esmaltaban. Después cocinaban el pescado en el arroyo que surgía entre las rocas.

Su padre era tan pobre y tenía tantas hijas, que un día leyó en un anuncio que algunos japoneses, residentes en América deseaban desposarse con muchachas de su raza, se apresuró a enviar la fotografía de la joven y a hacer anotar su nombre en el correspondiente registro.

Así, fue Hariko a América. La madre del doctor Sakai la examinó y alabó la

expresión de su faz, muy dulce, aunque no bonita.

Una cosa que no se le había ocurrido a la emigrada era que iba a casarse con un médico que no podía mirar con aprobación sus piernas, algo torcidas; sus manos, regordetas y menudas y sus pies, ligados. Le preguntaron qué solía comer, y respondió que arroz, pescado y algo de verdura. Pero cuando nacieron los niños, el bronco temperamento de Sotan Sakai se dulcificó. Por supuesto, su mujer no seguía a la letra las instrucciones que él le prescribía para la alimentación de los pequeños. En el caso del muchacho, ello no importaba ya, puesto que a la postre le habían matado. ¡Cómo se empeñaba ella en hacerle beber aquella abominable leche de vaca, que hacía romper al niño en histéricos accesos de llanto! Evocando el pasado, la mujer deploraba haber obligado a su hijo a hacer cosas que no deseaba, puesto que, al cabo, ¿para qué había valido? Nunca podría ella contemplar la tumba del muchacho.

Como siempre que evocaba a Kensan, los ojos de la madre se bañaron en lágrimas. Se las secó cuidadosamente con el forro de sus anchas mangas y se limpió la nariz en una de las hojitas de papel de seda que guardaba dentro de su manga izquierda. Estrujó el papel y lo tiró a un amplio recipiente que tenía al lado. Había adquirido muchos hábitos americanos, pero no el hediondo de utilizar pañuelos de tela.

En aquel momento percibió las pisadas de su marido y oyó a la criada salir presurosamente para descalzarle. La señora Sakai se levantó, dirigióse a la puerta e hizo una reverencia. Él correspondió al saludo y emitió un sonido que no era concretamente el nombre de su mujer, porque lo vedaba la presencia de la sirvienta.

La señora Sakai siguió a su esposo al cuarto donde había estado esperándole. Cuando Sotan se hubo sentado, ella puso los dedos sobre la tapa de la tetera. El contenido del recipiente hervía y la señora Sakai deseaba servir a su marido una buena taza de té. Pero él alzó la mano.

—No quiero té ahora. Ya he bebido mucho, y del mejor.

Una cosa había que la mujer agradecía al Japón, y era que el quimono encubría sus piernas zambas. En América había llevado vestidos de algodón como las demás mujeres, y sabía que la curvatura de sus piernas desagradaba a su marido. Pero hacía tiempo que éste había renunciado a injuriarla. Se limitaba a apartar la vista, lo cual era más cruel que un reproche verbal.

¿Cómo explicaría ella lo sucedido por la tarde? Tapóse la boca con la mano y tosió.

Él alzó la mirada y preguntó con cierta brusquedad:

—¿Qué te pasa, Hariko?

—No sé cómo explicártelo —repuso ella.

Y le miró con turbados ojos. Hariko conservaba todavía una apariencia agradable, esto es, tenía el rostro suave y unos ojos redondos, de infantil expresión. Aunque los ojos redondos no se consideraban en el Japón un elemento de belleza, a Sakai le agradaban.

—¿Se ha roto el vaso de Sung? —preguntó el doctor, alarmado.

—Una cosa tan terrible, no —se apresuró ella a responder.

—¿Ha muerto la carpa grande del estanque?

—No ha habido ninguna muerte.

—Explícate —dijo él—. Porque hables no voy a matarte, ni a pegarte siquiera. Notándole de buen humor, la mujer cobró ánimos.

—Un joven vino esta tarde a preguntar por ti —manifestó, titubeando.

—¿Un paciente?

—No.

La mujer vaciló y prosiguió diciendo:

—Era un soldado americano.

La agradable y delgada cara del doctor Sakai adquirió una expresión pétreo.

—No conozco a ningún americano.

—Ya lo advirtió él —repuso Hariko—. Sólo indicó que deseaba hablarte.

—¿Cómo conocía mi nombre?

—Afirma que se lo dio un amigo.

—¿Y qué le contestaste?

—Que habías salido. Él quiso esperar, mas yo no se lo permití. Temía que Josui llegase de un momento a otro, y hubiera sido incorrecto que él la viese.

—Ciertamente.

—Le dije que te hablaría cuando vinieses y quedó en volver. Preguntó a qué hora estabas en casa. Le expliqué que valía más que te visitase en tu despacho del hospital, a las diez de la mañana. Añadí que en tu casa nunca recibías a desconocidos.

—Bien hecho —murmuró él, contrayendo los labios—. ¿Un americano? Sí, alguien le habrá dado mi nombre.

—Eso debe de ser —concluyó ella.

Y sintió que se le aligeraba el corazón. Se había portado bien, y su marido la alababa. Hubiera sido terrible que se enojara con ella, porque en general Sotan nunca le dirigía una palabra brusca. Sin embargo, Hariko era tan sensitiva que adivinaba a la legua el menor matiz de impaciencia en el ánimo de su marido. Aunque Sakai supiese dominarse exteriormente, ninguna de sus reacciones se escapaba a su esposa.

Hariko se levantó con gracia, pese a sus piernas zambas.

—Perdóname, pero tengo algunas cosas que hacer.

Él hizo un ademán de asentimiento y no contestó. No deseaba perder el equilibrio de espíritu que le produjera aquella tarde pasada con sus amigos. Después que Hariko hubo salido del cuarto, Sakai permaneció inmóvil, mirando al jardín, y deliberadamente alejó de su memoria el pensamiento de aquel intruso americano.

El jardinero había esparcido agua sobre las piedras del caminillo, regando las rocas y los arbustos. La señora Sakai, contemplando a su marido, acabó cerrando a sus espaldas la mampara con celosías que servía de puerta. Su esposo no le había preguntado por el aspecto del americano, y esto, a juicio de la mujer, podía ser una

manera de engañarla.

Por su parte, el joven le había sido simpático. Estaba acostumbrada a ver jóvenes ricos en California. Por ello no dejó de preguntar al visitante si procedía de allí, pero él repuso que no, añadiendo:

—¿Habla usted inglés?

—Un poquito —respondió Hariko, procurando no sonreír para no mostrar su estropeada dentadura. A los americanos les gustaban los dientes frescos y blancos, pero razones análogas a las que hacían que Hariko tuviese zambas las piernas habían conducido a que se le echasen a perder los dientes. Cuando era joven, ello no le parecía importante a nadie, porque, de todas maneras, las jóvenes campesinas, al casarse, se apresuraban a ennegrecerse la dentadura. La de la madre de Hariko era negra como la laca.

—¿Dice que no viene usted de California? —volvió a preguntar al americano.

—¿Acaso procede usted de allí? —inquirió él.

—De allí hemos venido.

—Yo soy de Virginia —manifestó el militar—. Una tierra muy hermosa.

—No la conozco.

Hariko, en seguida, procuró refrenar aquella charla demasiado familiar. Pero a ella le agradaban los americanos. Y aquél muy particularmente parecía tan joven y tan buen mozo... En la tarjeta que le entregó iba impreso el nombre de Allen Kennedy. Mas, como ella no había aprendido a leer inglés, él le deletreó el nombre y el apellido. Hariko los repitió de memoria.

Avanzó sin ruido por un angosto corredor hacia la alcoba conyugal. Aquel dormitorio podía agregarse al cuerpo general de la casa con sólo apartar los biombos que le servían de tabiques, pero ella usualmente los mantenía corridos, para disponer de un recinto privativo y aislado.

En realidad, Hariko no tenía nada que hacer, porque Sotan le había dicho que no dispusiese cena para la noche. Josui solía comer pan, jamón importado y té con leche condensada, y Hariko se contentaba solamente con arroz hervido. Cogió una comodita tan pequeña que era posible colocarla sobre una mesa baja, y empezó a arreglar los cajoncitos, llenos de cintas y restos de adornos, de fotografías de Kensan y de la casa que había sido suya en Los Ángeles. Ahora había dejado de serlo y estaba ocupada por unos negros.

El biombo se corrió unas pulgadas y por la abertura asomó la sonriente faz de Josui.

—¡Hola, mamá!

—¿Has visto a tu padre?

—No.

Josui penetró en la alcoba. Su madre comprendió algo placentero. Sus grandes ojos, demasiado grandes y demasiado poco rasgados para ser nipones, exteriorizaban secreta alegría. Josui no había aprendido aún a ocultar sus sentimientos bajo una

apariencia serena.

—Pareces muy contenta —dijo la señora Sakai—. ¿Te ha ocurrido alguna cosa agradable?

Josui negó con la cabeza.

—Es la primavera, madre.

Pero ¿la primavera, y sólo la primavera, bastaba para prestar tal expresión de rebosante ternura a todas las facciones de aquel dulce y bonito rostro? La señora Sakai lo dudaba. Siguió mirando a su hija pensativamente, esforzándose en recordar qué efectos había causado en ella la primavera cuando contaba veinte años.

Sólo podía recordar que a esa edad trabajaba tan reciamente como un hombre en las tierras de su padre. La primavera significaba arar, empuñando la pesada manquera, y sembrar la simiente. Cuando llegaban los principios del verano los campos de arroz estaban inundados ya, y ella, descalza de pies y piernas, tenía que introducirse en el agua fangosa para plantar las semillas. Nada, pues, recordaba de lo que para ella había sido la primavera.

No quiso interrogar más a su hija. Josui pertenecía a su padre, como Kensan le había pertenecido a ella. De vivir su hijo, ella tendría ahora nietos, unos lindos nietecitos que parecerían americanos, lo cual a Hariko no le hubiese importado un ardite. Al fin y al cabo, en América las mujeres disponían de máquinas de lavar y de cocinillas eléctricas.

Josui examinó las fotografías de Kensan que sacara su madre. Había varias, y algunas le reproducían siendo aún niño pequeño. En una de ellas estaba con Setsu, su prometida, que aparecía con el cabello recién rizado y cortado.

—Quisiera que mi padre hubiese dejado cortarme el pelo —exclamó Josui, en una explosión de repentino descontento.

Llevaba la cabellera lisa y echada hacia atrás, y se la anudaba sobre la nuca en un grueso moño. Nunca sus largas crenchas habían entrado en contacto con unas tenacillas.

—No te lo permitirá nunca —respondió su madre—. ¿Sabes que Setsu debe de tener hijos ya?

—Sí, en el campo de concentración —dijo Josui.

—Es verdad —convino la madre.

Con todo, de haber sobrevivido Kensan, hubiera sido grato saber que tenía hijos, aunque estuviera en un campo de concentración. Los americanos no mataban a nadie. No hacían como los alemanes. Además, daban un rancho suficiente.

—No creo —añadió Hariko—, que los campos de concentración sean tan malos como se asegura.

—No sé —contestó Josui.

Y suspiró, disgustada. Frunció el entrecejo y la animación se extinguió en su rostro, a pesar de la primavera.

Oyéndola suspirar, su madre meditó. ¿Contaría a Josui la visita del americano?

Más valía no hacerlo, aunque la noticia fuese interesante. Comenzó a guardar las fotografías en sendos envoltorios de papel de seda.

—Voy a cambiarme de ropa —anunció Josui.

Salió y tornó a cerrar el biombo. Su madre se alegró de no haber dicho nada. En la duda, siempre vale más callar.

En el rincón privado que se le destinaba en aquella casa que, con sólo apartar unas mamparas, se convertía en un solo y vasto aposento, Josui se miró largamente al espejo. Se arrodilló luego y contempló el jardín, sobre el que se proyectaban los postreros resplandores de un sol moribundo. El espejo se hallaba incrustado en el interior de la tapa de una baja cómoda china, de caoba, y no medía más de un pie de altura. Josui había sustituido sus ropas de colegio por un kimono de color rosa pálido, con una rama de flor de melocotonero bordada en el mismo color, pero algo más intenso.

¿A qué llamarían belleza los americanos? Ella, desde luego, no se veía fea. Tenía la piel tan blanca como el jugo de las almendras. Quizá su labio interior fuera demasiado grueso. También acaso tuviera demasiada, excesiva vitalidad. Sus mejillas, sonrosadas como las flores del albérchigo, compelián ventajosamente con el color del kimono. Sus ojos eran típicamente japoneses. Probablemente aquel americano los encontraría desagradables, aunque Josui tenía dobles los párpados, cosa que no les ocurre a muchas japonesas. Para un americano su nariz resultaría, sin duda, demasiado chata.

De estar en América ahora, ¿volvería a recuperar la amistad de sus excompañeras? Al fin se habían desalojado los campos de concentración. Los americanos volvían a ser afables con los nipones. No surgían incidentes, o, al menos, surgían muy pocos. Muchos grandes rotativos habían elogiado la bravura desplegada en Italia por el batallón al que pertenecía Kensan.

Incluso algunos mencionaban al propio Kensan, que había ido en vanguardia cuando su unidad recibió orden de tomar una altura. Y como marchaba entre los primeros, fue de los primeros en morir.

«Más vale no ser demasiado valientes», había comentado su madre, llorando, cuando vio en un diario americano la fotografía de su hijo.

Si al día siguiente se encontraba Josui con el americano, ¿qué haría? No debió darle su nombre. Por otro lado, el negárselo hubiese constituido una descortesía. Miró la estrecha tarjeta que él le había entregado y pronunció su nombre con voz apagada: «Allen Kennedy». En su hogar le llamarían Allen a secas.

¿Qué significaba aquel nombre, y cómo traducirlo? Lo ignoraba.

El apellido también debía de encerrar algún significado. «Ken-nedy...». ¿De

dónde procedería el joven?

Se guardó la tarjeta en el pecho y volvió a contemplarse en el espejo. Se fijó en la curva de sus labios y en su manera de entornar los párpados. Llevóse los dedos a las mejillas y las encontró ardorosas. En cambio, sus menudas manos estaban frías. Como siempre, por supuesto. Si él intentaba cogerle la mano para estrechársela al estilo americano, ella no se lo permitiría. La palma de la mano de una joven ha de mantenerse aislada con el mayor recato. No debe tocarla negligente un desconocido. Sólo el esposo posee el derecho de acariciar las palmas de las manos de su mujer.

Mientras reflexionaba así, se corrió el biombo y se presentó Yumi, la criada, vestida con un quimono de algodón azul. Su rostro aparecía tan inexpresivo como siempre. Miró fijamente la imagen de Josui reflejada en el espejo.

—Su padre desea que vaya a verle —dijo la mujer—. Le encontrará usted junto a los pinos.

Josui bajó la tapa de la cómoda.

—Dile que ahora voy —repuso.

El doctor Sakai paseaba por el jardín, a la sombra de los pinos, cuando Yumi se acercó a él. Bajo sus pies era muy suave el césped y flotaba en el aire un límpido olor a resina fresca, caldeada por el sol.

—Su honorable hija viene en seguida —manifestó Yumi, inclinándose ligeramente.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó el doctor.

—Mirándose en el espejo —respondió Yumi.

Se alejó, dejando al doctor Sakai inmóvil de asombro. ¡Mirarse Josui al espejo! ¿No era eso muy significativo? ¿Habría ella visto también al americano? Podía haberle conocido por la mañana y cambiado con él unas cuantas palabras fútiles. Los soldados americanos interpelaban a las mocitas cuando se les antojaba, y Josui era linda, muy linda... Había que averiguarlo todo. ¡Nada de secretos! Los americanos no merecían confianza en lo concerniente a asuntos de mujeres. El doctor tenía que andar con precaución si no quería que confundiesen a su hija con una geisha o con una mujer de la calle.

Josui, que avanzaba muy lentamente, advirtió en el acto la sombría mirada de los penetrantes ojos de su padre. Sotan había enarcado exageradamente las cejas. Fruncía el ceño, y desde el arranque de su nariz se elevaban oblicuamente dos rayas negras, como las alas de un pájaro o de una mariposa. Aunque resultaba absurdo comparar con una mariposa o un pájaro al padre de Josui...

Incapaz de contenerse, Sotan Sakai estalló:

—¡Tengo la certeza de que me encubres algo!

No avezada a exabruptos de aquel estilo, la muchacha se sobresaltó. En América su padre había sido una persona de temperamento brusco, fácil en el enojo y pronto en el arrepentimiento, sin perjuicio de que nunca lograra dominarse cuando se encolerizaba. Pero en los años transcurridos desde la repatriación el doctor,



paulatinamente, se había trocado en un hombre taciturno y tranquilo, que conseguía vencerse a sí mismo mediante el ejercicio de la meditación.

Josui alzó la cabeza.

—¿Qué puedo encubrirte?

—No me tengas por tan estúpido como imaginas —repuso él, con violencia—. Además de médico soy psicólogo. Tu actitud ha cambiado. No eres igual a como eras anteayer. Algo te ha sucedido.

Aunque el doctor procedía por instinto, su clarividencia pasmó a su hija. ¿Tan fácilmente revelaba ella sus reacciones a su padre?

—Realmente no me ha ocurrido nada —contestó—. Pero el ver a los americanos hoy me ha hecho recordar muchas cosas que creía haber olvidado. Ten en cuenta, padre, que he vivido quince años en América y sólo cinco aquí.

Con un movimiento de la cabeza el doctor dio a entender a la muchacha que debía pasear a su lado. Sakai se sentía demasiado irritable, agotado y nervioso para sentarse. Ella, comprendiéndolo, le acompañó en su paseo bajo los pinos. Estaba muy avanzado el crepúsculo y la claridad que persistía en el cielo después de la puesta de sol, ponía tonalidades fosforescentes en el verdor de los musgos y hierbas.

—Debes confiar en mí —dijo el doctor—. Tienes que hacerlo. En cierto sentido tú eres todo lo que tengo e incluso todo lo que he tenido. Tu madre ha sido buena para vosotros y para mí. No se le puede pedir más. Pero tú posees una mentalidad como la mía. Quisiera tratarte con toda camaradería. Tu hermano era como tu madre, pero tú eres como yo.

—Soy muy diferente —respondió ella, con súbita rebeldía.

—Ahora eres más diferente de lo que serás cuando transcurra el tiempo —alegó él—. En este momento la natural diferencia entre distintas generaciones está muy aguzada en ti. Pero cuando organices tu vida y no necesites sublevarte contra mí para demostrarme tu independencia, descubrirás lo muy parecidos que somos.

Josui pensó que la protectora malla del amor paterno la oprimía demasiado estrechamente. Quiso hacer un esfuerzo para libertarse, pero el doctor, desde las alturas de su superioridad, la apretaba más cada vez. Sólo que ella llevaba en el pecho una arma, un sutil cuchillo capaz de cortar la asfixiante red, aunque le pareciese cosa más liviana que una nube cuando la tomó de manos del americano.

Sacó la tarjeta y, sin una palabra, se la tendió a su padre. Él examinó el nombre y, también en silencio, llevóse la mano a su propio pecho y extrajo otra tarjeta exactamente igual a la de Josui.

—¿Dónde has encontrado eso? —exclamó la joven, atónita.

—Lo mismo puedo preguntarte yo —respondió él gravemente.

—Me la dio... una persona...

—Esa persona vino a casa y entregó esta tarjeta a tu madre —explicó el doctor, más grave cada vez.

Los dos se contemplaron, él con una fiera expresión en el entrecejo; ella

sosteniendo su mirada, resuelta a no dejarse intimidar.

—¡Josui, Josui! —murmuró Sakai con voz profunda.

Ella inclinó la cabeza y, sin hablar, entregó la tarjeta a su padre, que se guardó las dos.

—Veo —dijo, hablando con tristeza y ternura— que no me engañaba. Ahora explícame, niña, lo que te ha ocurrido.

Ella se resistía a relatarlo. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Los dos reanudaron el paseo, Josui, alzando la manga de su quimono, se secó los ojos.

—Ten la bondad de no ocultar nada a tus padres —mandó él, tras un largo silencio—. No te prohibiré hacer cosa alguna, siempre que redunde en tu beneficio. Ahora me parece que si nos abandonases se me partiría el corazón, pero seguramente no sería así. Ya lo tengo partido de antemano.

Josui levantó la cabeza.

—¿Desde que murió Kensan?

—No. Mucho antes de que nacierais Kensan y tú. Yo era muy joven, y... Pero eso no hace al caso.

Josui pensó que, en efecto, no hacía al caso entonces lo que en su primera juventud le hubiese acontecido a un hombre rayano ya en la cincuentena. Por otra parte, no deseaba oír confidencias. A su entender, su padre debía de haber sido siempre el mismo: obstinado, imperioso, firmemente tierno, siempre empeñado en fiscalizar las vidas de cuantos le rodeaban. Ella debía pensar en sí misma.

—¿Por qué guardaste esa tarjeta? —preguntó el doctor, con un acento dulcemente afectuoso.

Conmovida por la blandura de su padre, Josui empezó a hablar, entre sollozos. Procuraba contenerse llevándose a la boca la manga del quimono.

—No lo sé. Nada hay que contar. Ese joven me paró junto al pórtico del hospital y me preguntó mi nombre. Yo se lo di. Eso es todo.

—¿Cuántas veces le has visto?

—Sólo hoy. Te lo aseguro. Hablamos un momento esta mañana y se marchó. La primera vez que al parecer, pasó junto a mí, iba con muchos otros y yo no reparé en él.

El doctor, una vez averiguada la verdad, se mostró bondadoso.

—No voy a censurarte por lo que ese hombre hizo. Por supuesto, podías haberte negado a decirle tu nombre. Cierto que, como antes señalaste, has pasado demasiados años en América...

—¡Yo no he dicho eso!

—Admitamos que sólo fueran, no demasiados, sino muchos años —condescendió Sakai—. Pero nunca regresaremos a América. Viviremos siempre aquí. Aquí está tu porvenir, querida hija. Aquí te casarás. No te forzaré a ello. Eso te lo aseguro. Toma para decidirte todo el tiempo que quieras. Sólo te advierto, hablando nuevamente como psicólogo —y procuró suavizar su voz—, que es mejor casarse jóvenes, cuando

se experimentan los primeros deseos. Cuando el deseo natural se desvanece, otros intereses lo sustituyen. En América he conocido a numerosísimas mujeres que habían perdido todo deseo natural. Absorbidas en sus carreras (cosa que no niego que sea buena en ciertos sentidos) habían prescindido de su femineidad. Veamos, pues, lo que procede hacer en tu caso. Si no optas por Kobori Matsui, puede buscarse otro joven. No quiero que me consideres como un tirano y un ogro.

Compadecida de aquel ansia de serenarla —ansia tras la que se traslucía un infinito amor—, Josui no quiso contrariar a su padre.

—Sólo me falta un año para concluir mis estudios en el colegio —dijo—. Quisiera esperar hasta entonces.

—De acuerdo —repuso él—. ¿Nos hemos entendido bien? ¿No hay más que decir?

—No —repuso ella, a regañadientes.

—Entonces...

El doctor calló, sacó las dos tarjetas y las hizo menudos pedazos. Inclínose, alzó una mata de alto musgo y hundió debajo, como en una tumba, los fragmentos de papel. Cubriólos con el musgo y se incorporó.

Así era. Entre los pinos comenzaban a volar las primeras luciérnagas.

Allen Kennedy se movió, nervioso, sobre los espesos colchones. Los lechos japoneses —pensaba— eran muy engañosos. Parecían blandos al principio, ya que estaban rellenos de plumón y cubiertos de seda y daban la impresión de poder hundirse en aquella suavidad hasta el infinito. Pero al fin se topaba con el bruñido suelo de madera, que molía los huesos de cualquier persona.

Cierto que acaso su desazón se debiera a que no se hallaba lo suficientemente fatigado para poder conciliar el sueño. Un deseo extático y punzante le quemaba la sangre. La bella japonesa había trastornado su usual dominio de sí mismo, sus planes y hasta sus hábitos. Aborrecía las brutalidades que en ciertos aspectos cometían los hombres en la guerra, y, sin embargo, él se sentía atenazado por idéntica lujuria. No se consideraba capaz de poseer a una mujer, por refinada que fuese, sólo pensando en su propio placer y, no obstante, ahora se notaba anheloso de hacerlo. Hubiese querido pensar en la muchacha como en una linda pintura, pero no lo conseguía. La japonesita se le aparecía como una mujer y como una mujer a la que ansiaba tener entre sus brazos.

Se incorporó bruscamente, se pasó los brazos en torno a las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas. No le satisfacía confundir de aquel modo el amor con el deseo. Cierta delicadeza instalada en él por su madre (una mujer menuda y frágil, pero de voluntad férrea), le había acostumbrado a no separar nunca el amor y el deseo. Para él, el amor debía preceder al deseo. Y por eso tenía vergüenza de sí mismo. Envidiaba a los groseros camaradas suyos que entraban en los lupanares, saciaban su sed sexual y salían jactándose de ello. Y su envidia era tanto mayor cuanto que le constaba que ellos no creían proceder groseramente. El Ejército estaba lleno de tipos así, que eran los que se daban mejor vida de todos. Pero él no podía dejar de ser lo que era. Ariel no lograría convertirse en Calibán.

Se levantó. Era tonto fingir que tenía sueño. Estaba muy nervioso. Se puso las ropas de noche que todos los hoteles japoneses suministraban a sus huéspedes. El buen gusto, en el Japón, resultaba invencible. Acaso por eso él amara tanto aquel país. La chaquetilla, de algodón barato, era de elegante corte y su color, azul y blanco, a rayas. El buen gusto nipón sólo fracasaba cuando pretendía imitar a los occidentales. Sin duda a la madre de Allen le hubieran entusiasmado también las exquisitas vasijas de alfarería, los primorosos grabados, las delicadas sedas que

ornaban todas las casas japonesas. La señora Sakai no había permitido al joven entrar en la suya, pero, por encima de su hombro, él había distinguido una hermosa perspectiva del interior, iluminado por un sol perlino que bañaba los biombos de papel. Había al final un jardín, con una argentina cascada.

Hasta entonces Allen Kennedy no había tenido oportunidad de tratar con japoneses educados. Los reglamentos prohibían estrictamente que nadie llevase japonés alguno a los acuartelamientos de las tropas de ocupación. Ni siquiera en los trenes estaba permitido mezclarse con ellos. Y la gente de categoría inferior no le interesaba a Allen. Para él una japonesa de clase baja valía mucho menos que una americana de clase equivalente.

En cambio, la joven a la que había visto junto a las flores del hospital tenía una casa tal como cabía esperar en ella. Se llamaba Josui, nombre que él no hubiese acertado a pronunciar si ella no se lo hubiera deletreado. Su inolvidable rostro era bonito y puro; sus ojos grandes, un tanto gordezuelo su labio inferior... Allen había acabado hallando bellos los ojos orientales. La joven hablaba el inglés tan bien como una americana, aunque acaso con menos facilidad. El acento era bueno. Y la voz muy dulce. Hasta el hecho de que estuviese bien educada la hacía parecer más insólita. Las muchachas niponas bien educadas se escondían y no daban a los americanos la oportunidad de tratarlas. Pero Josui, hecha a los usos de América, no procedía así. En cualquier caso, era tímida. A él le hubiese desagradado que no lo fuese.

Se paró en la puerta de su dormitorio, abierta a un jardincillo que no pasaba de ser un grupo de plantas que crecían en un entrante curvo del edificio del hotel. Había un estanque, diminuto como una palangana, y dos o tres árboles enanos.

¿No valía más preguntarse qué era lo que deseaba obtener de Josui? Suponiendo que él permitiera que su deseo se desarrollase —lo que sucedería si no acertaba a reprimirlo completa y rápidamente—, ¿en qué terminaría todo? El asunto sería desagradable y hasta podría provocar muchos disgustos. Indudablemente, Josui no parecía una Madame Butterfly a la que se toma y se deja.

La noche era quieta y oscura. Los contornos de las montañas, casi más sombríos que el cielo, se perfilaban vagamente en la lejanía. Kennedy había ido a Kioto para conocer sus bellezas históricas y no había visto ninguna. ¿Por qué no hacer lo que se había propuesto? ¿A qué tomar decisión alguna en aquellas horas de la madrugada? Le constaba que para él eran las peores entre las veinticuatro del día. Una deprimente melancolía solía acometerle en esos momentos, haciendo aflorar a la superficie lo peor que encerraba dentro de sí, y llevándole a dudar hasta de su propia alma.

Se encogió de hombros. Cuando amaneciera se levantaría, consultaría a su guía itinerario y se trazaría un plan. Permanecería en Kioto el tiempo necesario para conocer la ciudad y regresaría a Tokio. Estando ocupado olvidaría a la muchacha. O quizás ella, como las demás, procurara esconderse de él.

Una vez tomada esta decisión, se sintió más tranquilo. Volvió a tenderse en los colchones y cerró los ojos. Sus músculos se relajaron, sus huesos dejaron de sentir la

molestia de la madera, y el pulmón le pareció cálido y suave. Se había enfriado al salir a la puerta.

De haber llovido al día siguiente, le hubiera sido fácil a Josui quedarse en casa. La clase era de matemáticas y ella las aborrecía. Debía de haber sentido frío o nerviosidad por la noche, o al menos así lo imaginó al ver los edredones caídos al suelo.

Solía dormir con una almohada blanda. De dormir con una dura, como hacían las otras muchachas japonesas, no le sería tan fácil dar vueltas en la cama. Pero la tragedia de Josui consistía en que no acababa de adaptarse a la manera nipona de vivir. Sus padres, en eso, se mostraban más decididos. Mejor dicho, su padre insistía en que lo fuesen, y la madre obedecía. Por esa razón Josui se empeñaba en mantener enhiesto el estandarte de algunas de sus menudas rebeliones, entre las que figuraba la de la almohada blanda. Incluso se rebelaba, en cierto modo, por favorecer indirectamente a su madre.

Mas el día no era lluvioso, sino despejadísimo. Se alzaba el sol en un cielo sin nubes y sólo en las montañas se percibían algunas volutas de neblina que no tardaría el calor en disipar. Josui se sintió obligada a levantarse y, como el día era bueno, se consideró obligada también a ponerse un vestido limpio, de color amarillo pálido. Sin saber por qué, aquel día le hubiese agradado ir a la escuela ataviada con un quimono, pero sus condiscípulas se hubieran sorprendido. Una vida y otra —la occidental y la japonesa— estaban tajantemente separadas.

El vestido amarillo era suave al tacto y no tenía los usuales y duros botones blancos. Un estrecho cuello de niveos bordados armonizaba con el negro cabello de la joven. No tenía costumbre de ponerse aceite en la cabeza, y en eso se distinguía también de las demás muchachas. Los finos pelillos que le caían sobre las sienes no estaban rizados, pero tampoco quedaban lacios del todo.

Su padre la miró fijamente cuando la vio llegar y pedir el desayuno.

—Hoy voy al colegio más temprano que de costumbre —anunció Josui—. De ese modo podré dedicar una hora al estudio de la Trigonometría.

Sakai comprendió que el cambio de horario tenía por objeto eludir un posible encuentro con el americano. Si el extranjero esperaba a la joven, lo haría seguramente a la misma hora que el día anterior.

—Por lo menos encontrarás más fresco —repuso el médico—, porque hoy va a hacer bastante más calor que ayer.

Se desayunaron en silencio. La madre no pronunciaba una palabra. Se levantaron, e inmediatamente Josui salió al jardín para buscar —como buscaba siempre, cualquiera que fuese la estación— flores, hojas o ramas destinadas al tokonoma. Ello constituía un entretenimiento, a la par que una ocupación. Su padre criticaba usualmente cuanto la muchacha hacía, de manera que si alguna vez formulaba una alabanza había que guardarla, en la memoria, como un tesoro.

La joven paseó por el vasto jardín, buscando plantas adecuadas. Puesto que corría la primavera no convenía prodigar demasiado las flores. Las flores sólo abundaban en verano, y procedía acomodar los ornamentos a las estaciones.

Optó por prescindir de los lirios de agua. Las plantas acuáticas no debían combinarse nunca con las de tierra. Buscando, encontró unos mirtilos azules en flor, semiescondidos por las frondas purpúreas de un arce. Cortó una rama de éste, con mucho cuidado de que no se notase la falta, y partió en dos un largo vástago de mirtilo. Con ello le bastaba.

Media hora pasó ante una mesa, junto a la cocina, disponiendo la ofrenda. Según le habían enseñado, permanecía exactamente enfrente de la vasija, baja y oblonga, que había escogido. Allí colocó cuidadosamente la rama, el vástago y las flores, procurando orientarlas en dirección al sol, al que por naturaleza se vuelven todas las plantas.

Su arreglo comprendía tres partes. La rama, más alta que lo demás, quedó situada detrás del vástago, y las flores azules estaban por un lado más bajas que por el otro. Absorta en lo que hacía, no reparó en que su padre la miraba desde el cuarto de meditación, donde solía permanecer algún rato antes de ir al hospital. Hariko, atareada en la cocina, contemplaba a su hija también. Satisfecha por la inclinación que, al parecer espontáneamente, tomaba el vástago, Josui llevó cuidadosamente el jarrón a la hornacina y lo depositó allí. No retiró las húmedas hojas de sauce que también había, pero cambió otro detalle del ornamento. Puso una pieza de jade, de corte irregular, encima de un pequeño soporte de palo de rosa y se retiró unos pasos para observar el efecto que producía el conjunto.

—Muy bien —dijo la voz de su padre.

La joven se volvió, sonriendo. El doctor, ya vestido con ropas occidentales, se disponía a salir. Las prendas de corte europeo no le sentaban mal. Tenía en la mano su sombrero de fieltro, su bastón, sus guantes. Su traje estaba cuidadosamente limpio y planchado. Pero con ello no resultaba japonés. Ningún japonés usaba los vestidos occidentales con aquella soltura. Ésa era una de las cosas que reavivaban en Josui sus memorias de América, pero sabía que no era oportuno expresarlo.

—Has hecho una buena combinación —manifestó Sakai—. Claro que no sé si el azul de los mirtilos y el rojo del arce... Pero, en resolución, ha quedado bien. Es original. Y el jade entona a maravilla con el color de las ramas de sauce húmedo.

Hizo un signo de aprobación, esbozó una leve sonrisa y salió.

Así empezó y así continuó el día. Josui oteaba de antemano las calles que iba



recorriendo, para cerciorarse de que el americano no estaba cerca, mas no modificó su usual itinerario. Entró en el colegio, subió al salón de estudio y se aplicó diligentemente a los libros.

La Trigonometría tenía la ventaja de que le obligaba a concentrar el pensamiento. Josui trazaba círculos cuidadosamente, inscribía triángulos en ellos, medía los ángulos... Era una tarea rutinaria, bella, a su modo, pero seca y carente de vida. Lo mismo sucedía con el estudio de las cristalizaciones minerales y de los fósiles de los seres que existieran antaño y que no eran ya sino simétricas formas de las que el espíritu había partido, enfriando para siempre la imaginación viva y el excitado corazón.

Trabajaba con ahínco, sin alzar la cabeza no siendo para responder a algún saludo. Avanzaba el día. Fue al aula y volvió. Se sentía ausente, aislada, despreocupada de todo. Terminadas las clases, salió, camino de su casa, un tanto antes de lo usual. Las calles estaban completamente vacías. Sin duda el americano había marchado a Nara para unirse a sus compañeros. No existía razón alguna que se lo impidiera. Indudablemente la joven no volvería a verle jamás.

Al día siguiente se sintió indispuesta. La mañana era aún más espléndida que la del día anterior, pero Josui estaba tiritante y abatida. No salió de su alcoba. Su madre, notándolo, envió a Yumi para que averiguase lo que le pasaba a la muchacha.

—Siento una tristeza rara —dijo Josui—. Me parece que estoy enferma.

Yumi llevó la alarmante noticia al doctor y a su esposa. Los dos se miraron.

—Has procedido muy duramente con ella —indicó la señora Sakai, en tono de suave reproche, a su marido.

Era una mujer tan mansa que hasta los reproches los formulaba con una voz dulcísima.

—No he procedido duramente ni de ningún modo —replicó el doctor—. Ayer apenas hablé con ella, no siendo para elogiar la forma en que había dispuesto las flores. Y por la noche ya sabes que volví muy tarde.

—Pero el día anterior la reprendiste —insistió la señora Sakai.

—Llegamos a un acuerdo los dos —alegó el médico con firmeza—. Recuerda que buen aspecto tenía ayer y lo bien que preparó el tokonoma. Se hallaba absolutamente tranquila.

—Pues esta mañana —manifestó la mujer— las flores estaban marchitas. Tú mismo puedes verlo. Eso significa que ayer la muchacha tenía febriles las manos.

Levantóse y se alejó. Sus pies rozaban el suelo silenciosamente. Entró en el cuarto de su hija y la miró. Las manos de Josui se apoyaban en la colcha de seda. Tenía los dedos entrelazados e inmóviles. La señora Sakai, arrodillándose, puso tres de sus dedos en la palma de la mano de Josui.

—Te noto la piel seca. Tienes calentura —dijo—. Voy a advertírselo a tu padre.

—Pero me hará tomar alguna medicina amarga —quejóse Josui.

—Será por tu bien.

La mujer, incorporándose, contempló con ansiedad el lindo rostro hundido en la blanca almohada.

—Cuéntame lo que te pasa —le rogó.

—Nada —suspiró Josui—. Eso es lo grave. Que no tengo nada, nada. Estoy completamente vacía de sentimientos.

—Mal asunto es ése —comentó la señora Sakai—. A tu edad deberías sentir algo, aunque sólo fuera descontento.

Josui no respondió y la señora Sakai volvió, muy agitada, al lado de su marido.

—Vete a ver lo que le pasa a la niña. Asegura que no siente nada. Pero no se ha levantado. Tiene muy calientes las palmas de las manos. No acierta a explicar lo que le ocurre.

—Pues entonces la cosa no tendrá importancia —repuso tranquilamente el doctor.

Levantóse y salió del cuarto, no sin inclinarse un momento para recoger el maletín del instrumental. Todo estaba en orden, todo preparado y esterilizado, con el termómetro hundido en un recipiente de alcohol. Llegó a la alcoba de su hija, dio un golpecito en el biombo y entró.

—¿No sientes nada, de verdad? —preguntó afablemente.

—Nada —respondió Josui, sin mirarle.

—¿No me escondes algo? —dijo él, con más severidad.

—Nada —repitió ella.

El doctor introdujo el termómetro en la boca de su hija y se arrodilló a su lado. La inquietud daba a su rostro una expresión muy grave.

—¿No viste ayer al americano? —preguntó de improviso.

Ella negó con la cabeza.

El doctor esperó unos minutos y al fin retiró el termómetro.

—No vi a nadie —explicó entonces la joven—. Fui a la escuela, asistí a clase y volví.

—¿Y cuándo has empezado a observar esa rara sensación de vacío? —preguntó él—. Porque no tienes fiebre.

—Me desperté esta mañana sin ganas de levantarme.

Por prudencia, el doctor calló lo que pensaba. Aquella impresión de vacío, ¿se debería a no haber encontrado al americano?

—Puesto que te encuentras así —indicó—, lo mejor es que no te levantes. Come poco, duerme si puedes y no te acalores la cabeza con preocupaciones. Si me mandáis aviso, vendré inmediatamente a casa.

—Gracias, padre.

Él, levantándose, contempló escrutadoramente el semblante de su hija. Lentamente los párpados de la joven fueron bajándose y al fin se cerraron. Tenía la faz muy pálida.

Sakai recogió el maletín del instrumental, y, al salir, encontró a su mujer esperando junto al biombo.

—Josui no está enferma —manifestó el doctor con naturalidad—. Se trata de un agotamiento, debido acaso a la intensidad de la primavera. Ya sabes qué tarde vino el invierno y qué repentinamente cambió el ambiente. Eso, para una muchacha tan sensitiva como Josui, siempre resulta extenuante. Le he mandado que se quede en cama.

—Gracias —murmuró la señora Sakai, reconocida—. Ahora ya sé lo que conviene hacer.

Después de que el doctor hubo salido, invadió la casa un denso silencio. La señora Sakai quitó de la hornacina los mirtilos y se pronunció mentalmente contra toda la disposición del tokonoma. Vació el jarrón oblongo, lo lavó y lo retiró. Sustituyólo por un búcaro alto y estrecho, en el que colocó una rama de bambú, de nuevas y verdes hojas, amén de dos grandes margaritas blancas que crecían a la sombra de los bambúes. Nunca había aprendido a disponer oportunamente las flores, y por eso rara vez lo hacía. Pero la forma en que dejó colocados aquellos ornamentos le agradó, tanto más cuanto que su esposo no estaba presente para censurarla.

Terminada la tarea, examinó su obra. En aquel momento se acercó Yumi.

—No tenemos pescado —dijo con su voz sin inflexiones.

—¿Cómo es eso? —exclamó la señora Sakai, sintiéndose repentinamente agitada—. Ayer teníamos un pez vivo, suficiente para la comida de hoy. Yo misma lo eché al estanque.

—Pero ha muerto.

—¡Imposible! —protestó la señora Sakai.

La criada acertaba. Por alguna desconocida razón, el pez había muerto. Yumi lo sacó del diminuto estanque, situado junto a la cocina y que no pasaba de ser un barreño hundido en el suelo, para conservar fresco y vivo el pescado. El pez permanecía inmóvil, con los ojos marmóreos, las escamas rígidas y el cuerpo hinchado.

—Entiérralo —dijo tristemente la señora Sakai—. Yo misma iré al mercado y compraré más en la pescadería. Es posible que el pescadero diera de comer a ese pez algo raro para que pesara más.

El mercado no estaba lejos y Yumi quedaba en la casa.

La señora Sakai abrió un tanto el biombo y divisó a Josui dormida. La muchacha yacía de espaldas con los ojos cerrados, y respiraba con normalidad. Su madre no quiso despertarla. Salió sigilosamente, congratulándose de que, pasárale a Josui lo que le pasara, ello no le impedía conciliar el sueño.

—La niña está dormida —dijo a Yumi—. En seguida vuelvo.

—Adiós, señora —contestó Yumi.

Y se preparó a lavar unas ropas en el patio. Cuando la dueña de la casa volviera, a Yumi le quedaría tiempo de sobra para limpiar el pescado y preparar las legumbres.

El día era muy bueno. El sol calentaba el patio. Yumi se había levantado tan temprano como de costumbre. Así, terminado el lavado, que duró pocos minutos, la

mujer se sintió soñolienta. Reinaba en la casa una intensa quietud. ¿Por qué no dormir unos minutos junto al fogón? Nadie lo sabría. Si llegaba la señora, se limitaría a decirle que estaba preparándose a encender la lumbre. Se tendió, pues, en el suelo, con la cabeza apoyada en un madero, e instantáneamente se sumió en el sueño.

Yumi era una muchacha campesina, saludable, recia, siempre dispuesta a comer o dormir. Y cuando dormía lo hacía tan profundamente, que costaba inmenso trabajo despertarla. Por ello no percibió el ruido que alguien producía llamando a la puerta. La del jardín no se cerraba nunca y la señora Sakai la había dejado ligeramente entornada.

En cambio, la llamada despertó a Josui. Tenía el sueño ligero y además su alcoba se hallaba contigua a la entrada. Percibió fuertes golpes, dados primero con el puño y después con la palma de la mano, en la madera. Finalmente sonó la campanilla. Josui, ya completamente despierta, llamó primero a su madre y después a Yumi. Nadie respondió. El visitante insistía en aporrear la puerta. La joven hubo de levantarse, se envolvió en su quimono de seda rosa, se alisó el cabello y, andando de puntillas, se dirigió al pórtico, desde donde podía ver al que llamaba, sin ser vista, puesto que él le daba la espalda.

Allí estaba Kennedy. Golpeaba la puerta y no había nadie que le contestase. La muchacha retrocedió y se apoyó en la pared de madera del edificio, para impedir que el americano la divisase. Si permanecía silenciosa, el teniente, creyendo que la casa estaba vacía, desistiría de seguir llamando.

Josui permaneció inmóvil. Los golpes cesaron. Convenía averiguar si el joven se había ido. Josui asomó la cabeza con muchas precauciones, para cerciorarse. Pero el americano no se había ido. Permanecía sentado en el peldaño que daba acceso a la puerta, mirando a todos lados.

La muchacha se retiró y con mucha premura, pero no con la suficiente. Oyó reír a Kennedy. La voz alegre del joven, profunda, lenta y halagadora, exclamó:

—¡La veo, Josui Sakai!

Ella no se movió. Le faltaba el aliento. Si volvía a su alcoba, ¿la seguiría él? Eso, ¡oh!, sería muy incorrecto. No, aquel hombre no tenía por qué entrar en su cuarto. ¿Dónde estaría su madre? ¿Dónde Yumi? ¿Cómo se marchaban las dos dejándola dormida?

La voz de bajo del teniente volvió a sonar, perezosa y risueña.

—¿Viene usted a buscarme, o voy a buscarla yo a usted?

Ella procuró cobrar ánimos. Se apretó más el quimono a la cintura y a la garganta. No quería que él la viese los descalzos pies, encajados en zapatillas, bajo la larga falda. Se apartó con dignidad.

—Mi madre ha salido por un momento. Volverá en seguida. Voy a buscar a Yumi, la criada.

Y, proferidas estas palabras, Josui volvió a la casa y en voz aparada empezó a llamar:

—¡Yumi! ¡Yumi!

No hubo la menor respuesta. Desde fuera, la cocina parecía desierta. A Yumi no se la encontraba en ninguna parte. ¿Qué le cabía a Josui hacer sino acudir a la puerta ella misma?

—Mi madre volverá en seguida —balbuceó, sintiendo el rostro, acalorado y ruborizado.

—No he venido a visitar a su madre —repuso el americano.

Se levantó, se quitó la gorra y empezó a darle vueltas entre los dedos.

Josui estaba desconcertada. ¿Cómo reaccionar? No podía indicar al visitante que pasara. Su madre no lo aprobaría. Ni nadie.

—¿No ha ido usted hoy al colegio, Josui Sakai?

—No —tartamudeó ella—. Me sentía fatigada.

—Parece usted una rosa en flor —observó él.

La joven, sin darse cuenta, se retorció las manos.

—Presumo —comentó el americano, observando tal movimiento— que no le agrada verme aquí.

—No es eso —arguyó ella—, sino que por el momento estoy sola, y...

—... Y, como es usted una muchacha correcta, no sabe qué hacer.

La joven había cometido un error al decir, atolondradamente, que estaba sola.

—Haga el favor de marcharse —murmuró.

Josui ignoraba que sus ojos resplandecían, que sus labios estaban rojos e incitantes y que su bonito rostro era como una flor abriéndose bajo el sol mientras miraba al americano.

Kennedy dio un paso hacia ella. La tortura del deseo reprimido se posesionó de todo su cuerpo. No sabía negarlo. Se hallaba ciego. Ni veía ya el semblante de la muchacha ni acertaba a parar el movimiento de sus propios pies. Se inclinó hacia la joven. No quería ceder al apremio que le agujoneaba y sabía, sin embargo, de antemano, que cedería. Por el momento bastaría besar los labios, delicados y puros, de la joven en aquel primoroso jardín, donde el aire estaba cargado de perfumes y donde no se percibía otro rumor que el de la argentina cascada.

La joven se hallaba sola. Ella misma lo había asegurado. Exhalando una especie de sordo gruñido, Kennedy ciñó entre sus brazos a la muchacha, con una tremenda ternura, atrayéndola lentamente hacia él. Vio su rostro bajo el suyo y reparó en sus labios frescos. Inclinó la cabeza, apoyó su boca en la de Josui y bebió literalmente su jadeante aliento. Retirando del talle de la mujer una mano, le sujetó con ella la cabeza. Ella intentaba volverla a un lado y a otro, pero al cabo dejó de defenderse y permitió que él la abrazara y la besara.

Aquél era el momento que el americano había esperado toda la noche, el prolongado momento que ella no había imaginado jamás que durase tanto. Finalmente casi desfalleció en los brazos del joven. Él se apartó un tanto, aunque sin soltar la cintura de Josui.

Ella no osaba mirarle. Ni huir tampoco. Apartó la cabeza y apoyó la mejilla en el hombro del americano para que él no pudiese verle la cara. Allen, a su vez, reclinó la cabeza en la negra y suave cabellera de la muchacha.

—Tenía que ocurrir —murmuró.

Josui no respondió nada. Él le cogió la fina barbilla y acercó de nuevo su rostro al suyo propio.

—¿Verdad que sabía usted que esto tenía que ocurrir? —insistió.

—No sé —balbució la muchacha—. No lo había hecho nunca.

El oír confesar su inocencia a la joven, llenó de deleite a Kennedy.

—¡Oh, amor mío! —musitó, inclinando la cabeza.

—¡Otra vez no! —protestó ella—. Ha sobrado con la primera. ¿Y qué voy a hacer ahora? ¿Qué significa esto?

—Significa que te quiero.

—¡Si no me conoce usted!

—Un hombre no necesita conocer a una mujer para amarla. Amándola, aprende a conocerla.

—Pero estamos en el Japón.

—Y tú y yo somos un hombre y una mujer.

Josui miraba la puerta del jardín. Su madre regresaría de un momento a otro. Indudablemente habría ido al mercado, como solía, y era probable que Yumi la hubiese acompañado.

—No puedo estar más aquí. Mi madre volverá inmediatamente.

—¿Qué más da? Hablaré con ella.

—¡Oh, no! —exclamó la muchacha presurosamente—. Las cosas no son lo fáciles que usted se figura. Mi padre aborrece a los americanos. Y a mí me quiere con delirio.

Al mencionar a su padre, Josui retrocedió. El americano, notando el cambio que se había producido en la muchacha, la soltó.

—¿Obedeces en todo a tu padre, Josui?

—Quisiera no haberle desobedecido nunca.

—¿Me darás una posibilidad...?

—¿De qué?

—De permitirme conocerte mejor.

—¿Cómo lo conseguiremos? —preguntó Josui, con un suspiro.

—Ya daré yo con algún procedimiento, querida.

Josui había olvidado la expresión «querida», que antaño usaba tanto Kensan para dirigirse a su novia. Era una palabra de amor. Una palabra que, proferida con el tono profundo y anheloso del americano, la hacía temblar de pies a cabeza. ¿Dónde cabía encontrar un cariño así? Tan sólo en América. Allí la gente no temía entregarse al amor.

Levantó súbitamente la cabeza y miró al joven.

—Confío en ti. Allen —dijo—. ¿Puedo llamarte Allen y tutearte? ¿Pronuncio tu nombre bien?

—Lo pronuncias como me gusta que lo hagas.

Josui notó que el teniente volvía a inclinarse hacia ella.

—¡Vete, vete! —suplicó.

—¿Dónde volveremos a vernos? ¿Vengo aquí?

—No. Yo buscaré algún otro medio. Tengo que pensarlo.

—¿Te espero mañana, junto a las wisterias?

—Sí...

Él acercó su rostro al de Josui y sus labios oprimieron los de la joven con dulzura, pero con imperioso anhelo. Los dos se sentían extáticos. Y ella no tenía ya la menor duda. Amaba a Allen.

De repente se percibió un suave crujir de hojas. Oyéndolo, los dos se sobresaltaron. Se separaron y miraron los bambúes que inclinaban sus ramas sobre la puerta. Las hojas nuevas, muy verdes, se movían al impulso de una leve ráfaga circular de viento, que giraba cual un diminuto remolino.

—¡Qué raro! —dijo Josui en voz baja.

—¿Habrá entrado alguien? —preguntó él, perplejo.

Por un momento, olvidándose de sí mismos, los dos examinaron las oscilantes hojas. Luego, recordando que aún seguía entre los brazos de Allen, Josui se desprendió de ellos y entró corriendo en la casa.

Había cometido una maldad inconcebible. ¿Cómo se había doblegado a semejante cosa?

Milagrosamente recobrada, al día siguiente salió camino del colegio, vistiendo un trajecito amarillo y empuñando un pequeño quitasol blanco con flores, amarillas también, bordadas en la seda. Sus padres nada dijeron y ella nada dijo. Llevaba bajo el brazo unos cuantos libros y una caja con lápices recién afilados. Era evidente que iba a estudiar de firme.

Al menos, eso se proponía.

Pero Kennedy la alcanzó antes de que llegara a la puerta del colegio. El joven estaba esperando desde muy temprano. Su uniforme, aquella mañana, aparecía planchado y limpio, y su agradable rostro se hallaba muy bien rasurado. Sus ojos eran tan azules como el agua marina en un día de sol.

—Te aguardaba para tentarte —dijo.

Ella se asustó. En un día tan hermoso, ¿a qué tentación cabía resistirse? Necesitaba recordar que era una muchacha honrada. Asumió un talante grave. Deploró no usar gafas, como algunas condiscípulas suyas.

—Me alegro de que seas tan bella —prosiguió él— porque eso facilita la tentación.

—Déjame —rogó ella—. Tengo que ir al colegio.

—Josui Sakai —impetró Kennedy—, piensa que sólo me quedan cinco días de permiso. No he visto absolutamente nada de Kioto, aunque es una de las más famosas ciudades del mundo. ¿Por qué no cumples el deber patriótico de acompañarme y mostrarme las cosas que debo conocer?

Ella, en su horror, había perdido el uso de la palabra.

—¿No te confío una tarea muy noble? —insistió él—. Yo soy un ignorante americano. No te recuerdo con esto que pertenezco a las fuerzas de ocupación de tu país. Por el momento quedemos en que soy un visitante. Deseo volver a mi patria llevándome una buena impresión del Japón. Por eso he querido conocer la más bella de las ciudades niponas. Cuando regrese a América, para no tornar al Japón, hablaré a todos de Kioto, diré que esta visita significó uno de los momentos más felices de mi vida, y añadiré que no olvidaré nunca sus bellezas.

Ella, contagiada por los brillantes y risueños ojos azules del joven, empezó a



sentir que también en su cuerpo palpitaba la risa.

—Es demasiado tentador —repuso—, pero no puedo acceder a lo que me pides. ¿Qué pretexto daría a los profesores? ¿Y si alguien nos viera juntos? Mi padre se incomodaría infinitamente.

Él se encogió de hombros bajo el limpio uniforme.

—Perdóname. Ya sé que en estas cosas la que sale perdiendo siempre es la mujer. Olvidemos la tentación y vete a la escuela.

La expresión risueña desapareció de sus ojos. Se dirigieron juntos hacia la puerta. Él llevaba los libros de Josui y ella recordó que en América, a veces, los muchachos cargaban con sus libros también. Era una costumbre muy generalizada. La joven caminaba lentamente, deplorando, en el fondo, que Kennedy no hubiera insistido más en su empeño. Sabía que no estaba procediendo bien, pero por otro lado, comenzaba a no saber distinguir el bien del mal. Si uno no se atuviera a tales discriminaciones, el obrar mal sería a veces muy placentero.

Miróle con el rabillo de sus almendrados ojos. Él la miraba también. El azul de sus ojos había vuelto a animarse y su boca se plegaba como en un esfuerzo para no reír.

—Yo escondería esos libros bajo las raíces de las wisterias —indicó Kennedy—. Son lo bastante grandes para ocultarte a ti misma. Luego los recogeremos.

—Bueno, sí... —accedió ella—. Yo misma los esconderé.

¡Increíbles palabras! Josui escondió los libros. No los vio nadie. Era muy temprano.

Empezaron a caminar a buen paso y embocaron una angosta calleja.

—Háblame de Kioto —dijo Allen, como si tuviera verdadero interés en ello.

Josui le respondió con toda seriedad, para tranquilizar su atónita conciencia.

—Es una ciudad muy vieja, capital de nuestro país durante un millar de años. Contiene mil cuatrocientos antiguos templos budistas. Los habitantes pasan de un millón. Existen unos espléndidos palacios imperiales, y nuestros viejos jardines son los mejores del mundo.

—Deliciosa guía mía —repuso él—, llévame a verlos.

Imaginaba que en un jardín existirían lugares recatados, grutas, rocas, quietos estanques, setos, bancales de arbustos... Y se sintió decepcionado cuando vio los lugares a que le conducía Josui.

—El templo de Roanji —explicó la joven—. Y éste es el Jardín de Piedra, uno de los más famosos de todos.

Se hallaban ante un árido rectángulo, circuido por una tapia baja. Secas rocas emergían como islas en medio de un mar de blanca arena sobre la que se habían trazado largas, anchas e inmóviles curvas.

—¿Es esto un jardín? —exclamó Allen, tan desconcertado que incluso olvidó sus proyectos del día.

Había allí algo incomprensible para él. Una dignidad inmensa, inexplicable...

—Ciertamente —dijo Josui con gravedad—. Cuenta las piedras.

Había quince grupos de cinco y dos rocas, de cinco y tres y de tres y tres.

—Todas las peñas no fingen islas —explicó Josui—. Algunas adoptan formas de animales. Mira éstas —y señaló con su diminuto dedo—, y dime si no parecen aves acuáticas en reposo.

Las piedras eran naturales, sin esculpir, sólo desgastadas por el viento y la lluvia, y habían sido llevadas allí para que allí reposaran perennemente. Era verdad que varias recordaban los perfiles de los patos silvestres.

—¿Comprendes tú el simbolismo de este jardín? —preguntó el americano.

—No del todo —confesó ella—. Sólo lo conozco por que mi padre me ha traído aquí. Él sí comprende su significado. Al menos así lo afirma. Este jardín simboliza la pureza del alma del hombre que lo construyó. Es un lugar muy famoso y muy viejo. Si pasásemos aquí, en silencio, algunas horas, acabaríamos identificándonos con este ambiente.

Kennedy movió la cabeza.

—Yo no. Prefiero la vida.

Ella, pacientemente, condujo a su acompañante a un verde jardín contiguo a un arcaico palacio. El paraje era encantador. Unas bajas colinas parecían unir aquel vergel con el cielo. Pero tampoco allí había sitios propicios para el amor. Era un jardín bien cuidado, y vigilado, además. Kennedy no distinguió a algunos jardineros —que acaso fueran meros paseantes—, pero no había soledad alguna que permitiese libertad para las efusiones afectuosas. El americano andaba impresionado y admirado, pero a la par se sentía confinado y cohibido. Ni siquiera osaba tocar la mano de Josui. Incluso ella le parecía demasiado remota. La joven se movía con la soltura de quien está en su centro, pero él no.

Antes de mediodía se sintió harto de palacios, templos y dioses.

—Tengo apetito —dijo de repente—. Hemos andado millas y millas sobre piedras bruñidas. Vamos a comer algo y luego tomaremos un coche y saldremos de la ciudad. Me agrada pasear por la campiña.

Ella asintió. Le parecía moverse en un sueño. Después de haber cedido en tantas cosas y de cometer el monstruoso pecado de disponer de un día por su cuenta, se sentía presta a todo. Este pensamiento hizo latir su sangre con más fuerza.

Mientras almorzaban se mostró bastante jovial, respondiendo a las ocurrencias del joven, contestando a sus preguntas, explicándole quiénes podían ser los pocos clientes de la pequeña fonda. Ciertamente que ella nunca había estado allí antes. Era un local oscuro, en una calle escondida, donde sólo el excelente puré de cangrejos, el buen té verde y el arroz, seco y níveo, hacían tolerable la permanencia.

Señalando a un hombre menudo y pálido, que vestía un traje gris, de alpaca, indicó:

—Un dependiente. Probablemente el dependiente de alguna tienda modesta.

Entró una muchacha de servicio a comprar cangrejos. Un viejo solitario comía

allí, en lugar de ir a su casa. También había un hombre de edad mediana que, amante de la buena comida, no podría, sin duda, gustarla en su hogar por los muchos hijos que probablemente tendría.

Más tarde, junto a la ladera de la montaña, Kennedy volvió a encontrar a Josui distante, remota...

Dejaron el desvencijado carruaje al pie del monte. El blanco penco que tiraba de él parecía adormilado, y el descuidado cochero se mostraba mudo, quizá por hallarse ante un americano de uniforme.

Escalaron la pendiente siguiendo un sendero de ladrillo rojo, entre bambúes. El lugar parecía solitario y, sin embargo, el joven no se sentía muy seguro de ello. Los ladrillos estaban bien barridos, los helechos, entre los macizos de bambúes, muy cuidados, y no había matojos ni espesuras. Al hallar un retazo de césped, Allen se detuvo.

—Sentémonos aquí —propuso—. Esto debe de ser blando como un cojín.

Ella obedeció y se acomodó, cruzando las piernas, a alguna distancia del joven. El sudor de su tersa piel humedecía los finos cabellos de su frente y sus sienes. Tenía los labios muy encendidos. Allen la contempló por un momento, preguntándose si debía acortar la distancia que los separaba. De repente, con brusco impulso, se acercó a ella y le tomó la mano.

—¡Josui!

Ella le miró con sus grandes y claros ojos.

—Háblame de América —dijo.

¡América! ¡Con lo lejos que América estaba en aquel instante de los pensamientos del teniente!

—He pasado la mañana guiándote a través del Japón —murmuró ella—. Ahora es justo que tú me guíes un poco a través de América. Recuerdo California bien, pero...

—Yo soy de Virginia.

—Pues háblame de Virginia, de tu familia y de tu casa. ¿Viven tus padres?

La muchacha no retiraba la mano ni se movía del lado de su galán. Pero hacerle hablar de Virginia y de su hogar equivalía a alejarle muchísimo de ella.

—Soy muy curiosa, ¿sabes? —insistió Josui.

Con desganado tono, el joven repuso:

—Yo habito en una población pequeña, cerca de Richmond... Bueno, quiero decir que allí está nuestra casa.

—¿Richmond?

—Richmond es la capital de Virginia. Una ciudad como Tokio, aunque no tan grande.

—¿Cómo es tu casa? —susurró ella.

Kennedy miró la mano de la joven y comenzó a jugar con sus finos dedos, desprovistos de anillos. Josui no usaba joyas de ningún género.

—Nuestra casa —explicó el americano— es amplia, de madera pintada de blanco.

La adornan seis grandes pilastras del mismo color. La construyó mi bisabuelo. Es vieja ya. La rodean un millar de acres de terreno, bosques, colinas y un río.

—¡Qué hermoso debe de ser eso! —suspiró la muchacha.

—Pasada la puerta se encuentra un zaguán del que arranca una escalera en espiral que llega hasta la techumbre. Los cuartos son los usuales.

—¿Dónde está el tuyo?

—En el primer piso, a la izquierda, dando a la fachada.

—Recuerdo que en América las casas suelen tener cuadros, cortinas y otras cosas semejantes...

—Y otras cosas semejantes, sí —coreó él.

—¿Camas y sillas también? —preguntó la muchacha—. ¿Con patas?

—Sí, con patas.

—¿Tu familia consiste en...?

—Mi padre, mi madre y yo. Nada más.

—¿Eres hijo único?

—Único.

Josui adoptó un aire solemne.

—Entonces los tuyos te considerarán demasiado valioso.

Él rió.

—A veces me lo parece.

Josui reflexionó.

—¿Cómo es tu madre?

—Creo que buena.

—Me refiero a su aspecto.

—¡Ah, vaya! Pequeñita, delgada, muy agradable. Y a la vez recia, muy recia.

—¿Y tu padre?

—Corpulento, tranquilo... y hasta yo diría que algo perezoso. Por lo menos, eso es lo que asegura mi madre.

—¿Qué profesión tiene?

—La de abogado, pero no la practica. Me parece que abandonó el Foro desde... desde que murió mi abuelo.

Ella comprendió que tal indicación significaba que la familia Kennedy era rica, pero delicadamente no quiso hacer alusión al dinero. Su mirada, por encima de los extremos de los bambúes, se fijaba en un minúsculo corte a pico que se abría en la montaña, a pocos pasos de donde ellos se hallaban. La ciudad de Kioto se extendía abajo, muy abajo, pero no tan lejana como a primera vista parecía.

—Tengo que volver a casa —dijo de pronto la joven—. He de estar allí a la hora de siempre, esto es, cuando terminan las clases.

Ello recordó a Kennedy que el día iba deslizándose rápidamente. Se tendió de espaldas en el césped y apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados.

—No te vayas todavía, Josui —rogó.

Ella le miró con una expresión incomprensible para el joven. ¿No denotaría temor aquella mirada?

—Tiéndete a mi lado, Josui.

Ella se opuso y se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—¿Por qué no, querida?

La joven no replicó. Se oprimió entre los dientes el labio inferior, que temblaba.

—¿Tienes miedo de mí? —preguntó él con ternura.

—Sí —confesó ella.

—No te haré ningún mal, cariñito.

Ella volvió a menear la cabeza negativamente.

—¿Has olvidado que te amo? —preguntó él, con más dulzura aún.

—No —dijo Josui—. Lo recuerdo continuamente. Pero ¿por qué me amas?

Y volviéndose, miró a Kennedy con los ojos muy abiertos. Había en ellos una expresión grave.

El americano se incorporó casi de un salto. Verdaderamente, ¿por qué la amaba? Las palabras de Josui le habían tornado imposible la consecución de lo que él deseaba.

—No lo sé —balbuceó—. Yo mismo me lo he preguntado. Atribuyámoslo, si quieres, a que estoy hambriento de amor. Y, como aquí no he encontrado ninguna mujer que me incitase a amarla, no siendo tú...

—Te vas dentro de pocos días.

—Pero volveré.

Josui sonrió.

—Pues entonces podemos esperar. No tenemos por qué precisar ahora los motivos de tu amor.

Y, levantándose casi con brusquedad, la joven permaneció en pie, mirando fijamente la faz anhelosa del americano. Después rompió a correr ladera abajo, ágil y rápida, mientras él la seguía (porque ¿qué otra cosa iba a hacer?), entre enojado y divertido.

Josui no paró hasta llegar al carruaje. Allí se detuvo y dijo, jadeando:

—No había corrido así desde que vine al Japón. En California corría, pero aquí... jamás.

El anciano cochero se agitó en su asiento. Se desamodorró el viejo jamelgo y resopló con fuerza.

—¿Damos ya por terminado el día? —preguntó el americano.

—Sí, el día. El día pasado contigo, A-l-len Ken-ne-dy.

Hasta entonces ella no había pronunciado el nombre completo del joven. Ahora lo articulaba separando y subrayando todas las sílabas. Allen creyó ver en ello una promesa de futuras citas.

Así, la mañana, que había comenzado para Josui de manera tan inverosímil, concluyó coronada de soñadora alegría. Halló sus libros donde los ocultó. Nadie los

había tocado.

Era tarde y no se veía una alma, salvo el anciano portero, dormido a la sazón en su garita. Siempre echaba una siestecita cuando salían las alumnas, y el patio del colegio se hallaba desierto a la sazón. El viejo no vio a Josui.

Ella se paró un momento en la calle, para despedirse de Allen.

—No he visto bastantes cosas —protestó él—. Ni siquiera he ido a Nara. Y todos van a Nara.

—Yo no tengo la culpa —repuso ella—. Podías haber ido con tus amigos.

—No, la culpa fue tuya. Te vi y no pude resistir el deseo de saber quién eras.

La trataba de una manera entre humorística y pueril. Dijérase que trataba de defenderse a sí mismo más bien que a ella. Se sentía asustado de la intensidad de sus deseos y no osaba desentrañar los móviles que le impelían. No quería hacer lo que diariamente veía hacer a otros hombres. No se consideraba tan bajo como ellos. No se decidía a creer que Josui fuera como aquellas muchachas que él hallara tan a menudo en las calles de Tokio, esforzándose en remedar los modales y la licencia de las americanas.

Notó, sorprendido, que ella le miraba con una grave expresión en el rostro.

—¿Quieres que vaya a Nara contigo? —preguntó la joven.

—Humildemente, te lo ruego.

Ella proseguía mirándole.

—Lo pensaré —dijo al fin.

—¿Y cuándo me harás saber tu resolución, Josui?

—Si decido acompañarte, me verás llegar mañana sin mis libros.

—Te esperaré.

Se separaron sin siquiera estrecharse las manos, como si cada uno de ellos adivinase el terrible anhelo que anidaba en el otro.

A Josui le pasmaba su perversidad. ¡Regresaba a su casa fingiendo que volvía del colegio! Su padre no estaba, porque le habían llamado para un caso urgente, y Josui y su madre hubieron de comer solas. La cosa resultaba desagradable, porque, de haber estado presente el doctor, a Josui le hubiera resultado más fácil encerrarse en su acostumbrada reserva. Pero su madre era tan gentil, tan dulce, tan buena, tan deseosa de la felicidad de su hija... Sería difícil evadir sus insistentes preguntas. Josui odiaba la mentira, pero ¿cómo podría dejar de mentir ahora?

—Debía de estar muy calurosa el aula —opinó Hariko.

—Ten en cuenta que mira al norte —alegó Josui.

Y se afanaba en servir a su madre los minúsculos platitos que tomaba de una bandeja.

—No te molestes —dijo la señora Sakai—. Tengo muy poco apetito. Ocurre una cosa que no me atrevo a decirte.

—¿Qué es mamá?

—Kobori Matsui se ha puesto enfermo. Tu padre teme que se trate de un caso de

apendicitis.

Josui fingió interesarse por la noticia.

—¡Pobre Kobori! Esperemos que no sea nada grave. Es el último de la familia...

—Y un hijo muy bueno, por cierto —subrayó la madre.

—Así lo he oído asegurar siempre —respondió Josui.

Dirigió la mirada al plato y empezó a comer bajando las pestañas.

—Tu padre considera que tiene mucha responsabilidad en este caso —prosiguió Hariko.

—Claro. ¡Es tan amigo del señor Matsui!

—No se trata sólo de eso. También piensa en Kobori. Experimenta una gran simpatía por ese joven. A menudo ha deseado... Bien, muchas cosas.

Josui sabía lo que su padre deseaba, pero no osaba responder a su madre, ni siquiera para defenderse. Estaba viviendo un sueño de secreto amor y se sentía muy lejos de sus padres y de su casa. Su carne y su corazón los abandonaban para volar hacia el joven americano. Era inútil fingir ante sí misma. Sólo podía esconder la verdad hasta que descubriese los propósitos de Allen. Había visto a muchos americanos, pero ninguno se parecía a él. Los demás siempre andaban alborotando por las calles. Eran unos soldados juveniles, toscos, borrachos, amigos de bromas pesadas y de empujarse, sin causa, los unos a los otros. En los desfiles tenían un aspecto muy pulcro, guardaban silencio y obedecían las órdenes. Marchaban en correctas formaciones, marcando el paso y andando a grandes zancadas. No volvían la vista a la derecha ni a la izquierda, salvo cuando se les ordenaba, y entonces sus ojos miraban siempre al mismo lugar. Pero, fuera de la formación, cada uno se convertía en una unidad aislada, ruidosa y camorrista, y en esto no divergían los unos de los otros. Josui los despreciaba, los rehuía y se escondía en los portales cuando pasaban. Las mujeres japonesas que andaban con ellos merecían más desprecio todavía. Ella no se les parecía en nada. Era única. Mas también Allen era único. El amor de los dos no podía ser como el de los demás. Ahora bien, ¿qué debían hacer?

Josui respondía a las preguntas de su madre distraídamente, y a veces con embustes. Al concluir la comida, notó que la señora Sakai la miraba con expresión perpleja.

—¿Te pasa algo y no me lo has contado? —inquirió Hariko.

—Nada; un problema que no pude resolver durante las horas de clase —contestó Josui.

Le asombraba la facilidad con que se le ocurrían respuestas mentirosas. Aunque con una base de verdad, eran puras patrañas. Adivinaba que algún día se arrepentiría de haber mentido, pero ahora, envuelta en la dulce bruma que llenaba su mente, todo le daba igual.

Se retiró muy temprano, alegando que se sentía fatigada y le convenía acostarse pronto. La noche era muy clara. Desde los colchones tendidos en el suelo, la joven, a través de los abiertos biombos, contemplaba un cielo enjovado de estrellas. Ora por la

humedad del aire, ora por su quietud, los astros parecían mayores y de tonos más suaves que de costumbre. Además no titilaban. Se limitaban a brillar como distantes farolillos protegidos por pantallas de tela de seda.

¿Qué estaría pensando Allen? Cuando dos personas se enamoran, ¿qué es lo procedente? Tenía que hacer algo. Recordó las novelas de las revistas que ella solía leer en California. En ellas el amor siempre terminaba en casamiento. Josui había sido besada por Allen y escuchado su declaración. Por lo tanto, no faltaba sino que él señalase la fecha de la boda, si las costumbres americanas seguían siendo las de siempre. En el Japón la guerra había trastocado muchas cosas. Quizás en América no, y especialmente en Virginia...

Suspiró, recordó el rostro de Allen, sonrió y esperó la aurora del día siguiente.



Seguía luciendo el sol en el cielo. Y fue la claridad solar la que despertó a Josui. La joven se levantó temprano y, aunque vio a su madre, no le ocurrió lo mismo con su padre. El doctor había regresado tarde, después de operar a Kobori, que no estaba aún fuera de peligro, porque se le había reventado el apéndice. Así, Sakai se sentía inquieto todavía. No retornó hasta el amanecer, pero dio orden de que le despertasen a las nueve si él espontáneamente no se despertaba.

Josui salió de su casa a las ocho y media. Dejó el oportuno recado a su padre y después se olvidó de todo. Por la noche se había desencadenado una breve tormenta, y las calles estaban húmedas bajo el espléndido cielo.

Allen la esperaba. Esta vez el anciano portero del colegio se hallaba de pie, en el zaguán, mirando, pensativo, la calle. Josui, reparando en él, se paró y Allen acudió a su encuentro. Se saludaron en el arranque de la estrecha calleja que corría junto al lado occidental del colegio.

—El portero no te ha visto —aseguró Allen.

—Vayamos a la estación por las calles más apartadas que podamos —propuso Josui—. De aquí a Nara sólo hay una hora de tren.

Cogidos de la mano avanzaron en silencio a lo largo de la mojada calle. Los árboles que la sombreaban dejaban caer sobre ellos gotas de agua que remedaban una minúscula lluvia. La joven llevaba una limpia falda de algodón, de color azul, y una blusita blanca. Las gotas de agua, al mojarle la blusa, dejaban traslucir su piel. Como nunca llevaba sombrero, el agua le humedecía también el cabello y el rostro.

—Rocío sobre la flor —comentó él.

Ella sonrió. Sus ojos irradiaban amor.

El tren de la mañana no estaba muy lleno. Allen insistió en que tomaran, por lo menos, billetes de segunda clase. Ella no veía, o rehusaba ver, la inquisitiva mirada de los pasajeros, asombrados de que una muchacha japonesa de buena familia viajase en compañía de un americano. No era posible remediarlo, pero nadie lo aprobaba. Las mujeres la miraban con altanería y los hombres con reprimido enojo. Ella se esforzaba en fingir que no se daba cuenta de nada, hablaba en el inglés más fluido que podía, y explicaba las características de los lugares que recorría el tren.

—Nara fue la primera capital permanente del Japón —dijo con voz alta y clara—. Al principio no teníamos capital fija. Los monarcas situaban la capital donde les

parecía. Pero en el siglo primero Nara fue designada capital estable del Imperio, y persistió siéndolo durante siete reinados. Luego se trasladó la capitalidad a Nagaoka, tampoco lejos de Kioto.

—¿Y qué hay que ver en Nara? —preguntó él, comprendiendo que la joven hablaba más para los oídos de los otros viajeros que para los suyos.

—Lo que quieras —repuso ella—. Hay tiendas, palacios, templos, santuarios, el gran Buda y el gran Parque Imperial.

—Veamos el parque —dijo él inmediatamente—. ¿Es, en efecto, grande?

—Mide más de mil doscientos acres.

—Pues vayamos al parque.

Ella, discretamente apartada del joven, prosiguió hablando hasta que el silbido de la locomotora anunció que llegaban a Nara. Se apearon y, siempre tratándose con aparente formulismo, alquilaron unos cochecillos para que los llevaran al parque. Era necesario tomarse tiempo a fin de olvidar el recuerdo de los acusatorios ojos de los pasajeros.

Vagaron por el parque durante una hora. Al cabo, cuando se hallaron los dos en un lugar solitario, él no pudo reprimir su deseo. Mientras precedía a Josui por un sendero angosto, se volvió de repente y la estrechó entre sus brazos.

Ahora no se trataba de rendirse al beso. Era una cosa conocida ya e inenarrablemente dulce. Josui ansiaba renovar la experiencia, que para ella condensaba todos los deleites máximos del amor.

Pero para Allen el beso era un mero prólogo, una petición que podía hacerse incluso a una desconocida, una invitación a ulteriores exploraciones. La besó una vez y otra, cada vez más apretada e íntimamente. Con un brazo la ceñía por el talle y con el otro le sujetaba la barbilla.

Terminaron de besarse. Irrefrenablemente obcecado por lo que debía seguir, Allen apartó del sendero a la joven y la tendió en un pradillo, bajo los pinos. Se colocó a su lado, muy cerca. Temblaban sus dedos audaces.

Instantáneamente Josui adivinó la razón de tanta premura. Alargando las manos rechazó con fuerza la cara del joven.

—¡Eso no! —murmuró en voz baja—. De esta manera no, Allen Kennedy. ¡No!

En su voz había un timbre de reproche que se sobrepuso al ansia carnal del hombre. Su conciencia, muy sensitiva merced a una larga y feliz niñez pasada en Virginia, dominó a su voluntad del momento. Los años de guerra habían encallecido a Allen, pero la capa que le cubría no era muy profunda. Había procurado cultivar un adecuado cinismo, el valeroso y endurecido cinismo del hombre de hoy, que tiene que mirar la vida y la muerte de la misma manera. Pero el cinismo de Allen era puramente superficial. Los pocos años de guerra no habían bastado para insensibilizarle. Al percibir la voz doliente de la muchacha, se ahogó el deseo en el pecho del americano. Hundió la barbilla en el seno de Josui y permaneció inmóvil.

Durante varios minutos ella no se movió tampoco. La cabeza de Allen seguía

recostada en su pecho. Luego ella se apartó suavemente y, como el día anterior, se puso en pie mientras él permanecía recostado de espaldas, mirando el cielo por entre las copas de los árboles. Josui empezó a hablar resueltamente.

—No sé a punto fijo si soy japonesa o americana. Creo ser algo más que mera hija de mi padre. Soy una Sakai. Mi familia no pertenece a las clases comunes. Somos superiores a ellas. Es necesario que tú y yo veamos por, cómo y para qué nos amamos. Hemos de decirlo. ¿Nos separamos, o...?

No acertó a continuar. ¿Qué ocurriría si él optara por la separación? Por otro lado, ella tenía que pensar en su padre. Necesitaba recordar su faz severa y bondadosa y apelar al orgullo de los Sakai para poder resistir. Debía tener en cuenta que su padre, a la bajeza del campo de concentración, había preferido el retorno al país japonés.

—¿Hemos de concertarlo todo hoy? —preguntó él.

—Todo —respondió ella enérgicamente.

—¿Por qué?

Ella vaciló antes de contestar:

—Porque tan pronto como estamos solos te acercas a mí con propósitos inaceptables.

Él, aterrado, por aquella audacia, respondió:

—¡Vamos, Josui, vamos!

—¿Acaso miento? —insistió ella mirando al joven a la cara con sus grandes y límpidos ojos.

—Puede ser que no, si optas por esas expresiones tan crudas —repuso él, a regañadientes.

—No creas que me excuso a mí misma —manifestó ella—. Puesto que accedo a salir sola contigo, debo asumir la responsabilidad de lo que pase.

—¡Cuánta oratoria debieron de enseñarte en California!

—No aprendí esto en California. Lo aprendí en el Japón y me lo enseñó mi padre.

—¿Es tu padre algún energúmeno?

—Acaso.

Advirtiendo que él no contestaba, Josui añadió:

—Creo, además, que lecciones de ese estilo son buenas para las muchachas.

Sentóse, se pasó las manos alrededor de las rodillas e inclinó la cabeza.

Su cuello, bajo la nuca, tenía una tonalidad de crema pálida. Unos cuantos pelillos sueltos se escapaban del moño y tremolaban en el aire, que olía a pinos. Su cabecita y sus hombros armonizaban a maravilla. Tenía los brazos blancos y torneados, las mangas del vestido sólo le llegaban hasta los codos y sus manos eran muy lindas. La mayoría de las muchachas japonesas no tenía bonitos los pies ni las manos. Calzaba calcetines blancos y sandalias y él no podía distinguirla los pies.

—Quítate los zapatos —mandó Allen, repentinamente—. Quiero ver si tus pies son tan preciosos como las manos.

Con gran sorpresa del americano, la muchacha se puso encendida como la grana.

Se levantó de nuevo y se apartó del joven.

—No puedo seguir a tu lado —dijo, casi con violencia—. ¡Y no lo haré! Me insultas a cada momento, Allen Kennedy. Por lo menos yo tengo cierto concepto del respeto que me debo a mí misma. Estoy harta. Ahora ya conozco tus sentimientos. ¡Amor! ¿Qué amor es ése? No lo deseo.

Empezó a alejarse a paso medido. Él corrió tras ella y le cogió la mano.

—Pero ¿qué te he dicho, Josui? ¿Por qué te has ofendido, querida? No lo comprendo.

La cogió por los hombros.

—Josui, ¡respóndeme!

Ella le miró irradísima. Sus ojos lanzaban llamas, sus mejillas estaban arboladas y un rictus de cólera contraía sus labios.

—No has respondido a mi pregunta, Allen Kennedy. Te dije qué era lo que debíamos hacer y tú me respondiste pidiéndome que te enseñara los...

Vaciló, apartó la cabeza y las lágrimas afluyeron a sus mejillas.

Él, conmovido, se sintió inclinado a mostrarse tierno y franco.

—Si no te respondí, querida, es porque no sabía cómo hacerlo.

—Pues si no lo sabías, nunca debiste tocarme.

Las manos del joven prendieron, inertes, junto a sus costados.

—Tienes razón.

Ella prosiguió:

—Y si no sabes eso, debes volver hoy mismo a Tokio, a América y a tu casa. Olvídate de mí y yo me olvidaré de ti.

—¿Podrás olvidarme, Josui?

—Ahora, todavía sí. Más tarde, no sé.

Allen contempló la esbelta y abatida figura de la joven. Tras una pausa, ella dijo con fatigada voz:

—Quiero volver a casa.

Tomaron el primer tren que partía para Kioto y en la estación ella insistió en que se separaran.

—No te olvidaré, Josui.

—Sí me olvidarás.

—Si no te olvido, ¿me permitirás escribirte?

—No me escribirás.

Y la joven se apartó sin decir adiós a Allen, limitándose a dirigirle una larga y escrutadora mirada. Él permaneció en pie, viéndola alejarse, hasta que la perdió de vista entre el gentío. Josui no volvió una sola vez la cabeza.

Kennedy volvió al hotel, hizo el equipaje y en el primer tren partió rumbo a Tokio. Estaba harta de vacaciones. Cuanto antes reanudase su trabajo, mejor.

—Kobori se ha aliviado mucho —dijo el doctor Sakai—. Tiene un organismo sano y ha respondido muy bien a la acción de las nuevas drogas.

—Lo celebro —respondió Josui con indiferencia.

Sakai adivinaba que a su hija le sucedía algo extraordinario. Aquella mañana había hablado del asunto con su mujer.

—Nada me ha dicho —respondióle ella—. Si le pregunto por qué está triste, responde que no es cierto que lo esté y se enfada conmigo.

—Creo que, en efecto, no sabe lo que le pasa —dictaminó Sotan tan tajantemente como solía—. Se trata de un trastorno biológico. Ha llegado el momento de casarla, y ella no lo comprende. Yo me encargaré del asunto.

En otro momento la señora Sakai hubiese aconsejado paciencia a su marido. Pero esta vez se limitó a responder:

—Creo que tienes razón.

Más entrado el día, el doctor comentó, hablando con Josui:

—Kobori es un perfecto joven japonés. Y a la par muy moderno. No cae en ningún extremismo. Respeta a su padre, pero irá más lejos que su padre. ¡Si vieras qué carne tan sana es la suya! Cuando practiqué la incisión, la sangre que brotaba era de un color rojo purísimo.

—Pero tuvo el apéndice infectado, ¿verdad? —arguyo, no sin cierta crueldad, la joven.

El doctor se indignó:

—¡El apéndice es una reliquia del hombre primitivo! No sirve para nada. Kobori no tiene la culpa de eso. Ahora que se le ha extirpado no volverá a enfermar fácilmente.

Ella deseaba eludir el pensamiento de Kobori, y, sin embargo, un instintivo deseo de castigarse a sí misma y correr hacia su destino, la hizo continuar.

—Padre —exclamó nerviosamente—. ¿Por qué no hablas con franqueza? Si deseas que me case con Kobori, ¿por qué no lo dices?

Esta vez el doctor perdió por completo los estribos.

—¡Eres una terca y una mal educada! Bien sabes por qué no hablo con franqueza. Te pareces a todas las muchachas americanas. Si te digo lo que deseo, echarás a rodar mis esperanzas.

Sakai, sorprendido de su arrebato, pensó que lo había perdido todo. Aguardó una respuesta violenta de la joven. Pero ésta se expresó suavemente.

—Estoy empezando a cambiar, padre. He pensado mucho en las cosas. Reconozco que habré de casarme con un japonés, como tú a menudo me lo has aconsejado. Me hubiera gustado regresar a América, mas ahora sé que no regresaré nunca. Pertenezco a esta tierra. Por lo tanto, me es igual casarme con Kobori que con otro cualquiera. Decídelo tú. Sólo aspiro a que sea un hombre bueno.

Josui hablaba de un modo tan meditativo, tan razonado, casi tan triste, que su padre no acertaba a creer lo que oía. Su enojo se disipó.

—Tu discreción, hija —murmuró—, me place mucho. ¿Quieres que hable al padre de Kobori? ¿Qué deseas que haga?

Ella le miró con sus ojos grandes y melancólicos.

—Lo que mejor te parezca, padre.

El doctor se alarmó.

—¿Te sientes mal, niña?

—No, padre. Me siento muy bien. Mejor que hace mucho tiempo.

Y, viendo asustado a Sotan, se esforzó en sonreír.

—Lo que pasa es que voy convirtiéndome en una mujer. ¿No ves que ya tengo veinte años?

Él, aunque complacido, se sentía un tanto inquieto.

—No te apremiaré —prometió solemnemente—, ni permitiré que Kobori te apremie tampoco.

—Gracias, padre.

Josui se separó del doctor, después de hacerle una ligera reverencia, y se dirigió al estanque para recoger unas piedrecillas. Reunió algunas, redondeadas, alisadas y esculpidas por la acción del agua. Cuando tenía hasta una veintena de ellas tiraba todas por si daba con otras mejores. Relampagueaban los colores de los guijarros bajo las claras linfas del estanque. Ciertas piedras, opacas, al sacarlas al aire, adquirían dentro del agua bellísimos matices. Tan delicadamente cogía Josui los guijarros, que el reflejo de su figura en el estanque no se alteraba apenas.

Transcurrió un mes sin que Allen escribiera una sola carta. Josui celebraba no conocer la dirección del joven, porque así podía resistir a la tentación de escribirle.

Había habido, en efecto, para Josui interminables noches de insomnio. En aquellos momentos la debilidad y la desesperación le hubieran impelido a empuñar la pluma. Y en ese caso era capaz de pedirle que se pusiese a su lado, o que la permitiera correr al suyo. Mas, si ella expedía una carta de ese estilo y él la contestaba, los dos acabarían rompiendo infaliblemente en un momento u otro, aunque quizá dentro de muchos años, porque el orgullo de la muchacha, muy postrado ahora, hubiera renacido después. Y, así, en el corazón de su amor habría medrado la semilla de la podredumbre.

Gradualmente, a través de las semanas de espera, tras vencer repetidas noches sin sueño, el futuro se iba perfilando netamente ante ella. Era un futuro muy simple: el inevitable curso de la vida de la mujer en el Japón. Casamiento, marido, hijos, hogar... Por mucho que se hablase de los derechos de la mujer moderna, ello no podía remediar lo inevitable. Como Josui había dicho a su padre, ¿por qué no aceptar a Kobori? Poco a poco iba acostumbrándose a pensar en él. Recordaba su pálido rostro, más bien ancho, de facciones un tanto toscas, pero de expresión natural y afable. También evocaba su voz con claridad. Kobori no sabía apenas hablar el inglés. Un día había dicho:

—Soy muy torpe para los idiomas.

Y no parecía inquietarse por ello. En cualquier caso, Kobori no resultaba repulsivo ni agresivo. No la atosigaba, no la incomodaba... Era probable que, con el tiempo, ella llegara a quererle. Por lo menos, a apreciarle. Lo que Josui deseaba, sobre todo, era bondad, y Kobori era más bueno que cualquier otro hombre que ella hubiera visto.

Con la suave palma de su mano frotó una piedrecilla redonda y verdosa y la arrojó al agua. El tono verde se tornó más claro, sin insinuación alguna de violencia ni de llameante esplendor.

El verano abrumaba con su bochorno la ciudad de Tokio. Las calles modernas, pavimentadas con asfalto, despedían vaharadas de reconcentrado calor. De vez en cuando, ya fuera de día o de noche, las centrales eléctricas dejaban de funcionar, paralizando los ventiladores que ayudaban a resistir la insoportable temperatura. La única manera de combatirla consistía en absorberse en el trabajo.

—Teniente Kennedy...

Un soldado raso, con un montón de cartas, estaba a la puerta.

—Correo de nuestro país, señor.

—Ponlo en la mesita. Tengo que terminar este informe, y...

—A la orden.

El soldado saludó, colocó sobre la mesa auxiliar diez o doce cartas y se alejó.

Correspondencia de la familia, pensó Kennedy. De su padre, de su madre, de sus tíos, de sus primos. Todos le escribían periódicamente, considerando un martirio para él el haber de residir en un país pagano tan remoto como el Japón.

«¿Cuándo te dejarán volver a casa, cariño?».

Así empezaban siempre las quejumbrosas cartas de su madre.

Continuó escribiendo rápidamente en la máquina portátil. El título de teniente era un descansado comodín para sus superiores cuando no querían ejecutar ciertas tareas, o cuando eran hartos incompetentes para realizarlas.

Porque él conocía generales que no sabían escribir con ortografía. Ni tampoco hablar con la debida corrección de lenguaje. Así, cuando se enteraron de que él tenía un título universitario, le adscribieron al desempeño de los trabajos más fatigosos que surgían en el Cuartel General.

Kennedy encontraba un malsano placer en redactar ciertos informes —como el que ahora preparaba respecto a las organizaciones civiles que subsistían en el país bajo la ocupación— procurando convertirlos en obras maestras de estilo. Claro que nadie que los leyera repararía en ello. Pero le interesaba escribir acerca de los japoneses, y eso, había de reconocerlo, se debía a su trato con Josui. A través de ella parecía haber adquirido cierta relación con el pueblo japonés. Josui seguía pareciéndole única. La juzgaba la mujer más bella que había visto en su vida. Por ende, también era valerosa. Ella le amaba, tenía que costarle trabajo resistirle, y, sin embargo, lo había hecho.



Como de costumbre, cuando pensaba en Josui —y ello sucedía veinte veces al día y no menos de otras tantas durante la noche—, el teniente meditó en las posibilidades que podían encerrar unas hipotéticas relaciones entre los dos. Suponiendo que las cosas hubieran tomado un sesgo diferente y que él le hubiese propuesto que se casaran —como lo habría propuesto a una joven americana si la amase tanto como a Josui—, ¿qué podía haber sucedido?

Se perdía en un laberinto de reflexiones. Sus dedos permanecían inertes sobre las teclas. Los dos tendrían que vivir en el Japón. ¿Y se sentía él dispuesto a vivir en el Japón eternamente? Claro que también podrían habitar en América, donde había muchos lugares en los que los dos vivirían felices, con sus hijos.

¡Sus hijos! ¿Era imprescindible tenerlos? Ella seguramente los deseaba, y él también. Siempre había imaginado casarse alguna vez y tener descendencia. No serían niños que vivieran solos y mimados como él, en un caserón que debería haber estado lleno de chiquillos. Siempre había dado por hecho que sus hijos debían habitar en aquella casa. De no haber mediado la guerra, Allen seguramente estaría casado ya con alguna muchacha y se sentiría feliz, indudablemente, porque no habría conocido a Josui. Podría haberse casado con Cintia Levering, acerca de la cual aseguraba la madre de Allen que era para ella como hija, poniendo en sus palabras un particular énfasis cuando lo decía en presencia del joven.

—No me metas a Cintia por los ojos, madre —solía bromear él—. Si algún día me caso con Cintia, será por impulso espontáneo.

Su madre, con voz dulce y jovial, respondía:

—¡Cállate! ¡Si lo estás deseando desde que te hiciste hombre!

Probablemente, entre la correspondencia habría alguna carta de Cintia. Ella no le escribía con regularidad, pero sí con bastante frecuencia. Usualmente sus cartas eran largas y estaban llenas de menudas noticias locales. Cintia no vivía lejos de la calle, ancha y tranquila, donde se alzaba la residencia de los padres del joven. Él y ella se conocían desde niños. Tres generaciones atrás habían existido enlaces matrimoniales entre las dos familias.

—¿Hace mucho de eso? —acostumbraba él a preguntar.

—Lo bastante —respondía vivamente su madre— para que estemos seguros de que no sois parientes.

El largo brazo de Allen se tendió hacia las cartas. Un sobre era de su madre; otro del pastor de la iglesia episcopal a la que su familia acudía todos los domingos, desde hacía muchas generaciones: dos caracteres de letras no supo identificarlos, y en un sobre mayor que ninguno campeaba la letra de Cintia.

En Cintia no había nada pequeño excepto su graciosa cintura. Era alta, bien proporcionada, generosa y amplia de mente y de corazón. Algún día Allen esperaba enamorarse de ella.

Y a la sazón, de un modo incongruente, pensó que debía contarle lo de Josui.

«Seguramente se hará cargo de todo», pensó.

Cortó con un raspador el cremoso sobre, demasiado grueso para rasgarlo con la mano. Sacó tres grandes hojas dobladas y cubiertas con la escritura, en tinta azulnegra, de la muchacha. La letra era grande, pero no desordenada.

*Querido Allen...*

Las cartas de Cintia principiaban siempre así. Los dos se habían escrito esporádicamente cuando ella estaba terminando sus estudios en el colegio y él en la Universidad.

*Querido Allen:*

*No se ha visto nunca aquí una primavera como ésta. Acaso no hubiera yo tenido tiempo hasta ahora para reparar en las estaciones. Y ahora sí.*

Kennedy leía despacio y revivía su población natal; las calles tan familiares, los rostros de sus parientes y conocidos. Mas, mientras él se hallara en Tokio ellos vivían tan lejos de él como si residiesen en otro mundo. Tal era la expresión. Otro mundo. Ellos no podrían comprender aquel mundo diferente cuya capital era Tokio en el Japón. Por mucho que él les dijera o les explicase, no se harían cargo de nada. No existía manera de meterles en el cerebro la realidad. A Kennedy se le presentaba un dilema: optar entre aquellos dos mundos y resolver en cuál deseaba vivir... y con quién...

Dobló las cartas cuidadosamente y las volvió a colocar en sus respectivos sobres. Luego permaneció inmóvil, con la vista fija en la máquina.

Su padre no le había escrito. Su padre escribía poco. Tan poco como hablaba. Hasta cuanto podía recordar el joven, su progenitor apenas hablaba nunca, y, sobre todo, no decía nada digno de nota. Había ocasiones en que durante toda una comida el padre de Allen sólo despegaba los labios para decir:

—Alárgame la manteca, hijo.

O bien:

—Estos bizcochos están mejores que de costumbre, *Dulcecita*.

*Dulcecita* era la madre de Allen, y su verdadero nombre era el de Josefina, pero su esposo afirmaba que llamarse Josefina no cuadraba bien más que a la mujer de Napoleón.

—¡Vamos! —exclamaba ella—. ¡Cómo si nosotros no comiésemos siempre los mejores bizcochos batidos que se conocen!

—Cierto, *Dulcecita*, y por eso comento que los de hoy son mejores todavía.

A menudo, en el curso de sus largos mutismos, el padre de Allen, sonriendo amablemente, afirmaba que *Dulcecita* hablaba por los dos y decía cosas mucho más interesantes que las que pudieran ocurrírsele a él.

Allen no entendía a su padre, ni quería hacerse ilusiones en sentido contrario. Tampoco se le había ocurrido nunca que fuera menester entenderle. Pero ahora deploraba no conocerle mejor, porque entonces le habría escrito hablándole de Josui y preguntándole...

¿Preguntándole qué?

El problema había de ser resuelto por él mismo. ¿Amaba a la joven lo bastante para casarse con ella? Aquel continuo anhelo que le acosaba noche y día, ¿era verdadero amor? Que él supiese, nunca había estado enamorado. ¿Lo estaría ahora?

Guardó las cartas en un cajón de su pupitre y después se bañó y se vistió cuidadosamente. Le habían invitado a comer el coronel y su esposa, un matrimonio muy agradable, que no había qué hacer con aquella especie de indisciplinados bandoleros que eran los soldados rasos que del coronel dependían. Mientras Allen comía con la pareja, la esposa del coronel se quejó en estos términos:

—Estos chicos no toman nada en serio. Imaginan que viven en los tiempos de Madame Butterfly.

Allen comprendía lo que eso significaba. Algo semejante había sentido él en el Parque Imperial de Nara. Era imposible creer que los japoneses fueran los mismos hombres que poco antes realizaron implacablemente tremendas matanzas de americanos. Pero se sentía inclinado a perdonarlos, puesto que él, por su parte, no se había quedado corto en la respuesta. En todo caso, los crueles hombrecillos que saltaban sobre los americanos surgiendo de las espesuras, en las islas, no parecían tener relación alguna con las verdes laderas terraplenadas, los campesinos vestidos con blusas azules y las lindas muchachas envueltas en primorosos quimonos. Mucho menos podían tener relación con Josui, que era realmente en todo, menos en apariencia —y acaso en su pronunciación inglesa demasiado perfecta—, más americana que nipona.

Al acudir el nombre de la muchacha a su cerebro, el corazón de Allen aceleró sus latidos, mientras sus brazos se extendían como para asir a Josui. Se preguntó si osaría consultar el caso al coronel después de la comida. La mujer del coronel, dama muy bien educada siempre dejaba solos durante media hora a los hombres ante el café, aunque ella fuese la única mujer de la reunión. Y si había una invitada, como sucedía a menudo, la media hora se alargaba hasta los cuarenta y cinco minutos.

Allen temía no atreverse a plantear el problema a su jefe. Sin embargo, después de la excelente comida preparada por un cocinero japonés y servida por un criado japonés también, vestido de blanco, el joven preguntó súbitamente al coronel cuántos americanos de las fuerzas de ocupación se habían casado con japonesas. El coronel pareció contrariado.

—Supongo que tendremos en alguna parte las estadísticas correspondientes —dijo—, aunque no me he cuidado de examinarlas. Pero ¿se refiere usted a matrimonios auténticos, o a...?

—A matrimonios auténticos.

—Probablemente no habrá habido muchos —dijo muy optimista el coronel—. En el otro sentido, ¿quién sabe? Probablemente los millares de niños mestizos que conocidamente han nacido aquí no responden a la realidad de las uniones fraudulentas que se han realizado. No comprendo exactamente por qué nuestros soldados sienten tanta... digamos tanta preocupación sexual. Ello me sorprende a mí mismo, aunque soy un veterano.

—¿Qué será de esos niños? —inquirió Allen.

El coronel se movió nerviosamente en su asiento.

—Lo ignoro —dijo—. Barclay, mi ayudante, afirma que el otro día su mujer encontró un niño recién nacido escondido en la casa de una familia respetable, de comerciantes, o cosa por el estilo. Como Barclay y su esposa no lograban conciliar el sueño, oyendo los continuos vagidos de un pequeñín, salieron a averiguar qué pasaba. Resultó que la abuela de la parturienta, avergonzada por la deshonra de la joven, había escondido al niño en un retrete.

—¿Y qué hizo Barclay?

—Informar al Orfanato Católico, que creo que se ha hecho cargo del bebé. La familia le quedó muy agradecida, incluso la madre, que es, por cierto, una muchacha muy mona. Barclay asegura que el niño presentaba una odiosa mezcla de sangres. ¿Qué nos cabe hacer?

Más valía no mencionar a Josui. Allen salió temprano de casa de su jefe, abandonando pronto a la pareja con el pretexto de ir a seguir trabajando en el inacabable informe.

No fue de vacaciones a Karaizawa, ni frecuentó mucho durante el verano los cinemas. Bailó muy pocas veces, porque ninguna muchacha le atraía, ni allí ni en su patria. La misma Cintia, aunque muy agradable de trato, seguramente no lograría despertar amor en él. La magia del amor parecía haber desaparecido de su vida.

Apenas hubo reflexionado así, comprendió dónde radicaba esa magia amorosa. La había experimentado en su ser, como una descarga eléctrica, siempre que estaba con Josui, a partir del día en que la vio por primera vez junto a las plantas de wisteria. ¡Oh, el día en que la divisó, casualmente, en una famosa ciudad antigua!

Procuró rememorar los diversos aspectos de la joven, especialmente el que tenía aquella mañana en que ella le atisbo desde el ángulo de su casa. ¡Qué bella estaba aquel día con su quimono! Era la única vez que la había visto ataviada con su vestido típico, moviéndose en el vasto rectángulo de su casa, tan someramente alhajada y tan exquisita en su minuciosa simplicidad. Acaso el mundo de Josui —un mundo de dignidad y de ritos arcaicos— fuera mejor que el de Allen. Y ella había optado por permanecer en él, aceptando sus severas exigencias. Josui, pues, era algo más que una muchacha decente. Incluso cuando Allen, impelido por su deseo, la había besado, ella había consentido contra su voluntad, pese a su propio deseo de caricias.

«¡Pobrecita!», murmuró mentalmente Allen, ofuscado por su amor, y por el de ella, y por la dificultad que existía para satisfacer las demandas que imponía aquel

sentimiento. En realidad, él la había traicionado, y a esta acusación no podía responder sino diciendo que había partido antes de que fuera demasiado tarde.

Aunque meditara así y de continuo evocara la imagen de la joven, no dejaba de reconocer que todo aquello constituía una locura. Pero, según pasaban los días, el hábito de evocar a Josui iba arraigándose más en él. Se sentía muy solo. Ya había transcurrido gran parte del verano. Sus mejores amigos iban a pasar las vacaciones en las montañas o a orillas del mar, y el coronel cerró su casa y se marchó en avión, para descansar quince días en América. A mediados de agosto Allen sintió el apremiante impulso de volver a ver a Josui, para probarse a sí mismo y cerciorarse de si podría o no olvidarla y casarse con otra mujer. Seguramente no le parecería ahora tan bella como le había parecido antes.

También en Kioto había sido muy caluroso el verano, mas el doctor no llegó a reparar en ello. Aunque sin prisa aparente, había hecho todo lo posible para acelerar los desposorios de Josui. ¡Cuánto lamentaba los años pasados en América! Porque ahora, en vez de conocer por instinto los rito matrimoniales, tenía que estudiarlos en antiguos libros, y había de andar preguntando indirectamente a sus conocidos, procurando no atraer la atención sobre su ignorancia de la forma en que debía casarse a una muchacha bien educada con el vástago de una familia rica de rancia estirpe. Estaba todo el día muy atareado, y cada vez trabajaba más, dado el aumento constante de su prestigio médico; y, sin embargo, había de informarse del corte de quimono nupcial de la novia, de sus sedas y de sus rasgos bordados.

Exigió que Josui estuviese presente, porque no deseaba proceder con arbitrariedad. La joven debía elegir lo que más le gustase, siempre que fuera indicado para el caso, y Hariko no podía faltar tampoco a las consultas, por motivos de delicadeza. Pero, a pesar de la presencia de las dos mujeres, la decisión final se la reservaba él, siempre con miras a satisfacer los gustos y costumbres de la familia Matsui.

No quería, dijo, imponer a su hija una obediencia tan rígida como se hubieran impuesto sus antepasados. Estaba dispuesto, si ella lo deseaba, a recibir a Kabori en confianza, en la propia casa de la novia. No debían los prometidos exhibirse juntos en público hasta después de haberse casado, pero Kabori podía visitar a su novia a una hora en que los padres de ella estuvieran presentes. Así, varias veces antes del día de la boda, que debía celebrarse a mediados de setiembre, Kabori se presentó en la casa del doctor, no sin anunciar previamente la fecha y hora de su visita y preguntar si eran convenientes para la familia Sakai.

Siempre le recibían el médico y su esposa. La primera vez no se separaron de los prometidos durante toda la visita de Kabori. Y entonces observaron que Josui apenas hablaba. Asentía, con una leve inclinación, a cuanto hablaba Kabori, respondía sí o no a sus preguntas y no formulaba observaciones propias.

Aquella noche, en la alcoba conyugal, el doctor dijo a su mujer:

—¿No valdría más que dejásemos solos a los muchachos?

—Después de todo, hemos vivido tantos años en América... —repuso la mujer.

—Pero ahora estamos en el Japón —exclamó él, algo irritado.

No deseaba efectuar cosa alguna como las efectuaran antes en California. Incesantemente recordaba a su familia y amigos los campos de concentración donde se encerraba en América a los japoneses, aunque esos campos estuviesen clausurados hacía mucho y los japoneses se hubieran diseminado sin grandes dificultades por todo el territorio de los Estados Unidos.

—Josui añora mucho América —dijo la señora Sakai—. Quizá le parezca extraño no poder hablar a solas con el hombre con quien va a casarse.

Así, la siguiente vez, tras cortos minutos de charla insustancial sobre el tiempo y sobre las perspectivas de la recolección de crisantemos aquel año (siempre eludiendo los temas relativos a la ocupación), el doctor hizo un signo a su mujer y los dos salieron de la estancia.

Cuando se hubieron ido, Kobori Matsui rió reprimidamente y dijo con jovialidad a la muchacha:

—¡Qué extraño es tu padre!

Hablaba con una voz de barítono, una voz suave que, debidamente cultivada, hubiera sido potente. Pero nunca se cuidó de tal cosa.

—¿Extraño? ¿Por qué? —preguntó Josui.

—Porque es más japonés que ninguno de nosotros, y, sin embargo, no se da cuenta de que hay algo en él que le impedirá ser japonés del todo, por mucho que se esfuerce. América le ha marcado con su sello.

—Supongo que a mí también —manifestó Josui.

—También a ti, pero el caso es que yo simpatizo con los americanos.

—¿Incluso con los de las fuerzas de ocupación?

—Incluso con éstos —contestó Kobori—, aunque no me agradan ciertas cosas que hacen. Reconozco, sin embargo, que su tarea es improba.

—¿Qué tarea?

Kobori rió.

—El intento de americanizar a los japoneses. ¿Hay algo más imposible?

—No obstante —indicó Josui—, algo nos han hecho cambiar.

—A algunos de nosotros, sí —concordó Kobori.

—Pero ¿crees que cuando ellos evacúen nuestro país volveremos a vivir como antes?

—Al principio lo haremos con más intensidad todavía —respondió Kobori—. Nos obstinaremos en ser intensamente japoneses y en apegarnos a nuestras tradiciones y a nuestra alma nacional. Pasadas unas dos generaciones, quizás evolucionemos de nuevo. Lo que ahora rechazamos lo examinaremos y quizá lo aceptemos en parte. Tal vez pasen cincuenta años antes de que sepamos lo que vamos a ser. Mas para entonces, ¿quién sabe lo que será el mundo?

Josui escuchaba. Kobori hablaba bien y reflexivamente, sin la arrogancia de su padre.

—¿Y no temes lo que pueda ocurrirte? —preguntó ella.

—¿Qué voy a temer? Pertenezco, como sabes, a una familia antigua y conservadora. En el período tradicionalista que nos espera nos manejaremos muy bien. Pero me siento disgustado por esos miles de niños sin padre, albergados ahora en los orfanatos y que son huérfanos en doble sentido, puesto que tiene padres americanos y madres japonesas.

Por extraño que pareciera, ella nunca había pensado en semejante cosa. De haber accedido a los deseos de Allen Kennedy, incluso prometiéndole él que se casarían, ¿qué hubiera sido de sus hijos, caso de que los tuvieran? ¿Habían de abandonarlos ella y él? No; para ellos era imposible cometer tal infamia.

La voz profunda y compasiva de Kobori continuó:

—¡Pobres pequeñuelos! Más les hubiera valido no haber nacido.

Josui experimentó repentinamente el deseo de contar a Kobori su aventura. Era tan amable, tan bueno... Le imaginaba escuchándola con piedad, y acaso comprendiendo bien cómo había sucedido todo. Puesto que iba a casarse con Kobori, ¿no debía serle enteramente franca? Le miró, sin darse cuenta de que sus ojos denotaban el afán de formular una interrogación.

—¿Qué quieres preguntarme? —dijo él, sonriendo.

—¿Cómo sabes que...? —exclamó Josui, sobresaltada.

—Porque leo en tu cara como en un libro abierto.

—¿Tú crees?

Aplazaba la explicación, pero estaba resuelta a plantearla. No quería que hubiera secretos entre ella y su esposo.

—¿Acaso vas a preguntarme con qué clase de hombre te vas a casar? —inquirió él.

—¿No hacen lo mismo todas las mujeres? —repuso Josui, evasiva.

—Sí, todas.

Hablaban sentados, con las piernas entrecruzadas al estilo nipón. Él distaba un tanto de su prometida y eso parecía infundir confianza a Josui. Kobori no se permitiría tocarla hasta después de casarse con ella. No obstante, había dicho al padre de la joven que le parecía oportuno que su novia y él se conociesen algo más antes de unirse.

Kobori meditaba.

—Creo —dijo al fin— que tengo muy poco de complicado. Los años en que tuve que ser soldado me tornaron diametralmente opuesto a todos los principios en que me habían educado. Hoy me siento incapaz de matar a nadie. Ni siquiera a un ratón. Prefiero dejarlos huir. Tantos años he pasado oyendo las voces broncas de los oficiales que quisiera no hablar más que en cuchicheos todo el resto de mi vida. He visto apalear y patear a hombres por faltas minúsculas, de suerte que me siento ahora incapaz de pegar a un niño. He presenciado tantas crueldades, que no veo otro camino en la vida que el de atenerme a mi espontánea bondad. Y conste que lo hago por mi propio bien. Llámalo debilidad, si quieres. Me consta que puedo salir indemne



de la ponzoña de la crueldad, que se contagia tan fácilmente como una enfermedad maligna, pero creo que hay muchos otros que sienten como yo, ello me hace suponer que la crueldad se extinguirá alguna vez en el mundo.

Josui, que nunca había oído a su novio hablar tan larga ni tan seriamente, se sintió agradecida. Sabía que el joven se expresaba así, como era su deber, para que ella le conociera. Pero, sin saberlo, Kobori había respondido también a lo que quería explicarle y preguntarle la joven. Si ella le manifestaba que quería a otro hombre, él, bondadosamente, podía aconsejarle que se atuviera a su primer amor, o al menos proponerle el aplazamiento de la boda hasta que ella olvidase o cambiara. Era seguro que Josui olvidaría y cambiaría. Además, no quería esperar. Le convenía casarse pronto, porque ello mantendría ocupado su ánimo, o al menos su tiempo.

—Gracias por haberme hablado como lo has hecho —dijo Josui al fin—. Te aprecio mucho, Kobori Matsui. Creo que la bondad es la cualidad mejor del hombre y de la mujer. Confiemos en que yo sea también bondadosa contigo.

Y miró a su prometido con un sentimiento que parecía preludiar un cariño futuro. Durante siglos y siglos no se habían celebrado en el Japón matrimonios por amor. Y tal era el sistema que propugnaban los partidarios de las tradiciones nacionales.

Kobori se inclinó ligeramente ante su novia. Había terminado la segunda entrevista.

El mes de agosto continuaba siendo tan caluroso, que los ancianos de la ciudad comentaban que ello probablemente se debía a alguna reacción de las bombas atómicas lanzadas por los americanos sobre Hiroshima y Nagasaki. El 16 de agosto, mientras ardían hogueras en la elevada cumbre del monte Daimonjii, en la cordillera que domina Kioto, el calor era tal que los que cuidaban las fogatas no hallaban el menor vestigio de fresco ni siquiera en aquellas alturas.

El doctor Sakai estaba fatigadísimo. Repentinamente había acudido al hospital una verdadera invasión de pacientes aquejados de antiguas heridas, no curadas aún y recibidas al estallar las bombas atómicas. La fama de Sakai corría de boca en boca y los enfermos incurables acudían a él considerándole su última esperanza. Sakai se esforzaba en salvar las vidas de aquellos infelices y a cada nuevo intento sentía crecer más su odio hacia los americanos.

La intensidad del calor le hizo enfermar a él mismo y durante varios días hubo de permanecer sin salir de casa. Le constaba que era un malísimo paciente. Luchaba contra la irritación que la enfermedad le producía, no permanecía acostado de continuo, como sabía que debía hacer, y procuraba alcanzar la paz meditando en la soledad de su jardín.

También el calor había causado estragos en el jardín. Ya no era posible contemplar su belleza íntegra. Las restricciones de agua debilitaban el caudal de la cascada, los helechos se secaban y perecían, y los dorados peces sucumbían en el estanque, exhaustos por la falta de agua y el ardor del sol.

Un día que se encontraba de bastante mal humor, oyó tintinear persistentemente la campanilla de bronce de la puerta del jardín. El portero debía de haberse dormido, y aunque Sakai distaba mucho de encontrarse bien, se acercó a la puerta y la abrió. Un oficial americano de alta estatura, vestido de uniforme, se hallaba ante el umbral.

Sakai le miró adustamente.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—¿El doctor Sakai?

—Yo soy.

Y procuró arrugar ferozmente el entrecejo para intimidar al americano. ¿Quiénes eran aquellos sujetos que incluso pretendían invadir las casas de los ciudadanos particulares?

—Me llamo Allen Kennedy —dijo el visitante.

Sakai recordaba perfectamente el nombre y el apellido. Había procurado olvidarlos, pero sin conseguirlo.

—No le conozco —manifestó, huraño.

El individuo sonrió.

—Pero yo conozco a su hija.

—Mi hija no puede disponer de su persona.

—¿Me permitiría hablarle unas palabras, doctor Sakai?

Sotan calló un momento. Su mente computaba rápidamente las consecuencias de una negativa. Rechazar a un oficial de las tropas de ocupación no era cosa fácil.

—No me encuentro bien —expuso—. En caso contrario estaría trabajando en el hospital. Prefiero que no me incomoden.

Los dos hombres se miraron fijamente, como midiéndose el uno al otro.

—En ese caso volveré otro día —dijo Allen.

—No es necesario —repuso, majestuoso, el doctor Sakai.

—Yo opino lo contrario —contestó Allen—. Insisto en la necesidad de que hablemos.

El joven se horrorizó al experimentar en su interior una verdadera aversión contra el rostro bien formado pero frío como una máscara del japonés. ¿Qué derecho asistía a aquel hombre para impedirle que le visitara? ¿No era aquélla también la casa de Josui? ¿No sabía Sakai recordar que estaba en el Japón, cuyos súbditos se habían sometido a los vencedores?

—No puede usted insistir —declaró el doctor con infinita dignidad.

—¡Pues insisto en ver a su hija! —replicó Allen Kennedy.

El violento carácter del doctor se manifestó en el acto, rebasando todo límite prudencial. Sakai no dejaba de reconocer y deplorar la facilidad con que perdía los estribos, y lo achacaba a los muchos años pasados en América, donde, en su infancia, no había recibido en las escuelas públicas una adecuada enseñanza de autodisciplina. Y ya era demasiado tarde. No sabía contener la ira que le impulsaba a odiar a los americanos, e incluso a sí mismo por no ser suficientemente japonés.

—¡Fuera! —gritó—. ¡No quiero americanos en mi casa!

Y trató de cerrar violentamente la puerta.

También en el ánimo de Allen había un complejo de encontrados sentimientos. Le disgustaba sinceramente figurar en las filas de los vencedores, pero los efectos de pertenecer a ellas no habían dejado de infiltrarse en su mente. No quiso recordar al doctor Sakai sus derechos, pero introdujo un hombro entre la puerta y el quicio. Los dos, para bochorno y afrenta de ambos —y era lo peor que uno y otro lo comprendían—, se esforzaron, Sakai en cerrar la puerta y Allen en obligarle a abrirla.

La parte del edificio más próxima a la entrada del jardín era la cocina. Allí solía sestear pacíficamente Yumi después de fregar los platos y barrer el suelo. Despertó al oír voces proferidas en el rudo acento de los vencedores, y corrió hacia allí. Con

profundo terror vio a su amo empeñado en cerrar la puerta a despecho de los intentos en contra de un joven oficial americano. Yumi prorrumpió en alaridos y, corriendo hacia la casa, buscó a su señora.

Hariko y Josui estaban juntas, cosiendo varias prendas del ajuar de boda. Yumi irrumpió como una exhalación en aquel pacífico retiro.

—¡Señora! El señor está luchando con un oficial norteamericano.

La señora Sakai se incorporó y salió, seguida por Yumi.

Josui no se movió. Comprendió instantáneamente que Allen había retornado en la peor oportunidad posible. ¿Por qué había llamado a la puerta? ¿No le hubiera valido más enviar una carta?

Sin embargo, ¿había de permanecer inactiva? ¿No debía intervenir en la batalla o procurar restablecer la paz?

Así, Allen Kennedy vio acercarse a la esbelta joven a la que amaba. Josui vestía un quimono de flores, blanco y azul, y a él le pareció más bella que nunca. Su pálida faz tenía una expresión implorante. Allen, que había conseguido forzar el paso, se dirigió a la muchacha.

El doctor Sakai, exhausto, apretaba los labios con fuerza. Ante él, como protectora guardia, se hallaban su mujer y Yumi. Había sido derrotado. Vio vacilar a su hija. Un momento después los brazos del americano la rodearon. Cierto que ella forcejeó, pero Sakai tuvo la certidumbre de que lo hacía por hallarse en presencia de sus padres y de la criada. De estar sola, seguramente no se hubiera resistido. Era obvio que Sakai había perdido a su hija. Urgía, pues, encontrar un medio estratégico de recobrarla.

Se volvió a su fiel esposa.

—Manda a tu hija que venga conmigo —ordenó.

Y, con su dignidad ya restaurada, se encaminó a la casa.

Ante todo necesitaba unos minutos de soledad. Estaba resuelto a vencer a aquel americano. Tácitamente hablando, no sería difícil. Bastaba conocer las intenciones del visitante. No admitía la posibilidad de que Kennedy tuviese intenciones honorables. A los americanos no les gustaba casarse con mujeres japonesas. Le constaban y tenía pruebas de ello. En caso necesario las exhibiría. Pero le repugnaba hacerlo en presencia de su mujer.

Exhaló un gruñido y se acomodó en un cojín muy plano, entrecruzando las piernas del modo que tanto le había costado aprender.

Así estaba cuando los demás entraron. El joven americano se mostró correcto.

—Doctor Sakai, siento lo sucedido. Perdí por un momento el dominio de mí mismo. Verdaderamente, no me asistía derecho alguno a entrar en su casa a viva fuerza.

Sakai, sin responder, señaló con la mano uno de los cojines reservados a los visitantes. Notó, con placer, que Kennedy encontraba grandes dificultades para sentarse del modo ritual. El doctor dejó a Josui en pie y con un fruncimiento de ceño

indicó a Yumi que saliese del cuarto. Hariko se acomodó, procurando no estorbar a nadie, junto a su esposo.

El joven se levantó repentinamente. Quizá le incomodase la postura de las piernas. Pero no; quería ofrecer su asiento a Josui.

—¿Dónde vas a sentarte? —preguntó en voz baja.

—No te preocupes por mí —repuso la acongojada Josui.

—¡Debo y quiero!

—¡Siéntate! —mandó el doctor a su hija, con voz de trueno.

La joven se instaló junto a su madre y Allen volvió a su incómoda postura sobre el cojín.

Sakai esperó. Que comenzase el otro, pensaba. No había provocado él semejante situación. Él era el ofendido. Y a la vez se proponía, cuando la discusión se iniciara, ser juicioso y paciente, pero inexorable.

—Padre... —principió Josui con tímido acento.

El doctor arrugó el entrecejo de tal manera que la joven enmudeció súbitamente. El americano acudió en su defensa.

—No eres tú quien debe hablar, Josui, sino yo.

De este modo se vio Allen forzado a tomar la palabra. Al llegar a Kioto aquella mañana sentía una confusión mental indecible. Sólo un punto de luz brillaba en sus tinieblas la necesidad de ver a Josui una vez más para cerciorarse de si la amaba y de si podría soportar el separarse de ella.

Ahora le constaba que le sería imposible. Había llegado a esta decisión, parcialmente, a través de su forcejeo con el padre de la joven, pero de modo principal a causa del efecto que le produjo contemplar la pálida y a la par animada cara de Josui.

—Hable, pues —dijo el doctor fríamente—. Me agradecería saber por qué está usted aquí.

—Para visitar a su hija.

Sakai se volvió a Josui.

—¿Conoces a este hombre?

—Nos conocemos —se apresuró a intervenir Allen Kennedy.

Y en seguida, de manera concisa y natural, explicó cómo se habían encontrado los dos y las pocas horas que habían pasado juntos antes de que conviniesen en separarse.

—Siendo ello así —preguntó el doctor—, ¿por qué ha vuelto usted?

—Porque sé lo mucho que amo a su hija —dijo Allen.

El doctor Sakai se mostró implacable.

—Ese amor es imposible. Josui está prometida en matrimonio a Kobori Matsui, hijo de un amigo mío. La boda se celebrará dentro de quince días.

Durante un momento el joven quedó como petrificado.

—¿Es verdad eso, Josui? —preguntó, volviéndose a ella.

La joven asintió, llorando.

—Mejor hubieras hecho advirtiéndomelo —comentó Allen.

Durante un instante guardó un meditativo silencio. Volvió luego a hablar.

—Veo, Josui, que no puedo hablarte a solas. Por lo tanto, me explicaré como si no hubiese nadie delante. Te ruego que me contestes del mismo modo ¿Quieres al hombre con el que vas a casarte?

—No —respondió ella en voz baja—. Pero es un muchacho muy bueno.

—Respóndeme con sinceridad, Josui. ¿Me quieres?

Ella alzó la faz, húmeda de lágrimas, y contestó:

—Te quiero, Allen Kennedy.

—¿Estás dispuesta a casarte conmigo?

¡El estilo americano! Así pensaba coléricamente el doctor Sakai. ¡Siempre el ataque, la eterna ofensiva!

—En el Japón —aseveró— una palabra de matrimonio no puede quebrantarse.

—Supongo, señor —arguyó Allen—, que si dos prometidos acuerdan cancelar su compromiso de casamiento nadie se opondrá a ello... en el Japón moderno.

Sakai acusó el efecto del golpe. Carraspeó, apoyó las manos sobre las rodillas y miró al suelo.

—Tengo que explicarle una cosa...

—¡Papá! —rogó Josui.

—Es algo que no he dicho a nadie hasta ahora —prosiguió el doctor Sakai con voz concentrada—. Ni siquiera a mi mujer.

Y miró, con el ceño fruncido, a la amable Hariko.

—Perdóname —murmuró—. Yo había olvidado eso durante muchos años, y si ahora lo menciono es por favorecer a nuestra hija.

—No te preocupes por mí —contestó su mujer.

—Josui, queridita —siguió el doctor—, no te es posible casarte con un americano. Lo digo porque lo sé. Incluso este joven ignora lo que yo no ignoro. Puede ocurrir que te quiera y que tú le quieras a él. Pero en el amor no hay prudencia ni sabiduría. Es una pura emoción. Pasa pronto y la vida continúa.

Hablaba con melancólica gravedad. Todos le escuchaban con interés. Había tan insólito silencio en la casa, que se percibían distintamente los más tenues rumores: el ruido que producía con sus alas rígidas una cigarra, el grillo del cuclillo, el caer de la pequeña catarata, que parecía haberse trocado en un estrépito enorme.

—Siendo yo joven y estando en América —explicó penosamente el doctor Sakai— me enamoré de una mujer americana. Puedo asegurar que ella me correspondía. Nos hablamos y nos lo confesamos todo. Mis padres se opusieron al enlace. Yo educado en América y como un americano, no veía motivo para que se me negase lo que anhelaba con todo mi corazón.

La señora Sakai quedó repentinamente rígida. Crispó convulsivamente las manos y observó a los circunstantes.

El doctor Sakai apartó la mirada.

—¡Madre! —exclamó Josui, conteniendo el aliento.

Sakai prosiguió.

—Yo me sentía resuelto a prescindir de todo —dijo con voz fría y serena—. Incluso a abandonar a mis padres. Pero entonces sobrevino algo inesperado. El hermano de mi novia se presentó y me amenazó con una pistola. Era de noche, y yo volvía de la Universidad con bastante retraso. ¿Cómo sabía aquel hombre el camino que yo solía llevar? Ella debía de habérselo explicado. El individuo me apoyó la pistola en las costillas y me habló así: «Escuche: deje en paz a mi hermana. No queremos ningún condenado japonés en nuestra familia». No habló más y yo no volví jamás a ver a mi novia.

—¿Y eso es todo? —quiso saber Allen.

—¿Cómo todo? —exclamó fieramente el doctor Sakai—. Aquello para mí lo era todo, en efecto, en la época de que le hablo. Y ahora se me ha planteado una situación igual, relativo a algo y a alguien que también para mí lo es todo.

Apuntó con su largo índice a Kennedy.

—Sé muy bien que lo mismo le ocurrirá ahora a mi hija.

—En mi familia —dijo altivamente Allen— no tenemos la costumbre de intimidar a la gente pistola en mano.

—Repito que sucederá lo mismo —insistió el doctor Sakai—. No se trata de pistolas, sino de otras cosas. Los suyos no querrán tener condenadas japonesas en la familia. Se lo garantizo.

—Me hago cargo de sus sentimientos —murmuró Allen, con expresión de simpatía—. Pero eso, doctor Sakai, sucedió hace mucho, puesto que Josui no había ni siquiera nacido. Las cosas ahora han variado.

—¡Ja, ja! —burlóse el doctor con voz fuerte—. Da la casualidad de que suelo leer los periódicos. La variación no es tan grande. Muchos Estados norteamericanos no permiten los enlaces entre blancos y personas de color. Escúcheme: ¿se sentarían sus padres a la mesa con invitados de otro color y raza?

Allen pareció sobresaltarse.

—Nunca se me ha ocurrido pensar en Josui como una mujer de color.

Josui se ruborizó como un clavel.

—Necesito hablar a solas con Allen Kennedy —manifestó de repente—. Todo esto es una confusión tremenda. Permítenos que él y yo nos expliquemos antes de decidir nada, padre.

Y se levantó con tal energía que el doctor no acertó a detenerla. Ni acaso lo hubiera hecho aunque hubiera podido. Más valía que los dos saliesen al jardín y hablaran. Los jóvenes siempre tienen motivos de plática. Lo malo era que él había revelado el amargo secreto de su vida. Y los otros no lo olvidarían jamás.

Quedó solo con su mujer. Ella permanecía inmóvil. Dirigiéndole una mirada de soslayo, Sakai notó que las manos de Hariko temblaban.

Tendió, su propia mano sobre las de ella y las cubrió con su palma.

—Bendigo el día que vi tu fotografía —dijo—. En cuanto la tuve delante comprendí que habías de ser una buena esposa. Y eso que la foto era mala, y no te favorece en los más mínimo. Tú me trajiste la buena fortuna. ¡Qué mísera hubiera sido mi suerte en caso de haber seguido otro camino! He de dar las gracias a aquel sanguinario sujeto que me aplicó la pistola a los riñones.

Hariko lloraba hasta sofocarse.

—Supongo que no tendrías miedo... —musitó.

—Lo tuve —respondió el doctor Sakai—. Me apresuré a retirarme, asegurando a aquel hombre que bajo ningún pretexto intentaría casarme con su hermana. Y era verdad.

—Olvida eso —rogóle su mujer.

Deslizó suavemente los dedos bajo la palma de la mano de su marido y se secó los ojos con el borde de su ancha manga.

—Estamos en nuestro país —añadió— y no es necesario recordar tales cosas.

—Tienes razón. Pero bien ves que me he visto forzado a explicar lo que había olvidado ya.

—Calla —imploró ella.

—Lo había olvidado —insistió obstinadamente el doctor—. Si no, hace mucho que te lo hubiera dicho.

La situación había llegado a un extremo de tensión insoportable para Hariko. Levantóse con aquella su gracia que desafiaba la deformidad de sus torcidas piernas, e hizo a su marido una leve inclinación.

—Excúsame, pero tengo que hacer algunas cosas —dijo.

Salió de la estancia y, silenciosa sobre sus suaves zapatillas, volvió al cuarto donde había estado cosiendo con Josui. Tomó una fina pieza de seda blanca y reanudó la labor. Cada vez que las lágrimas le acudían a los ojos, se las enjugaba cuidadosamente, para no manchar la seda. Sabía que no había sido nunca una mujer hermosa. Recordaba muy bien su aspecto de mocita; una muchacha campesina, tosca, de rostro cuadrado y quemado por el sol. En realidad, Sotan no la había elegido. La habían elegido sus padres, pensando que la joven debía de ser vigorosa y obediente, en efecto lo era. En cuanto a él, lastimado por el amor que había perdido, seguramente no se fijó en ella para nada.

Hariko, repentinamente, suspendió la costura. Podía ocurrir que aquel vestido no fuese necesario, y entonces, ¿a qué concluirlo?



En el jardín, los dos jóvenes hablaban tras los bambúes que, en aquella estación, cubrían el muro. Josui y Allen, sentados en un rústico banco de madera, sentían su dolor calmado por el momento.

Él no quería fingir que ya había desentrañado la naturaleza de su amor. Sólo sabía que amaba a Josui como no había amado nunca, y que le era menester conseguirla.

—Ya sabes que no puedes casarte más que conmigo —murmuró Allen, oprimiendo con sus labios los de la joven.

—Ahora me doy cuenta de ello —repuso Josui con voz ahogada.

—¡Pues huyamos de aquí! —exclamó él, nerviosamente—. Eres americana, Josui, y debemos proceder como americanos. No estamos obligados a obedecer como si fuéramos niños.

—No podemos huir —respondió ella con firmeza.

Rodeó con los brazos la cintura del joven y echó la cabeza hacia atrás, para mirarle a la cara.

—No conoces a Kabori Matsui —prosiguió—. Es muy bueno y muy honorable. Se lo contaré todo y sabrá hacerse cargo de la situación.

Sin razón justificativa, Allen deploró, en el fondo, que aquel hombre fuese bueno. A él le hubiera sido más fácil arrancar a Josui de los brazos de un rígido japonés a la antigua, como el doctor.

—No quiero verme con ese tipo —dijo bruscamente Allen.

—Yo me encargaré de todo. Primero hablaré con mis padres. A mi padre hemos de obedecerle en las cosas menudas. ¿Entiendes, Allen Kennedy?

—Deja de llamarme así y di Allen a secas.

—Allen —continuó ella, como si no hubiese oído la interrupción—, en lo esencial no podemos obedecer a mi padre, puesto que tú y yo no queremos separarnos. Pero cuando él lo comprenda, como se lo haré comprender, en todo lo demás debemos plegarnos a sus deseos.

Decidido a casarse, Allen se sentía presto a acceder a cualquier cosa.

—Como quieras, querida. Pero procuraremos arreglar pronto las cosas.

Ella apoyó la cabeza en el pecho de Allen.

—Pronto... —repitió.

Por raro que pareciera, una vez adoptada tan trascendental resolución los jóvenes

no se entregaron a ninguna efusión amorosa. Se sentaban, graves, y juntos, y él jugueteaba con la mano de Josui sin pensar en ella. En cambio, meditaba en los inmensos problemas —cuyas características no discernía aún— que, brotando del hecho de hallarse sentado junto a su amada, en un jardín del Japón, crecerían y se desarrollarían cuando, cruzando el océano, llegase con sus mujer a la grande y blanca casa familiar...

¿Qué pensarían sus padres y sus otros parientes? Resolvió no anunciarles su matrimonio hasta que viesen a Josui. Hasta entonces esperaría, para evitarse discusiones. Sin duda todos coincidirían en que aquella muchacha, suave y tierna, pero con un corazón denodado, era una mujer adorable. La juzgarían discreta y recatada, aunque lamentablemente joven, cosa que no dejaba de preocupar a Kennedy. Pero sabía que Josui era valerosa. La imaginaba entrando en casa de su madre —«¡De mi madre!», se dijo Allen— con aquel aire tan suyo, tan peculiar, en el que un orgullo mesurado se mezclaba a una docilidad indudable. Sin duda su presencia resultaría irresistible.

No transmitió sus dudas a Josui, ni quiso hablarle de las dificultades posibles, no por culpa de ella ni de él, sino de la vida cuyos cauces rutinarios iban los dos a quebrar. Otros americanos se habían casado con japonesas y llevádoselas a sus casas. Algunos de aquellos casamientos habían resultado bien y otros no. Pero no había motivo alguno para que el suyo no fuese afortunado, siempre que los dos tuviesen valor para afrontar las situaciones que se les plantearan. De momento Allen no deseaba transmitir a la muchacha sus preocupaciones. Bastante tenía ella con lidiar con su propia familia y libertarse rápidamente de su compromiso de matrimonio. A Kennedy le resultaba insoportable la idea de que Josui pudiera haberse prometido a otro hombre.

—¿Cómo accediste a casarte con este Koberi? —preguntó bruscamente.

—¿Por qué no había de hacerlo? Viviendo en el Japón, con alguien me tengo que casar. Tú no me propusiste unirnos en matrimonio.

Allen reconoció que la culpa era suya. Nunca se perdonaría su torpeza.

—¿Cuándo quieres que nos casemos? —dijo nerviosamente el americano.

Josui suspiró.

—No sé... Primero tengo que hablar con Koberi. Verás como él lo resuelve todo de la mejor manera posible.

Allen se incorporó.

—Bien, querida, me marchó... No entiendo nada de estas cosas vuestras y me parece que tú, en cambio, las disciernes bien.

De repente se sintió celoso e inquirió:

—¿Tienes la certeza de que no prefieres casarte con ese japonés? Todo te resultaría mucho menos complicado.

—¡Calla! ¿No me has dicho que soy americana? ¡Pues deseo casarme con un americano! ¡Deseo casarme contigo! —agregó, mirándole con un amor que ponía

temblores en todos sus miembros.

Tornaron a abrazarse. El conocido y terrible anhelo volvía a enseñorearse de la sangre de Allen y a apresurar los latidos de su corazón. Sentíase ahogado, vencido...

—Procura que todo se arregle pronto, Josui. Por mi parte empezaré mañana mismo las gestiones necesarias. Tendré que hablar a mi coronel y solicitar su ayuda. De ese modo quizá logremos suprimir algunas formalidades rutinarias. Casémonos pronto, querida. Ya que estás aquí con tu padre, no permitas que él se interponga y que...

—No —dijo ella—, no se interpondrá si Kobori se muestra razonable.

—Bien. Entonces, voy a tomar el tren de las cinco. La verdad es que he venido sin permiso, aunque por un día no me echarán de menos.

—Escríbeme, Allen.

—Te escribiré, cariño.

—Yo también. Pero te advierto que redacto con mucha torpeza.

Se separaron. Ella estaba temerosa de que su padre vociferase desde la casa, diciendo que había transcurrido demasiado rato; y Allen estaba impaciente por tomar el tren de las cinco.

Se dieron un largo beso y otro después.

—Has aprendido a besar como las muchachas americanas, Josui.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Tonta! Lo sabe cualquiera que vaya al cine.

—Sí, pero aquí los besos se dan recatadamente, sin exhibiciones en público.

—En América no. ¿Me escribirás esta noche, Josui?

—¿Y tú también, Allen?

—Bien, pero ¿no te molestará que te escriba a máquina?

—¡Oh, no! —musitó ella en un tono suave como un suspiro.

Se separaron. Cuando quedó sola, Josui contempló el reflejo de su figura en el estanque. ¿Por qué en el amor habían de contenerse tantos elementos de disgusto? ¡Cuánto amaba ella a Allen! Claro que hubiese sido preferible amar a Kobori y hacer así felices a todos. Si ella no se hubiese situado al pie de las plantas de wisteria mientras los soldados americanos pasaban, no habría visto nunca a Allen y todos hubieran sido tan dichosos como no lo serían nunca ya... El amor que a ella le colmaba de un éxtasis casi doloroso, hería hondamente sin duda el corazón de sus padres. ¿Y quién sabía lo que podía suceder en Virginia, al lado de la familia de Allen? Claro que Josui procuraría ser muy buena nuera para que todos la acogieran con agrado.

Finalmente, entró en la casa. Le sorprendía que su padre no la hubiera llamado. Pero el doctor no aparecía por sitio alguno. Al cabo salió Hariko del cuarto que su marido dedicaba a la meditación y al estudio. Los biombos que protegían aquel aposento no se abrían nunca.

—Tu padre ha vuelto a sentirse mal —dijo la madre de Josui—. Las emociones

de este día le han agotado. No le hables. Si algo deseas decir, dímelo a mí.

Madre e hija se miraron, titubeantes. ¿Era posible, reflexionaba Josui, que estuviese en su mano infligir más dolores de los que había causado ya? El amor, fuerza imperiosa y terrible, la impelía a las mayores crueldades, aunque ella aborreciese la crueldad y fuera en el fondo benigna y dulce. Y ahora se sentía en la precisión de disgustar también a su madre, que nunca dedicaba a nadie sino palabras suaves, y toda cuya vida había estado consagrada a la familia. Las lágrimas colmaron los ojos de Josui. Miró a su madre sin acertar a proferir una palabra.

Hariko se encargó de tomar la iniciativa.

—¿No es cierto que deseas casarte con ese americano?

—Sí, madre, y quisiera no desearlo. ¡Cuánto daría por no haberle conocido jamás! Entonces me hubiera casado con Kobori y hubiera sido feliz, puesto que no habría tratado a ningún otro hombre. Me habría acostumbrado a quererle, como tú te acostumbraste a querer a mi padre. ¿Verdad que tú no conocías a tu marido antes de casaros?

Hariko no sonrió. Su rostro, vulgar y paciente, no cambió de expresión.

—Esos tiempos —dijo— eran diferentes, y mi vida no se parecía en nada a la tuya. Me limitaba a obedecer. Era mi destino.

—¿Acaso no has sido feliz? —exclamó Josui.

—Sí, pero mi felicidad era fácil de conseguir. Yo no esperaba tener tan buena suerte como la que tuve.

Las dos permanecían aún de pie. Josui apoyó la mano en el brazo de su madre.

—Madre, ¿me comprenderás si te aseguro que quiero tanto a Allen que no puedo hacer otra cosa que amarle?

Hariko miró a su hija con singular e inexpresable tristeza.

—Ayer —dijo— no lo hubiera comprendido. Hoy, sí.

Y apartó la cabeza. Sus pálidos labios temblaban.

—¡Madre! —gritó Josui—. ¡No seas así! Mi padre había olvidado aquel asunto hacía mucho tiempo.

—No lo olvidó —repuso la señora Sakai con una voz concentrada y reprimida.

—Si lo ha recordado ahora —alegó Josui—, es porque se sentía lastimado en su orgullo. Ya sabes lo orgulloso que es.

Siempre con la misma voz sofocada, Hariko respondió:

—Lo lastimado no es su orgullo, sino su amor. Por eso él quiso salir de América. Porque también amaba a América y América le repelió, como la muchacha. ¡Otro caso de amor herido! Y ello empezó cuando él era joven y terminó cuando dejó su país. ¡Porque su país es América!

—¡Madre, madre! —susurró Josui, intentando consolar a la dolida Hariko.

—Es natural que ames a ese americano —continuó la señora Sakai— y que desees casarte con él. No te conviene casarte con Kobori. Debes conseguir lo que nunca consiguió tu padre y regresar a América. La única verdadera japonesa de la

familia soy yo. Y yo procuraré ayudarte.

Por primera vez en su vida las dos mujeres se unieron en un abrazo y mezclaron sus lágrimas.

Cuando el doctor Sakai se levantó por la mañana se sentía extenuado y malhumorado. Su esposa, siempre obediente y sencilla, se había mostrado, durante la noche anterior, enteramente distinta. Empezó defendiendo la causa de Josui y acabó acusando a su marido de que la muchacha quisiera abandonarlos. Desvirtuando las cosas de una manera singular, Hariko afirmaba que, porque Sotan no había podido casarse con una joven y bella muchacha americana, no quería que su hija lo hiciera.

Horas enteras —casi toda la noche— el doctor había insistido:

—¿No te digo, Hariko, que me alegro de no haber contraído aquel matrimonio? ¿Qué hubiera sido de mí encerrado en un campo de concentración? Supongo que hubiera tenido hijos. ¿Dónde habrían ido a parar? ¿También al campo? No creo que hubiese podido traer mestizos al Japón. Ya sabes la opinión que se tiene aquí sobre la gente de razas mezcladas. Mis hijos no hubieran pertenecido a ningún país. Habrían vivido como desterrados en todo el mundo. Mucho celebro no haber llevado adelante aquella locura. Y ahora deseo salvar a mi hija de un disparate análogo.

La mujer prorrumpió en una exclamación inexplicable:

—¡Pues yo salvaré a Kobori Matsui! Evitaré que un buen muchacho japonés se case con una joven enamorada de un americano. Josui no se casará con él. Yo iré a advertírsele si tú no lo haces.

Nunca Sakai había imaginado que aquella paciente criatura que a su lado había vivido durante tantos años encerrase en sí tanta determinación y tanto espíritu de rebeldía. Como nunca la había visto así, su desesperación le asustó. Conocía los tenebrosos impulsos de su raza y la facilidad con que los japoneses pasaban de la desesperación al suicidio. Para un nipón siempre había un puente cómodo y ancho entre la vida y la muerte. Con muy poca vacilación se emprendía aquel breve viaje.

A su modo terco y torpe, propio de una mujer iletrada, Hariko había interpretado en un sentido absolutamente erróneo las revelaciones hechas por su esposo el día anterior. Ella las atribuía un significado diferente, enteramente femenino y personal, y él sabía que nunca lograría hacerla salir de su equivocación. Entraba muy en lo posible que Hariko visitase a Matsui, o a Kobori, y si él le prohibía que saliera de casa, ella, como protesta, era capaz de quitarse la vida.

Así, por la mañana, Sakai se levantó rezongando y diciéndose que su única esperanza radicaba en su hija, que era, al menos, una persona educada.

Pero no encontró a Josui. Sólo hasta cerca del mediodía no se sintió el doctor con fuerzas para abandonar el lecho y, según Yumi, Josui se había marchado a las diez. La criada, conocedora del disgusto que se había abatido sobre la familia, sirvió la comida a Sakai guardando un maravilloso silencio. El doctor preguntó qué hacía la señora y Yumi respondió que estaba disponiendo una provisión fresca de cho-yu. A la señora Sakai no le agradaba comprar aquella salsa preparada ya, sino que prefería aderezarla al estilo campesino, comprando la mejor soja y sometiéndola a un adecuado proceso de fermentación. Cuando se entregaba a esa tarea, no quería que la molestasen.

En resumen, la casa no ofrecía remanso alguno de paz y Sakai, en consecuencia, decidió encaminarse al hospital y aplicarse al trabajo.

—¿Dijo mi hija adónde iba? —preguntó el doctor a Yumi mientras tomaba su sombrero y su bastón.

—A recoger unos libros en el colegio.

Aquello era mentira. Josui, sin duda, había salido sin explicar nada a nadie. Pero Yumi, viendo la macilenta faz de su señor, juzgó que había incurrido en un embuste piadoso. Sakai salió sin hablar con nadie más.

En aquel mismo momento, Josui estaba hablando con Koberi. Había dormido poco, pero permaneció descansando en el lecho las largas horas de la noche, y cuando el día alboreó la resolución de la joven era clara como el cristal. Cuanto antes viera a Koberi, mejor. Sobre todo, había de hablarle antes de enfrentarse otra vez con el doctor. La joven quería decirle:

«Todo ha terminado, padre. Dadas las circunstancias, Koberi no desea casarse conmigo. Y es imposible rectificar ya».

Una vez que hablase así a su padre, escribiría a Allen, diciéndole lo mismo, aunque con diferentes palabras. Le manifestaría que estaba libre. De él dependía señalar sitio y fecha para reunirse.

Cuando la mente quedó despejada y su espíritu sereno, Josui logró dormirse. Muy de mañana se levantó y aseó, poniéndose un traje de seda azul marino que le constaba que no le favorecía. Se peinó muy liso el cabello y no se coloreó las mejillas ni se pintó los labios. Despachó el desayuno que le presentó Yumi y salió de la casa sin hablar siquiera a su madre.

Koberi le había descrito la distribución de su jornada de trabajo. Josui sabía, por ello, que el joven iba tarde a la oficina. Para hacer tiempo, la muchacha se internó en un parque y se sentó en un banco, a orillas de una minúscula laguna. En los lechos de flores brotaban algunos crisantemos tempranos y los peces dorados retozaban bajo las aguas. En el aire se percibía un ligero toque de frescor. El calor empezaba a disminuir. Sola en aquella quietud, Josui tenía la impresión de notar la inmovilización del desarrollo de las cosas, el retorno a la tierra, el desplome de todo en un sueño final... Parte de su propia vida —su adolescencia y su primera juventud— habían terminado también. Habíase convertido en mujer y elegido, en consonancia con ello, su destino. De haber tenido un carácter tímido o pusilánime, su presente soledad la

hubiera asustado, pero no lo era. Sentía en su interior una fuerza inmensa, que le permitía enfrentarse con cuantos problemas se le plantearan. Aquella espontánea carencia de temor le permitía también confiar no sólo en sí misma, sino en cualquiera en el que resolviese depositar su confianza. Y en Allen confiaba enteramente. El mundo evolucionaba y ellos dos juntos podían enfrentarse con todas las dificultades que les presentara la vida.

Poco antes de mediodía la joven se levantó y tomó el camino de la calle principal de la ciudad. Allí se levantaba un alto edificio donde tenían los Matsui sus oficinas. El ascensor la condujo al sexto piso, frente a la puerta del despacho de la «Casa Matsui». Un joven japonés, vestido con ropas occidentales, se acercó a ella.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó en inglés.

Ella, también en inglés, respondió:

—Haga el favor de decir al señor Kobori Matsui que la señorita Sakai desea hablar unos minutos con él.

De haberse expresado en japonés, era dudoso que la hubiesen hecho pasar tan rápidamente. En cualquier caso, la hicieron entrar en seguida. Kobori, muy pulcro y atractivo, vestido a la europea, con un traje de franela gris, la esperaba. Se acercó a ella pronunciando calurosas frases de bienvenida. Los dos se hicieron una mutua reverencia sin tocarse las manos.

—Pasa —dijo Kobori.

—¿No estarás muy ocupado? —inquirió ella.

Kobori sonrió levemente.

—Mis ocupaciones no son nunca muy grandes. ¿Quieres que llame a mi secretario?

Sugería aquella posibilidad por temor de que a Josui la disgustase que la vieran entrar en la oficina a solas con él.

—No —respondió la joven.

Él la hizo pasar a su despacho y dejó la puerta entornada.

—Siéntate —dijo, ofreciéndole un cómodo sillón de estilo occidental.

La estancia, muy amplia, se hallaba llena de grandes y pesados muebles. Las blancas paredes aparecían desnudas, excepto un par de ornamentos detrás de la mesa del joven.

Pero Kobori no se sentó a la mesa. Buscó otro sillón semejante al de Josui. Era como si estuviesen los dos en un saloncito privado, según sucedía en la casa particular de Matsui, donde había aposentos japoneses y aposentos a la europea. Mirando a Kobori, Josui se sintió disgustadísima al pensar en la cruel misión que la llevaba allí. Encontraba a su prometido tal como siempre lo había considerado: corpulento, bondadoso, de rostro terso, ovalado y sonriente. Y sus ojos se fijaban afectuosamente en ella. Era obvia la confianza que Kobori tenía en su novia, el placer que le producían sus mutuas relaciones, su completa fe en su buena fortuna... No costaba trabajo presentir que aquel joven no había padecido dolores ni desengaños.



Era el amado hijo y heredero de un hombre acaudalado. ¡Cuán placentero hubiera sido amarle de no haberse interpuesto Allen en el camino!

Inmediatamente Josui se reprochó a sí misma. ¿Placentero? Lo más grande de la vida era el amor y ella no hubiera conocido el amor jamás si se hubiese casado con Kobori.

Se inclinó hacia delante, sosteniendo entre las dos manos su bolso de cuero.

—Kobori —dijo—, estoy muy conturbada. ¡Tengo que hacer una cosa tan desusada y a la vez tan cruel!

Él permanecía inmóvil.

—Di lo que quieras sin temor, Josui.

La muchacha lanzó el golpe.

—No puedo casarme contigo, Kobori.

Él la miró, inmóvil todavía, esperando. Y ella pensaba: «¡Cuánto dolor va a sentir el pobre muchacho!».

—La culpa es mía —añadió precipitadamente—. No debí prometerme contigo. Si, mía fue la culpa. No desconocía lo que anidaba en mi corazón. Pero creía que se trataba de un sentimiento muerto ya. Y cuando menos lo esperaba, y sin la menor incitación por mi parte, ese sentimiento ha renacido.

Kobori habló con frases secas y ponderadas:

—¿Puedes explicarte más concretamente?

La joven dirigió los ojos a su bolso.

—La primavera pasada —manifestó— conocí a un americano. En seguida descubrimos que nos amábamos. Pero resolvimos terminar nuestras relaciones y él se marchó. Yo lo daba todo por olvidado; mas ayer él regresó a la ciudad, impelido por el mismo sentimiento que yo. Sabemos que no podemos olvidarnos. Sería injusto ocultarte la verdad, Kobori.

El joven se pasó la lengua por los secos labios y repuso:

—Gracias por habérmelo advertido.

Josui callaba, esperando que él continuase y apenas osaba mirarle a los ojos. Pero, al parecer Kobori no tenía más que decir.

No obstante, transcurrido cierto rato, preguntó:

—¿Qué opinan tus padres?

—No aprueban mi resolución —repuso Josui—, pero mi madre reconoce que no tengo más remedio que proceder como lo hago. Mi padre está furioso y no propone ninguna solución práctica. Ya sabes que odia a América. Le horroriza el pensamiento de que yo vuelva allá.

—Tú amas mucho a América —murmuró el joven—. Lo he intuido siempre. Tanto, que contaba que pasásemos en América nuestra luna de miel. Nosotros tenemos negocios con muchas empresas americanas y tendremos más cuando termine la ocupación. Había pensado estar contigo unos meses en California...

Se inclinó lentamente y escondió su rostro entre las manos.

—No sabes lo que siento esto —musitó ella.

—Ya —repuso él, sin quitarse las manos de la cara—. Pero la cosa no tiene remedio. Has procedido bien viniendo a avisarme. Desde luego necesitaré algún tiempo para... para reajustar mis pensamientos.

—Ya encontrarás otra mujer —dijo Josui, dándose cuenta en el acto de la tonta vulgaridad que acababa de proferir.

—No quiero pensar en eso —contestó él.

Se apartó las manos del rostro. Josui se sintió aliviada al ver que no lloraba, aunque sus ojos la miraban con amorosa tristeza.

—Presumo, Josui, que no volveremos a vernos a solas.

—No será necesario, Kobori. Estaremos menos violentos si no volvemos a hablarnos.

—Pues entonces, si me lo permites, te diré ahora algo que me parece muy oportuno.

—No seré yo quien te lo prohíba.

Ella, ya descargada del peso que le había oprimido hasta entonces el corazón, deseaba marcharse cuanto antes. Pero tendría que permanecer allí hasta que Kobori le explicara lo que tenía que decirle.

El joven se inclinó hacia delante, apoyó las manos en las rodillas y miró fijamente a la joven.

—Corto es lo que te quiero exponer, Josui. Sólo esto: si algún día me necesitas por una razón cualquiera, avísame. No dejes que el orgullo te impida llamarme.

—¡Si voy a ser muy feliz, Kobori! —exclamó la muchacha—. No será menester apelar a ti. Sin embargo, ¡qué bueno eres!

—Todo lo que quiero es que no te cierres este camino —dijo esforzándose en sonreír.

Ella, ansiosa de escapar, se puso en pie.

—Te prometo seguir tu consejo, Kobori.

La expresión había sido verdaderamente desdichada. Un segundo después de pronunciarla, Josui reparó en ello. ¡Prometer! ¿Había acaso mantenido su promesa anterior?

Le tendió la mano y por primera vez sintió el apretón de la de Kobori. Era una mano grande, cálida y suave, que cubría por entero la suya, pequeña, pero firme.

Kobori pareció conmoverse repentinamente. En sus ojos brillaron lágrimas. No obstante, sonrió y se inclinó. Y así quedó todo terminado.

Después que la muchacha hubo salido, Kobori permaneció algún tiempo sentado en la butaca. La catástrofe se abatía sobre él como una inmensa ola. Pero no oponía resistencia alguna. Desde niño, su padre le había enseñado a desenvolverse en el mar. La familia tenía una casa en las costas de Kiusiu y durante el verano el muchacho se pasaba casi todo el día en el agua. Había aprendido muy pronto a nadar, mas su padre le enseñó a nadar largo tiempo sin agotarse.

«Uno no puede vencer al mar —decía el viejo Matsui—. Es interminable como la eternidad e inmutable como el destino. Comparado con el mar, un hombre es menos que el más escuálido pececillo. Por lo tanto, no luches con el mar. No te opongas a las mareas. Cede al impulso de las olas y deja que ellas te lleven. Verás cómo entonces el mar se encarga de sostenerte, sin fatiga tuya».

Kobori recordaba aquellas palabras. Sentíase abrumado por lo que acababa de oír. Se había entregado completamente a la seguridad de su amor por Josui. Nunca había amado antes a otras mujeres. Como la mayoría de los hombres, acudía a las casas de placer, participaba en los festines, reía con las muchachas bonitas y escuchaba las músicas que tocaban. Pero para esposa sólo había deseado a Josui. Y he aquí que no la conseguiría nunca...

Semejante pensamiento era tan monstruoso, que por un momento Kobori se sintió ofuscado y presa de vértigos. Dijérase que le faltaba la tierra bajo los pies y que le absorbía una ola descomunal. Cerró los ojos y se recostó en el tapizado respaldo del sillón. Así permaneció, pasivo, dejando que el dolor que le atenazaba girase alrededor de su cerebro. No había remedio alguno, no había remedio...

Cosa de una hora después abrió los ojos y, levantándose, tomó la tetera que tenía en un soporte, junto a la mesa, y se sirvió una tacita de té. Lo bebió lentamente. Se sentía helado y rendido como si, en efecto, acabase de salir del mar. No lograba desprenderse de aquel frío pegajoso.

Media hora después oprimió el timbre de su escritorio. Acudió la secretaria. Kobori dictó el correo de la mañana. Entretanto pensaba que, en cuanto llegase a su casa, tendría que transmitir la noticia a su padre. Había que suspender los preparativos de boda, cancelar las invitaciones. En cambio, era ya demasiado tarde para devolver al joyero el regalo destinado a Josui: un collar de auténticas perlas rosadas, recogidas en la costa de la India.

—Se lo he explicado todo a Koberi —dijo Josui.

Aunque su padre no volvió hasta medianoche, ella le había estado esperando. Su madre se hallaba informada de todo. Las dos guardaron los atavíos nupciales, que no serían necesarios jamás. Josui no acertaba a desentrañar los sentimientos de su madre. Hariko dobló las ropas cuidadosamente, sin permitir a Josui que las tocara. Las valiosas telas fueron guardadas, con alcanfor, en un ropero. Ambas mujeres invirtieron la velada en esa tarea. La señora Sakai no preguntó nada, ni la contestación de Koberi, ni otra cosa alguna.

Cuando Josui pidió a su padre que le escuchase unas palabras, él respondió.

—Es muy tarde.

—No me acostaré hasta contarte lo que he hecho —declaró Josui.

Él, procurando ocultar su fatiga y su desesperación, se sentó, y la joven le explicó su resolución de casarse con el americano.

—No sé qué podré decir a mi amigo Takashi Matsui ni lo que él dirá a su hijo Koberi.

Josui respondió que Koberi estaba enterado de todo, porque ella había ido a decírselo.

—¡Que fuiste a decírselo! —exclamó el doctor, atónito—. ¿Es posible tanto atrevimiento? ¡Oh, cómo has cambiado!

La joven bajó la cabeza.

—Como Koberi es tan bueno, no tuve inconveniente en hablarle con franqueza.

—¡Tan bueno, tan bueno! —burlóse su padre—. Mas no lo bastante bueno, al parecer, para que le tomes por esposo.

—Repito que es bueno —dijo resueltamente Josui—. Pero yo amo a otro hombre y Koberi se hace cargo de ello.

—No por eso queda menos en ridículo —observó el doctor.

Frunció, sombrío, el ceño. Se hallaba agotado. Ello era indudable para Josui. La hermosa faz de su padre estaba pálida como la cera y los ojos se le hundían profundamente en las órbitas. Tres veces seguidas crispó fuertemente las manos.

—Ese americano no se casará contigo —vaticinó.

—¡Sí lo hará! —replicó Josui.

—¿Cómo quieres que se case? —insistió su padre—. En América los

matrimonios se celebran siempre en una iglesia. El matrimonio civil no les basta a los americanos. ¿Cómo va a haber, además, festín e invitados? ¿Y quiénes serán los testigos? Desde el punto de vista americano, los testigos son imprescindibles.

—No me interesan el festín ni los invitados —dijo Josui—. Además, padre, ¿cuál es nuestra religión? Nosotros no tenemos templos.

—Yo soy budista —respondió el doctor—. Los americanos tienes sus sacerdotes y nosotros los nuestros. La ceremonia de tu casamiento habría de celebrarse en un templo budista con sacerdotes.

—Creo... me parece... que no tendremos inconveniente en ello —balbució Josui—. Allen está dispuesto a obedecerte en cuanto mandes.

—Excepto dejarte en mi casa —dijo Sakai con amargura—. Esto no lo hará, no... Se ha introducido en mi hogar, me ha robado mi tesoro y no me lo devolverá nunca. ¿Qué otro mal me puede inferir?

Josui bajó todavía más la cabeza. Pero el doctor, examinando la faz de su hija, no advirtió en ella el menor signo de enternecimiento. No estaba dispuesta a ceder. Su gordezuelo labio inferior no temblaba. Sakai, no pudiendo resistir más, se incorporó de un salto. Asió el brazo de su hija con un movimiento al que le faltaba muy poco para ser un golpe.

—¡Haz lo que quieras! —dijo rudamente—. Vete a América. Pero cuando te expulsen, como nos han expulsado a todos, no vuelvas a mí.

Ella alzó la cabeza. Se sentía tan enojada y tan orgullosa como su padre.

—No volveré nunca a ti, padre. Te lo prometo.

Allen, en Tokio, estaba hablando con su coronel. Los dos hombres se hallaban solos. Montones de papeles llenaban la mesa del despacho. De rato en rato, el coronel dirigía una mirada furtiva a los documentos. En su imaginación aquella pila iba creciendo espontáneamente y cada vez se elevaba más y más, mientras Allen Kennedy hablaba, con no poco disgusto, de su jefe.

Al fin el coronel dijo, a regañadientes:

—Un asunto tan personal sólo le concierne a usted. Pero sepa que yo siempre le he admirado mucho. Usted posee algo más que una mentalidad militar corriente. No es que yo tenga nada que decir de la mentalidad militar, pero los mejores hombres de guerra son aquellos que tienen una inteligencia superior a la usual en los militares de tipo medio. En mi opinión, si usted quisiera, podría llegar a los grados más altos de la milicia. Pero esa probabilidad se desvanecerá si se casa usted con una japonesa. La mujer de un militar tiene mucha importancia para la carrera.

—Sé que le asiste la razón —respondió Allen.

Y pensaba que Cintia, por ejemplo, hubiera sido para él una esposa perfecta. Bella a su manera, corpulenta y rubia, llena de gentileza y tacto, era sencilla y, sin embargo, nada necia. Pero él no estaba enamorado de Cintia.

—¿No puede usted arreglar mejor las cosas? —sugirió el coronel—. Los japoneses no miran estos asuntos como nosotros. Para los hombres hay multitud de soluciones. Las muchachas del país no cuentan casarse con los americanos. Y los japoneses se casan lo mejor que pueden sin pensar en el amor. El amor es otra cosa.

El coronel era un hombre educado. Sabía que el sexo, aunque siempre tiende instintivamente a la lujuria, encuentra satisfacción de modos tan variados como variados son los hombres. El rostro sensitivo y acaso un tanto excesivamente delicado del joven que permanecía frente a él, mirándole con sus resueltos ojos azules, revelaba una naturaleza compleja, muy superior a la del militar ordinario que suele encontrarse en el cuartel o en la calle. La lujuria podía palpitar en el interior de un hombre así, pero no estallaría si no se le aplicaba el detonante de la magia amorosa proporcionada por una imaginación romántica. No se trataba de satisfacer necesidades fisiológicas, y sin embargo, se trataba de algo tan definido como una necesidad. Con lo físico se entremezclaban la mente y el alma, y así el complejo resultante era muy difícil de satisfacer.

—Creo —murmuró Allen, bien a pesar suyo— que, si yo hubiese conseguido hacer un arreglo como el que usted me sugiere, hubiera sido infinitamente mejor para mí. Desgraciadamente... no puedo.

El coronel hizo un ademán comprensivo.

—Claro. Todos los hombres no son iguales. ¿Me dejará pensar en este asunto durante unos cuantos días?

Allen, comprendiendo que la entrevista había terminado, se incorporó.

—¿Y cuándo...?

—En cuanto me parezca haber llegado a una conclusión, le llamaré —dijo el coronel.

Y comenzó a distribuir los papeles que llenaban la mesa.

—Una cosa más, señor —insistió Allen—. Quiero advertirle que mi novia y yo estamos resueltos a todo. No se trata de pensar si nos casaremos o no nos casaremos. Se trata únicamente de saber cómo podemos efectuarlo. En resumen, lo que importa conocer es lo que procede que haga un americano cuando quiere casarse con una japonesa de buena familia. Yo no le preguntaba más; señor.

El coronel le miró con fijeza.

—¿Me dejará que me encargue de ello, Kennedy? No puedo consentir que el mejor de mis oficiales dé un paso tan serio sin que yo medite un poco en el caso. Y ahora no estoy en condiciones de pensar en nada, porque mire este montón de papeles...

Y señalaba los que atestaban la mesa.

—Tiene usted razón —dijo Allen.

Y salió.

Lo que en realidad deseaba el coronel era ir a su casa y hablar con su mujer del asunto, pero no le parecía oportuno mencionar tal resolución a un soltero.

Tan pronto como Allen se hubo ausentado, el coronel no quiso engañarse a sí mismo fingiendo que iba a ponerse a trabajar. Fumó varios cigarrillos, meditó, y después telefoneó a su esposa, la cual le dijo que en aquel momento no tenía nada que hacer.

—¿No ibas hoy a una partida de *bridge*? —inquirió el coronel.

—Hoy no; mañana.

—Entonces voy a almorzar contigo. Llegaré pronto. Tengo que darte unas noticias que...

Salió de la oficina y deploró no haberse puesto el capote. El aire era frío y deslumbrantemente claro, y ya en las calles se veían los primeros vendedores de crisantemos. Jamás había conocido el coronel flores tan grandes. Incluso resultaban mayores que los balones de miniatura, de color amarillo, que solía comprarle a Edna cuando iban los dos a los partidos de fútbol en New Haven.

Edna había sabido cumplir a maravilla sus deberes de mujer de un oficial. Siempre sabía lo que era procedente hacer y siempre lo hacía. Trataba a las mujeres

de los subalternos sin ofensiva condescendencia, y con deferencia, pero no exagerada, a las de los superiores. Tenía un claro concepto del humorismo, aunque no excesivo, gracias a Dios. Tomaba la vida militar en serio, como convenía, puesto que era la esposa de un coronel.

Edna acogió plácidamente a su esposo. Llevaba un vestido de lana parda que daba la impresión de ser cómodo sin resultar pesado. Edna era una mujer de ojos y cabello oscuro y su marido, aunque no la sorprendiera nunca efectuándolo, sospechaba que se teñía el pelo. Pero en los secretos minúsculos de su mujer no quería intervenir. Ella no era gazmoña en sentido alguno. Sabía comprender a los hombres. Pero le agradaba estar a solas mientras se vestía, y el coronel había tenido ocasión de advertir que a su mujer no le placía verle aparecer en la habitación cuando estaba «componiéndose», como él decía.

Sonrió a su esposa.

—Ese vestido te sienta muy bien. ¿Es nuevo?

—¡No, por Dios! Hace diez años que lo uso. ¿No recuerdas que lo compré en Londres cuando estuvimos allí de guarnición?

—Yo nunca sé lo que compras ni lo que no compras —respondió él—. ¿Está listo el almuerzo?

—Sí, y además he preparado unos combinados.

—Bien hecho.

Mientras apuraban las bebidas en el vasto y soleado salón de la casa —que era propiedad de un millonario nipón y había sido requisada por el Ejército—, el coronel transmitió a su mujer las lamentables nuevas.

—Kennedy —principió sin rodeos— se ha enredado con una chica japonesa de buena clase y quiere casarse con ella.

—¡Roberto! —exclamó la mujer, reprochativa, como si dependiera de su marido el evitar ignominia semejante.

—Comprendo lo que opinas —repuso él—, pero ¿qué quieres que hagamos? Todo lo que tú estás pensando ahora se lo dije yo antes a Kennedy.

—¿No puede arreglarse con esa muchacha de una manera... provisional?

—Eso le sugerí yo.

—¿Y...?

El coronel inclinó los labios sobre el cóctel y, lentamente, se secó con la servilleta los humedecidos bigotes.

—No creo —dijo— que Kennedy sea precisamente un hombre pacato, ni que su actitud se deba a razonamientos morales.

—¿Pues a qué se debe?

—Quizá a que es demasiado refinado —explicó el coronel—. ¿Me entiendes? No es de los que toman una mujer y la dejan. La clase de mujeres que aceptan ese convenio no le atrae. Las únicas que le estimulan son las que no consienten ser tratadas de ese modo.



—Veo que es un romántico —opinó la dama.

—Acaso —concedió el coronel—. Llámalo como quieras. Pero he conocido hombres que no eran capaces de ejecutar el acto sexual si no precedía a éste cierto romanticismo. Lo cual, por no decir más, es una cosa muy fuera de la realidad. Con hombres así no se puede contar para nada.

A la esposa del coronel cabía hablarle de cosas así sin que se escandalizase. No ignoraba lo que su esposo quería dar a entender. A la vez, sabedora de lo que eran los hombres, procuraba no aficionarse a su trato, para evitar descréditos a su marido.

Mientras volvía a llenar las copas, advirtió:

—No tomes más que dos combinados, Roberto. Recuerda lo mal que te sientan al mediodía.

—¡Sí, maldición, es verdad! —gruñó él.

Su mujer le mezcló un buen compuesto, bastante ácido porque al coronel no le gustaban las bebidas dulzonas.

—¿Qué te parece el caso de Kennedy? —preguntó el coronel al fin.

—Estaba meditando en él —respondió Edna.

La mujer bebía muy poco, pero nunca se negaba a acompañar a su esposo cuando éste apuraba unas copas. Accedía a ello de buena voluntad, aunque a menudo sin entusiasmo. Edna era hartu juiciosa para dejarse arrastrar por entusiasmo alguno.

—Escucha —murmuró al cabo de unos instantes—, ¿por qué no le procuras a Kennedy una licencia?

—¿Ahora que lo de Corea está cada vez más enredado?

—No importa. Mándale a América. Así respirará el ambiente de nuestro país. Kennedy es de Virginia, ¿no? ¿Recuerdas las fotos que nos enseñó de su casa familiar? Aquella grande, con las pilastras blancas... Mándale pronto a nuestra tierra, Bob. Pon en juego tus influencias. El muchacho encontrará en América una chica que le guste y que le haga olvidar esa extravagancia. ¡Para mí que su caso no es de conciencia, sino de excesiva continencia!

Hizo un guiño a su marido y los dos rieron. De vez en cuando ambos se permitían alguna alusión atrevida, precisamente porque sabían que uno y otro, en el fondo de su corazón, eran puros.

—Ven aquí, nena —murmuró él, emocionado.

Sentíase excitado por el alcohol, por el sol que inundaba la vasta estancia, por la comodidad, la superioridad y la seguridad de su vida. Echó los brazos al cuello de su mujer y la besó con fuerza.

—Eres la chica más mona del mundo —murmuró, mientras apoyaba sus labios en los de su esposa, que le devolvieron el beso.

Kobori estaba desesperadamente fatigado, pero no por ello regresó antes a su casa. A pesar de la aparente blandura de su cuerpo, era hombre recio y sano. Físicamente no se cansaba nunca, pero interiormente sí. Si algún dogma profesaba era el que él debía mostrar a toda costa un semblante de felicidad y contento. Consideraba que tal era su deber para con sus padres, puesto que era el único hijo que les quedaba. Admiraba a su padre como a ningún hombre, porque sabía lo mucho que Takashi había sacrificado por apego a sus principios. En efecto, Takashi Matsui, poco antes de estallar la guerra, había sido casi el único entre los magnates nipones de los negocios que osó declarar que era errónea la política de los militaristas que sostenían en sus manos las riendas del Gobierno.

—Nos será imposible conservar un imperio por la fuerza —manifestó cuando fue llamado a deponer ante una comisión de la Dieta.

—Inglaterra lo ha conservado —arguyó un general.

—Los tiempos han cambiado —replicó Matsui—. La India de hace trescientos años no era como la China de hoy. Los chinos no se resignarán al yugo japonés. No querrán ser jamás un pueblo sometido.

—Si no proseguimos nuestra política imperialista —insistió el general—, acabaremos convirtiéndonos en una colonia. No suponga que el Occidente ha renunciado a sus planes de expansión. Los Estados Unidos están adquiriendo un creciente poder y los americanos sueñan en el imperio.

—Sueñan en el comercio —obstinóse Matsui.

—¡Comercio, comercio! —gruñó el general—. Todos los imperios empiezan por el comercio. Los ingleses fueron a la India a comerciar y el resultado fue un imperio de trescientos años de duración. Si no nos apoderamos de Asia, se adueñarán de ella los americanos.

—No olvide —indicó Matsui con suavidad— que también hemos de contar con Rusia. Rusia, hoy, es más temible para nosotros que América.

El general respondió, con voz recia, que repercutió en todos los ámbitos del local:

—¡Liquidaremos uno a uno estos dos peligros!

Takashi Matsui no cayó en desgracia propiamente hablando, porque era muy rico y de familia antigua y honorable. Pero hubo de vivir en un prudente apartamento. Nadie se preocupó de los intereses de los Matsui, que sólo a raíz de la ocupación

comenzaron a resurgir. Entretanto, el hermano mayor de Kobori murió y el otro desapareció en Rusia. Advirtiendo la profunda tristeza de sus padres, el joven Kobori procuraba consolarlos lo mejor que podía. Y lo mejor, como no tardó en descubrir, era presentarse ante ellos siempre alegre y despreocupado. Nunca les revelaba cualquier disgusto que pudiera sufrir, y este ejercicio de autodisciplina le había convertido en un hombre ya maduro y dueño de sí mismo.

Mientras se dirigía a su casa, como de costumbre, pensó antes que nada en su padre y en la forma en que a éste debía manifestarle lo ocurrido. Convenía que Takashi no creyera que el golpe sufrido por Kobori era aniquilador. Los sentimientos de la madre de Kobori responderían a los de su esposo. Era una japonesa a la antigua, tan exquisita y largamente habituada a la sumisión, qué más podía pasar por un reflejo de su sustancia propia.

La tarde era clara y fría. A lo largo de las calles se alineaban los cestillos de los vendedores de crisantemos. Kobori los examinaba al pasar, por si descubría alguna variedad que a su padre le faltara. Vio al fin un crisantemo de tonos rosados, muy pálidos, con los pétalos agrupados en torno a un centro amarillo como el oro.

Kobori lo adquirió, con el tiesto que lo contenía y mandó que se lo envolviesen en un periódico usado. Luego lo llevó en las manos, cuidadosamente, durante la corta distancia que le quedaba por recorrer hasta su puerta. Antes de la ocupación hubiera parecido inverosímil que un hombre anduviese cargado con un tiesto de flores, pero a la sazón se consideraba natural y democrático. La libertad del poder realizar tales menudencias complacía a Kobori.

Resultaría muy grato —pensó— regalar a su padre aquel nuevo crisantemo. Sería una introducción que paliaría un tanto las malas nuevas que debían seguir. Ya se vería el momento en que procedía comunicarlas. Desde luego, cuanto antes mejor, pues Kobori se sentiría más capaz de dominarse si su padre estaba enterado de todo. Afirmaría a su progenitor que no sentía la decepción tanto como lo temiera, y que, además, se felicitaba de no casarse con una mujer que hubiera ido a regañadientes al matrimonio.

Takashi Matsui, como de costumbre a aquellas horas, estaba paseando por el jardín. Como todos los aficionados a los jardines, nunca se sentía enteramente satisfecho del suyo, porque siempre hallaba en él una imperfección en que no hubieran reparado los ojos profanos.

Kobori vio a su padre entre los bien cuidados lechos de crisantemos. Con los labios plegados, Takashi contemplaba una magnífica planta llena de capullos dorados y rojos.

—Temo, Kobori —dijo—, que estos crisantemos no lleguen a ser tan hermosos como los del año pasado.

Kobori hizo una reverencia.

—Ya veremos... Pero dime, padre, ¿tenemos esta variedad de crisantemos, de tono rosáceo y pétalos en la forma particular que ves? Yo creo que no.

Matsui adelantó vivamente las manos. Aquellas manos tendidas sobresaltaron a Kobori. Cada vez parecían más descarnadas, al punto de que se les clareaban los huesos. ¡Qué delgado estaba el anciano! El rostro, tan amado de Kobori, mostraba una demacración alarmante. Como solía, Takashi Matsui llevaba ropas japonesas y el cuello desnudo. Kobori reparó nítidamente en los salientes de la garganta y en las hundidas sienes de su padre. Él era más alto, más ancho y más fuerte que Takashi, y por eso procuraba atender y cuidar a aquel viejo atribuyéndose a sí mismo, en cierto modo, los deberes de un padre, cosa que en algunas ocasiones le hacía reír.

—¿Es posible que no tengas esta especie y que yo te haya descubierto una nueva? La seca y macilenta faz de su padre se contrajo en una sonrisa.

—¡Nunca lo hubiera creído!

Y tenía razón, porque los crisantemos de los Matsui eran famosos en todo el Japón.

Los dos se inclinaron sobre la nueva flor, absorbiéndose en la contemplación de su frágil belleza.

—¿Dónde la pondremos? —preguntó Matsui, muy preocupado—. Con los crisantemos rojos y dorados, no. A tu madre le gustará esta nueva flor. En determinados sentidos se parece a ella. La pondré aquí, para que pueda verla desde su ventana.

Plantó la flor cuidadosamente en otro macizo de crisantemos y después se frotó las manos, sucias de tierra. La escena era tan grata y el ambiente tan delicioso, que Kobori creyó oportuno el momento para explicarse.

—Padre —dijo— me alegro de haberte encontrado este crisantemo. Ello me facilita el contarte una cosa menos placentera. No pienso casarme.

Matsui, girando sobre sus talones, miró a su hijo.

—¿Por qué?

—Porque Josui se ha pronunciado contra nuestro matrimonio —repuso serenamente Kobori.

Matsui parpadeó y durante unos instantes guardó silencio. Kobori aprovechó la impresión sufrida por su padre.

—No te preocupes por ello —dijo optimistamente—. Siempre he tenido el presentimiento de que ese casamiento no se realizaría. Creo que el doctor Sakai, por la mucha afición que te tiene, casi obligó a su hija a aceptarme. Ya sabes cuánto te admira Sakai. Imagínate lo que sufrirá ahora. Hemos de ver la manera de tranquilizarlo. Celebro mucho que Josui me haya advertido a tiempo.

—¿Ella misma te avisó? —gruñó Takashi.

—Sí —repuso Kobori sin inmutarse—. Ya sabes que es una mujer muy a la americana. Vino a mi oficina y me explicó sus sentimientos. Desea casarse con un americano.

—¡Con un americano! —exclamó Matsui.

—Creo que sí —confirmó Kobori—. Y dadas las circunstancias quizás ello valga

más para todos.

Matsui, ya repuesto de su sorpresa, empezaba a irritarse.

—¡Cierto que vale más! Una mujer como ésa no hubiera sido digna de nuestra honorable y antigua familia. Pero ¿y tú, hijo mío?

Kobori, sonriendo, repuso:

—Ya ves que estoy perfectamente contento.

Matsui, tendiendo las manos, aferró los brazos del joven. El contacto de aquellos brazos blandos, pero fuertes bajo la manga de franela, le daba una sensación de seguridad.

—Debió de ser muy embarazoso para ti, hijo, que ella fuese a hablar contigo cara a cara.

—No —aseguró jovialmente Kobori—. Incluso he preferido esa franqueza. Por lo menos se trata de una novedad. Josui es una muchacha inteligente. Creo que será más feliz en América que aquí. Al fin y al cabo, ha pasado en California los primeros quince años de su vida. Eso le impediría siempre trocarse en una japonesa auténtica. En quien hay que pensar es en su padre, hombre que como sabes, vale mucho. Y es desdichadísimo, porque ha perdido la vida que tenía organizada en un país y no acierta a reconstruirla del todo en otro.

Lentamente cogidos del brazo, los dos se dirigieron a la casa.

—No sé cómo explicar esto a tu madre... —murmuró Matsui.

—No le digamos nada todavía —propuso Kobori—. Cenemos como de costumbre. Acaso cuando os retiréis a vuestro dormitorio puedas hablarle. Y mañana decidiremos la forma en que hemos de hablar con el doctor Sakai. Quizá no convenga verle demasiado pronto. Es preferible que antes haya reaccionado y se sienta más tranquilo. Esperemos, y luego trataremos con él.

Matsui se apoyó con fuerza en el brazo de Kobori.

—Yo no pienso más que en ti, querido hijo. Si me aseguras que no estás dolido...

—¡Qué he de estarlo! —repuso Kobori, sonriendo y bajando el rostro para mirar a su padre.

Tan límpidos aparecían sus oscuros ojos, tan serena sonaba su voz, profunda y suave, que Matsui le creyó.

—¡Ea! —dijo el coronel— el jueves próximo puede usted marchar a América con permiso. Permiso ilimitado. No se preocupe de volver... dentro, claro, de un término razonable.

Allen sonrió a su superior.

—No crea que me dejo engañar, señor.

El coronel proseguía firmando documentos, sin alzar la vista. Aquella mañana se sentía muy despejado, muy laborioso y muy confiado en sí mismo.

—¿Quién trata de engañarle? —replicó—. Me tiene sin cuidado que le engañen o le dejen de engañar. Todo lo que yo deseo es que pase una temporada en Norteamérica y reflexione. Creo que le convendrá volver a su casa, desenvolverse otra vez en el ambiente familiar, tratar con las jóvenes...

—Será inútil, señor.

—O no —contestó el coronel—. Pero, si lo es, no sueñe en volver aquí.

Añadió estas palabras movido de una repentina ira contra aquel tenientillo tan testarudo. El coronel tenía a Kennedy mucha simpatía y había dedicado a su formación gran abundancia de tiempo y consejos. Le encolerizaba pensar que a un mozo tan apuesto y de tan buenas perspectivas le echase a perder una japonesa. Sabía que Allen era refinado, pero ¿no existían también americanas refinadas? El coronel odiaba la mezcla de razas. Ya había millares de niños mestizos de americano y china, y en la India existían cientos de miles de mestizos de inglés y de mujer hindú. Ésa era una de las malditas complicaciones de la guerra, y ni siquiera el Pentágono acertaba a resolver el problema. Mientras los que mandaban procuraban conservar América para los americanos, la tropa americana echaba a rodar esa idea por los suelos. ¡Y hasta Kennedy caía en lo mismo! El coronel comprendía que un hombre, solo en un país extranjero, experimentase el incentivo de la lujuria. Pero ¡de eso a casarse!

—Gracias por todo —dijo Allen respetuosamente.

Allen salió. ¡Tres días! ¿Qué podía hacer en tres días? Se sentía colérico al pensar en la trampa que le había tendido el coronel. Para lograr tal licencia tenían que haberse cruzado muchas conferencias telefónicas de una costa a otra del Pacífico.

¿De quién podía proceder tal iniciativa? ¡Sin duda de la esposa del coronel! Sólo a una mujer se le hubiera ocurrido una argucia tan malévola. La primavera pasada él se hubiera sentido loco de satisfacción ante la posibilidad de retornar a América. Mas

ahora todo lo que anhelaba era permanecer en el Japón, incluso para siempre, si ése era el único modo de vivir al lado de Josui.

Le asombró su convicción de que en aquel momento hubiese renunciado con gusto a volver a ver a sus padres y su patria, a trueque de tener la certeza de que conviviría siempre con Josui en el Japón.

En su presente enojo entraba el amor en gran dosis, pero no faltaban otros impulsos. Nunca le habían tratado tan despóticamente. Pocas cosas había dejado de conseguir en la vida. Como hijo único y mimado, todos habían procurado evitarle cualquier clase de fracaso y no estaba dispuesto a tolerar uno tan grave.

¡Tres días!

Al cruzar la puerta oyó vociferar al coronel:

—¡Prepare su equipaje y no se cuide de su trabajo! Sólo le aconsejo que no vuelva a ver de nuevo a esa joven.

Pero Kennedy no estaba dispuesto a obedecer. Iría a Kioto en el primer tren que saliera de Tokio. Tendría, desde luego, que marchar a América. No hacerlo constituiría una insubordinación gravísima que no se sentía con ánimos de afrontar. Lo oportuno era persuadir a Josui de que volvería. Deploraba que los japoneses fueran tan perspicaces y tan tenaces... ¿Qué haría Josui?

Esa duda le agitaba hasta extremos intolerables. Sentía la certeza de no pasar sino muy malos ratos en su patria si no se sentía seguro de la posesión de Josui. Y esa seguridad sólo se la podía dar el casamiento. Habrían de casarse los dos tan de prisa como pudieran. Pero ¿cómo? Había que solicitar permiso y el coronel probablemente se habría encargado de obstruir aquel camino. ¿De qué forma se casaban los japoneses? ¿Le cabría persuadir a Josui de que...?

Telegrafió a su novia anunciándole que llegaba en el tren de la tarde del día siguiente. Haría su equipaje, se prepararía a marchar y todos los momentos que tuviera libre los pasaría con Josui. La convencería, la mimaría, la suplicaría y acabaría persuadiéndola de que fuese suya, casados o sin casar. Y cuando su amor quedase sellado por la consumación de todas las consecuciones, él marcharía a América y regresaría rápidamente.

O (sería mejor, según pensó mientras se dirigía a su alojamiento) procuraría que le trasladasen. Una vez en América, quizá pudiera conseguir un empleo en el Pentágono. Tenía años de experiencia en las islas del Pacífico, en Corea y en el Japón. Procuraría hacerse útil. Entonces mandaría llamar a Josui. Ella era norteamericana de nacimiento y no podían negarle la entrada en los Estados Unidos.

Sintió el corazón aliviado. Acaso todo saliese bien al final, a despecho del coronel. Lo que quizás Allen necesitaría sería tiempo para persuadir a su familia. ¿Quién sabía las extrañas ideas que podían albergar sus padres sobre las mujeres japonesas? Celebró haber descrito ya a su madre los paisajes, las divertidas experiencias y los placeres de la vida en el archipiélago nipón. Siempre aseguraba que le hubiese satisfecho quedarse allí. Era un país delicioso, de vida fácil, de gentes

de trato encantador. En efecto, Allen se había habituado a considerar así a los japoneses. A veces le resultaba extraño despertar de una pesadilla en la que de las selvas surgían horrorosos japoneses con el cuerpo pintado de verde para confundirse con la vegetación y permanecer invisibles hasta que se hallaban a corto espacio de distancia. En aquellos días Allen tuvo que aprender a dormir a medias, a oír, a adivinar y casi a oler la presencia del enemigo. Una vez, levantándose medio adormilado hubo de hundir su cuchillo-bayoneta en el cuerpo de un rollizo japonés. Pero no solía hacerlo. Le desagradaba matar. Lo terrible fue el momento en que la hoja del arma se hundió en los tejidos blandos, más allá de la piel. Porque la piel era dura al primer golpe del cuchillo, pero luego...

Entró en una oficina de telégrafos y redactó un despacho para Josui:

*Llego mañana tarde. Me han destinado a América.*

Paróse un momento. Aquello aterrorizaría a Josui y él no quería verla aterrorizada. Mordió el lápiz y añadió:

*Tuyo hasta la muerte. — ALLEN.*

El telegrama llegó por la noche. El doctor Sakai lo tomó de manos del repartidor y lo leyó antes de entregarlo a Josui. Había oído la campanilla, visto al mensajero y sospechado que el despacho sería para la joven. A ella no se le ocurriría protestar porque su padre leyera un telegrama a ella dirigido. Antes o después, tendría que habérselo enseñado.

El doctor entregó el telegrama a Josui sin comentario alguno. Pero su rostro parecía haberse iluminado de repente.

Ella leyó el despacho dos veces, con mucha lentitud, interpretando exactamente lo que Allen había querido expresar. Le mandaban a la metrópoli por culpa de ella. Como oficial, Allen era valioso. Tenía que marchar, y deseaba que Josui supiese que persistía en su propósito de desposarla.

¿Cómo conseguir eso? La despejada mente de la muchacha funcionaba con rapidez, escalonando un hecho tras el otro.

—Tenemos que casarnos inmediatamente —dijo a su padre.

—Me opongo a ello —contestó él—. Déjale que se vaya a su país. Esperaremos y veremos si vuelve.

—En ese caso me iré con él, aunque no nos casemos —manifestó ella.

—Te encerraré en tu cuarto —amenazó el doctor.

Josui prorrumpió en una carcajada desagradable. A su padre le sorprendió el sonido de aquella risa. La linda faz de la muchacha adquirió una expresión despreciativa y dura. Miró a su padre al soslayo, plegando la boca.



—¿Crees que Allen te lo permitirá? ¡Antes echaría la casa abajo! ¿No has visto cómo proceden los americanos? ¿Acaso toleran provocaciones? Tú olvidas siempre que nos han vencido.

—Me niego a seguir hablando contigo.

—Y yo me marcharé con él.

La señora Sakai, oyendo aquellas alteradas voces, llegó corriendo tan de prisa como pudo. Yumi, que la encontró en el corredor, apuntó con el pulgar engarfiado hacia la puerta.

—Van a oírlos desde la calle —dijo.

—¡Josui, Josui! —gritó la señora Sakai—. ¿Es posible que faltes al respeto a tu padre? ¡Qué infamia!

Y se colocó entre los dos, empujando a su marido con una mano y a su hija con la otra.

Ninguno de los dos le prestó atención. Seguían contemplándose furiosamente.

—Tenemos la mejor de las oportunidades para poner a prueba a la buena fe de ese extranjero —dijo airadamente el doctor—, y esta chicuela desvergonzada insiste en casarse con él antes de que se vaya, para que no se le escape. Empiezo a creer que la culpa de todo no la ha tenido él, sino ella. Ella, permaneciendo ante grupos de soldados, para que la mirasen, ella entrevistándose secretamente con ese sujeto... ¡Oh, qué hija!

Alzó la mirada al techo y abrió mucho los brazos.

La señora Sakai se volvió a Josui.

—No te puedes casar lo de prisa que piensas. Tu novio necesita pedir permiso.

—Pues me iré con él —insistió Josui.

Miró a su padre y a su madre y notó que los dos se habían coligado contra ella. Jamás había visto cosa semejante, al menos desde que Kensan murió en Italia y Josui quedó como única hija del matrimonio.

—¡Haré lo que digo! —gritó.

Y, corriendo a través de la casa, entró en su alcoba.

Cuando hubo salido, sus padres se contemplaron tristemente.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró el doctor Sakai con una humildad insólita en él.

—¡Es tan terca! —dijo su mujer muy disgustada—. Recuerda que se educó en América. Ahora no podemos cambiarla.

—Iré al templo y veré lo que *Hosshu*, nuestro ministro budista, puede hacer —murmuró melancólicamente el doctor Sakai—. Tendremos que casarlos de un modo u otro.

Allen Kennedy agitó la aldaba de bronce de la puerta. Temía el trance que le esperaba, pero se sentía resuelto a todo. Si el doctor Sakai le prohibía entrar, él mantendría su derecho. ¡Qué lástima que Josui fuera tan joven! Era difícil convencer a un hombre de que su hija, a los veinte años, debía ser libre para disponer de su destino. Pero, por otro lado, Allen calibraba debidamente la voluntad, la firmeza, la calma y la reciedumbre moral de Josui. Tras el rostro reposado y dulce de la muchacha se escondía un temperamento recio. Y con él contaba Allen. Muchas veces en su vida había eliminado los obstáculos que le oponía la gente por el mero procedimiento de encolerizarse. Ni el coronel, ni el doctor Sakai, ni los dos juntos, podrían quebrantar su determinación.

Permaneció ante la puerta, esperando. Un momento después abrió Yumi, la rechoncha sirvienta. Pronunció en japonés unas pocas palabras que Allen interpretó como una invitación a que pasase. El joven, pues, entró y, como ella no parecía enojarse, dio por hecho que la había entendido debidamente. Tras una reverencia, la mujer le precedió por el camino.

Allen obedeció, sorprendido. La casa estaba silenciosa. No se oía una voz, ni una pisada. ¿Le habrían tendido una trampa? La idea era absurda, pero no dejó de ocurrírsele.

No había trampa alguna. Le hicieron pasar a un vasto y hermoso aposento, cuyos biombos cubiertos de papel, ante la puerta estaban descorridos para permitir gozar desde dentro la vista del exquisitamente ordenado jardín y de las rocas de juguete desde las cuales se despeñaba una cascada en miniatura.

En un rincón, ante un jarrón bajo lleno de tempranas hojas otoñales, permanecía sentado el doctor Sakai, con su mujer a la izquierda. Cuando Allen entró, los dos se levantaron. Vestían traje japonés de ceremonia y calzado blanco, de suela. En el quimono de la señora Sakai, que era de gruesa seda púrpura, había un adorno de flores de wisteria. Sakai vestía de oscuro, con una chaqueta de gala por encima del resto de sus prendas. Todo resultaba muy formulario. Pero ¿por qué?

—Haga el favor de sentarse —dijo el doctor en su irreprochable inglés—. ¿Prefiere un asiento occidental?

—Me he habituado a los usos japoneses —respondió Allen.

Correspondió a las reverencias de los esposos y con seguridad, aunque no con

gracia, se hundió en los edredones y entrecruzó las piernas.

¿Dónde estaría Josui? Esperó. Si la habían mandado fuera de su casa, la seguiría. Sin duda tanto protocolo tenía por objeto decirle que no era un yerno aceptable.

Con viva sorpresa suya, oyó hablar al doctor Sakai con naturalidad y sin enojo.

—He vivido en América muchos años, señor Kennedy, y sé que los americanos aprecian la franqueza. Seamos francos.

—Me parece muy bien —respondió Allen.

—Después de una conversación con mi hija —prosiguió el doctor—, he llegado a la certeza de que ella tiene parte de culpa en la lamentable situación que aquí se ha planteado. Situación ciertamente embarazosa para mi familia, porque Josui estaba comprometida con el hijo del mejor y más admirado de mis amigos. Las muchas agitaciones que me han conturbado, me han impedido hasta ahora intentar recobrar esa amistad. Mas ahora, apremiado por el telegrama de usted, no he querido pensar más que en lo que puedo hacer en favor de mi hija. ¿Cuáles son sus intenciones, señor Kennedy?

Sakai hablaba sin altanería. Allen respondió sencillamente:

—Quisiera casarme con ella antes de marchar a los Estados Unidos. Y eso tendría que ser hoy o mañana.

—¿Y cómo? —preguntó el doctor Sakai—. Usted necesita el oportuno permiso.

—Sí, señor, ya lo sé. Pero en algunos países hay medios de realizar matrimonios legales de manera no usual en América. Recuerdo que, en Formosa, un amigo mío deseaba casarse con una muchacha nipona. Se casó, pues, de acuerdo con la ley japonesa y sólo después de un año pudo legalizar el matrimonio, a estilo occidental, en Francia. Pero todos dieron por válida la ceremonia. Yo había pensado en algo semejante, doctor.

La sencillez y naturalidad de aquel hombre, y sobre todo su excelente inglés y su cortesía contundieron por un momento a Sotan Sakai. En el Japón el doctor no había conocido ningún americano como aquél. Allen —reconoció Sakai— difería mucho de las bandadas de militares que nadaban sueltos por las calles y cuya presencia él rehuía sin nunca corresponder a sus saludos.

—No obstante, un casamiento así es irregular —comentó, pensativo.

—Todo es irregular ahora —contestó Allen—. En todos los países reina una gran confusión en las costumbres. —Se inclinó hacia su interlocutor, anheloso de persuadirle—. Señor —dijo—, yo amo a su hija y deseo casarme con ella. Quiero que viva en mi casa y presentarla a mis padres. Me interesa que la vean tal como es. Ahora me está prohibido llevarla conmigo, pero puedo dejarla aquí y realizar en América las gestiones necesarias para que vaya a mi lado. He resuelto, aunque no lo he confiado a nadie, no regresar al Japón. Me propongo buscar un destino en Washington, no en Tokio. Quiero tener libertad para pasarme la vida al lado de mi mujer. Imagino que en mi país nos abriremos más amplio camino que aquí. Espero que su esposa y usted nos visiten, como su hija y yo los visitaremos. Pero antes de

que yo parta, deseo que Josui sea mi esposa, doctor. Más fácil le será reunirse conmigo si nos hallamos ante un hecho consumado.

Lo que el doctor Sakai fuese a contestar se ignora, porque en aquel momento Josui, corriendo un biombo irrumpió en la estancia como un vendaval. Cayó el biombo al suelo y la impetuosa joven se plantó ante sus padres.

—¡Quiero hacer lo que ha propuesto Allen! —exclamó.

Vestía un quimono blanco y plateado y, con los brazos extendidos, parecía un hermoso pájaro, una criatura alada. Echaba la cabeza hacia atrás, sus mejillas estaban encendidas, y sus oscuros ojos relampagueaban. Allen no había visto nunca belleza semejante. Púsose en pie y la miró, extático.

Volvióse Josui a él, tendió las manos y Allen las estrechó entre las suyas. Tras un instante de titubeo, el americano se acercó a la joven y, advirtiendo la expresión de entrega que brillaba en sus pupilas, la tomó entre sus brazos. Los padres de la muchacha permanecían inmóviles. La señora Sakai apartó la vista, mientras su esposo miraba fijamente a los dos enamorados.

Josui, volviéndose sin soltar los brazos de su novio, dijo a sus padres:

—¿Estamos preparados?

Padre y madre se levantaron. El doctor Sakai habló:

—Habíamos previsto el caso, señor Kennedy. Nosotros somos budistas. He hecho, pues, en el templo budista los necesarios arreglos. Todo esto, repito, es irregular. No existen precedentes adecuados. Pero el *hosshu* se ha hecho cargo de la singularidad de estos tiempos, en los que vivimos bajo la ocupación extranjera. Él celebrará la ceremonia. Para la confirmación de ella en su país, señor Kennedy, sólo podemos confiar en su honor.

Inclinó la cabeza y, sin esperar la respuesta de Allen, se dirigió a la salida. Su esposa le siguió y pasó al lado del americano sin mirarle.

Josui los veía avanzar. Allen observó lágrimas en sus ojos.

—No te disgustes —dijo la muchacha—. Hazte cargo de lo violento que para ellos es esto. No conseguirás imaginarlo nunca. Soy hija única. Y los dos esperaban que mi esposo fuera como un hijo más.

—¿No puedo serlo yo? —preguntó él.

Josui movió negativamente la cabeza.

—Por ahora, al menos, no te aceptarán como tal —dijo con sencillez.

Apoyó un instante la cabeza en el pecho de su prometido y percibió en sus sienes el latir del corazón de Allen. No cabía duda de que bien podía confiar en aquel corazón...

—Es posible que tus padres acaben apreciándome —murmuró el joven.

Y, tomando entre las manos la morena cabeza de la joven, la oprimió una vez más contra su pecho.

¿Quién puede precisar cuándo comienza el desarrollo del espíritu en un niño no nacido aún? Puede que principie junto a unas flores de wisteria, de penetrante fragancia, mecidas por la brisa. Puede desenvolverse entre la tenue claridad que despiden las luciérnagas bajo los pinos, mientras se cambia un primer beso en un jardín. Más tarde le cabe adquirir forma definida en el dolor de dos corazones que se separan, y después, tras el beso final, quizá sólo espere la sanción de los dioses.

En el vasto templo, de espesa techumbre bardada que había resistido el paso de los siglos, se hallaba reunida ya la pequeña comitiva nupcial. Yumi y el jardinero servían de testigos. Perplejos, sin comprender nada, permanecían detrás de sus señores. El *hosshu* se hallaba de cara a los novios, y dos diáconos, situados a su derecha e izquierda respectivamente, le asistían. El *hosshu* sentía remordimientos de conciencia, porque no aprobaba aquel matrimonio. Pero el doctor Sakai le había insistido tanto, recordándole la irregularidad de los tiempos...

«Nuestra religión —había dicho Sakai— habrá de adaptarse a la realidad si quiere sobrevivir».

El *hosshu* dudaba. Era viejo, era intelectual y vivía apartado del mundo. No aprobaba a los imitadores del cristianismo, que entonaban himnos budistas parodiando a los cristianos. No le agradaba la existencia de la Asociación de Jóvenes Budistas. A su entender, a los dioses no se les complacía por tales medios.

El doctor Sakai había insistido:

—No conoce usted cuántos son mis sufrimientos. Me encuentro ante el dilema de perder a mi hija o de casarle de una manera u otra.

—Le ha dado usted demasiada libertad —opinó el *hosshu*.

—Mis pasados errores no pueden modificar lo presente —alegó el doctor Sakai con cordura.

Una generosa dádiva para el tesoro del templo, su promesa de conservarse fiel a la doctrina budista y su devoradora impaciencia, convencieron al sacerdote de que, en este caso al menos, debía ceder.

Consistió, pues, en celebrar la ceremonia que iba a ejecutarse. Penetró dignamente en el templo, dio un golpe en un enorme batintín y esperó a que se extinguiese bajo el alto techo el último eco del bronce. Volvióse luego al altar e hizo signos a los novios, padres y testigos para que se acercasen. Entonces esperó. Bajo

sus ropas talaras parecía hacer aumentado su estatura. El americano no vestía de negro, como prescribía el ritual, pero, según alegara el doctor Sakai, bajó la ocupación sucedían cosas muy raras. La novia, siquiera, llevaba el usual quimono blanco.

El *hosshu* miró al joven americano y apartó los ojos. No dirigió la mirada a la novia. Luego inició la ceremonia con la exhortación litúrgica que su voz clara entonaba en japonés.

—Nos hemos congregado en presencia del muy compasivo Buda, para unir a esta pareja con el más perfecto vínculo matrimonial. El estado del matrimonio es sagrado, porque de él dimana la fuente de la vida, a la que deben su existencia generaciones tras generaciones de seres humanos. También en el matrimonio se originan todos los códigos de moral que existen y han existido en el mundo. Nada sucede sin causa motivadora. Sabed, pues, que este sagrado enlace de dos personas (enlace que ha de durar mientras vivieren) no se ha producido por casualidad. Es, lejos de ello, la preordenada consecuencia de muchas vidas pasadas y el fruto de la benévola orientación de Buda.

Bajó repentinamente la cabeza y su voz asumió el tono, más apagado, de una plegaria.

—Quisieran los dioses que esta pareja que ahora ingresa en el santo estado matrimonial, guarde en sus corazones el recuerdo de tan bendita ocasión. Sea, además, perdurablemente fiel a sus compromisos y votos, ámese y respétese mutuamente, mutuamente se ayude en las dificultades y en las penas, consérvese pura de cuerpo y alma, y practique, de común acuerdo y por común exhortación, todas las virtudes. Eso es lo esencial para llevar una dichosa existencia conyugal y tal es el verdadero modo de vivir de acuerdo con las enseñanzas de Buda.

Otra vez alzó el sacerdote la cabeza y miró a los novios, fijándose principalmente en Allen.

—Por lo tanto —dijo con voz imperiosa—, antes de comprometeros definitivamente, tú has de recordar que es deber del marido mantener y tratar bien a la esposa, serle fiel de obra y de pensamiento, consolarla en sus contratiempos y enfermedades y ayudarla en la educación de los hijos.

Miró después a Josui y añadió:

—La mujer tiene el deber de amar y ayudar a su marido, de ser paciente y amable de carácter, y de serle obediente y fiel en todas las cosas.

Dirigiéndose alternativamente a los dos, el sacerdote prosiguió:

—¿Declaráis solemnemente que ninguno de vosotros conocéis impedimento alguno que obste a que os unáis en legítimo matrimonio?

Josui, volviéndose a su novio, le tradujo las palabras del oficiante.

—No conozco impedimento alguno —manifestó Allen en inglés.

—Afirmo solemnemente que yo tampoco conozco impedimento de ninguna clase —dijo Josui con energía.

En efecto, ¿no se habían eliminado todos los impedimentos?

El *hosshu* se volvió a Allen.

—Allen Kennedy, ¿tomas a Josui Sakai como tu legítima esposa?

Josui le miró.

—Sí —musitó Kennedy, en inglés.

Y al pronunciar la sílaba decisiva su voz temblaba, aunque se esforzaba en mantenerla firme.

—Y tú —preguntó el *hosshu* a Josui—, tú, Josui Sakai, ¿tomas a Allen Kennedy como tu legítimo esposo?

—Sí —respondió Josui en japonés.

Allen, al que ya, antes de entrar en el templo, habían instruido de lo que debía hacer, se quitó del meñique un anillo y lo entregó al *hosshu*, quien lo colocó en el dedo de Josui. Luego el sacerdote les hizo entrelazar las manos y colocó sobre ellas un rosario sagrado.

—Puesto —aseveró— que habéis convenido en casaros según el rito budista, desde ahora os declaro marido y mujer. ¡Así viváis siempre rodeados de amor mutuo y de piedad para todos!

Permaneció inmóvil por un instante y después, volviéndose, guió a los presentes hacia el altar, donde Allen, advertido por señas, colocó varias barras de incienso sobre las cenizas que había en una urna colocada ante las efigies de los dioses que parecían inclinarse hacia ellos, Josui tocó el quemante recipiente donde empezaba a humear el incienso, despidiendo un aroma dulzón.

El *hosshu*, al pie del dorado Buda que descollaba entre los dioses menores, habló así:

—El bendito Buda nos dijo: «Honra y mantén padre y madre, cuida a tu mujer e hijos y elige una profesión pacífica. Ésa es la mayor de las bendiciones».

Había dirigido estas palabras a Allen. Concluido el ritual, el *hosshu* se volvió de cara a los dioses y cuatro sacerdotes se apostaron tras él, formando a sus espaldas una especie de muralla humana.

El *hosshu* hablaba ahora al Buda en voz ininteligible, por lo bajo. Le daba explicaciones, le pedía perdón, le solicitaba su bendición, si ello era posible, y, para caso contrario, le rogaba un feliz retorno de la recién casada a su país y al seno de la familia.

El Buda, tan cubierto de dorados que toda la imagen parecía esculpida en oro macizo permanecía extático como siempre, y sus manos trazaban un signo de eterna y universal bendición mientras sus ojos, inmóviles e inexpresivos, miraban al espacio.

A Allen le parecía singular que el *hosshu* no hiciese reverencias al dios. Él y los diáconos permanecían encorvados ante la imagen, vestidos con sus ropajes, que les llegaban hasta el suelo. La presencia material de Buda no daba al dios más realidad ni menos que la deidad invisible que se venera en las iglesias cristianas. Y, sin embargo, en el ambiente del templo flotaba algo sagrado, algo no emanado de los dioses, sino

compuesto de las plegarias y las penas de los que allí habían acudido a impetrar, a pedir, a buscar algo difícil. Una atmósfera de densa humanidad colmaba los ámbitos del templo, persiguiendo lo inalcanzable, formulando una pregunta que nunca sería contestada...

Allen permaneció junto a Josui. Finalmente, como los demás, humilló la cabeza. Hacía mucho tiempo que no creía ni oraba. Pero, cuando vivía en su hogar, iba a la iglesia con sus padres, cantaba infantiles himnos y hacía reverencias a la divinidad. Ahora la plegaria brotaba espontáneamente de su alma, porque su brete personal lo demandaba así. Se estremeció al notarlo, y a través de su oración sin palabras, el hijo futuro, el hijo del mundo, se aproximó mucho más a su plasmación y nacimiento.



En el cuarto donde Josui había pasado su adolescencia, Allen reposaba ahora en calidad de marido. Los padres de la joven se habían retirado. Al regresar de la ceremonia en el templo, el doctor Sakai, con breves razones, dio la bienvenida a Allen, diciéndole que a partir de entonces quedaba admitido en su casa. Ello no se rectificaría nunca: Allen podría entrar y salir cuando quisiese.

Antes de que Allen pudiese dar las gracias, el doctor salió. La señora Sakai no aparecía en lugar alguno. Yumi sirvió vituallas a los recién casados en la alcoba de Josui. Después de la comida, siempre en absoluto silencio, extendió una colcha de seda sobre el colchón colocado en el suelo. Se inclinó profundamente ante los novios, cerró los biombos y apagó las luces de los pasillos. Allen y Josui estaban solos al fin, sin que nada ni nadie se interpusiese entre ellos.

Aquella noche no pensaron en el niño que podían engendrar. Los enamorados nunca piensan en semejante cosa. Sólo reparaban en su amor, un amor tan grande que abarcaba el mundo, invadiendo todas sus partes. No veían más que amor, ni sentían más que amor. Lo difuso e informe cobraba contornos y formas, y esa forma era la de un hombre y una mujer, la forma de sí mismos, que, condensándose, ganaba potencia y ritmo y bullía en el loco latir de la sangre y en la demanda que el cuerpo les exigía. Únicamente —a lo menos entonces— el cuerpo...

Los padres nada sabían de que su hijo —un hijo del mundo— aguardaba cerca de ellos. No pensaban más que en sus cuerpos, en sus manos temblorosas, en sus carnes palpitantes que acaban de experimentar la revelación y la consumación del amor.

Hasta cuanto podían discernir, se hallaban solos en la casa. El edificio era vasto y sin duda los padres de Josui descansaban en alguna alcoba apartada. Pero, fuese a donde fuera, Allen no veía más que a la taciturna criada.

—Tus padres se portan muy discretamente —dijo—, pero hacen mal en retraerse tanto. ¿No convendría más que tú y yo nos marchásemos a mi hotel?

—¡No! —exclamó ella—. ¡Ir a un lugar desconocido! Puesto que no tenemos casa propia, debemos hacer lo que deseen mis padres. Más adelante les mostraremos, de una manera u otra, nuestro reconocimiento.

Ninguno habló de que pudiera tener hijos. Daban por hecho que no los habría. Allen se marchaba dentro de pocas horas, dejando sola a Josui.

—No por mucho tiempo, querida —le aseguró—. Acaso por unas semanas tan sólo.

Pero las semanas parecen años cuando únicamente se tienen unas horas —un día o dos a lo sumo— para el amor. Durante la segunda y última noche Josui lloró sin cesar y hubo que alternar el amor con los consuelos. Josui se sentía asaltada por una singular premonición de que nunca volvería a ver a su marido, de que él se iría al fondo del mar con el buque que le transportase, de que su avión se estrellaría en alguna montaña, de que en la casa de Allen sobrevendrían incidentes que acabarían separando al joven de su esposa. Y, si no había de vivir siempre juntos, nunca habría otra vida para ellos, pensaba Josui.

Él la estrechaba en sus brazos, oprimiendo su figurilla débil y llorosa contra su recio pecho desnudo. Era imposible hacerla creer en sus promesas. Josui estaba consumida por el terror. La inevitable separación del día siguiente sería definitiva, aseguraba. Iban a alejarse el uno del otro para no reunirse nunca más. Estaba cierta de ello.

—¿Por qué ha de ser así, Josui? —exclamó él, al cabo, un poco molesto—. ¿Por qué entre los cientos y miles de personas que cruzan a diario los aires y los océanos he de ser yo precisamente el único que me estrelle o que zozobre? ¿Y cómo puedes juzgar mal a mi familia, cuando no la conoces, ni juzgarme mal a mí, puesto que me conoces bien?

Finalmente hubo de expresarse con crueldad.

—Josui, ¿piensas que todo esto es sencillo para mí? ¿Estaría yo aquí si no te

quisiera?

La única solución de sus temores y sus interrogaciones era una sola. Renovar sus momentos de amor una vez y otra, unir sus respectivas carnes, mientras el niño esperaba.

Al día siguiente llegó la terrible hora de la separación. Allen no quiso que Josui le acompañase a la estación, ni ella osó hacerlo. Los padres de la joven aparecieron durante unos minutos y se inclinaron. Los dos hombres cambiaron un apretón de manos. Luego Sakai y su mujer se alejaron, dejando solos a los recién casados. Cuando se apartó de Josui, Allen tenía la sensación de que sangraba por múltiples heridas. Y al soltar las manos de su mujer parecióle que alma y cuerpo se le desgarraban.

—Te escribiré todos los días —prometió.

—Y yo también —respondió ella, con la faz descompuesta húmeda de lágrimas.

—Nos contaremos mutuamente todas nuestras cosas —afirmó Allen—. Piensa en mí, querida, y recuerda que pasaré día y noche procurando apresurar tu marcha a América. Ahora sonrío, corazoncito, sonrío durante este último minuto. ¡Recuerda la noche pasada, cariño mío!

Y se alejó presurosamente. Volvió la cabeza y vio a la joven en el umbral, abatida y desfallecida. Corrió hacia ella una vez más y la abrazó fuertemente.

—No puedo volver más la mirada —murmuró, jadeante.

Y, forzándose a sí mismo a no mirar sino hacia delante, llegó a la estación con el tiempo justo para tomar el tren cuando éste ya se ponía en movimiento.

## SEGUNDA PARTE

La señora Kennedy aguardaba la llegada de su hijo.

La esposa del coronel, a quien no conocía, le había dirigido una larga carta.

La coronela había dicho a su esposo:

—Voy a escribir a la madre de Allen. Si le escribes tú, ella pensará que ha habido algo entre el muchacho y yo, y que por eso le mandas a América.

Así, redactó una misiva explicando a la señora Kennedy que escribía como quien podía ser madre de Allen. De haberlo sido, le hubiera gustado que le escribiesen en el mismo tono. Allen, afirmaba, era un brillante oficial. Podía considerársele como el brazo derecho del coronel. Había que salvarlo a toda costa. Era difícil prescindir de sus servicios en un momento en que los mandos supremos daban nuevas instrucciones y asentaban una nueva política de ocupación, pero el coronel, por servir a Allen, estaba dispuesto a cualquier sacrificio.

La carta seguía diciendo:

*Su hijo está tan por encima del tipo medio de hombre, que los procedimientos usuales fracasarían con él. Es inútil distraerle invitándole a excursiones, fines de semana o cosas parecidas. Como auténtico caballero del Sur, cree justo extender su caballerosidad incluso a una muchacha japonesa. Desde luego la tiene por una mujer superior, incapaz de acceder a nada antes del matrimonio, pero dudo mucho de que haya propuesto otra cosa y, desde luego, todos los japoneses tienen verdadera locura por ir a los Estados Unidos. Imaginan que nuestro país es el cielo en la tierra, como desde luego, hablando relativamente, lo es.*

La señora Kennedy era una mujer práctica e inteligente. Respondió a la carta mostrando entera gratitud, pero expresando su confianza en el buen gusto y criterio de su hijo. Su mensaje, en conjunto, resultaba indiferente y cortésmente despectivo, y la esposa del coronel, que no era inteligente ni práctica, ni acaso siquiera fuera una señora, lo leyó con asombro. Luego, por encima de la mesa donde estaba desayunándose tendió la hoja a su esposo.

—Lee eso —mandó—. ¿Qué te parece? ¿Sería la Kennedy capaz de aceptar una nuera japonesa, o no?

El coronel levó cuidadosamente el escrito y repuso entre dientes:

—¡Que me maten si lo sé! Vale más que renuncies a intervenir en esto. Puesto que Kennedy aludió a la probabilidad de no volver, voy a buscar un sustituto.

La señora Kennedy enseñó a su marido la carta de la esposa del coronel. Luego la mostró también a Cintia, aunque en secreto, porque su esposo le había aconsejado que no la exhibiese a nadie.

—Las lenguas de las gentes de esta población —afirmaba Kennedy— son muy largas. Por amor de Dios, *Dulcecita*, procura que no trasciendan fuera de casa los asuntos de la familia. Además, todavía nos falta saber lo que dice el muchacho.

Cintia no habló gran cosa. Devolviendo la carta a la madre de Allen, observó:

—¿No suele decirse que las mujeres de los militares suelen ser muy...?

—¿Muy qué?

—Chismosas —repuso Cintia, tras un gran esfuerzo para hallar la palabra adecuada, sin conseguirlo del todo.

—Acaso sí —convino la señora Kennedy—. Por otra parte Allen es ya un hombre. Ha sido un muchacho muy bueno. Siendo niño yo creía que no iba a parecerse a su padre. Pero se parece. Además, lleva tiempo aislado de las relaciones normales de nuestra sociedad. Quisiera que me ayudases, Cintia.

Cintia abrió mucho sus azules ojos.

—Claro que sí, señora Kennedy. Yo haría cualquier cosa por Allen.

La señora Kennedy, empujándose sobre las puntas de los pies, dio un rápido beso a Cintia. Cuando la muchacha se fue, la madre de Allen recorrió su vasta casa, cerciorándose de que todo se encontraba en impecable orden. De haber tenido tiempo, hubiera mandado decorar de nuevo la salita y la alcoba de su hijo, en el piso superior. Pero ya no cabía hacerlo. Se limitó a procurar que se oreasen las mantas y sábanas, y a mandar que sobre la repisa de la chimenea y sobre la mesa se pusiesen jarrones con crisantemos frescos, pequeños y de vividos colores. Casi en el último momento, cortó una rosa amarilla y la colocó en un minúsculo búcaro de plata encima de la cómoda. Aquél era el ambiente oportuno, la atmósfera familiar, la intensa y dulce tradición, el amor esperándolo todo del único hijo y heredero de la casa. La señora Kennedy sabía por dilatada experiencia que enojar a Allen y formularle prohibiciones sería contraproducente. Había que tener cuidado de no hacerle perder la paciencia. Así, la señora Kennedy no volvió a mencionar para nada a la muchacha japonesa, ni siquiera tornó a hablar de ella a su marido. Valía más olvidarla, Como si no existiera.

Allen llegó al fin. Su madre le esperaba en el zaguán, vistiendo la ropa gris plateada que solía ponerse a la hora del té. Tendió los brazos al joven. Él la rodeó con los suyos y oprimió la cara de su madre con la mejilla. ¡Cuánto tenía que encorvarse para conseguirlo!, pensó la señora Kennedy.

—Cualquiera diría que has crecido —comentó ella, con una risita, apartándole un tanto para verle mejor.

—Y tú sigues usando buenos perfumes —repuso él.

Gracias a Dios, madre e hijo nunca se hablaban con gravedad. La señora Kennedy lo tomaba todo por el lado humorístico, aunque su toque jocosos al hablar de las cosas fuera tan leve como el roce de las alas de un pajarillo.

—¡Qué cara traes! —exclamó ella, frotándose la mejilla—. No debes de haberte afeitado desde que saliste del Japón.

En efecto, la delicada tez de la señora Kennedy se había enrojecido allá donde la rozara la cara de su hijo.

—En cinco minutos, me afeito —respondió él.

Y subió los escalones a la carrera. Su padre bajaba ya para recibirle. Los dos se abrazaron apretadamente. El señor Kennedy, aunque serio y taciturno, nunca había renunciado a aquella efusión de cariño.

—Mamá me manda que suba a rasurarme —explicó Allen.

—Entonces no te entretengo —repuso afablemente su padre.

Así sucedía siempre. Cada vez que Allen volvía a su casa, por muy lejano que estuviera el lugar de donde viniera, nunca dejaban de recibirlo lo mismo. Aquello daba la impresión de no haberse movido del hogar familiar.

Allen penetró en sus habitaciones y contempló la grata perspectiva de su amplio dormitorio, con su magnífica ventana a poniente, y, más allá, el maravilloso cuarto de baño. Él y Josui se encontrarían allí como en su propio hogar. Tal vez su padre hubiera acertado al retirarse a habitar en aquel tranquilo paraje, sin trabajo ni preocupaciones. Por lo menos, nunca el señor Kennedy había dado muestras de infelicidad. La casa era algo tan semejante al cielo como cualquiera pudiera imaginar en aquel presente y conturbado mundo en que se vivía. ¿Qué razón podía oponerse a que Allen y Josui residieran, dichosos, en tan placentero remanso de paz?

Aquella noche escribió a la joven, diciéndole:

*Querida mía:*

*Estoy en mi cuarto, el cuarto que tú compartirás conmigo. Te describiré nuestras habitaciones para que te halles en ellas como en tu casa cuando entre tomándote yo en brazos para cruzar el umbral. ¿No conocías esa superstición?*

Y pasaba a la descripción de sus aposentos, de la casa, de lo bien que había encontrado a sus padres, de cómo desde su ventana se veían valles y colinas, que adquirirían singular belleza bajo la luna. En su mesa había crisantemos, no grandes como los del Japón, sino pequeños y de alegres colores. Había comido con sus padres, sin otros invitados que Cintia Levering, su amiga de la niñez, a la que para ser su hermana sólo le faltaba llevar su mismo apellido. A la sazón era hija única también, porque sus dos hermanos habían muerto. Uno cayó en el Pacífico y otro en Alemania.

«Ya verás qué buena amiga tuya será —decía Allen a Josui—. Lo que mejor tiene es su bondad, cuenta dos o tres años más que tú».

Una cosa que al joven le maravillaba era lo mucho que se había desarrollado, algo tardíamente, la belleza de Cintia. Él la recordaba pálida, con el rubio cabello muy lacio, con esa expresión tímida y humilde de las muchachas que, por ser demasiado altas, desentonan entre sus amigas. Mas ahora no se mostraba tímida y su humildad se había convertido en dulce modestia. Tenía el cabello rizado, se le había afinado el cutis y su suave boca no resultaba demasiado encendida. Era esbelta y graciosa, se había acostumbrado a estimarse en lo que valía y andaba por el mundo con la cabeza muy alta.

Allen encontró agradable la alegría con que Cintia lo acogió, sin cuidarse de recatarlo. Hubiera querido hablarle de Josui, pero, puesto que nada había dicho todavía a sus padres, no le parecía, correcto confiarse primero a Cintia. Además, como ella no hacía ningún intento para quedar a solas con su amigo, no hubiera sido oportuno que tomara él la iniciativa.

Terminó la larga carta dirigida a Josui y permaneció un rato con los ojos cerrados, imaginándola y evocándola. ¡Qué bien había hecho casándose con ella antes de marchar! Ahora era suya, y vendría a su lado, y nadie podría separarlos en adelante. La creía ver errar por el vasto caserón, acaso vistiendo, si quería, sus lindos quimonos, que tan bien le sentaban. No deseaba que se americanizase mucho. La guardaría como lo que era: un tesoro oriental con el que compartiría un aspecto de su vida que no podía compartir con otra persona en la casa.

Se acercó a las vidrieras que comunicaban con la galería y contempló la noche, iluminada por la luna. De ciertos años de su existencia no quería acordarse: los años de guerra, en que, siendo tan joven, fue cruelmente arrebatado a su existencia ordinaria. En su cerebro permanecían grabados lances y escenas que, por lo hondo que le afectaron, no abandonarían su memoria jamás. Creía percibir aún los miasmas de las junglas, la horrible vida de las serpientes y los insectos, el constante temor de la muerte a manos del enemigo o víctimas de una enfermedad, el espectáculo de los lugares, llenos de putrefacción, donde el sol no penetraba nunca. Pero el recuerdo más terrible de todos era el de su cuchillo rasgando la relativa dureza de la piel de un hombre y hundiéndolo en la blandura de los tejidos internos. Ahora se hallaba en una casa y en una región a las que no habían llegado los horrores de la guerra y la muerte pero él no conseguía olvidarlos.

Giró repentinamente sobre sus talones, entró en el baño, abrió a la vez los grifos del agua caliente y de la fría y dejó que ambos chorros se precipitasen a la vez en la bañera. Deseaba una buena limpieza para dormir reposadamente después.



—¿Cómo encuentras al muchacho? —preguntó la señora Kennedy a su marido.

—Muy bien y en apariencia muy contento.

Se habían retirado los dos, ella a su amplio dormitorio, él al suyo. La mujer permanecía de pie en el umbral de la puerta de comunicación. Se había puesto una chaquetilla de encaje sobre su camisón de dormir. Él estaba ajustándose a la cintura el cordón del pijama.

—No pienso hablarle una palabra sobre el asunto de esa japonesa —afirmó la señora Kennedy—. Me haré la desentendida.

—Bien decidido —aprobó el señor Kennedy—. Por mi parte, detesto las comadrerías.

Se acercó a la puerta y besó a su mujer.

—Anda, acuéstate —dijo—. Has tenido un día demasiado agitado.

Ella continuaba sin moverse.

—Allen es muy guapo —afirmó—. De pequeño no creí que llegara a serlo. Celebro que se parezca a ti.

Se besaron de nuevo y buscaron sus lechos separados, dejando abierta la puerta que unía las dos alcobas. En el curso de la noche ella se levantaba y la cerraba. El señor Kennedy jamás se daba cuenta de ello. Sólo sabía que por la mañana hallaba cerrada la puerta. Nunca preguntó qué significaba aquello. Opinaba que cuanto menos se hablase, mejor.

—Ya están enterados tus padres de tu asunto —dijo Cintia.

Se había encontrado con Allen casualmente, por la mañana, mientras iba a comprar alguna de las cosas necesarias que su madre olvidaba indefectiblemente. Desde la infancia, Cintia había tenido que efectuar diariamente aquel viaje complementario. El recorrido no era largo. Quince minutos de camino por una avenida sombreada de árboles la situaba en el centro comercial de la villa. Aunque ahora poseía un cochecito propio, seguía agradándole hacer a pie aquel trayecto. De esta manera podía ver a las personas conocidas y charlar con ellas. Cuando encontró a Allen, los dos comenzaron a andar juntos, saludando a todos mientras caminaban. Cintia, aunque muy alta, no lo era tanto como Allen.

Él se apresuró a hablarle de Josui. Con alguien tenía que explicarse. Era imposible pensar en ella continuamente, escribirle todas las noches y no mencionarla a nadie. Antes o después tendría que confiarse a sus padres, pero debía esperar el momento oportuno. Estaba persuadido de que su madre no acogería con agrado a ninguna nuera, fuese la que fuese. No había, pues, motivo alguno para que la señora Kennedy no recibiese a Josui lo mismo que a otra cualquiera, una vez que supiese que su hijo estaba casado, mas esta circunstancia tampoco contribuiría a suscitar más benevolencia respecto a Josui en el ánimo de la madre de Allen.

Lo que no quería confesarse a sí mismo era que, al hablar a Cintia de su matrimonio, lo hacía por el propio bien de la joven. Despreciaba a los hombres amigos de alardear de que las mujeres se enamoran de ellos, pero, con todo, su sensitiva mente le aseguraba que, de no haber conocido a Josui, era muy posible que se hubiese dirigido a Cintia.

La placentera y auténtica dulzura con que ella lo trataba podía no significar nada, pero podía significar mucho. Nunca se había cuidado Allen de hondear los sentimientos de la muchacha. Acaso Cintia fuera igual con todos.

Oyéndola hablar, se paró en seco.

—¿Dices que mis padres están enterados? —preguntó, incrédulo.

—La esposa de tu coronel escribió a tu madre —respondió Cintia con su voz dulce y calmada, matizada, por su leve tono meridional.

Siempre se había esforzado en vencerlo, pero no podía. Era congénito en ella.

—¡Pero si el mismo coronel no lo sabe! —exclamó Allen.

—No sigamos parados, Allen —pidió Cintia—. La gente empieza a mirarnos.

El joven reanudó la marcha vivamente y ella procuró amoldarse a su paso.

—No corramos tanto —dijo, riendo—. ¿Qué es lo que no sabe el coronel?

—Que me he casado con Josui. Nadie lo sabe, excepto tú. Y deseaba que lo supieses porque necesito tu ayuda ante mi madre. Me fui a Kioto y me casé con la muchacha, a fin de unirnos inseparablemente. Me consta que me dieron licencia sólo para apartarme de Josui. El coronel y su mujer pensaban que si yo volvía a mi país y veía de nuevo todo esto...

Contemplaba el camino, umbrío bajo los árboles. Las vastas mansiones que se elevaban en las avenidas laterales, los almacenes que abrían sus escaparates frente a ellos.

—Mi jefe y su esposa —repitió— creían que si me hallaba de nuevo en mi tierra, entre las cosas que siempre me habían sido familiares, me olvidaría de todo. ¿De manera que esa condenada coronela escribió a mi madre?

Cintia miró a Allen al soslayo, con una ira que a ella misma le avergonzó. ¿Qué derecho tenía él a buscarse esposa en un país extranjero? Así, ¿qué había de ser de ella y de tantas otras mujeres que envejecían, solteras, en tantos pueblecillos y pequeñas ciudades de América? Las extranjeras debían casarse con hombres de sus países. Allen le pertenecía a ella. Si él no hubiera sido enviado fuera por la fuerza — porque la recluta, ¿qué otra cosa era si no fuerza?— los dos se habrían casado ya, inevitablemente, y Cintia habitaría en la casa de los Kennedy, de la que siempre se había considerado parte integrante. De no tener él tan buen tipo y no ser tan alto — porque ella nunca se casaría con un hombre bajo, y bajos eran la mayoría de los hombres—, quizá Cintia no hubiera tomado la decisión que adoptó instintiva e instantáneamente, de un modo tan impulsivo y repentino como si no fuese una mujer civilizada viviendo en medio de una civilizada comunidad.

Y esa decisión consistió en adoptar el partido de la madre de Allen, no el del joven. Haría todo lo posible para impedir que la joven japonesa entrase en casa de los Kennedy.

Él hablaba con voz baja, rápida y monótona.

—Tan pronto como pueda, pienso llamar a Josui. Por fortuna, es ciudadana americana. Ha nacido aquí. Pasó en los Estados Unidos los primeros quince años de su vida. Frecuentó nuestros colegios. Habla un inglés casi perfecto. Suele pronunciar mi nombre deletreándolo, eso sí, porque, si no, tiene que interrumpirse de vez en cuando.

—Yo creía que para un americano era difícil casarse con una japonesa —comentó Cintia.

Bajo el ala de su sombrero de fieltro de color crema, la joven sonreía. Frecuentemente, alzando la mano, saludaba a algún conocido, o había de pararse para charlar con un amigo.

Antes de que Allen pudiera contestar a la joven, cayó sobre ellos un grupo de

muchachas que se dirigían a una reunión matutina que se celebraba todos los viernes en el club de *bridge*.

—¡Caramba! ¡Allen Kennedy!

—¡Seguramente esta mañana no te veremos en el círculo, Cintia!

—¡Y tendrás tus motivos!

Las voces de las jóvenes, entre dulces y chillonas, se elevaban en el frío aire otoñal. Las mocitas vestían flamantes atuendos de otoño, chaquetillas de alegres colores, ondulantes faldas, sombreritos graciosos. Sus brillantes cabelleras, sus relucientes ojos y sus manos menudas rodeaban a Allen y a Cintia con una calidez y un afecto a la par inocentes y astutamente femeninos. Las muchachas examinaban a Allen entreabriendo los labios. En todas las lindas caritas pintadas aparecía esa expresión característica de la joven cuando da a entender que está resuelta a abandonar su familia tan pronto como encuentre un varón aceptable. Pero la afortunada era Cintia, puesto que él paseaba con ella. Un impulso de venganza brotó en el corazón, usualmente bondadoso, de Cintia. Sonriendo a las muchachas, dijo con voz dulce y serena:

—Allen me estaba contando cosas maravillosas. ¡Figuraos que se ha casado con una bella japonesita antes de volver a América!

A Allen le produjo un efecto deplorable notar el cambiado aspecto de las jóvenes. Se esforzaban en disimular aquel cambio, trataban de dominarse, asumían un falso aspecto de satisfacción, prorrumpan en mentirosas felicitaciones.

—¡Es prodigioso, Allen!

—Hablamos de ella.

—¿Tienes su retrato?

Allen miró a Cintia, ofendido.

—No me había propuesto difundir en esta forma la noticia de mi matrimonio —murmuró.

Sacó una diminuta fotografía que Josui le dio antes de separarse. Era una instantánea bastante mala, en la que la joven aparecía con sus ropas de colegiala. Tenía grave la faz y llevaba el cabello liso. El vestido no le sentaba bien.

La fotografía circuló de mano en mano. Viendo la solemne cara juvenil de Josui, todas, aliviadas, exclamaron con triunfante compasión:

—¡Es muy mona, Allen!

Entregaron la foto a Cintia, entre sonrisas y mohines, y se fueron. La pareja continuó su camino. Cintia miraba el retrato. Los almendrados ojos de la joven le desagradaban.

—Es una instantánea muy mal hecha —manifestó Allen—. Josui, en realidad, es bella.

—¿Y andaría por aquí vestida con ropas japonesas? —preguntó Cintia—. Porque llamaría mucho la atención, ¿verdad?

—Eso creo —dijo Allen.

Volvió a coger el retrato y se lo guardó en la cartera.

Caminaron en silencio durante unos minutos. Al fin Cintia dijo:

—No me has explicado cómo os casasteis.

—En un templo budista —repuso secamente—. La familia de Josui practica el budismo.

—¡Qué interesante! —comentó la joven—. ¿Se parecen los oficios budistas a los episcopalianos?

—No... Es decir, sí. Lo esencial, a mi parecer, es igual en todas las religiones. Estuvieron presentes un sacerdote, sus acólitos, y los dioses.

—¿Los dioses?

—Sí, imágenes como las de los católicos. Desde luego los budistas no adoran las imágenes. Sólo las emplean para concentrar la atención de los fieles en un gran santo o en Dios.

—¿Y prometiste mantener a tu mujer, y protegerla, y todo lo demás?

—Prometí —dijo él con firmeza— cuanto uno promete cuando se casa.

¿Por qué, se preguntaba, le acosaba de tal modo aquella mujer a la que siempre había tenido por tan buena amiga?

—¿Por qué diablos —inquirió— hablaste de mi casamiento a aquellas muchachas? Ahora la noticia correrá por toda la población.

Ella respondió, con su calma habitual:

—Lo hice precisamente por eso. Cuanto antes se enteren todos, mejor. Adiós, Allen: yo me quedo aquí. Es una sombrerería y no creo que te interese entrar.

Allen advertía, con asombro, que Cintia había dejado de ser su amiga.

Josui recibió la primera carta de Allen. Había reanudado sus clases en el colegio, puesto que nadie sabía nada de su matrimonio. Su padre no quería anunciarlo hasta que llegaran de América los documentos legalizatorios. La carta llegó en ausencia de la joven. Su madre la recogió, presumió de quién procedía y la entregó a su esposo. El doctor Sakai la guardó en el cajón superior de su pupitre. Hasta pasados un par de días no se lo entregó a Josui. Mientras iba y venía del hospital y atendía a sus pacientes, no hacía sino pensar en la misiva. Ahora visitaba a diario a Matsui, porque su antiguo amigo padecía de unos ataques de bilis exacerbados por sus comidas de otoño. Porque Matsui, aunque usualmente abstemio, tenía la costumbre de tomar, en otoño, cangrejos y beber vino. Aquello le gustaba mucho. Pero unas veces los cangrejos le sentaban bien y otras mal, según lo que ellos hubiesen comido.

Aquel otoño fue desapacible. Matsui se encontró muy mal y su estado llegó a preocupar al doctor Sakai. Kobori no se apartaba del lecho de su padre. Éste, al fin, mejoró y Kobori, aunque sin moverse todavía de la casa, trabajaba en su despacho y no permanecía de continuo junto a Takashi.

El enfermo se dio por muy contento de salir con vida y, avergonzado del exceso que todos los años cometía, aseguró al doctor que aquél era el último otoño que comía cangrejos regados con vino. Al cabo mejoró de tal manera, que concluyó pidiendo al doctor Sakai que le visitara cuando saliese del hospital, para platicar amistosamente juntos.

Sakai accedió. Se sentía muy fatigado, pero siempre se hallaba deseoso de complacer a los Matsui, cuya magnanimidad le parecía merecedora de todos los agradecimientos.

Cuando intentó referirse al asunto, Matsui, sonriendo y alzando la mano derecha, respondió:

—Eso no tiene importancia.

Y jamás permitió que asomase a su rostro ni sonase en el timbre de su voz el menor resquicio de ira o resentimiento. Quizás, en efecto, la cuestan, careciese de importancia. Pero el doctor Sakai era harto orgulloso para olvidarla.

Un día, muy entrada la tarde, mientras se hallaba sentado junto al lecho de su amigo, sintió el repentino impulso de hacerle confidente de la verdad. La casa estaba silenciosa, las puertas se hallaban cerradas y, para combatir el creciente frío otoñal,

ardía un buen acopio de carbón en un brasero de bronce, en medio de la estancia. De la copa del brasero, sostenida sobre tres pies, brotaba, entre encendidas ascuas, un grato vaho de calor. Una ligera corriente de aire penetraba por una ventana ligeramente entornada para dar salida al humo.

Matsui, acomodado en el colchón, vestía una corta chaquetilla gris que le ceñía los hombros, le protegía el pecho y se anudaba bajo los brazos. El anciano se había recobrado casi del todo. Había desaparecido la lividez de su piel, y su faz, antes contraída por el dolor, tornaba a aparecer serena.

—Le debo la vida —dijo.

—Me limité a cumplir con mi deber —repuso Sakai.

—No hizo sólo eso —contestó Matsui—, porque no todos los deberes se cumplen ni todas las deudas se pagan.

El doctor Sakai, captando el amistoso significado de tales palabras, sintió que le aflucía al corazón una oleada de caluroso aprecio hacia el paciente. Se inclinó sobre su lecho y le dijo en voz baja:

—Quisiera pedirle un consejo. Se ha recibido una carta para mi hija. La tengo guardada en mi gaveta. Si no se la doy, ¿procederé mal? Pensando en su felicidad, he querido separarla del americano. Por su propio bien, ¿comprende? Tengo la certidumbre de que Josui será desgraciada en América, como yo lo fui.

Matsui ponderó amistosamente el caso. Ya no deseaba introducir a aquella joven en su familia, porque entendía que el casamiento se había consumado, y él deseaba para su hijo una doncella.

—Más vale que le entregue la carta —opinó—. Josui es su hija. Aunque mis opiniones coincidan con las de usted, creo que en las familias deben mantenerse siempre unas relaciones tan correctas como sea posible.

El doctor Sakai se inclinó ligeramente.

Matsui cambió de tema.

—¿Sabe que tengo la idea de ensanchar la entrada de la casa de té?

Cuando por la noche Josui fue a saludar a sus padres, Sakai sacó del cajón la carta y dijo:

—Toma. Esto vino para ti estando tú fuera.

No mencionó la fecha de llegada de la carta ni ella le preguntó. Tras sendas y profundas reverencias a su padre y madre, Josui se apresuró a encerrarse en su cuarto. ¡Una carta de Allen!

Al principio no osaba abrirla. Se la llevó a las mejillas, al pecho, a los labios. Después la examinó cuidadosamente. ¡Con qué claridad estaba escrito su nombre!

«Señora Josui Sakai de Kennedy».

Seguía la dirección de la calle y el nombre de la ciudad: Kioto (Japón). ¡Qué bonitos eran los sellos! El mensaje había llegado por correo aéreo, de manera que debió costar un disparate. Claro que Allen querría que su mujer recibiese noticias suyas en seguida. Y ella deseaba leerlas inmediatamente pero no antes de lavarse y

asearse.

Colocó la carta encima de la baja comodita de su alcoba e inició sus preparativos para acostarse. Cuando se hubo puesto sus ropas de dormir, blancas y azules, de fina seda, cuando se hubo cepillado y trenzado el cabello, sin darse grasa alguna al rostro por temor a ensuciar el papel, cortó el sobre cuidadosamente con unas tijeras, procurando no tocar los sellos, y extrajo los pliegos cubiertos por la escritura de Allen.

Leyó el mensaje minuciosamente, palabra por palabra, considerándolas todas preciosas e indispensables. Se esforzaba en imaginar lo que él le describía, y lo procuraba ver a su manera, ayudándose con sus recuerdos de Los Ángeles. Mas en Virginia, al parecer, todo era superior a lo que ella recordaba. Necesitaba esforzar tremendamente su imaginación para conjeturar cómo serían las ondulantes alturas, los jardines y el palacio —porque palacio era, al parecer— en que Allen moraba. Al figurarse mentalmente cómo serían los aposentos del joven, ponía en sus suposiciones más ternura, pensando que algún día había de compartirlos con él.

Allen lo pintaba todo: el vasto lecho cubierto con una colcha oscura, bordada en oro; las alfombras y cortinajes del mismo tono y estilo; los toques de carmesí y amarillo pálido en todas las decoraciones y colgaduras del cuarto. La habitación —afirmaba él— era muy sencilla, pero razonaba Josui, ¿cómo podía serlo? En el saloncito había una chimenea. De manera que Allen disponía de dos estancias para él solo —y para ella cuando llegara—, acaso tan grandes como todo el jardín de la casa paterna de Josui. Había una gran ventana, libros en los estantes, junto a la chimenea, y butacones tan amplios que podían, según Allen, contenerlos a los dos.

Josui leyó repetidamente las carillas relativas a aquellas habitaciones. Ellas iban a ser su casa y le convenía familiarizarse con el lugar en que iba a vivir, para entrar en él con toda naturalidad.

Los padres de Allen estaban bien. El joven no les había hablado todavía de su casamiento. Pero Josui no debía inquietarse, porque los dos le testimoniaban más cariño que nunca. Cuando Josui fuera la recibirían bien, primero por deferencia a su hijo, y luego por la propia valía de la muchacha. Josui debía llevar consigo muchos lindos quimonos, no para usarlos en la calle, claro, pero sí en casa.

La muchacha, al fin, apagó la lámpara, se acurrucó entre las ropas de la cama, se apretó la carta contra el pecho y lloró pensando en lo lejos que estaba de Allen, en lo sola que se sentía y en lo feliz que era.



Ahora procedía —se dijo Allen— transmitir la noticia a sus padres inmediatamente. Al hablar de sus padres se refería meramente a su madre. Porque su progenitor, por lo bondadoso, fácilmente podía ser llamado a razones.

Después de separarse de Cintia el joven paseó un rato sin rumbo fijo. ¿Qué le convenía, en rigor? ¿Dirigirse primero a su padre e impetrar su ayuda, o soltar la noticia a su madre a boca de jarro, dando por hecho que ella aprobaría la decisión de su hijo?

Sopesó las relaciones que mediaban entre sus padres. Intuitivamente las conocía, porque se había pasado la vida sondeándolas en cuanto se refería a cosas de poca monta. De niño había sido bastante medroso, y así, cuando deseaba alguna cosa cuya denegación le hubiese resultado insoportable, acudía primero a su padre y los dos hablaban a la señora Kennedy. Mas durante su adolescencia la experiencia y la intuición le hicieron advertir que su padre ya no le prestaba ayuda alguna. Si era su progenitor el que iniciaba una gestión, la señora Kennedy solía acogerla con hostilidad. Valía más dirigirse a ella sin rodeos. Tal fue el caso cuando, estudiando en la Universidad de Charlottesville, al joven se le puso entre ceja y ceja que le comprasen un coche abierto. El señor Kennedy dudaba, y esa duda bastó para que su mujer se mostrase propicia.

—Creo que Allen tiene razón —dijo—. El muchacho necesita independencia...

... Allen exhaló un profundo suspiro. La misma precisión se le planteaba ahora. Tenía que actuar en seguida, porque ya las noticias de su boda en el Japón debían de circular por la localidad, y si su madre se enteraba del caso antes de que él se lo dijera, se manifestaría ofendida y moralmente distante.

Allen subió a la carrera los blancos escalones de mármol, pasó el vasto pórtico circuido de pilastras y, penetrando en la casa, gritó:

—¿Dónde estás, mamá?

Le constaba que a su madre le placía oírse llamar a veces por él.

—¡En el invernadero! —respondió la voz lejana de la señora Kennedy.

Había en la casa un antiguo invernadero, de corte octogonal, que el abuelo de Allen había erigido detrás del ala izquierda del edificio. Se entraba allí por el comedor, que antiguamente había formado parte del salón de baile, actualmente dividido en comedor, biblioteca y varios gabinetes. El padre de Allen afirmaba que

un salón de baile en aquella casa resultaba algo tan fuera del estilo normal como absurdamente presuntuoso.

La señora Kennedy, con las manos enguantadas, empuñando una herramienta de brillante bronce cavaba en unas macetas de las que salían elevados helechos. Sobre ellos brillaba el sol matutino, que alumbraba también los tiestos de crisantemos.

—¡Oh, qué crisantemos! —exclamó Allen—. Son casi tan grandes como los que se crían en el Japón.

La señora Kennedy no pareció mostrar interés alguno por el Japón. En cambio, dijo:

—Creo que debemos organizar un baile. Todos están ansiosos de volver a verte. No sé cuántas veces te han llamado por teléfono ya.

Allen se lanzó decididamente a la empresa. Era forzoso hablar.

—Más vale que yo me explique ante ti, mamá, antes de que te informen de todo a través del condenado teléfono. Cintia me dijo que ya sabías mucho de mi asunto. Pero creo que no estás enterada de todo. Cintia afirma también que la mujer de mi coronel te envió una carta.

La señora Kennedy proseguía cavando en las macetas de plantas.

—¿Te refieres a esa muchacha japonesa? —preguntó.

—Sí.

—¡Bah! —dijo ella, con la más indiferente de sus entonaciones—. No he tomado la cosa en serio. Ya sé cómo pasan las cosas. Estabas en el extranjero, no conocerías seguramente muchachas americanas que mereciesen la pena... Pero, ahora que has regresado...

—Espera, mamá.

La mujer alzó el rostro y vio que el de su hijo estaba pálido. La boca de Allen se había contraído y sus labios aparecían resecos.

—¿Qué te sucede, Allen?

—Que te engañas en lo que concierne a Josui. Porque Josui es mi esposa.

—¡Allen Kennedy!

Así solía gritarle ella cuando Allen, de niño, y luego de joven, cometía alguna travesura, o cuando mordía el pecho de su madre, o cuando rompía sus juguetes, o cuando embadurnaba de barro sus primeros pantaloncitos, o cuando faltaba a la escuela, o cuando robaba un dólar de la bolsa materna, o cuando fumaba sus primeros cigarrillos, o cuando volvía, beodo, de un baile.

—Sí, mamá, Josui y yo estamos casados y quiero traerla conmigo.

La señora Kennedy soltó su herramienta y se quitó los guantes.

—Vayamos a la biblioteca —propuso— y hablemos de eso.

—Hay muy poco que hablar, mamá. Es una cosa consumada.

No obstante, siguió a su madre a la biblioteca. Se sentaron junto a la apagada chimenea.

—Explícamelo todo —insistió ella.

Permanecía quieta, con las manos enlazadas, y hablaba con voz afectadamente natural, mientras sus labios esbozaban una sonrisa. Pero sus ojos... ¡Oh, sus ojos!

Allen habló. Se sentía furioso contra sí mismo y contra su madre. Parecía mentira que un hombre, sólo porque le perseguían los recuerdos de su niñez y sus infantiles pecadillos tuviera que excusarse, que decir que no pensaba reincidir en sus errores y que deseaba que su madre continuara queriéndole. Nada había cambiado. Ni el enojo de ella, ni su dolor, ni su perdón, ni su manera de decirle que él tenía que ser bueno si de verdad la quería.

«No seguiré ese trillado camino ahora», resolvió, Allen.

No; lo contaría todo sencilla y francamente. Si su madre no deseaba que él viviese con su mujer en la casa familiar, no tenía más que decirlo. El mundo era ancho y él había viajado mucho.

Pero ella no se comportó como solía. Allen hubo de confesarse, después de decirlo todo, menos lo referente a las privadas y sacras horas de las dos noches que había pasado con Josui, que su madre se mostraba muy comprensiva. Le escuchó sin encolerizarse, aunque era obvio que se sentía gravemente trastornada. El que procurase sobreponerse a sí misma la hacía mostrarse excesivamente afable. Allen hubiera preferido verla irritada, porque entonces él habría podido contrarrestar esa irritación con la suya.

Con una voz cuyo tono a él mismo le resultaba repelente, dijo:

—Verás cómo te acostumbras a querer a Josui. Verdaderamente, no se puede tomarla por japonesa. Habla muy bien el inglés y está habituada a nuestras costumbres.

—¿Y es su sangre enteramente japonesa? —preguntó la señora Kennedy.

—Sí, pero nació en California. ¿No te lo he dicho? —contestó él, aunque ya lo había manifestado.

—Y su apariencia física, ¿es de japonesa?

—Mamá, los japoneses no son negros.

—Tampoco son blancos —respondió ella, un tanto vivamente.

Allen no supo qué contestar. Durante unos minutos hubo un silencio. Luego la mujer dijo, todavía con cierta acritud:

—Lo raro en todo esto es que hace muy poco tiempo estábamos luchando contra los japoneses, que eran nuestros enemigos. Y ahora me pides que acoja en mi casa a una muchacha japonesa.

—Mamá, yo comprendo bien que reacciones de ese modo. Parecidamente, lo confieso, reaccioné yo al principio. Antes de conocer a fondo a Josui solía preguntarme a mí mismo porque no la relacionaba a ella con los demás nipones. Pero la contestación es que no puedo relacionarla con nadie a quien yo conozca. Es, simplemente, la mujer que amo y de la que he hecho mi esposa. Da la casualidad de que sus antepasados proceden de un archipiélago del Este y no de los países del Oeste. Pero ella podía, igualmente, haber nacido, pongamos por ejemplo, en

Inglaterra.

—Nuestros antecesores procedían de Inglaterra —apuntó la señora Kennedy.

—Pues ese país, como el Japón, no es más que un grupo de islas que...

Y, dicho esto, Allen sonrió, contrayendo los labios.

—Mira, mamá —dijo—: el padre de Josui opina exactamente igual que tú. Precisamente porque yo soy blanco no me deseaba por yerno.

Pero eso no interesaba a la mujer. No le cabía trazar mentalmente la figura del doctor Sakai. Siguió mirando, pensativa, la alfombra carmesí.

—La señora Sakai —continuó él— es una gran mujer. Una japonesa auténtica, una de esas novias que emigraron a los Estados Unidos enviando sus fotografías...

Inmediatamente la señora Kennedy alzó la cabeza.

—¿Enviando sus fotografías?

Allen se arrepintió de sus palabras.

—Eso sucedió hace mucho tiempo, mamá. Ya sabes que nuestras leyes inmigratorias prohíben la entrada de asiáticos en este país, y por eso los americanos de origen japonés tenían que elegir sus novias a través de fotografías y casarse por poderes o cosa semejante.

—Pues tu suegra, entonces, no debía de ser de muy buena familia. ¡No siquiera en el Japón!

La señora Kennedy hablaba con frialdad, sin dar importancia al asunto.

Allen se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas e intentó sonreír, buscando en la cara de su madre un resquicio de comprensión.

—Mamá...

Ella le miró a los ojos.

—Puesto que, como aseguras, eso es un hecho consumado...

—Lo es.

—La única solución...

—¿Cuál es, mamá?

Ella se interrumpió.

—No, nada —dijo al fin—. Una tontería que se me había ocurrido.

—Pero, mamá...

Ella estalló.

—Déjame tranquila un rato, Allen. Tengo que hablar con tu padre. Se sentirá impresionadísimo. Habíamos pensado casarte aquí (probablemente con Cintia) y ver a nuestros nietos corriendo por la casa. ¡Porque la casa es grande! Nunca he visto juntos tantos niños como hubiera deseado.

—Pero, mamá, ¿no ves que Josui y yo podemos tener hijos?

Hablaba para consolarla, pero inmediatamente comprendió el terrible error que había cometido. Su madre ya no se esforzaba en guardar el perfecto dominio de sí misma.

—¡Parece mentira que digas eso, Allen! —gritó, levantándose de un salto.

—¡Mamá! —exclamó el joven, alarmado.

Tendió los brazos y recibió en ellos a su madre, que lloraba. Al joven le era imposible mitigar aquellos terribles sollozos. Nunca había visto llorar a su madre, y le constaba que no era como otras mujeres, que emplean las lágrimas como arma defensiva. Una vez y otra intentó consolarla, diciéndole:

—Mamá, mamá, no lo tomes así...

Pero ella, desprendiéndose de sus brazos, huyó de la estancia.

El señor Kennedy, que regresaba de pasear por la población, notó en seguida, al entrar en su casa, que se habían producido complicaciones. Desde la muerte de su padre, Kennedy había tomado la costumbre de dar aquel paseo matutino. Su progenitor, al morir, le había dejado heredero único de una fortuna consistente en unas plantaciones algodoneras en Nashville (Tennessee), y de un criadero de caballos en Kentucky. Todas las mañanas Kennedy se desayunaba temprano, visitaba a unos cuantos amigos, escalonándolos en días sucesivos, y así, hablando poco y escuchando mucho, era el hombre mejor informado de cuanto sucedía en la comarca. Varias veces al año hacía excursiones a distintos lugares del distrito, para saber lo que la gente decía y pensaba. Su mucha información le hubiera capacitado para ser miembro del Congreso, e incluso del Senado, pero él no deseaba usar ni transmitir los informes de que disponía. De haberse criado en una familia diferente, habría estudiado para profesor de filosofía, y, de poseer inspiración, hubiera podido convertirse en poeta. De hecho, empero, no era más que un hombre de trato agradable, y a la par un pozo de ciencia rara vez sondeado. El serlo y que pocos lo supieran, le producía un íntimo placer individual.

Su naturaleza era tan sensitiva y tenía tales cualidades de receptividad, que cuando cruzó el umbral de su casa, en aquel placentero día, cerca de la hora de almorzar, comprendió inmediatamente que algo raro había sucedido.

Lentamente se dirigió al ropero, colgó su sombrero y su sobretodo gris y puso su bastón en el paragüero chino que había en un rincón del zaguán. Casi inmediatamente oyó los pasos de su hijo, que bajaba la escalera.

—Me alegro mucho de verte —dijo Allen, salvando de un salto los últimos peldaños—. No sabía dónde encontrarte. Temo haber trastornado mucho a mamá. Se ha encerrado en su alcoba.

El que la señora Kennedy se encerrase en su cuarto era un mal síntoma. Los dos hombres se miraron.

—No sé cómo explicarte... —empezó Allen.

—Me figuro que sé lo que vas a decirme —respondió su padre.

Y avanzando hacia el solitario saloncito, se acomodó en un asiento.

—Sabíamos que esto había de difundirse en un momento u otro —empezó—. Nos constaba que tenías un particular interés en el Japón. Tu coronel...

Allen, febril e impaciente, interrumpió:

—Padre, lo que ha indignado a mamá es que yo me haya casado con Josui Sakai.

Y se instaló sobre un brazo de uno de los grandes sillones de terciopelo, desobedeciendo inconscientemente uno de los preceptos fundamentales que le inculcaron en su niñez.

En la ancha y pálida faz del señor Kennedy se marcó un ligero tinte rosado. Kennedy tenía la piel muy fina y se afeitaba cuidadosamente, salvo una perilla que se dejaba bajo su colgante labio inferior. Entornó los ojos, y sus pupilas se enturbiaron. Ordinariamente no solía levantarlos si no se sentía muy perplejo. Y ahora los levantó.

—Bien podías habérselo advertido, hijo —reprochóle.

—No esperaba casarme tan a la carrera —explicó Allen—. Pero de momento me pareció lo único razonable. La familia de Josui es de excelente clase. Además, no soy uno de esos tipos capaces de proceder de otra manera. Acaso las muchas cosas distintas que he visto me hayan asqueado tanto que...

El señor Kennedy no respondió. En aquel sentido se hallaba literalmente de acuerdo con su hijo. No se trataba de sentimentalismos, sino de otra cosa.

—¿Cómo es la muchacha? —preguntó.

Sus manos, grandes y pálidas, se extendían sobre los brazos del sillón. Tenían el aspecto de no haberse esforzado nunca; y ese aspecto no desmentía la realidad.

—Josui —argumentó Allen— le agradecería a mamá si ésta quisiera avenirse a razones. He tenido mucha suerte, papá, te lo aseguro. Josui y yo nos enamoramos en cuanto nos vimos. Ella podía haber sido meramente una muchacha bonita. Pero, en realidad, es mucho más.

—¿La conoces hace mucho? —preguntó Kennedy.

—Mucho, no, pero sí lo bastante para saber que merece la pena conocerla más a fondo.

Allen se levantó y empezó a pasear por la estancia hablando al andar, sin mirar a su padre.

—No puedo decirte cómo ni por qué ocurrió la cosa. Yo llevaba un año trabajando terriblemente, sobre todo a raíz del cambio de mandos. Unos cuantos compañeros dijeron que iban a hacer una excursión a Kioto y a Nara, y como yo había pasado meses enteros sin tomarme un permiso, me uní al grupo. Y entonces vi a la muchacha a la puerta de un colegio. Presumo que nos miramos... en un momento crítico para los dos. ¡Dios lo sabe! Me hubiera cabido pasar adelante sin pensar en ella. Pero no fue así. Al día siguiente volví al mismo lugar, a idéntica hora, y encontré de nuevo a la muchacha. Y conste, repito, que eso no sólo se debió a que fuera hermosa. Quizá lo que me atrajese en ella fuera un no sé qué de insólito que advertí en su persona. No se parecía a ninguna otra mujer. Tal vez por ser oriental, o por... ¿Qué sé yo? Tres años he pasado en Oriente y cabe que el hechizo de aquellos países se mi haya infiltrado en la sangre. He oído asegurar que eso les pasa a algunos hombres, quienes después son incapaces de casarse con muchachas americanas.

El señor Kennedy, con la boca abierta, parecía desconcertado, pero no lo estaba. Escuchaba y meditaba. Sabía lo que su emperatriz Josefina sacaría en limpio de todo aquello. También comprendía el trance de su hijo. ¿No se sabía cómo eran los hombres del Sur? Sus mujeres les permitían moverse libremente hasta cierto límite, que no les consentían pasar. Las mareas del mar no eran más regulares que el modo de ejercer su dominio las mujeres blancas en el Sur.

—Tu madre —dijo con voz apagada— nunca verá con agrado tu casamiento. Si te hubieses amancebado, sería distinto. Nuestras mujeres están acostumbradas a ello. Pero el tener que admitir a una nuera desconocida, que, para colmo, no es blanca, resulta peliagudo y no sé cómo lo tomará tu madre. Más vale que vaya yo a hablar con ella.

Se incorporó, apoyándose sobre los brazos del sillón con sus anchas manos pálidas, y, con pesado paso, se dirigió a la escalera. Subióla con lentitud, plantando el pie sólidamente en cada peldaño. Al llegar arriba llamó con suavidad a la puerta de su mujer.

—Abre, *Dulcecita* —dijo.

Esperó. Pasados unos instantes oyó a su esposa moverse a través del cuarto. Abrióse la puerta y él, entrando, tomó a Josefina en sus brazos, con paciente familiaridad. La cabeza de la mujer se apoyó en su hombro. El señor Kennedy le acarició el cabello.

—¿Te lo ha contado Allen todo? —sollozó ella.

—Sí, *Dulcecita*.

—¿Y qué podemos hacer?

—Yo siempre digo, hija, que lo mejor en la vida es no hacer nada. Más vale que las cosas sigan curso.

—¡Pero Allen traerá aquí a su mujer!

—Y habremos de permitirle que la traiga.

—¡Yo no lo toleraré!

—Puede que tengas razón. Entonces él nos abandonará y se irá con su mujer a cualquier otro sitio.

La señora Kennedy apartó a su marido de un empujón. Él suspiró, mientras su mujer paseaba por el cuarto y se aplicaba a las sienes un pañuelo empapado en agua de colonia.

—Si supieses la jaqueca que tengo...

—Me lo imagino.

Con mesurados movimientos Kennedy se instaló en una baja butaquita, tapizada de tafetán. El asiento resultaba demasiado pequeño para su corpulencia, pero él sabía que en toda la alcoba no había otro acomodo mayor.

Esperó mientras su esposa se empapaba las sienes con colonia. El señor Kennedy quería a su mujer. Sabía que, a pesar de sus manías, su ansia de dominio y su afán de absorber a todos, era una mujer buena y muy de su casa. Sobre mujeres así



descansaba el nervio de la nación. Si todos fueran como él mismo —se dijo Kennedy— no existiría orden y quizá ni siquiera decoro. La casa estaría en la ruina y toda la ciudad los explotaría a mansalva. Kennedy hubiera preferido que su esposa hubiese sido más efusiva con él, pero daba por hecho que un hombre no puede tener a la vez una amante y una mujer de su casa. De haber sido más enérgico, quizás hubiera caído en las tentaciones en que otros hombres incurren, pero ello significaba muchas complicaciones. Amaba la paz y en su casa la encontraba, a su manera.

—*Dulcecita* —empezó tiernamente—, tú vales demasiado para tomar las cosas de ese modo. Me hago cargo de lo que sientes, porque yo mismo siento algo muy parecido. Hubiera deseado que fuese Cintia la madre de nuestros nietos. Pero nuestro hijo deseaba otra cosa diferente y se la ha buscado. No podemos remediarlo. Hemos de aceptar la realidad. Procuraremos que ese mal se convierta en un bien.

La mujer retorció el pañuelo entre las manos, lo anudaba y lo desanudaba, y su rostro encendido, todavía bello bajo los rizos grises de su cabeza, examinaba su nerviosa tarea.

—¿Cómo puede ser un bien? —replicó—. El casamiento no se limita a enlazar dos seres, Tom. Nuestro hijo y su mujer no tienen derecho a engendrar hijos ni formar una familia. ¡No, no lo tienen!

Kennedy no respondió. Entendía lo que daba a entender su esposa. Verdaderamente, la idea de ver la casa llena de mestizos semijaponeses resultaba bastante desagradable.

—Quizás Allen y su mujer no tengan descendencia... —murmuró con voz débil.

—Ya sabes —replicó ella— que la tendrán. ¿No sabes, por las estadísticas, que esas mujeres orientales procrean como conejas? Hay que impedir eso.

Kennedy, siempre muy delicado con las mujeres, no quiso averiguar el significado de las palabras de su esposa. Su corpachón parecía muy fatigado y su perilla tenía el mismo tono terroso de su cabello y sus cejas.

—Tenemos que curar a Allen de esa locura —dijo la señora Kennedy—. Se le ha de hacer comprender la imposibilidad de lo que se propone.

—Pero, estando casado...

—Puede divorciarse.

En aquel momento el hombre percibió en el rostro de su mujer un luminoso rayo de esperanza. El pañuelo que ella sostenía entre las manos, cayó al suelo.

—¿Sabes, Tom, que a lo mejor no están verdaderamente casados?

—Él dice que sí, *Dulcecita*.

—Pero puede ser que no. ¿Qué es el budismo? ¿Se puede considerar una religión verdadera? Un templo lleno de ídolos no es una iglesia. Probablemente esos japoneses engañaron a Allen.

Kennedy compadeció a su mujer.

—Como quieras, pero eso para Allen no significa nada, puesto que se considera casado.

—Espera, espera, todavía no se ha dicho la última palabra. ¡Por Dios, Tom! ¿Eres capaz de imaginar a una nuera de ojos oblicuos andando por la casa y por la localidad? ¿Quién la invitaría nunca? ¡Podríamos dar por acabada nuestra vida de relación!

El hombre comprendió que su esposa era capaz de cualquier cosa, en bien o en mal.

—*Dulcecita* —dijo—, creo que una mujer como tú, que de tanto predicamento gozas en la población, podrías imponerte incluso a eso. Procura sacar el mejor partido de un mal asunto y verás cómo la gente te alaba más todavía.

Ella negó con la cabeza, mordiéndose los temblorosos labios y se llevó las manos a la cabellera, para esconderse el rostro.

—Imposible, Tom. Daré por hecho que no ha pasado nada y procuraré que Allen acabe comprendiendo la razón que me asiste.

Él se levantó.

—Bien, yo he dado ya mi consejo, bueno o malo. Pocos más daré. Y ten cuidado con tu hijo, *Dulcecita*, porque temo que no le conozcas a fondo.

Y salió. En aquel momento la más desesperada necesidad de su vida era un vaso grande de *whisky* escocés seco.

Preparó la bebida y se acomodó, para ayudarla, en el pórtico de la casa. Meditaba en los problemas que acudían a toda persona que permite que adquieran significación personal ciertos prejuicios ordinarios, como el enfrenamiento de los deseos, las costumbres normales, la opinión pública, la posición social y otros vulgares anhelos de la humanidad. Si aquella japonesita llegaba a la casa, Tomás Kennedy no alteraría el ritmo de su vida. Cualquier cosa que ella hiciera no le trastornaría en nada. Si su hijo y su mujer no eran felices, él procuraría serlo, porque su felicidad se fundaba en la trascendencia espiritual de una buena comida, de un hígado bien regulado, de la posesión de la mejor cama de todo el país y de la posibilidad de dormir como un leño toda la noche. Sabía que no participaba de ciertos humanos estímulos ni de ciertas emociones, pero tampoco lo deseaba.

De todos modos celebraba que ya se hubieran difundido tan malas noticias y que su mujer las supiera. Los resultados eran imprevisibles por el momento. O muy poco conocía a Josefina, o ella no volvería a hablar más del asunto. Organizaría sus planes y procuraría ponerlos en ejecución. Él, antes o después, los conocería, aunque quizá sin tiempo para poder modificarlos. Josefina estaba demasiado bien educada para permitir que sobreviniese en la casa un ambiente de hostilidad. Cuando bajase a cenar probablemente parecería la misma de siempre. Allen, tan semejante a su madre, se comportaría como de costumbre. El mero transcurso del tiempo bastaba para curar unas cosas, para esclarecer otras y para aceptar la convivencia con un hecho consumado durante el resto de la existencia. Incluso todos acabarían acostumbrándose al trato de una o varias personas de ojos oblicuos...

Cuando Allen salió de la casa, encontró adormitado a su padre, con un vaso vacío

a su lado, en el suelo. Al oír rumor de pisadas, el señor Kennedy despertó. Su hijo estaba a su lado, llevando en la mano una maleta, en la cabeza el sombrero y un gabán al brazo.

—Me voy por unos días —dijo Allen a su padre.

Kennedy abrió los soñolientos ojos.

—¿Adónde vas?

—A Washington.

—¿Qué tienes que hacer en ese endiablado lugar?

—Buscar un destino. Procuraré que sea algo que me permita reclamar a Josui.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—No. Despídeme de ella, haz el favor. De todos modos, lo probable es que sólo pase fuera muy pocos días. Si logro que me den un empleo, habré de volver para recoger mis cosas.

—Como quieras, hijo.

Y los párpados del hombre volvieron a entornarse. Allen inquirió:

—¿Qué dice mamá?

—Nada. Se encuentra mejor.

Kennedy hablaba semiamodorrado. El *whisky* siempre le producía aquel efecto.

Vio a su hijo subir al coche que en la casa le guardaron cuidadosamente durante los años de ausencia, y después reanudó su plácido sueño.

La señora Kennedy no creía jamás en lo inevitable. Y, por lo tanto, no lo aceptaba. Entre sus muchas amigas no tenía ninguna verdadera confidente, aunque todas creyeran estar al tanto de cuanto Josefina decía y ejecutaba. Jamás explicaba a su marido cosa alguna, salvo las que deseaba que él conociera, y él celebraba que su esposa procediese así, porque, acaso de conocer íntimamente lo que pensaba y sentía su mujer, se hubiera horrorizado. Ella sospechaba que a él le placía enterarse lo menos posible de todas las cosas. Temía también que las simpatías de su marido se inclinasen hacia la inocente japonesita si ésta llegaba a entrar en la casa. Él ocultaría semejante simpatía, sobre todo teniendo en cuenta que nada podía hacer para sacar efectos prácticos de ella, pero en el fondo seguramente se aliaría con su hijo, con Allen. A los hombres les atraía más la rebeldía que el amor. Incluso llegaba la señora Kennedy a pensar que en la vida no había nada más poderoso que la rebeldía. Por lo tanto, ella se rebelaría también.

En ausencia de Allen la vida en la casa transcurría como de costumbre, Kennedy acabó habituándose a oír la plácida voz de su esposa diciendo por teléfono:

—¡Bah, querida! No hemos tomado eso en serio. Las madres tenemos que esperar disgustos por parte de nuestros hijos. Es una cosa inevitable y, en este caso, la lamentable consecuencia de una guerra. No, Allen no está casado en realidad. Se sometió a no sé qué ceremonia en un templo budista, pero dudo mucho de que eso tenga validez aquí. Precisamente Tom y yo hablábamos de ello ahora.

Los días, todos muy bellos, se sucedían unos a otros. Volvían a florecer las rosas en el jardín. Eran unas rosas tardías, no tan grandes ni bellas como las de la primavera, y, sin embargo, más fragantes. Allen enviaba una postal de cuando en cuando siempre afirmando que pronto iría a su casa a buscar sus equipajes. Pero no llegaba nunca. Había dilaciones que, según él, resultaban incomprensibles. Washington era un laberinto en el que él se sentía extraviado. Hasta entonces sólo había conseguido una promesa que quizá no significase nada.

La señora Kennedy leía las postales a su marido, mientras comían, afectando un aire de intensa indiferencia. Entretanto había escrito por avión a Tokio, pidiendo ulterior ayuda a la esposa del coronel.

¿Sería posible —le preguntaba— que Allen fuera destinado a Europa? Esa solución resultaría inmejorable. Si le trasladasen en seguida, antes de que llegase su

mujer, todos se evitarían muchas complicaciones.

En Washington, andando de oficina en oficina, Allen tropezaba con las más singulares y desconcertantes demoras. No volver al Japón era fácil. Eso podían resolvérselo casi inmediatamente. Y después sobrevino una propuesta inesperada: ir a Europa para realizar exactamente el mismo trabajo que había desempeñado en el Japón. Se reconocía que el joven tenía excepcional habilidad para analizar las situaciones políticas de las naciones extranjeras, y ciertos aspectos de los países próximos a Alemania necesitaban ese género de análisis.

El recio y sagaz, pero casi iletrado oficial que le planteó la cuestión, dijo:

—Usted sabe escribir en estilo claro, cosa que ignoran la mayoría de los graduados en las universidades. Cuando leí sus informes, comprendí perfectamente lo que usted quería expresar.

—Gracias —contestó Allen.

Pero en su interior pensaba que no marcharía nunca a Europa, al menos hasta que Josui no se reuniese con él.

Porque Europa era otro mundo. Y él ya había conocido demasiados.

Volvió a su casa sin haber decidido nada. Estaba autorizado a pensar en la oferta que le hicieron, y entretanto podía disfrutar virtualmente de una licencia tan larga como quisiera tomársela. Pero, si no deseaba marchar a Europa, no se hallaba nada que ofrecerle en Washington.

Allen recibió estas noticias con tanta incredulidad como recelo. Dijérase que alguien trabajaba contra él, pero Allen se resistía a creer que esa persona fuera su viejo coronel, que seguramente le hubiese acogido otra vez con agrado. No conocía Allen a ningún enemigo que tuviese los brazos tan largos como para llegar hasta Washington.

Mientras corría en el coche, entre los arrozales de Virginia, se dijo que, pasase lo que pasara, llamaría a Josui sin demora. Si otra cosa no, en Washington había arreglado al menos aquello. No existía obstáculo posible, porque Josui había nacido en Norteamérica. Olvidados fragmentos de las Escrituras, oídos a regañadientes en la iglesia siendo niño, obligado por la voz del rector, acudían a su memoria. El humilde San Pablo, forzado a comparecer ante un funcionario romano, confesó su doctrina.

—Mucho me costó —dijo el altanero funcionario romano— comprar mi libertad.

—Pues a mí —respondió San Pablo, levantando la orgullosa cabeza— nada me costó, porque nací libre.

Josui había nacido libre. Allen Kennedy también. Ella, ante la ley, era americana. Allen tenía que aferrarse a ese hecho indiscutible.

Llegó a su casa al oscurecer. Sus padres estaban jugando al ajedrez en la sala. Los dos jugaban bien, pero su madre tenía cierta ventaja, porque siempre deseaba ganar, mientras al señor Kennedy le tenía sin cuidado perder.

—¡Hola, campeones! —saludó Kennedy, al mirar.

Los dos alzaron la vista, entre sobresaltados y complacidos, aunque el joven

creyó notar cierta reserva en la expresión de su madre. Mas ella no quiso que sus sentimientos estropeasen la natural efusión de bienvenida. Se levantó, impulsivamente al parecer, besó las mejillas de su hijo y se colgó de su cuello.

—¡Cuánto me alegro de que vuelvas! —dijo—. Me agradecería que aún no te hubiesen dado un destino, cariño. Notamos la casa tan vacía sin ti...

—No me lo han dado. O, mejor dicho, no lo quiero aceptar. ¡Europa! ¿Por qué he de ir a Europa, donde de nada me valdrá todo lo que he aprendido en Asia? ¿Quién de vosotros gana? ¡Me parece que tú, mamá!

—Siéntate —dijo el señor Kennedy—. En lo de la partida, aciertas. La reina me tiene acorralado, como de costumbre.

—¡A callar! —exclamó la madre—. Allen debe de venir hambriento. ¿Has comido algo, hijo?

—No he probado bocado.

El joven se sentía insólitamente satisfecho. Sus padres no se mostraban severos con él. Su madre, mediante sus sinuosos rodeos usuales, procuraba hacérselo comprender así. Nunca le pediría perdón por su anterior actitud, pero eso había que admitirlo como corriente en ella.

Allen se sentó, procuró relajar sus músculos y se sintió repentinamente muy fatigado. Todo el mundo resultaba complejo, enredado, múltiple. En cambio, en su casa la vida seguía el curso corriente, podría haber pasado Josui por la puerta sin que el ambiente familiar se hubiese alterado en nada. Mientras sus padres vivieran, sabrían mantener paz y orden en el hogar, cuando ellos faltaran él los sustituiría. Con su fuerza de voluntad y su determinación, sabría mantener aquella mansión igual como siempre había sido. Un mundo reducido, pero ilimitado. Amén.

Josui leyó la carta como siempre hacía, es decir, primero de prisa, sólo parándose a saborear las frases de amor. Eso era lo importante. Luego repasó los pliegos cuidadosamente, para entenderlo todo, incluyendo las descripciones y las noticias que Allen le daba. Releía el escrito varias veces al día para tener la impresión de que se hallaba cerca de su marido, de que sus mentes se comunicaban y sus corazones estaban en contacto. A través de sus cartas, ella había acabado conociendo a Allen. Parecía mentira que la proximidad carnal pudiera oponer un obstáculo a la comprensión mutua. Cuando Josui se sentía en los brazos de Allen, e incluso cuando la veía acercarse a ella, la mente se le paralizaba y su pensamiento huía. Pero, separados por el mar, sólo mentalmente podían comunicarse, y así las corrientes del pensamiento y la comprensión circulaban entre los dos sin trabas.

En aquellas semanas de separación, Josui empezaba a considerar a Allen tal como él era. Desde luego le parecía mucho menos fuerte que al principio. En muchos aspectos tenía que depender de sus padres. Esto sorprendió a Josui, porque; que ella imaginaba que en América los hombres y las mujeres eran enteramente libres y podían hacer lo que se les antojase, sin que nadie exigiera obediencia ni a nadie hubiera que prestársela. Podría ser ello así en teoría, y en el caso de Allen la exigente era su madre, no su padre, como en el caso de Josui.

La joven reflexionó mucho en ello. En el fondo, todo eso era comprensible, porque también en el Japón una suegra podía hacer a su nuera feliz o desdichada, Allen solía enviar diminutas fotografías de su casa y de sus padres y Josui estudiaba las caras de sus suegros escrutadoramente y a menudo. Incluso utilizaba una lupa, recogida en la clase de biología, para analizar las facciones y la expresión de los rostros de los padres de Allen. Josui pertenecía a una raza que poseía el legado de una considerable sabiduría humana, y mediante esto, unido a sus meditaciones secretas, llegó a conocer sorprendentemente bien el carácter del matrimonio Kennedy. En cierta ocasión se había sentido celosa. Fue cuando Allen mencionó a una tal Cintia. Esta joven había sido la primera en informarse del casamiento de Allen, el cual esperaba que Cintia fuese la mejor amiga de Josui. Con todo no envió ninguna fotografía suya y a la sazón nunca aludía a ella.

Las cartas de Allen hablaban siempre de que pronto estarían juntos. Pero la última daba orden taxativa de que fuera a buscarle y, lo que era más, incluía el billete para el

avión. Aquello equivalía a poseer un tesoro. La joven releyó todas las partes del escrito, absorbiendo literalmente cada palabra. Era algo tan sencillo, tan valioso... ¡Nada menos que la autorización para entrar en el cielo...! Las instrucciones de Allen eran muy claras. No sobrevendría dificultad alguna. Josui, puesto que disponía de pasaporte, haría que se lo visaran, tomaría el avión en Tokio y volaría hasta San Francisco, donde él la esperaría en su automóvil. Pasarían la luna de miel recorriendo los Estados Unidos. Irían solos...

Después de leer la carta varias veces, Josui buscó a su madre. Las dos explicarían la situación doctor Sakai cuando éste retornara por la noche...

Josui encontró a su madre dando de comer a los peces dorados, de cola en forma de abanico, que giraban por el diminuto estanque. Con una varita de bambú, Hariko agitaba suavemente el agua, para atraer a los peces. El frío los tornaba perezosos, aunque no era tan intenso todavía como para que los forzase a esconderse debajo del lodo del fondo.

Viendo a su madre agachada, vestida con su quimono azul plateado, bajo el neblinoso sol mañanero que iluminaba el jardín, Josui se sintió contristada. ¡Cuánto iba a echar de menos a su madrecita! No había pensado en ello hasta entonces, en su vehemente anhelo de reunirse con Allen. La esposa de Sakai era tan silenciosa, tan discreta, tan poco amiga de hacer notar su presencia... Mas, al pensar en dejarla, Josui sentía un desagrado que rayaba en dolor.

Se arrodilló junto a su madre, sobre la marchita hierba, y de momento no sacó la carta que llevaba guardada en el pecho.

Los peces, de vez en cuando, salían de entre las rocas, agitaban sus colas y sus aletas y no parecían dar importancia a la comida que les servían.

—Ya tienen deseo de dormir —dijo Josui.

—Es que presienten el invierno —respondió su madre.

Y la señora Sakai, momentáneamente absorta en su tarea, no miró a su hija. Luego, como adivinando que Josui la buscaba con algún motivo, se volvió repentinamente y la miró.

—¿Hay alguna novedad? —dijo.

—Sí —repuso Josui, sacando la carta—. Allen quiere que vaya a reunirme con él. Me envía el billete para el avión.

Lo entregó a su madre. Hariko dio repetidas vueltas entre los dedos al billete. No podía descifrar su contenido.

Devolvió carta, sobre y pasaje a Josui.

—¿Qué dirá mi padre? —observó la muchacha—. En el fondo, nunca creía que Allen me mandase llamar.

—Pues ahora habrá de creerlo —contestó la señora Sakai, levantándose y cerrando apretadamente la tapa de la vasija que contenía la comida de los pececillos.

Las dos mujeres miraron el agua. Las miguitas parecían haber despertado la animación de los peces. Habían olvidado, en su modorra, el gusto de la comida, pero



ahora lo recordaban. Tiempo tenían para alimentarse antes de sumirse en su largo sueño invernal.

—Mucho tiempo pasará antes de que yo vuelva a verte —dijo la madre de Josui—. O acaso no te vea nunca más. Tu padre no piensa ir nunca a América. Así me lo ha asegurado.

—Pero yo vendré a visitaros —prometió Josui.

Y dobló su mano dentro de la palma de la de su madre, como solía hacer cuando era niña.

—Si tenéis un hijo... —empezó Hariko.

Se interrumpió súbitamente.

¡Un hijo! ¿Qué sería de aquel hijo? Parecía inevitable que naciera, mas ¿quién lo deseaba? Las dos mujeres se formulaban la pregunta a sí mismas.

Cuando uno está enamorado, ¿no han de nacer niños? La señora Sakai sabía que existía una clase de amor que ella no había experimentado jamás, pero cuyo mágico poder conocía a través de Josui. Aquel amor había convertido a la muchacha en un ser pleno de energía y resuelto a abandonar, incluso, la casa de sus padres. A Hariko no la había poseído nunca semejante sentimiento. Cuando sus padres la enviaron a América para casarse con un hombre al que no conocía, obedeció. Era su destino. Josui, más afortunada, iba a unirse a un hombre al que sí conocía. Por otra parte, ¿podía una mujer japonesa conocer realmente a un hombre americano? Faltaba verlo. Al cabo, Sakai era japonés y no difería de los demás japoneses, aunque fuera superior a ellos. Hariko, pues, sabía de antemano que sus hijos serían japoneses puros, con el pelo y los ojos negros y la piel dorada. Pero ¿acaso sabía Josui cómo podían resultar sus hijos? Cabía incluso que tuviesen los ojos azules, como su padre. Y entonces, ¿qué hacer? Hariko se sintió sobresaltada por aquella posibilidad.

Josui reparó en el aspecto de su madre.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Un pensamiento muy raro que se me ha ocurrido —murmuró la señora Sakai, desconcertada.

—¿De qué se trata?

—De que las mujeres americanas nunca pueden saber qué color tendrán los ojos y el cabello de sus hijos. ¡Es horroroso!

—¿Qué más me da eso, madre? —observó Josui.

—¡Debiera importarte! —exclamó, muy alborotada, la señora Sakai—. ¡Mucho me hubiera importado, Josui, que cuando naciste no tuvieras los ojos negros! ¿Cómo puedo saber que un hijo tuyo es nieto mío si no tiene negros los ojos?

—Vamos, madre...

Josui hubiera querido reír, pero por un instante se sintió muy desventurada. Si su hijo tenía los ojos azules, ¿le sentiría extraño a ella? En cambio, si a ella se parecía, Allen podría considerarlo ajeno a su vez. Sí, aquélla era una dificultad, como, aunque con bastante exageración, apuntara su madre.

—No creo tener hijos —murmuró.

Su madre volvió la cabeza.

—¿Tú qué sabes? —respondió con el tono práctico de una mujer experta—. Si hay ocasión oportuna de concebir un hijo, lo concebirás y asunto terminado. Nada podrá impedirlo. Los espíritus esperan en el exterior hasta que llega el momento de plasmarse. Vivimos mientras nos corresponde vivir y cuando nos corresponde morir, morimos. Es un ciclo que no se puede precipitar ni tornar más lento. Unos viven mucho y otros poco, pero todo depende del destino.

Eso explicaba la paciencia de la señora Sakai, su no resistencia al mal, su aceptación de todo. Aquélla era la fuente de su inmensa y simplicísima fuerza. Josui no supo qué contestar. Abrumada por la dignidad de su madre, hizo una reverencia y se alejó.

Y entonces, por primera vez, quizás estimulada por la premonición materna, tuvo conciencia clara de la inevitabilidad del niño.

Su padre no formuló protesta alguna contra su marcha. Ello sorprendió a la joven, o acaso la hizo pensar que debía sentirse sorprendido. Pero la convicción de que todo discurría por los carriles de lo inevitable, incluía estas sorpresas.

El doctor arregló el visado del pasaporte de su hija, acompañándola a la correspondiente oficina de Tokio. Dijo luego a Josui que él poseía unos ahorros en un Banco de San Francisco. Los reservaba para Kensan, pero, al morir éste, la suma había quedado paralizada allí. Ahora Sakai la pondría a nombre de su hija.

Las cosas iban como sobre ruedas. Dijérase que los dioses procuraban allanarles el camino. Todo estaba en regla: la partida de nacimiento acreditativa de que Josui era natural de Los Ángeles, y su pasaporte que, incluido con el de sus padres, sólo requería ser desglosado del de ellos añadiéndole una fotografía nueva. El único obstáculo lo provocó Josui al decir que deseaba usar su nuevo nombre de señora Kennedy.

Su padre se opuso.

—Eso no lo permitiré. Has de usar mi nombre, que es el tuyo: Josui Sakai. Pudiera ocurrir que llegases a necesitarlo.

Ella se enojó.

—¿Cómo puedes decir eso, padre? Ya veo no crees ni confías en mí.

—No confío en la vida —respondió él.

La joven cedió. Pero pensaba que la vida, a pesar de lo que decía su padre, acabaría dándole la razón a ella. Sakai lo tocaría con las manos cuando advirtiese que todo transcurría tal como su hija lo imaginaba. Pero siempre los viejos eran escépticos...

Una vez resuelto el asunto, volvieron a Kioto. La joven se sentía conmovida por los esfuerzos que hacía su padre para mostrarse amable ella.

Desde la ventanilla del tren empezó a señalar ciertos pormenores. Un hombre con un tumor en el cuello, un niño con los ojos enfermos. Abrió la ventanilla y llamó al hombre, que resultó ser un factor.

—¡Eh, escuche! —dijo—. Tiene usted que operarse ese tumor. Vaya al hospital de Tokio, o al mío de Kioto.

El hombre —un tremendo ignorante— respondió a voces:

—¡En este tumor se contiene mi vida! ¿Cómo a privarme de ella?

El doctor Sakai, suspirando, cerró la ventanilla. Espinosa era la tarea de un médico en ciertos países. Primero había que decir a las gentes que podían sanar de sus dolencias, y luego había que persuadirles de ello. La curación en sí era lo último y más fácil de todo.

Durante un rato discutió con Josui acerca de la testarudez de la especie humana, especialmente entre las personas ignorantes. En esa clase incluía el doctor a la mayor parte de la Humanidai especialmente —esta insinuación la captó bien Josui— a los jóvenes y a las mujeres.

Pero ninguna nube velaba la felicidad de Josui. Ahora que conocía la fecha y hora de su marcha, el tiempo pasaba de prisa. Llegó la mañana de la partida y el día voló impulsado por las alas del regocijo. En su felicidad, Josui procedía con crueldad, sin darse cuenta de ello. No reparaba en las rojas bayas del jardín, que todos los años proporcionaban, con su contemplación, tan intenso placer a su padre. Dos veces se olvidó de disponer el tokonoma. Sus padres no la reprendían. La consideraban perdida para siempre.

Josui notaba la tristeza que la circuía, pero no acertaba a participar de ella. Rebosaba de amor y de excitación, porque su corazón ya había cruzado el mar y la esperaban, impaciente, en la costa opuesta.

Llegado el momento de marchar, dio su adiós a la casa, al jardín, a Yumi y, finalmente, a su madre. Luego partió con su padre hacia el aeródromo. Pensando en las pocas horas que le separaban de la presencia de Allen, se sentía casi ofuscada por la alegría. Le resultaba imposible acordarse de sus padres ni de nada de lo que dejaba atrás.

Pocos días antes de partir, había recibido una concisa carta de Kobori Matsui. En términos amistosos y amables el joven le deseaba mucha suerte y le anunciaba que le enviaría a América un pequeño regalo de boda. Podía ocurrir —agregaba Kobori— que si los negocios funcionaban con más libertad, como él y su padre esperaban, él hiciera el año próximo un viaje a América. Entonces tendría mucho placer en visitarla y en conocer a sus nuevos parientes. Sería muy feliz conservando la amistad de la joven, y ella podía contar siempre con la suya, necesitárala o no.

Leyendo la carta, Josui reconocía la bondad de aquel hombre, pero no acertaba a agradecerse la. Quemó el pliego en la urna del incienso. No quería llevar tal correspondencia consigo ni dejarla tras ella.

Durante un instante, al despegar el avión, Josui tuvo clara conciencia de lo que hacía. Acercándose a la ventanilla vio en el campo a su padre, alto y erguido, flotante al viento su chaqueta suelta. Apretaba las manos sobre el bastón, tenía muy abiertas y firmemente plantadas las piernas y, con la cabeza erguida, miraba a su hija. No era seguro que la divisase, pero ella sí le divisaba claramente a él. Hacía un día espléndido, el sol brillaba, rutilante, después de tres días de lluvias y tormentas, y su luz daba de lleno en el rostro varonilmente hermoso, del doctor Sakai. Había en la expresión de aquel hombre una noble tristeza, un digno disgusto, un dolor que se

adivinaba bajo su resuelta compostura. Y la joven sintió una punzada en el corazón.

La punzada no fue duradera. Las grandes y relucientes alas del aparato la remontaron hacia el cielo. La tierra comenzó a empequeñecerse. Poco después volaban sobre el mar, y los sueños y los pensamientos de la joven se adelantaban a la marcha del aeroplano.

## **TERCERA PARTE**

En el aeropuerto de San Francisco, Allen vio a Josui descender del avión mientras ella miraba a todas partes, buscando a su marido. El joven se abrió camino entre el pequeño grupo allí congregado. Se sentía avergonzado, porque acudía con un minuto de retraso. ¡Haberse dormido precisamente aquella mañana!

—¡Josui! —gritó.

Ella le distinguió y una sonrisa iluminó sus facciones. En el primer instante, reparando en aquella contenida expresión de ansiedad que contraía el rostro que él creía recordar tan bien, Allen sufrió una ligera, pero no por eso menos profunda decepción. O Josui no estaba tan bonita como antes, o el trajecito gris que llevaba no la favorecía. Sin embargo, su sonrisa, encantadora y recatada, volvía a hacerla parecer la de siempre. Sí: su sonrisa y la gracia semitímida con que se adelantaba hacia él, la hacían inconfundible.

Allen la estrechó entre sus brazos, entre la turbamulta de desconocidos que llenaba el aeródromo. Instantáneamente observó las miradas de curiosidad que en todos suscitaba el que un americano, alto y apuesto, abrazase a una jovencita japonesa. Nadie dijo una palabra y todos se dedicaron a sus asuntos, una vez satisfecha su momentánea curiosidad.

Prescindiendo de la gente, Allen asió del brazo a Josui. Pero ella, notando las sorprendidas miradas que se le dirigían, se separó delicadamente de Allen, aunque dejándole llevarla de la mano.

—Vamos al hotel en que he tomado habitaciones —dijo Allen—. Estaremos aquí unos días, querida. No tenemos prisa. Deseo pasar tiempo, mucho tiempo, a solas contigo. Luego efectuaremos un largo viaje antes de llegar a casa.

Lógicamente los dos, en aquel momento, debieron haber aclarado la situación de las cosas y decidido lo que procedía hacer. Lo razonable era que él la dijese cuál era el ambiente en su casa. Pero sobre ello Allen apenas sabía nada, aunque intuyera mucho. Su madre, al parecer, había tomado la decisión de no darse por enterada de lo que ocurriese. Mas ¿cómo podía desentenderse de Josui cuando la viese llegar a la puerta? Sobre todo, teniendo en cuenta de que Allen iría a su lado.

Apartó de su mente tales pensamientos. Los dos iban a vivir solos durante algunas semanas. ¡Qué lástima que Cintia hubiese decidido pasar una temporada en Nueva York! Porque Cintia podía haberles sido muy útil. Pero, en rigor, ¿qué ayudas

necesitaba él?

—¡Qué silencioso estás, querido!

—Es que no acierto más que a mirarte.

La llevó a su coche, que se hallaba cerca.

—¿Es tuyo?

—Nuestro. Todo lo mío es tuyo.

Ella, sonriendo, le cogió la mano.

—Conduce con cuidado, Allen —le pidió, tras un momento de ansiedad.

Él se echó a reír.

—¿Has olvidado que estamos en América, Josui?

Pero guió lentamente, para poder acariciar la manecita donde llevaba Josui el anillo que él le puso en el templo el día de la ceremonia nupcial. La noche de aquel mismo día, cuando los dos estuvieron solos en la bella y penumbrosa casa que tanto distaba de ellos ahora, él había quitado el anillo del dedo de su mujer, para volvérselo a encajar, murmurando:

«Sea este anillo prenda de nuestra unión».

Ella quizá no lo hubiera comprendido. Lo comprendería ahora.

Llegaron al hotel. Josui permanecía muy silenciosa y, según juzgó Allen, muy desconcertada. El joven entregó sus maletas a un botones. El ascensor los condujo al piso decimoséptimo. Las ventanas de sus habitaciones miraban al mar.

Allen dio una propina al muchacho y cerró la puerta. Quitó a Josui el sombrerillo, que, a su entender, la sentaba mal, la despojó del abrigo y la estrechó entre sus brazos.

¡Cuán fragante era su piel, cuán delicada la curva de su cuello, cuán grata la presión de sus menudos senos contra el pecho de su marido! Allen no quiso esperar. ¿Por qué esperar nada? Los ojos de Josui brillaban muy negros y luminosos, y su boca era suave y apetitosa. Ella comprendía bien el apremio del hombre. Y lo comprendía porque era la quintaesencia de una mujer, y sobre todo de una mujer oriental, y siempre conocía por instinto las necesidades del corazón.

—¿Me sigues queriendo? —preguntó él superfluamente, sólo por oírla repetir aquellas palabras.

—Te quiero —respondió ella, no en un cuchicheo, sino con voz encantadoramente nítida—. Porque te quiero he venido de tan lejos. Allen.



¿Cuándo comenzó la vida mortal del niño? Los jóvenes ignoraban en qué brillante momento del día o en qué densa oscuridad de la noche el espíritu del pequeño se desprendió de la eternidad para incorporarse, ya antes de nacer, al mundo de la vida. Pudo el niño advenir en aquella alcobita, protegida por biombos, al otro lado del mar; o en la elevada habitación de hotel abierta al oeste; o en la casita montañesa donde pasaron varios días contemplando las cumbres de las montañas cubiertas de nieve; o en la estancia del piso superior de una fondita perdida en una interminable llanura; o entre las onduladas colinas del Oeste Medio... Ellos no lo sabían. En el curso de aquellos gloriosos meses, en un indefinible momento de amor perdido en el continuo eslabonamiento de las noches y días al amor dedicados, el niño empezó a existir sin que ellos se dieran cuenta. Porque no pensaban en él, sino en sí mismos.

—Debemos avisar a tus padres la fecha exacta de nuestra llegada —opinó un día Josui.

Sin confiárselo el uno al otro, los dos pensaban de continuo en lo mismo, esto es, en que había de llegar el fin de aquel maravilloso viaje, con sus esplendentes días y sus palpitantes noches. Bajo los clementes cielos la tibieza rodeaba a la pareja de una atmósfera casi mística.

Cierto que aquello tenía que terminar, porque no era propiamente vida sino amor, y habría de llegar el momento en que las dos cosas se fundieran. Josui, como la más práctica de los dos, fue la que sugirió la conveniencia de avisar a los padres de Allen. Sensitiva en extremo, adivinaba que su esposo temía aquel momento. Alguna grave dificultad los esperaba sin duda. Ella no acertaba a precisar cuál, pero se preparó a arrostrar lo que surgiese. Si se mostraba muy discreta, muy solícita, muy hacendosa, muy respetuosa con sus suegros, acaso lograra vivir feliz a su lado. Evidentemente, de ellos dependía todo. Por la noche, mientras Allen dormía, Josui reflexionaba en el creciente conocimiento que tenía de su esposo. Le amaba más cada vez y cedía ante él en todo, pero empezaba a comprender que las mujeres no deben ceder sino hasta el punto que les conviene a los hombres. A la capacidad de recibir debe igualar la capacidad de dar. ¿Y Allen? ¿La deseaba enteramente a ella? Josui no se sentía muy segura.

—Aunque paremos en cualquier parte un par de días, no podremos dejar de estar en casa pasado mañana —indicó Allen, respondiendo a la interior indicación de su

esposa.

—¿No deseas volver a tu casa?

—Sí, lo deseo. Tenemos que organizar las cosas ya. Y yo tengo que buscar un destino. Es posible que prescinda definitivamente del Ejército. En realidad, hace años que pude licenciarme. Y acaso me limite a convertirme en un caballero campesino, como mi padre.

Josui seguía las palabras de Allen con minuciosa atención, pero no siempre comprendía todos los matices ni todas las alusiones idiomáticas. Para ella cada palabra inglesa significaba lo que decía el diccionario y nada más.

—Como quiera que sea —insistió, fiel a su concepto de las conveniencias—, debemos avisar la hora de nuestra llegada.

—Estaremos allí pasado mañana hacia las seis de la tarde.

—Pues entonces, Allen, telefona mañana a tus padres —rogóle ella, mimosa.

Los intentos de Josui para conseguir dirigirle le resultaban a Allen tan deliciosos como los despóticos dictados de un niño. Josui, en efecto, a la par que adoraba y obedecía a su marido, se esforzaba dulcemente en gobernarle. A sus ojos era necesario que él se comportara siempre correctamente, a lo menos con los demás. La joven reía cuando él se mostraba «rebelde», como ella solía decir, cuando Allen no se quería levantar por la mañana, cuando dejaba su pijama en el suelo, cuando le revolvía el cabello recién peinado, cuando procuraba enojarla para hacerla discutir con él, lo que ella hacía con tanta gravedad que Allen acababa no pudiendo contener la risa. Y entonces ella, notándolo, exclamaba «¡Allen, malo!», y se llevaba la mano a la boca para contener su propia hilaridad.

Desde luego el joven reconocía que su mujer le amaba hasta el exceso. Cuando se hospedaban en algún lugar donde hubieran de atender a los menudos quehaceres domésticos, ella no permitía que Allen la ayudara, le servía con toda naturalidad, le sostenía la toalla mientras él se bañaba, y cuando Allen terminaba de afeitarse le limpiaba la maquinilla.

Al principio él se oponía a tales servicios, diciendo:

—Vamos, vamos, pequeña... Tú eres mi mujer y no mi esclava.

Pero, como ella insistiera, Allen acababa cediendo, porque comprendía que aquél era el modo con que Josui quería expresar su amor. En cualquier caso era placentero verse atendido así, porque ello le daba la sensación de librarse de la tiranía de los detalles minúsculos. En aquello, Josui mostraba su carácter de japonesa. Una americana nunca hubiese servido así a su marido. El joven principiaba a comprender por qué se decía que cuando un hombre se acostumbra a una mujer oriental no volvía a ser capaz de enamorarse de una americana.

A la siguiente mañana, Josui preguntó, con dulzura:

—¿Has telefoneado a tus padres?

—Ya lo haré —dijo él con indiferencia.

Un incomparable día empezaba a disipar la purpúrea bruma que envolvía los

montes Alleghany. Y Allen no deseaba pensar sino vivir una grata jornada más.

Pero notó que su mujer estaba preocupada. Mientras se sentaba a su lado en el coche, no lograba dominar su inquietud.

—Tranquilízate, Josui —exhortóla él—. Ya llamaré.

—Pero estaría tan bien hacerlo ahora... —susurró Josui.

Allen soltó la carcajada.

—Bien —repuso—. Nos pararemos en el primer locutorio telefónico que encontremos. Estáte atenta a la insignia azul.

Ella fue la primera en distinguirla, diez minutos después, en medio de un caserío que apenas podía calificarse de aldea.

—¡Allí, allí! —exclamó, apuntando con su diminuto dedo corazón.

Ya no había otro remedio.

Allen frenó el coche.

—Espérame aquí —indicó.

Ahora que llegaba el momento, Allen se sentía violento y turbado. No era tan pueril como para asustarse, ocurriese lo que ocurriera. Si había dificultades, se llevaría a Josui consigo y los dos se instalarían en cualquier otro lugar del mundo. Pero no deseaba abandonar su casa. Los años pasados en el extranjero habían aumentado el amor que sentía por su país, por su estado, por su localidad por la vasta mansión que su bisabuelo construyera para albergar a las generaciones de sus descendientes. Quizás aquel placentero modo de vivir estuviera llamado a desaparecer, pero seguramente Allen no asistía a su finalización, al menos en América. Quería habitar allí, como su padre, en un ambiente de discreción de contento y de holgura.

Mientras esperaba en el locutorio, se sentía asaltado por aquellos y otros múltiples pensamientos. ¿Valdría Josui para remplazar a su madre?

La voz de la telefonista sonó a través del hilo. Ya puede comunicar.

—¡Hola, papá! Soy Allen.

Había telefoneado a su padre, temeroso del primer contacto con su madre.

La voz del señor Kennedy sonó sorprendentemente fuerte y vibrante.

—¿Qué hay, hijo? ¿Dónde estás?

—En los montes Alleghany. Quiero anunciarte que probablemente mi mujer y yo llegaremos a casa mañana al oscurecer, o acaso pasado mañana, si nos retrasamos, como entra en lo posible.

El padre de Allen titubeó.

—Sí, claro... Pero creo, hijo que valdría más que pasaseis la primera noche en un hotel. Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Qué pasa?

—No puedo explicártelo ahora. Ya charlaremos. Podrías quedarte en Richmond. Yo iré allá también y te esperaré. Puedes telefonarme al círculo.

—Muy bien. Lo haré así.

Sí, a Allen le convenía quedarse en Richmond. Y también le convenía hablar con su padre. Sucudiese lo que sucediera, había que afrontarlo todo muy serenamente.

—Bueno, papá. Hasta mañana.

—Hasta mañana, hijo.

Allen colgó el receptor y permaneció unos momentos en la tienda contigua. Compró unos bombones y esperó que le diesen el cambio. Convenía esperar hasta que de su faz desapareciese la inquietud. Josui era muy despejada y sabía leer los pensamientos de Allen y captar los menores matices de su ánimo. Allen no deseaba ocultar nada a su mujer, salvo lo que pudiera lastimarla. También empezaba a conocerla y a descubrir en el fondo de su ser una pétreo base capaz de llevarla a las más rápidas desesperaciones, a renunciar a toda perspectiva y a aguardar lo peor, como es característico de la idiosincrasia japonesa. Pero no era cosa de que Josui se entregara a la desesperación desde el principio.

Allen volvió al coche, sonriendo, y ofreció los bombones a su mujer.

—¡Muchas gracias! —dijo ella.

Le placía a Allen ofrecer a Josui aquellos menudos obsequios para asistir al cálido, cordial y cortés agradecimiento con que ella los acogía.

—¿Has hablado con tus padres?

—Con mi padre, sí. La primera noche la pasaremos en un hotel de Richmond. Mi padre se reunirá allí con nosotros.

—¡Qué bondadoso! —murmuró ella, rompiendo en lágrimas—. ¿Es muy viejo? ¡Mira que tomarse esa molestia! ¿Y tu madre?

Allen hubo de improvisar una mentira.

—Se quedará en casa, preparándolo todo.

Josui se sintió muy feliz. Mientras Allen guiaba, le ofrecía bombones, comía ella misma un pedacito de cada uno y guardaba el resto en la envoltura de papel de plata, metiéndolo en el hueco del guante, para otra vez.

Aquella tendencia a la economía emocionaba a Allen. Josui procuraba recoger siempre los restos de las comidas, cuidaba mucho sus trajes y los de su marido, no tiraba los medios pliegos que sobraban de una carta breve, procuraba no perder un solo sello y guardaba, en resumen, todas las menudencias que, sin su atención, se hubieran tirado. Había vivido en el seno de una raza acostumbrada al ahorro y a sacar mucho partido de todo. ¿Cómo, se preguntaba Allen, podría Josui tomar nunca el timón de una casa tan grande como la de los Kennedy? ¿Cómo afrontaría la joven la mucha prodigalidad que allí reinaba y cómo se entendería con los cuatro sirvientes, con los enormes cestos de vituallas que afluían a la mansión, con las sobras de comida que se tiraban, con el descuido con que se dilapidaban el dinero, las ropas y todos los bienes materiales tan fáciles de remplazar en los Estados Unidos?

Este pensamiento le preocupaba. Porque en el Interior de la muchacha había un algo indefinible, pero duro cómo un diamante. Bajo su blanda apariencia profesaba principios incommovibles. Para su clara y hasta inflexible mente juvenil, lo justo era

lo primero de todo. Podría haberlo superado de momento su amor por Allen, pero persistía. Su actitud, su conducta, su habla, se ceñían siempre estrictamente a lo que consideraba adecuado. No esperaba hallar igual celo en su marido, más aspiraba a conservar el suyo propio. Así Allen preveía un porvenir en el que su esposa quería gobernar celosamente los intereses de su esposo, su dinero, su felicidad y hasta la cuantía de sus suministros de víveres. Nunca él conseguiría persuadirla de que aquel despilfarro no tenía importancia y de que si los antiguos criados de la mansión se apoderaban de algo, ello no constituía en realidad un hurto. Josui haría cualquier cosa por su amor, pero ese amor, aunque apasionadamente tierno, sería —Allen lo adivinaba— inexorable.

Allen eligió un pequeño hotel en una quieta calle de Richmond. Tuvo consigo mismo la franqueza de reconocer que lo hacía para llamar menos la atención al hospedarse con Josui. Tenía que acostumbrarse a las miradas de curiosidad, a las muchas preguntas de la gente. Sin duda con él hubiera sucedido lo mismo en el Japón, pero Allen no reparó entonces en ello. ¿Sería que Josui se lo ocultaba? No quiso preguntárselo, temeroso de que ella comprendiera el motivo, sufriendo así un disgusto posiblemente evitable.

El hotel era agradable. A Josui le atrajo su ambiente tranquilo y un tanto anticuado. Se instalaba en una habitación cuyas ventanas se abrían a un parquecito cuadrado donde unos pocos árboles aún conservaban restos de la pompa del otoño. Allen telefoneó en seguida al círculo de su padre.

El señor Kennedy esperaba la llamada. Había llegado la noche anterior y visitado a unos cuantos amigos, no en sus casas, donde siempre que podía evitarlo, no iba, sino en sus oficinas. Todos parecían disponer de suficiente tiempo para acoger con agrado a aquel viejo amigo, siempre informado de todas las cosas habidas y por haber. Oír hablar a Tom Kennedy era preferible a leer un periódico.

—Ahora mismo voy, hijo —anunció Kennedy.

Colgó el aparato, atravesó el vasto y agradable cuarto que tenía regularmente alquilado en el círculo, se puso un suelto gabán de cheviot, entre gris y pardo, tocóse con su un tanto deformado sombrero de fieltro y bajó la ancha escalera curvada. No había ascensor en el club, ni Kennedy lo hubiera utilizado aunque lo hubiese.

Un calor húmedo y pegajoso, impropio de la estación, llenaba el aire. Kennedy paró un taxi.

—Lléveme al «Mansfield» —ordenó.

Sentóse y se entregó a sus pensamientos mientras el coche serpenteaba a lo largo de las calles de la ciudad. No tenía intención de ocultar a su hijo la larga plática mantenida con Josefina. Cuanto antes supiera Allen la verdad, mejor. Aún pasaría tiempo antes de que nadie conociera el desenlace de una situación tan extraña.

Se apeó ante el hotel, pagó al taxista e hizo un signo negativo al botones negro que se le acercaba.

—No vengo a instalarme aquí —dijo—. Vengo a ver a una persona.

Quedó sorprendido de sus propias palabras. ¿Por qué no decía «Vengo a ver a mi

hijo»? ¿También existiría en él una maldita repugnancia a...? En tal caso debía desarraigarla. Desdeñaba los prejuicios. Para sus adentros pensaba que había de llegar un día en que todos los hombres tuvieran el mismo color. Incluso convenía acelerar ese momento. Aunque todos fueren de un puerco tinte oscuro, ¿qué importaba? Así se eliminaría un motivo de complicaciones en el maremágnum de las dificultades humanas. Una vez en Nueva York había encontrado, durante un banquete, a una de esas sabihondas americanas que aspiran a arreglar la nación.

—¿Cómo resolveríamos el problema de las razas de color? —había preguntado la dama—. ¿Cómo, señor Kennedy?

Tranquilo, porque se hallaba entre gente extraña y no le oía ningún camarada suyo del Sur, Kennedy acertó a replicar, mientras atacaba el pollo frío más duro de que tenía memoria:

—Procurando aclarar paulatinamente ese color, procurando aclararlo...

Su interlocutora no volvió a hablarle más.

Se dirigió a la conserjería y dijo:

—Avisen al señor Kennedy de que su padre va a subir a buscarle.

—Sí, señor —respondió el pálido empleadillo, mirándole fijamente.

¿Se debería tal curiosidad al hecho de ser japonesa la esposa de Allen? Pues a él le tenía sin cuidado.

—El ascensor está aquí —manifestó el funcionario.

—Subiré andando —respondió Kennedy.

El cuarto de Allen estaba en el primer piso. Y Tom Kennedy, que odiaba el ejercicio, salvaba sus escrúpulos de conciencia subiendo a pie la escalera. De todos modos, los peldaños eran anchos y bajos. Una espesa alfombra cubría el pasillo, ahogando todo rumor de pisadas.

Llamó con fuerza a la puerta del número veintidós, que era del cuarto de Allen. Oyó un gritito a través del abierto montante, luego una voz de mujer y después la de Allen que decía:

—Es mi padre.

La puerta se abrió inmediatamente. Allen sonreía. No se veía en la estancia a nadie más.

—Josui ha entrado en el dormitorio para peinarse —manifestó el joven—. Quiere presentarse bien ante ti. Pasa, papá.

—Todas las mujeres se vuelven locas cuando se trata de arreglarse el cabello —repuso Kennedy.

Entró y permitió que Allen le tomase bastón y sombrero y le ayudara a quitarse el abrigo. Luego cogió la butaca más cómoda del aposento y miró alrededor, examinando el saloncito. No podía dilatar mucho su explicación, pero sí lo suficiente para encender un cigarro.

—Antes de que entre tu mujer, hijo, quiero advertirte que tu madre no está en buena disposición de ánimo. No me gustaría hablar del asunto ante tu esposa. Tú y yo tenemos que ver el modo de resolver este asunto.

Allen permanecía inmóvil. Sentíase petrificado por la abatida solemnidad de su padre.

—¿Quieres dar a entender que mi madre no quiere recibirnos en casa? —preguntó.



Kennedy, disgustado, apartó la vista y dio su chupada al cigarro.

—Mucho me lo temo, hijo. Por el momento, al menos, no desea que tu mujer aparezca por nuestra casa. Desde luego, le gustaría verte a ti solo. Incluso me encargó con ahínco que te lo advirtiera. Tu cuarto, según parece, está siempre preparado para recibirte.

—Un momento.

Allen salió presurosamente del saloncito y cerró la puerta a sus espaldas. Hubo un largo silencio, una prolongada espera... Kennedy proseguía fumando su cigarro, que era largo y delgado y despedía una fina voluta de humo. Confiaba en que Allen no hablase con franqueza a la joven. Era mucho más fácil resolver los problemas cuando no se introducía a las mujeres en ellos. Pero, como la mayoría de los recién casados, seguramente Allen se consideraría en la obligación de contárselo todo a su esposa. A los recién casados les costaba trabajo aprender a vivir, y no le correspondía a un padre dar las lecciones a un hijo en ese sentido.

Tom Kennedy recordó la abrumadora noche que había pasado discutiendo con su mujer. Le dijo sinceramente que iba a Richmond para entrevistarse con Allen y con Josui. Pero ella, en lugar de aprobar tal decisión la censuró con acritud, sin razón ostensible.

—Tenemos que arreglar las cosas lo mejor posible —arguyó él—. ¿Quién saldrá perjudicado si no? Tú y yo. Ni más ni menos. Los muchachos pueden instalarse en cualquier otro sitio y crearse una vida propia. Tú y yo somos los que vamos a quedarnos solos en la casa. No podemos rechazar a nuestro hijo, *Dulcecita*.

—No digo eso —replicó ella—, sino lo que he dicho siempre; y es que no quiero que traiga esa mujer a mi casa.

—Ten en cuenta que es su esposa —indicó Kennedy.

En la agradable faz de Josefina se dibujó una expresión que hacía tiempo que él se había acostumbrado a calificar como un gesto de irrisión y sarcasmo. La primera vez que la notó fue durante su luna de miel, aunque había olvidado el motivo, lo único que recordaba era que la linda boca de tu mujer, hecha para los besos, se había contraído en una mueca capaz de enfriar el más ardoroso amor. Claro que entonces él no sabía que el amor es casi modificable a pesar de todo. En los años sucesivos había continuado amando a su mujer, pero no sin reservas. Había momentos, horas y días en que prefería no pensar en su mujer y daba de lado su cariño.

—Allen no está casado —afirmó rotundamente Josefina la noche anterior.

Ordinariamente hablaba con una voz dulcísima, porque sabía ser la más amable de las mujeres, pero también exhibía a veces aquella voz dura que él temía tanto.

—¿Por qué insistes en eso? Ya te he dicho que un templo de cualquier religión es idéntico a nuestras iglesias.

—No me interesan semejantes templos —respondió ella.

A Kennedy no le agradaba el aspecto de triunfo que se marcaba en el rostro de su mujer. La misma expresión había observado Kennedy en ella cuando, contra los

deseos del muchacho y de su padre, hizo ingresar a Allen en una academia militar. Kennedy había cedido a los deseos de su mujer pensando que, en efecto, habría parecido una cobardía que su hijo no sirviese en el Ejército. Se hubiera producido localmente una conmoción pública...

—Di la verdad. Tú no te preocupas de eso de los templos, ni de...

Ella le interrumpió con un grito que restalló como un trallazo.

—Tienes razón. No me preocupo de tal cosa. Me preocupo de la ley de nuestro Estado, que prohíbe las uniones entre blancos y personas de color.

Miró a su marido, que la miró a su vez diciendo lentamente:

—Bien sabes, Josefina, que esa ley se dictó para impedir las uniones entre blancos y negros.

—De todos modos, es la ley —repitió ella.

Kennedy se levantó y se separó de su mujer, pero antes de acostarse telefoneó a su abogado Bancroft Haynes.

Bancroft confirmó que Josefina acertaba. Las leyes del Estado vedaban el matrimonio de Allen, puesto que su mujer era originaria de Asia.

Así Kennedy, sentado en el saloncito del «Mansfield», pensaba cómo debía explicarse ante su hijo.

Abrió la puerta y entró Allen, en compañía de Josui. El momento tan temido por Kennedy había llegado.

El padre de Allen se incorporó lentamente, mirando a la joven que su hijo llevaba de la mano. Era una mujer agradable, tímida, de piel de tonos de crema, a la sazón encendidos por el rubor que acudía a sus mejillas. Sus ojos, grandes y oscuros, estaban humedecidos por el temor. Tom Kennedy pensó que aquella muchacha era muy dulce, que parecía muy apocada, muy dolorida y muy afanosa de comprender y de ser comprendida.

En el alma del padre de Allen se alzó súbitamente un impulso de piedad.

—Te presento a Josui, papá.

El señor Kennedy, con parsimoniosos pasos, cruzó la estancia y tendió a la japonesita su mano, grande y fina.

—Encantado de conocerla —dijo con su usual y delicada cortesía—. Bienvenida sea usted a nuestra tierra después de tan largo viaje.

Apretó la mano, menuda y firme, de la Joven, y añadió:

—Debe usted de estar muy fatigada, y seguramente siente también nostalgia de su país.

—¡Oh, no, señor! ¡Qué amable es usted! —respondió Josui en un murmullo.

La abrumaba la corpulencia del señor Kennedy. ¡Qué hombre tan enorme! Pero a la par, ¡qué afable!

La joven sonrió, sus labios temblaron y sus ojos, más abiertos que nunca, se clavaron en su suegro.

Kennedy la contemplaba casi con ternura, muy satisfecho al advertir que Josui no

era una mujer de color. Había multitud de muchachas entre las familias meridionales que eran mucho más oscuras de cutis que Josui. Procedía decírselo a Josefina.

—¡Qué menudita es usted! —comentó. Y, volviéndose a su hijo, preguntóle—. ¿Son tan pequeñas todas las japonesas?

—No creo yo que sea demasiado pequeña Josui, papá.

Al contestar así, Allen se sentía un tanto más animado. Notaba que su padre había captado inmediatamente el delicado y casi conmovedor encanto de Josui. Se sintió orgulloso. Su padre sabía hacerse cargo de que un hombre se enamorase de una muñequita así. De manera —dijose Allen— que su padre estaría de su parte.

Josui, minúscula entre aquellos dos gigantes, sonrió. Ya no experimentaba temor alguno. Aquel hombretón que era su suegro la ayudaría y todo acabaría de la mejor manera posible. A ella le agradaba, a ella no le inspiraba temor alguno; a Josui le gustaría residir con él en su casa. No resultaba extraño que fuese Allen tan maravilloso, puesto que descendía de tal padre. Con él Josui sabría la ser una nuera perfecta.

Se apartó de Allen y corrió hacia el señor Kennedy.

—Padre —le rogó—, haga el favor de sentarse. Allen, llama y manda que suban té y pastas.

—Gracias, pero no deseo comer nada —repuso dulcemente Kennedy.

Y pensaba que la muchacha era muy mona.

—He almorzado hace poco, y Allen te dirá, hija —añadió, empezando a tutearla—, que cuando yo almuerzo lo hago a conciencia. El resto del día como poco. ¡Sólo que me resarzo por la noche!

Se sentó. Su nuera le colmaba de atenciones.

—¿Quiere un *whisky* con soda, padre, o cualquier otra cosa?

Había aprendido a proponer bebidas en el curso de su viaje, aunque ella aborrecía el alcohol.

—Ponme un *whisky* con soda —condescendió Kennedy.

Allen encargó el *whisky*. Subió un sirviente con los vasos y la bandeja. Allen quería mezclar la bebida, pero Josui se obstinó en hacerlo todo ella.

Ni siquiera dejó que Allen tocase el vaso con el hielo. Una vez que el señor Kennedy estuvo servido, y se lo colocó una mesita al lado, y empuñó el vaso, y no faltó detalle alguno para complacerle, Josui se sintió contenta. No obstante miraba anhelosa, esperando que el anciano apurase el primer sorbo de *whisky*.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Mucho —respondió él, deseoso de decir algo que agradase a la muchacha—. Ahora, hijita, sientate y descansa. Me gusta oírte hablar. ¿Qué tal te trata mi hijo? Lo menos que puede hacer es mostrarse amable contigo.

—Sí, siéntate, Josui —apoyó Allen.

Ella obedeció sin contestar. Todavía se notaba cohibida, lo que se acusaba en los movimientos un tanto forzados, de su gracioso cuerpo. Miraba alternativamente a los

dos hombres.

—¿Te mimas tu mujer siempre como ahora? —preguntó Kennedy a su hijo.

Allen, sonriendo, respondió:

—Josui obra con acuerdo al criterio que tienen los japoneses de lo que debe ser una mujer.

—Entonces ese pueblo es maravilloso —contestó Kennedy.

Luego rememoró... Una prolongada costumbre le había hecho amoldarse sin gran trabajo a lo que había de triste, de duro y de enojoso en vida, y por el momento lo había olvidado. No deseaba hablar ante la pobre jovencita. Se sentiría disgustadísima, y eso había que evitarlo. Allen y él tenían que buscar solución al problema. Y a él le competía ayudar a su hijo a proceder lo mejor posible. Sólo que, ¿podía decirse qué era lo mejor posible?

Asumió un talante grave, Josui, mirándolos a él y a Allen, volvió a sentirse asustada. Lamentó que su marido no hablara el japonés, porque entonces podría haberle preguntado si ella había cometido algún yerro. Mas Allen no la miraba. El silencio se hacía insoportable para Josui. Su suegro no les miraba a ella ni a Allen, sino al vaso, al suelo alfombrado, a la ventana... Josui corrió hacia su marido y le puso la mano en el hombro.

—¿He hecho algo equivocado? —preguntó.

—Nada en absoluto —respondió Allen con la mayor naturalidad—. Pero creo que mi padre desea hablarme a solas. ¿Quieres esperar en la otra habitación?

Aunque comprendiendo instantáneamente que las cosas habían tomado mal sesgo, Josui obedeció como una niña. Abrió la puerta del dormitorio y la cerró, sin ruido, tras ella.

Kennedy comprendió que había llegado el momento de hablar francamente de las cosas. No quedaba otra solución.

Puso su vaso en la mesita.

—Hijo —manifestó—, tengo que darte muy malas noticias.

Allen esperó en silencio.

—¿Quieres que te hable con franqueza? —precintó su padre.

—Naturalmente, papá.

—Me figuraba que me contestarías así.

Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y dejó pender, inertes, sus manos grandes y cuidadas.

—Hijo —manifestó—, tu madre está en lo cierto. Tu casamiento no tiene validez legal.

—¿Cómo que no?

—En nuestro Estado —dijo fatigadamente el señor Kennedy— una antigua ley prohíbe los casamientos de los blancos con las personas de color. Tu madre, no sé cómo, logró averiguarlo. Probablemente se lo explicó alguna de sus amigas. O acaso lo supiera de antemano, aunque me figuro que no.

—Esa vieja ley a que aludes —respondió Allen— se refería a la gente que verdaderamente puede llamarse de color, esto es, a los negros.

—Sí, sí... —murmuró su padre.

Transpiraba tremendamente. Gruesas gotas de sudor, deslizábanse desde su frente, iban a parar a sus mejillas y a sus oídos.

—Perdóname, hijo, pero creo que esa ley se aplica a todos los que no son blancos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Brancroft Haynes, con quien consulté.

Levantóse, se acercó a la ventana y miró al exterior, para dar tiempo a Allen de que se repusiera de la impresión.

—No veo la necesidad —alegó Allen— de que Josui y yo tengamos que vivir en este Estado.

—No —repuso Kennedy, volviéndose y sintiéndose muy satisfecho de la indicación de su hijo—. Lo que procede es que vayáis a otro Estado y os caséis por lo civil. Entonces ya estaréis tranquilos, suponiendo que en realidad deseéis casarte aquí.

—¿Cómo que si es eso lo que deseo? —exclamó Allen.

La duda que implicaban las palabras de su padre le había enojado seriamente.

Kennedy, suavemente respondió:

—Me he limitado a insinuar una posibilidad, hijo. Nadie mejor que tú sabe lo que te conviene.

Allen, con voz airada, continuó:

—¡Por supuesto que nos iremos a otro Estado! Marcharemos a Nueva York y buscaré un empleo allí. Puedes decir a mi madre que no volveré a casa jamás.

—No diré semejante cosa —contestó el señor Kennedy, reprobatoriamente.

Asió el vaso, lo vació hasta la mitad y volvió a dejarlo en la mesa.

—Creo —añadió— que procedes mal pensando así. Confío en que nos visites a menudo. Eres nuestro único hijo.

—No me parece que mi madre me trate como si lo fuera —adujo Allen.

—No seas chiquillo —replicó su padre—. Bien sabes lo mucho que ella te quiere. Lo grave es que ella no acierta a romper contigo. Para ella toda su vida eres tú. Cuando supo que no podría tener otro hijo, estuvo a punto de morir. No hacía más que llorar. Creí entonces que no saldría nunca de su abatimiento. Tuve que pasar noches enteras con ella en mis brazos, en el viejo butacón de mi dormitorio. Ninguno de los dos podíamos conciliar el sueño.

—¡Lo que quiere mi madre es hacerlo todo a su condenada manera! —rezongó Allen.

El señor Kennedy procuró eludir aquella insinuación.

—Tu madre —dijo— es una criatura maravillosa, infantil y digna de todo aprecio. Hablaba con ternura y por primera vez se dirija a su hijo de hombre a hombre.

—Además —agregó— es una mujer fuerte y capacitada, aunque tan dominante que a veces me resulta casi insoportable. Pero a veces pienso en su otra faceta moral

y comprendo que experimenta la sensación de ser una niña maltratada por el destino. Quisiera que te hicieses cargo de eso, hijo. Sé: que no lo conseguirás, pero yo sí. Ella quiere hacerlo todo a su manera, y a mí tal cosa me parece interesante. Nunca me hubiera yo enamorado le una mujer que no lo fuese.

Dirigió a su hijo una mirada en que se contenía un tímido ruego, una súplica implícita. Allen se sintió turbado. No era capaz de concebir a su madre en el papel de esposa. La cosa era tan cruda que convenía soslayarla cuanto antes. Se levantó vivamente, deseoso de eludir más explicaciones.

—Ya veo, padre —dijo—, que has hecho lo más que podías en nuestro favor. Dejemos esta plática. ¿Comerás con Josui y conmigo? Esta tarde nos iremos. Ya mandaré a buscar mis libros y mis ropas.

—No puedo quedarme —repuso Kennedy, que se sentía muy fatigado.

Además, no deseaba volver a ver la linda japonesita.

—Ya vendré a visitaros —prometió— cuando os hayáis instalado debidamente.

—Y yo te avisaré cuando me instale —repuso Allen.

Los dos hombres se estrecharon fuertemente las manos. Allen resistió el impulso de apoyar la cabeza en el recio hombro de su progenitor. Pero acertó a mantenerse erguido y a decir en verdad con voz segura:

—Celebro que me hayas hablado con franqueza. Esto aclara todas las cosas. Así ya sé el terreno que piso.

Kennedy tosió y trató de encontrar palabras para contestar a su hijo. Le temblaban las rodillas y no anhelaba otra cosa que descansar un rato.

—Bueno, hijo, adiós —murmuró—. Si me necesitas búscame. Yo soy el mismo de siempre.

—Ya lo sé —repuso Allen.

Y la frase, tan familiar, parecía cargada de memorias patéticas. Su padre pronunciaba idénticas palabras cada vez que se separaba de su hijo. Y era el caso que la situación no tenía remedio...

Allen mantuvo su sonrisa hasta después de que la puerta se cerró detrás de su padre. Vio alejarse, quedó solo y sentándose, apoyó la cabeza entre las manos.

En la estancia contigua Josui esperaba. Su honor de mujer le impedía escuchar las palabras que se cambiaban entre padre e hijo. No obstante, presentía que se trataba de algo peligroso para ella. Permanecía inmóvil en medio de la alcoba del hotel. Se notaba fatigada, y no por el viaje, sino porque hacía largos años que no se acostaba en lechos occidentales ni se sentaba en occidentales sillones. Le dolían los músculos de las piernas y la blandura del colchón le había producido calambres en la espalda. Además, su determinación de no rendirse a la fatiga, ni exteriorizarlo contribuía a agotarla. ¡Qué poco —pensaba— se conocían ella y Allen! Pesada carga gravita sobre el amor cuando a éste hay que agregarle comprensión también. Su amor era muy grande, pero ¿lo era el de él? Así lo creía Josui y así quería seguir pensándolo.

Oyó cerrarse la puerta del otro cuarto y, advirtiendo que su marido no acudía a

buscarla, abrió suavemente la puerta y miró. Allen permanecía con la cabeza entre las manos. ¿Qué horrible tragedia se habría producido?

—¡Allen!

Él se levantó de un salto al oír la voz de su mujer, como si hubiera olvidado de que Josui estaba allí.

—¿Qué te pasa, Allen? —exclamó la joven, arrodillándose a su lado—. Dime lo que tienes.

Al joven le avergonzaba confesar la verdad.

¿Cómo explicar el hecho (que él, desde luego, daba por real) de que la ley del Estado prohibía las uniones entre blancos y personas de color? Aquella red, aunque imaginada para otros, había atrapado a Josui. ¿Cómo era posible aclarar que un papel de goma dispuesto para cazar moscas y avispa pudiera también retener mariposas?

—Mi madre se encuentra mal —dijo Allen, con voz indecisa—. Mi padre opina que vale más que no vayamos a casa hasta que ella se reponga. De manera que considero conveniente que busquemos un sitio para vivir nosotros solos.

El aspecto de Josui cambió. Allen prosiguió apresuradamente:

—Pittysing —ése el nombre que usaba para designarla cariñosamente—, en América no es costumbre que los recién casados vivan con sus suegros. La mayoría de la gente joven aborrecería esa mera insinuación. Tampoco creo que los suegros gustasen mucho de ello. Claro que en Navidad podemos visitar a mis padres y...

Allen se levantó, hundió las manos en los bolsillos y comenzó a pasear por el cuarto. Ella le miraba. Tenía muy sereno el rostro y sus negros ojos, que seguían todos los movimientos de su marido, se habían tornado inexpresivos en absoluto.

—Yo creo —manifestó Allen— que el mejor sitio para nosotros es Nueva York, donde habitan toda clase de personas. Mi casa, Pittysing, radica en una población pequeña. Allí todo el ambiente social se reduce a una docena de familias que residen en la ciudad hace muchas generaciones, con sus criados y sus satélites. No creo que hayan visto nunca una japonesa.

—Así que la culpa de esta situación es mía —dijo Josui.

Allen pensó que había hablado en exceso. Procuró sonreír y miró a su mujer a la cara.

—¿No recuerdas la opinión que tu padre tenía de mí?

—Sí, pero en América...

—¡Amor mío! ¡En América! ¡Precisamente en América! ¿Has olvidado lo que aquí ocurre? ¿No viviste en Los Ángeles hasta los quince años? ¿No recuerdas las cosas?

Allen, ahora, hablaba con acritud.

Josui recordaba. Bajó la cabeza y de sus largas pestañas se desprendieron gruesas lágrimas.

—Yo creía —susurró— que todo había cambiado.

—Es posible que empiece el cambio ahora —repuso él— y que yo forme parte de

ese cambio, y también tú.

La cabeza de la joven volvió a levantarse. Sus ojos miraron temerosamente a Allen.

—Lo que dices me hace sentirme muy sola —murmuró, abatida.

—Somos —manifestó él— dos estrellas errantes que procuran fijarse en algún sitio. Y lo conseguiremos. No lo dudes.

Cogió las manos de mujer y la hizo levantarse.

—Deja de permanecer arrodillada, señora Kennedy —bromeó—. No volveré a llamarte Pittysing. Ese nombre iba bien para la luna de miel. Pero la luna de miel nuestra ya ha terminado, querida. Ahora comienza la vida. Te llamaré en adelante Jo Kennedy. ¿Verdad que eso suena más americano?

Su enojo y su rebeldía le hacían sentirse valiente.

¡Al diablo el pasado y todo lo demás! Pediría la licencia militar, marcharía a Nueva York y buscaría un empleo. Procuraría ser un buen marido y atender a los gastos de su casa sin ayuda ajena.

¿Llegaría también a ser padre? El pensamiento estremeció a Allen. Era preferible vivir en un lugar apartado, sin vecinos, como una abeja de colmena... Resultaba agradable la idea de habitar en un reducido departamento donde nadie preguntara nada concerniente a nadie.

—Vamos, Jo —añadió, abrazándola con un sentimiento que en aquel instante le suscitaba la cólera que había despertado en él su familia—. Prepara el equipaje. Nos vamos al Norte.



Resultó fácil el cambio. Sin gran trabajo Allen encontró un empleo en un semanario. Sus referencias eran excelentes y tenía buen aspecto y mucha experiencia. Exhibió su favorable historial militar y pagó por adelantado un reducido departamento que halló en Riverside Drive. La misma Josui halló amigas allí, entre ellas una joven china casada con un estudiante de la Universidad de Columbia y un matrimonio japonés que estudiantes de psicología para aplicarla a los métodos pedagógicos.

Pero entre Allen y su mujer habían sobrevenido ciertas diferencias. Ambos llevaban, a su manera, una vida secreta, sin perjuicio de seguir amándose apasionadamente y acaso más que nunca. Ninguno de los dos era hijo de los Zaquizamies a cuyo lado era un cielo su pequeño piso. Tampoco eran hijos de un ambiente de departamentos, ascensores, terrazas y buhardillas.

Allen y su mujer se sentían hijos de la amplitud de todo el mundo, hijos del espacio... La joven atendía a los quehaceres de la minúscula cocina y recordaba el aspecto de su casa de Kioto, con sus biombos de separación, que, abiertos, permitían mirar la casa de extremo a extremo. Allen, al colgar su ropa en un estrecho armario empotrado, recordaba su casa de Virginia, con sus gruesas columnas. Aquella casa le pertenecía por herencia y nadie podría desposeerle de ella, puesto que era el heredero legal de su familia. Los dos, secretamente, pensaban en remotos jardines y estanques, y Josui soñaba en la diminuta cascada que fluía a miles de millas de allí. Porque también a ella le pertenecía aquella cascada, y los estanques, y la casa con sus biombos, y los tesoros de tokonoma. Ninguno de los dos aceptaba la posibilidad de renunciar a su amor, pero evocaban lo que habían perdido y quizá nunca recuperarían.

A la vez, los dos escondían el odio que íntimamente les inspiraba la ciudad. Al fin y al cabo, aquella vida suya era transitoria. Quien habita en la celdilla de una colmena, ¿puede en realidad afirmar que vive? Podrá existir acaso como un embrión de vida, pero no llevará la vida auténtica de un ser humano. Así razonaba Josui, en perjuicio de procurar esconder a su marido su vida secreta. Mas él no reparaba en ella, porque se hallaba poseído por sus propios y furtivos sueños. Y en el fondo no renunciaba a sus esperanzas, rayanas en la determinación de volver a recupera su casa.

El amor que le inclinaba hacia su hogar, y el recuerdo de su niñez y de sus padres

le desconcertaba el ánimo. Sin cesar pensaba en su familia y en la casa que tanto había amado, y, por extremoso que pareciese, se sentía más enojado contra su padre que contra su madre. Sí, porque el hombre debía insistir e imponer a la mujer su voluntad. El varón que así no lo hiciera era muy débil. Allen no comprendía que su carácter difería mucho del de su progenitor. A pesar de que a Allen siempre le había resultado desagradable unirse a una prostituta, puesto que ésta pertenece a todos, el hecho de haber residido en un país derrotado le había hecho cambiar de ideas, como a la mayoría de los hombres. Hay quienes se sienten impelidos a forzar a las mujeres del pueblo vencido, como última fase de la guerra y como personal victoria suya. Allen hubiera rechazado la insinuación de que pudiese ser un hombre de éstos, y, sin embargo, lo era. Muy distinto de su padre, podía considerársele, en el fondo, arrogante y exigente. Pertenecía a una generación físicamente dominadora, que había triunfado mediante la fuerza corporal, y, por lo tonto, no se parecía en nada a su padre, que no deseaba vencer ni dominar a nadie.

Estos pensamientos, agitándose en el ánimo de Allen día tras día, le hacían, inconscientemente, ir tornándose más autoritario, más intransigente y más rudo, incluso con Josui. Ella, sorprendida, se preguntaba cómo podía incurrir en equivocaciones tan repetidas veces. Era una mujer amiga de la perfección y de lo bien hecho, al punto de que a veces pasaba horas enteras disponiendo un mazo de flores en un jarrón, en el cuartito que les servía de comedor y gabinete. Cierto que su atención a los detalles no le impedía procurar que todo estuviese arreglado para cuando Allen volviera. No tenía criada ni la quería, recordando que en América pocas mujeres tienen sirvientas. Además, de no ocuparse de las tareas de la casa, ¿en qué iba a invertir su tiempo? Se proponía (cuando la llegada del invierno le dificultase el ir a pasear al parque) matricularse en alguna escuela. Pidió programas e informes y los examinaba a menudo mientras esperaba a Allen por las noches, en ocasiones en que él tenía que regresar tarde. Todas las semanas sobrevenían varias noches de aquéllas, y finalmente una de verdadera locura cada vez que, como Allen decía, había que hacer «entrar en máquina la revista». A veces Allen no regresaba hasta el amanecer, mas ella le esperaba siempre sin acostarse.

Si iba a alguna escuela, pensaba, podría estudiar durante las horas de la madrugada. Entretanto, leía libros que alquilaba en una biblioteca circulante. Unas veces esos libros eran buenos y otras no. No tenía quien la orientase al escoger. Se limitaba a pedir al dependiente, con toda cortesía, que le diese obras que pudieran informarla de las cosas de la vida americana. Y, según los leía, se notaba crecientemente sorprendida y desconcertada. ¿Qué tenía ella que ver con las mujeres norteamericanas ni con sus múltiples problemas? Su existencia se reducía a compartir un pisito con el hombre amado.

Pero eso mismo, ¿duraría siempre? Había ocasiones en que la casa le resultaba sofocante y estrecha como un cajón de embalaje. Ello solía suceder cuando Josui comenzaba a discurrir con clarividencia. ¿Acaso —se preguntaba— era suficiente

aquello para vivir?

—Querido Allen —dijo un día—, ¿no tienes amigos?

Había preparado a su marido una comida agradable: un plato de *sukiyaki*, que a él le placía mucho, y otro de arroz.

—¿Amigos?

—Amigos que trataran con nosotros —respondió ella—. Yo podría aderezar comidas para un par de invitados, y así seríamos varios los que hablásemos.

—La oficina no me deja tiempo para nada —contestó él—. Más adelante, veremos.

Una vez Josui invitó al matrimonio que había conocido en el parque. Eran unos americano-japoneses nacidos en Seattle. A la sazón estudiaban en la Universidad de Columbia. Aunque simpáticos, se mostraban muy reservados. Les resultaba difícil olvidar que habían vivido en un árido campo de concentración de Arizona, rodeados de alambradas.

La velada, empero, resultó satisfactoria. El joven japonés, mientras se hallaba en el campo, había dado en la costumbre de esculpir gruesas raíces de plantas secas del desierto. A instancia de Josui le llevó un día varios de sus trabajos, advirtiéndole que no los destinaba a la venta.

—Los guardamos como recuerdo —afirmó su mujer, que era baja y achaparrada.

Se habló animadamente, pero sin mucha espontaneidad. Los visitantes se deshicieron en elogios de la destreza culinaria de Josui y se retiraron temprano. Josui no volvió a invitarlos.

—¿Te parece que no son amigos apropiados para ti, Allen? —preguntó Josui a su marido cuando los japoneses salieron.

—Eso no importa —respondió él con sincera amabilidad—. Los encuentro muy amables. Además me gusta que tengas amistades.

Y toda la inquietud de la joven se desvaneció.

Un día, al regresar del mercado, sintió un mareo y hubo de tenderse en la cama. Hacia algún tiempo que venía experimentando ciertos síntomas conturbadores... Hasta entonces había juzgado imaginarios sus temores, porque nunca su vida de mujer había sido muy regular en cierto sentido en el Japón, un médico le había dicho que la impresión sufrida al alejarse de América y prescindir de cuanto conociera de niña, la había perjudicado al convertirse en mujer. La ruptura de sus vínculos emotivos con sus conocidos y con los paisajes que le eran familiares, también la necesidad de amoldarse al desconocido ambiente japonés, habían producido en su mente y su espíritu ciertas cohibiciones que se reflejaban en su organismo.

Josui llevaba varias semanas temerosa de estar embarazada. Se inquietaba, dudaba, se esforzaba en rechazar la idea de dar a luz un hijo. ¿Qué clase de casa era aquella para un niño? No se trataba sólo de vivir en aquella especie de caja de cerillas que era el piso, sin jardines donde un pequeño pudiera jugar. Se trataba también de lo que podía ocurrir en el parque, donde Josui había visto repetidamente a las mujeres

blancas impedir a sus niños que tratasen con los de color. No podía llevar a un niño —¡su hijo!— a aquel parque.

—¡No, no! —murmuró.

Mientras permanecía tendida en el lecho notó en su interior ciertos movimientos leves como la pluma, pero no suyos. Los síntomas que se había negado a reconocer, adquirieron todo el peso de la certidumbre. En su cuerpo palpitaba otra vida. Una vida que había comenzado y que ya era demasiado tarde para atajar. El niño vivía.

Inmóvil, horrorizada, se volvió de bruces e inundó la almohada con sus lágrimas.

Es una suerte que los niños, antes de nacer desconozcan cuando lloran sus madres. El de Josui, deseado o no, empezaba alegremente a existir y nada sabía de la tortura de su progenitora. Vivía apartado y solitario, preparando un mundo para sí, creciendo y alimentándose ávidamente y durmiendo el profundo sueño de los aún no nacidos, sueño al que sólo la muerte —el sueño último— puede igualar en paz y en olvido. Pero cada día despertaba un poco más, dormía un poco menos, estiraba piernas y brazos y se disponía a la crisis del nacimiento, momento en que se separaría, por vez primera, de la eternidad. El tiempo comenzaba a adquirir valor para él.

Eso era lo que respecto al mundo preparaba el niño. Ignoraba si su madre lloraba o no. Absorto en su propio desarrollo, iba creciendo, sin pensar en nada. No sabía ni le importaba de quién iba a nacer, ni le constaba la potente fusión que existía entre su madre y su propia y minúscula estructura. Dormía, se nutría a través del cordón umbilical, se movía de vez en cuando con creciente inquietud y desconocía que su existencia era un sí secreto entre él y su madre.

Porque Josui no había dicho nada a Allen. Veía claramente que aquel americano a quien había elegido y al que tan desesperadamente amaba, no era feliz. Trabajaba muchísimo, era bueno con su mujer, y ella creía que seguía amándola, porque a veces mediaban entre ellos horas de intensa ternura en que la joven se abandonaba enteramente entre los brazos de su marido. Entonces sus cuerpos se unían, todos sus pensamientos se aquietaban y todo sentimiento desaparecía en la cósmica fusión de su amor mutuo. Pero de continuo Josui recordaba la existencia de un tercero entre ellos. ¿Participaría él en esa fusión? Su mar privado, ¿se sentiría agitado por las borrascas exteriores?

—¿Qué te pasa? —preguntó un día Allen—. ¿En qué piensas? Estás distraída. Explícate.

—No estoy distraída, sino aquí contigo —repuso ella, extendiendo las manos.

No; nada diría a su esposo. Porque se daba cuenta de que ella no lo era todo para Allen. Él vivía apartado de su mujer en cierto modo, tenía secretos y no compartía todos sus sentimientos con Josui. Y no se trataba solamente de que recordase su casa, su familia y los escenarios de su niñez, que ella no compartiría con él nunca. Había otras muchas cosas en el mundo particular de Allen, y ella no las comprendía. Allen se interesaba por la política, lo que a Josui le parecía absurdo. Leía libros que la joven

no entendía, se enojaba a veces oyendo las noticias de su diminuto aparato de radio, y a menudo, leyendo los periódicos, fruncía el entrecejo. Todas aquellas cosas no le interesaban a Josui, pero, puesto que le importaban a su marido, ¿no debían importarle a ella también? Se esforzaba, pues, en desentrañarlas y, no teniendo otra persona a quien apelar, hacía a Allen preguntas que él contestaba con reprimida impaciencia. Esa impaciencia contenida, cada vez mayor y más palmaria, desgarraba el corazón de la joven.

—Te molesta enseñarme —dijo un día.

—No —repuso él—. Pero cuando vuelvo a casa me siento rendido.

Mas no se trataba de eso. Si ella hubiese ido a una escuela, como pensaba, habría podido aprender cosas sobre América. Mas ya no procedía ni soñar en la escuela. ¿Cómo hacerlo, hallándose embarazada?

Pasó el otoño y empezó el invierno. El secreto que Josui guardaba y el disgusto que el guardar lo le producía la habían hecho enflaquecer. Muchas veces estuvo a punto de confesar a Allen la situación, pero nunca se decidía. En los momentos en que las palabras iban a acudir a su lengua, se frenaba y callaba, no por tener miedo a Allen —pues no se lo tenía—, sino porque aquello le hacía ver más patente que nunca la inestabilidad de su vida. Incluso el alquiler del piso se pagaba por meses. ¿Era posible vivir al mes y al día?

—Creo que no tardaremos mucho en ir a casa —manifestó Allen en una ocasión—. Incluso si mi madre se opone, alguna vez ha de morir. Pero no se opondrá.

—¡Allen! —exclamó ella, horrorizada—. No hables de tus padres así. Atraerás un castigo sobre tu cabeza.

Él se mostró singularmente duro.

—La muerte es un proceso natural. Conviene que los viejos mueran. Mientras no desaparecen, no progresa el mundo.

—Allen, ¡no digas eso de tu madre! —gritó Josui, tapándole la boca con la mano.

Él la apartó.

—Mi madre es una mujer de mentalidad muy limitada —repuso—. Ha nacido y se ha criado en una minúscula población. No sabe o no quiere comprender que todo cambia.

—Tú amas mucho esa pequeña población de que hablas —alegó Josui.

—Es verdad. Y no puedo perdonar a mi madre el que me haya impedido vivir en ella.

—Yo no deseo la muerte de tu madre —dijo firmemente Josui—. Ni la de nadie. El pensarla me horroriza.

Allen repuso, con voz inusitada en él:

—Porque no has tenido que matar a nadie. Pero a mí, Josui, me han enseñado a matar. No es difícil el aprendizaje. A veces, mientras oigo hablar a nuestro director, pienso con toda naturalidad en la posibilidad de matarle si fuera enemigo mío. Veo perfectamente los puntos vulnerables que ofrece su corpachón. Sabría defenderme

muy bien de él. Le hundiría la bayoneta en su carnaza fofa, hiriéndole en el cuello o en las costillas.

Josui miraba a su esposo con un horror que crecía de segundo en segundo. La joven estaba lavando un plato de cristal y llevaba puesto un delantalillo de color de rosa. Soltó el plato.

Allen rió.

—No temas nada, mujer, que no pienso hacer tal cosa. Te quería explicar que el matar formó parte de mi instrucción militar y que por eso la muerte ha dejado de parecerme monstruosa.

Josui, sin contestar, se acercó al fregadero y prosiguió lavando los platos con agua jabonosa y caliente.

«Cierto —pensaba— que Allen debía de querer a su madre. Si no, no se mostraría tan enojado contra ella».

«Yo debiera separarme de Allen —pensaba Josui con humildad—. Por mi culpa está apartado de todas las personas que ama».

Pero ¿cómo irse y adónde? Tenía un poco de dinero en un Banco de San Francisco. Sí... Podía escribir a su padre y acaso éste le mandara más fondos, mas ¿no le había dicho que no volviese nunca a su lado? Por otra parte, ¿qué vida podría llevar en la casa paterna, con un hijo al que nadie, salvo ella, querría? Su padre y el niño no podían habitar bajo el mismo techo. Y ella se encontraría entre los dos, en una situación muy delicada. El niño se parecería a Allen, sin duda, porque siempre había oído Josui afirmar que en los cruces entre razas solía predominar la sangre blanca, que resultaba imposible ocultar. ¿Podría vivir feliz un niño de rasgos occidentales en un país donde todos tenían negro el cabello, negros los ojos y la piel dorada? ¿No sería muy infortunado el pequeño en semejante ambiente? Le convenía más vivir en América, entre gentes a las que probablemente se pareciera. Por lo tanto, ¿cómo podía ella huir?

Ni siquiera osó confiar su estado a sus amigos japoneses. Gradualmente fue prescindiendo de tratarlos. No pudiendo confiar a la mujer sus angustias de todos los días y todas las noches, la aseguró que no se encontraba bien y tenía que descansar mucho. Como marido y mujer andaban muy ocupados con sus estudios. Poco a poco Josui acabó por no verlos.

Un día Allen telefoneó diciendo que iba a llevar a casa a Cintia, su amiga de la infancia. Cintia le había visitado en el despacho y mostrado mucho interés por conocer a Josui. Por lo tanto, Cintia iría por la noche. Josui debía preparar un buen *sukiyaki*. La voz de Allen, a través del teléfono, sonaba alegremente. Josui se congratuló. Hacía meses que su marido no se expresaba en aquel tono.

La joven limpió el piso escrupulosamente. Compró unos cuantos crisantemos pequeños y después, movida por súbita tentación, adquirió tres, grandes y amarillos, como los que su padre cultivaba a centenares en su jardín, en otoño. Dos horas pasó Josui procurando colocar debidamente las flores, para obtener adecuados efectos de

espacio en una casa donde no había espacio alguno. Al fin terminó poniendo los crisantemos en la ventana, sobre un fondo de techumbres coronadas por un retazo de cielo.

Había que preparar cuidadosamente la comida. Procedía lavar repetidamente el arroz para que no le quedase viscosidad alguna y saliera de la cazuela escrupulosamente seco y limpio. Las raíces que añadiera habían de ir cortadas en forma de flores. Convenía añadir cuscurros al caldo de pollo y servir el pescado con cabeza, porque Josui aborrecía la costumbre americana de presentar los peces decapitados. ¿No era obvia para cualquiera la fealdad de un pez privado de la cabeza?

Bruñó repetidamente platos y vasijas y continuó limpiando la cocina hasta que las interiores protestas del niño le forzaron a tenderse en la cama.

Ya había dado nombre al pequeño. Era conveniente conocer a los niños por algún nombre incluso antes de que nacieran. ¿Qué nombre resultaba más apropiado para aquel hijo del mundo? Había de ser un nombre particular, suyo, no el de su padre, ni ninguno que se pareciera al de su madre. Había un nombre muy americano: José. Pero a ella no le gustaba. Podía llamarse al nene Kensan, pero ¿acaso el aún no nacido tenía derecho al nombre de su tío? A Josui no le parecía bien utilizarlo sin permiso, y nadie había allí que pudiera concedérselo. Ya imaginaba la carita del niño, no parecida a la de nadie conocido de ella, y, sin embargo, semejante a la de todos, porque, ¿no era, en resolución, un hijo del mundo? No le llamaría Allen, puesto que la madre de Allen se oponía a la existencia de su nieto. Pero cabía darle un diminutivo del nombre paterno y denominarle Lennie. En cuanto mencionó aquella palabra, quedó, para ella, designado el niño. Veía mentalmente una carita animada, unos ojos de color indiscernible y todo lo demás que convenía a un pequeñín que ya se llamaba Lennie. En sus adentros dialogaba con él dándole ese nombre.

Cuando notó que el niño se sentía impaciente con tanto fregar, limpiar, secar las vasijas, quitar el polvo y disponer las verduras para el *sukiyaki*, Josui le reprendió con dulzura:

—Sé que debía sentarme y descansar un poco, Lennie. Lo sé, pero no he visto nunca que una mujer se siente mientras tiene que cortar la verdura en trozos pequeños. Eso ha de hacerse de pie. Ten paciencia.

El niño no la tuvo y Josui acabó teniendo que tomarse un rato de descanso.

Entretanto pensaba en Cintia. ¿Repararía aquella mujer en una cosa tan obvia y en la que, sin embargo, Allen no reparaba? ¿Se mostraría Cintia amistosa u hostil?

En cuanto la vio, túvola por amiga. Cuando Cintia —alta, rubia, bella, graciosa— entró en la casa con Allen, Josui la contempló con humildad, experimentando una instantánea admiración. Allen hubiera debido casarse con aquella muchacha. Ello saltaba a la vista y Josui comprendió en el acto la actitud de la madre de su marido. Cintia era la mujer destinada para Allen y, de haberla ella conocido, se hubiera, a pesar de su amor, negado a unirse al joven.

Sin acertar a articular palabra tendió a Cintia una mano que la muchacha estrechó



entre las suyas.

—Tenía ganas de conocerla —dijo Cintia con voz leda y afectuosa—. Allen y yo somos amigos de toda la vida. Como hermanos. Ya se lo habrá explicado él.

—Ciertamente —respondió Josui.

Vacilaba, sin acertar a separar los ojos de la maravillosa muchacha, tan rubia, de pupilas tan azules, de piel tan blanca y suave, de boca tan llena...

—Quítate el sombrero, Cintia —indicó Allen.

La hablaba con negligente naturalidad, pero se sentía contento de verla.

—Considérate como en tu casa —añadió—. Pobre es, pero es nuestra. Josui, ¿qué modo es éste de recibir a una visita?

—Estoy tan sorprendida... —murmuró Josui.

—¿Sorprendida de qué? —inquirió Allen.

—De lo hermosa que es tu amiga —repuso Josui, desalentadamente—. Como no me habías explicado que lo fuera tanto...

Cintia y Allen rieron y se miraron.

—Calle, monina, calle... —mandó Cintia con energía—. No me habías dicho lo mona que es tu mujer, Allen. No me extraña que estés loco por ella. Me da la impresión de que yo podría prendérmela en el chaquetón, como una flor.

Josui rió también y sintió repentina amistad hacia Cintia. Le agradaba que la muchacha hubiera resultado así: tan corpulenta, tan bella...

—Siéntate —dijo—. Voy a preparar el té. Allen me ha encargado que prepare la comida enteramente a la japonesa. Dispénsenme un momento. Hizo una leve reverencia, entró en la cocina y cerró la puerta. Durante un momento se sentó en un taburete, para poder respirar.

«Lennie —ordenó mentalmente al niño—, estáte quieto y no saltes. El delantal cubre parte de... ¡Pero no todo! A ti no te ha invitado nadie. Procura ayudar a tu madre, ¿oyes?».

El niño se aquietó y el corazón de Josui también. La joven comenzó a llenar las tazas.

Detrás de la puerta cerrada reinaba una gran quietud en la salita. Se percibían las voces de Cintia y de Allen, pero no era posible precisar sus palabras. Acaso hablaran de la casa de los Kennedy, de la señora Kennedy, de cosas que no era natural mencionar ante Josui. De todos modos, ella se sentía muy sola mientras retardaba el momento de servir el té para dejar a su esposo tiempo de hablar con su amiga de la infancia.

—... Tu mujer es adorable, Allen —afirmaba Cintia—. Si tu madre la viese, creo que rectificarla su actitud.

—Yo había pensado que quizá para Navidades... —Apuntó Allen.

—Lo mismo pensaba yo —repuso Cintia, con tanta simpatía como siempre.

Porque la simpatía rebosaba de todo su ser. Fluía de sus ojos, de su sonrisa, de la fogosidad con que se inclinaba hacia Allen. Parecía no darse cuenta de lo que hacía.

Allen se preguntó con tristeza si, en el caso de no haber conocido a Josui, se habría enamorado de Cintia y ella de él. Si su madre llegaba a creer que los dos no hubieran llegado a amarse nunca, quizá se mostrara menos inexorable con Josui.

—Quisiera decirte una cosa, Cintia.

—Habla.

—¿Sabes los proyectos que tenía mi madre respecto de ti y de mí?

—Sí.

Cintia respondía sin titubear, sin ruborizarse y sin que sus ojos perdiesen en absoluto su serena expresión.

—Pues, si yo no hubiera conocido a Josui...

—Nunca he pensado en lo que ahora imaginas —dijo rotundamente Cintia—. Ya sabes que te aprecio mucho. No me cabe imaginar la vida sin verte de vez en cuando, pero ¿crees que esa clase de cariño puede conducir al amor y al matrimonio?

—Quizá no —respondió él a regañadientes.

—¿Y por qué me has hablado de eso? —preguntó Cintia.

—Porque creo que podrías ayudarme a conseguir que mi madre depusiera su actitud. De saber ella que tú y yo probablemente no nos hubiéramos casado, tal vez se ablandara un tanto.

Cintia, pensativa, cruzó las manos sobre el regazo.

Y añadió, presta al parecer a ser útil:

—¿Por qué no favorecerte? Intentaré lo que me pides. Explicaré a tu madre lo linda y buena que parece tu Josui... ¿Se pronuncia así...? Sí, se lo explicaré y veremos.

—Si lo lograses, Cintia...

—Creo que sí, Allen —repuso ella en un impulso de repentino fervor—. ¡Qué ojos tiene tu mujer, Allen! ¡Tan negros, tan grandes, con esas pestañas tan largas...! ¿Son todas las japonesas iguales?

—Josui es mucho más bonita que todas las muchachas que yo haya conocido en el Japón —dijo él, con el tono natural en un marido.

Cintia agregó, generosamente:

—Y más que todas las que yo conozco en América. No te censuro que la ames. Me paso enteramente a vuestro bando. ¡Guerra a la oposición!

—Eres un ángel, Cintia.

Puesto que la joven encontraba justificada la boda de su amigo, acaso ella consiguiera lo que él ni su padre habían sido capaces de lograr.

—Si tu madre no cede —prosiguió Cintia—, yo invitaré a Josui a una reunión en mi casa. La presentaré a todo el mundo y... Repito que ya veremos.

—No sé si eso... —empezó él, alarmado.

—¡Nada de cobardías, Allen! Tenemos que recurrir a extremos vigorosos. Ya verás cómo te invitan tus padres para Navidad.

La determinación, el optimismo y la energía de la joven vencían en principio las

dudas de Allen, Acaso, acaso...

Josui llegó en aquel momento con las tazas, Cintia le hizo preguntas sobre el significado de la ceremonia del té, sobre la que había leído y oído hablar mucho, pero cuyo significado exacta no comprendía. Josui, mientras se explicaba, acabó perdiendo su timidez. Hasta entonces nadie le había preguntado cosa alguna sobre el Japón, y ella gozaba hablando de su casa, de sus padres, de sus flores, del tokonoma... Cintia mostraba una curiosidad auténtica y encantadora, no sin vivo asombro de Allen.

La joven se hizo cargo de lo que Josui quería dar a entender al manifestar que nadie le preguntaba nunca por las cosas de su país. Era verdad. Los americanos no preguntaban nada. Hablaban, pero no se les ocurría interrogar. Allen escucha la voz dulce y un tanto titubeante de Josui. La joven había olvidado completamente a su marido. Sólo se dirigía a Cintia, y lo hacía con el más vivo placer. ¿La habría dejado él, últimamente, demasiado sola? La miraba con ternura, sintiendo remordimientos por haberse mostrado a veces demasiado adusto. ¿Comprendería ella cuánto torturaban a Allen sus dudas sobre la discreción de lo que había hecho? Quizá Cintia consiguiera ser útil a los dos y tal vez todo terminara bien...

La jovialidad infundida en el ambiente de la casa por la presencia de Cintia persistió después de que ella se hubo marchado. La enorme sinceridad de la joven creó en Allen una nueva ternura por primera vez en muchas semanas se dirigió a Josui con un acento más parecido a la humildad que cuanto se hubiera manifestado nunca en él.

—Te has portado muy bien —dijo—. Tu *sukiyaki* era el mejor que he probado jamás. A Cintia las flores le parecieron muy bellas. Le respondí que nadie sabe arreglarlas tan bien como tú. Cintia asegura que eres muy bonita, Jo.

Si antes la duda había empañado sus ojos cuando miraba a Josui, ahora volvía a verla tal como era, aunque a través de Cintia. Josui era linda, y poseía un especial encanto felino. Su cuerpecillo, sus manecitas, la precisión de sus movimientos, la manera que tenía de absorberse en cuanto realizaba, volvían a resultar encantadores para el marido. Porque Allen confiaba en Cintia. Sólo era cuestión de tiempo el que su madre cediese a las solicitudes de la muchacha.

El matrimonio tornaba a ser casi dichoso. Allen se mostraba tan amable, que Josui estuvo a punto de hablarle de Lennie. Y si no lo hizo fue por que advertía que para su marido la felicidad seguía siendo una cosa relacionada con su casa, su familia, su población y el ambiente general en que había transcurrido su niñez. Mientras él no se resolviera a crear un mundo propio para su mujer y para él, Josui no podía considerarse dichosa. Cuando él lo efectuara así; cuando ella se sintiese segura de que Allen, desde el pasado, se había trasplantado al presente; cuando los dos dejaran la angostura del piso en que vivían y se instalasen en una casita con jardín, donde él se sintiese en su hogar, Josui le hablaría. Pero todas aquellas cosas, ¿ocurrirían a tiempo?

Procurando reír, la joven dijo:

—Como en exceso y estoy engordando. Se ve que me sienta bien el aire de América.

Con estas y otras excusas, Josui procuraba aplazar el momento de las explicaciones. Pero eso ¿hasta cuándo duraría?

Cintia escribió a Allen. Josui, viendo el sobre colocado en la mesilla que había junto a la puerta, no osó abrirlo. Entre Cintia y Allen existía una relación dimanada de su amistad de la infancia, y ella no se atrevía a mezclarse en eso. Confiaba en Cintia con todo su corazón, pero el trato entre Cintia y Allen se remontaba a tanto tiempo...

Cuando Allen llegó, ella le tendió la carta.

—Es para ti, Allen.

Sin sentarse, Allen rasgó vivamente el sobre. Josui le miraba. Los ojos del joven recorrían presurosamente los pliegos de papel grueso, color de crema. Por la expresión de su rostro se adivinaba que la misiva debía ser importante. Repentinamente la arrugó entre los dedos, la tiró al cesto de los papeles y se encaminó al dormitorio.

—¿No puedo leerla yo? —preguntó Josui.

—Léela si quieres —respondió él, sin volver la cabeza.

Pensaba que su mujer, al fin y al cabo, debía enterarse alguna vez de las cosas.

Josui recogió los pliegos y alisó cuidadosamente el papel. Un papel muy lujoso, muy suave, que parecía elaborado a mano, aunque la joven dudaba de que en Norteamérica se elaborase a mano cosa alguna.

Cintia escribía así, con tinta violeta, llenando con su ancha letra carilla tras carilla:

*Querido Allen:*

*He visitado a tu madre y le he dicho lo que procedía. Le hablé de tu encantadora Josui, se la describí y expresé los sentimientos que me inspiraba. Procuré que tu madre no interrumpiera mi conversación con palabra alguna. Ya sabes cómo es. Con su vocecilla argentina, hace enmudecer a cualquiera. Por eso fui yo la que habló largo y tendido, sin dejarle resquicio para*

*cualquier cosa que no fuera escuchar.*

*Se me figuró que mis esfuerzos tenían éxito. Ya me veía planeando nuestra reunión de Navidad. Tu madre me dejó concluir sin intercalar una sola palabra. Bien debí haber sospechado que se reservaba para el fin el as de triunfo. Ya conoces esa actitud impenetrable que sabe asumir tu madre cuando le consta que al final va a salir ganando.*

*¿Por qué no me hablaste, Allen, de la ley que prohíbe los casamientos entre personas de raza distinta? Porque ése era el as de triunfo de tu madre.*

*—Queridita —me dijo—, aunque yo quisiera acceder a lo que me pides, una cosa se opone a ello. Y es la ley.*

*No lo creí hasta que hablé con tu padre. ¿No es curioso vivir en un país y no conocer las leyes que lo rigen? Pero esa ley existe, Allen. No puedes casarte con Josui en nuestro Estado. Tu padre asegura que tal ley no cabe cambiarla hasta que la gente no esté madura para la transformación. Las leyes se hacen en virtud de los sentimientos que en ciertos momentos dados prevalecen, y, por lo tanto, lo primero que hay que modificar son los sentimientos. Pero en nuestra villa natal nada ha cambiado desde que hace doscientos años se fundó.*

*No hago más que pensar en Josui. Tú eres un hombre y puedes sostener tu terreno. Me parece, Allen, que os valdrá más organizaros la vida por vuestra cuenta, prescindiendo de tu casa. ¡Qué horrible confusión hay en el mundo!*

*Tuya como siempre,*

*CINTIA.*

Josui leyó cuidadosamente todas las palabras. La comprensión de la realidad se infiltraba sistemáticamente en su ánimo, y se esparcía por todas sus fibras como una ponzoña. Volvían a cerrársele las puertas de América. En resolución, no estaba legalmente casada con Allen. La ley lo prohibía. Josui nunca podría casarse con Allen. ¡Ay, Lennie, Lennie!

Guardó la carta en el cajón del pequeño pupitre. Fue a la cocina y comenzó a dar vueltas a la carne que había comprado aquella mañana en el mercado para asar. Alzó las tapas de dos humeantes cacerolas llenas de verdura.

¿Por qué no le habría hablado Allen francamente? Claro que bien se comprendía que él deseara guardar tan terrible secreto. Josui se hacía cargo de todo: de las irascibilidades de Allen, de sus melancolías, de sus nervios... Porque era, en realidad, muy nervioso. Con frecuencia Josui se había preguntado si todos los hombres americanos serían como él. No sabía, ni aun estando al lado de su mujer, pasar una velada de reposo. Su impaciencia era una energía comprimida que estallaba a veces en arrebatos de pasión casi feroces. Luego se dormía, exhausto. Mas el ciclo se reanudaba de nuevo. Muchas veces se preguntaba Josui por qué en su mutuo amor no podría existir la paz. Mas ahora lo sabía.

De sus ojos brotaron ardientes lágrimas, que regaron el suelo. Su amor se transformaba en ira. ¿Qué podrían hacer?

Allen salió de la alcoba. Se había puesto una chaqueta y una camisa viejas y unas zapatillas. Josui corrió hacia él con los brazos extendidos.

—¡Oh, pobre Allen! —sollozó—. ¡Cuánto lo siento! Hice muy mal en casarme contigo. Quise hacerte feliz y te he hecho desgraciado. Si pudiera remediarlo de alguna manera...

Él la estrechó entre sus brazos.

—Viviremos en cualquier sitio menos en mi casa, Pittysing —dijo con energía.

Hacía muchas semanas que no le aplicaba aquel cariñoso diminutivo.

—Nos crearemos un nuevo hogar —añadió Allen— y olvidaremos el de Virginia. Ella movió la cabeza.

—Tus antepasados hicieron esa casa para ti —repuso.

«Sí —pensaba Josui—. Los antepasados son como dioses y a los dioses no es posible olvidarlos».

Con rápidos y nerviosos movimientos Allen acarició los hombros de la joven y después la apartó de sí.

—Creo más bien —observó— que esa casa la hicieron mis antecesores para ellos mismos. Y nosotros podremos hacer otra para nosotros. Me enriqueceré, construiré una casa todavía mayor y daré con ella en la cara a toda la familia.

Josui notaba lo agitado que tenía su marido el corazón. Allen se sentía indignado y herido. Pero aquel anómalo palpitar no era por ella, sino por él mismo. Las lágrimas de la joven se secaron. Permaneció muy quieta. Le convenía seguir guardando su secreto. Sobre una base de cólera era imposible —razonaba— erigir un mundo de paz y seguridad. Más valía esperar y meditar lo que procedía hacer. Su hijo iba a ser ilegítimo. El amor había convertido al pobre inocente en un criminal. Todos eran inocentes, mas el castigo iba a recaer sobre el pequeñín. Allen y ella podrían separarse y olvidar, pero Lennie no hallaría dónde reposar la cabeza. Había que pensar minuciosamente en aquello.

—Ven —dijo a su marido, separándose de él para dejar de oír el excitado latir de su alterado corazón.

Se secó los ojos con el corto delantal, que ya nunca se quitaba. Todos sus delantalillos, ribeteados de encaje, parecían añadir encanto a sus vestidos.

—He preparado un asado excelente, Allen —añadió—. Después de comer nos sentiremos mejor. Ven, ven...

Asió los dedos de su marido entre los suyos. Los dos se sentaron a la mesa y ella sirvió el asado. Le gustaba cocinar. Sazonaba cada plato de una manera peculiar, adornándolo con frutas, verduras o cualquier detalle de color que atrajese favorablemente la mirada. Allen reparó en ello, aunque ordinariamente no solía fijarse en nada.

Tomó a Josui entre sus brazos y la apretó fuertemente.

—No te preocupes, Josui. Mi familia me tiene sin cuidado.

Ella protestó blandamente, como solía. Su mano, pequeña, cálida y cuadrada, se apoyó en la boca de su marido.

—No digas cosas así. Seguiremos viviendo como hasta ahora, y nada más.

No sin sorpresa, Allen notó que su mujer no parecía más conturbada que de costumbre. Quizá no hubiera comprendido el pleno alcance de la carta de Cintia. Allen nunca se sentía seguro de hasta qué punto entendía Josui las cosas, porque nunca se había cuidado de sondear las brechas que existían en su conocimiento de las costumbres americanas. Ella parecía saberlo todo y de pronto, en un asunto fundamental, no lo comprendía o lo daba de lado como insignificante. Dado su sólido sentido de la vida, acaso ni siquiera los obstáculos legales le parecieran serios.

Allen se sintió más calmado. Le alegraba que Josui supiera toda la verdad. Él esperaba, seguiría —como ella decía— viviendo, ejecutaría su trabajo y quizás acabase hallando la solución de todo en una cosa muy sencilla: vivir.

Comió abundantemente y después se sintió soñoliento.

—Has preparado una comida maravillosa, Pittysing —dijo.

Tendióse en el diván y se quedó dormido.



Josui no preguntaba nunca a su esposo lo que pensaba hacer. No mencionaba el malhadado día en que se recibió la carta de Cintia. A juicio de Allen, Josui permanecía impertérrita y, siempre solícita en complacerle, parecía, ahora que conocía la verdad, haber recobrado enteramente la calma.

Allen se sentía, pues, inmensamente aliviado. A su manera japonesa, ella se hacía cargo de las cosas. Estaba agradecida a Allen y no le importunaba con peticiones ni preguntas.

Al acercarse las Navidades el señor Kennedy escribió a su hijo diciéndole que, aunque únicamente fuera por un día, en su casa le agradecerían mucho que los visitara... pero solo.

El anciano se excusaba diciendo:

*Presumo que, como tu mujer es budista, esas fiestas no pueden tener para ella el significado que para nosotros. Si yo estuviera solo, iría a verte. Pero a tu madre le gustaría inmensamente que vinieras. Conste que la idea de llamarte no ha partido de ella, sino de mí.*

—Debes ir —dijo—. Es tu deber. Yo me arreglaré muy bien aquí. Acaso convenza al matrimonio Sato y haga que me conviden a comer con ellos. Me harás feliz, Allen, si obedeces a tu padre.

Pero en realidad no habló para nada a los Sato, aunque Allen prolongó su permanencia en casa de sus padres día tras día. Nadie la visitaba. Estaba a solas con Lennie. Y, en su soledad, procuraba comunicarse con él y explicarle que no sabía qué hacer en su beneficio. Le pedía perdón arrodillándose como si él hubiera nacido y hecho hombre ya permaneciese ante ella, increpándola.

—Compréndelo, Lennie. Yo no creí que las cosas fuesen a desenvolverse así.

De este modo hablaba al niño, en el silencio de su ser, en directa comunicación con el aún no nacido, y sus apasionadas palabras pretendían llegar a la todavía no despierta mente del pequeño.

—Tú tienes —continuaba ella— dos buenas casas en las que podrías nacer: la de mi padre y la del padre del tuyo. No puedo explicarte por qué en ninguna de las dos hay sitio para ti. Mi padre, tu abuelo Sakai, vive en el Japón y está furioso contra mí.

Cuando sepa que el casamiento budista no es válido aquí porque a ello se opone cierta ley, se encolerizará mucho. Y nada podré contestarle, porque él tiene razón y yo no. Yo pensaba que, siendo ciudadana de Norteamérica, no encontraría tropiezos. Pero hay una ley contra ti y contra mí, Lennie, y esa ley no podemos modificarla ni tu padre ni yo. Por lo tanto, no puedo hablar de ti a tu padre. No me preguntes por qué. Perdóname.

Casi a diario pronunciaba para sí palabras como aquéllas. La ley era el enorme peñasco que cerraba el camino, el impedimento, el indesarraigable obstáculo que ni siquiera el amor podía superar. Y ahora, además, Josui comprendía que Allen no la amaba sólo a ella. Amaba también a sus antepasados, a sus padres, a su hogar, al sitio en que había nacido. Todos eran amores lícitos y no podía censurarle porque los tuviera. Pero le apartaban de ella, que era ajena por completo a aquellos cariños anteriores. Para Allen resultaba necesario tratar con los allegados, a quienes quería y a los que ella era extraña en absoluto. A Josui le constaba que Allen carecía del vigor necesario para abandonar su mundo antiguo, apegarse sólo a ella y construir para los dos un mundo no conocido de ninguno de ambos todavía. Ella era capaz de hacerlo, mas él no. No por eso merecía Allen censuras, y así se esforzaba la joven en explicárselo a Lennie.

Merced al niño que había de nacer, no se sentía tan sola. Incluso comía con buen apetito, pensando que necesitaba nutrir al niño que iba desarrollándose en su vientre. Pero ¿qué haría cuando Allen regresase? Sería imposible ocultarle eternamente su estado. Y, no logrando resolver el problema, Josui se limitaba a vivir.

La víspera de Año Nuevo —Allen aún no había regresado— sonó una llamada en la puerta. Josui se acercó a ella de puntillas, un tanto alarmada, aunque cabía que fuesen Sato y su mujer que acudieran a llevarle algún modesto regalo.

Abrió con precaución. ¡Y vio a Kobori! El joven, recio y alto, vestido con un correcto traje occidental, llevaba sombrero, bastón y guantes. Su rostro sonreía. En la mano sujetaba un ramo de flores.

—¡Kobori! —exclamó ella, casi sin creer lo que veía y sintiéndose repentinamente feliz.

—Ya te avisé que pensaba venir a Nueva York en viaje de negocios.

—¡Entra, entra! —exclamó la joven.

Vestía un quimono japonés y, sin saber por qué, ello la alegraba. Ciñéndose a un impulso inexplicable, comenzó a vestir a la japonesa desde que Allen partió. En aquel momento acababa de arreglarse el cabello después de dormir casi toda la tarde.

Pero en el piso no tenía nada que ofrecer a Kobori. Ni siquiera unos dulces.

Él, entrando, se quitó el abrigo y el sombrero, y dejó a un lado el bastón y los guantes.

—¿Estás sola? —preguntó.

—Allen ha ido a pasar unos días con sus padres —respondió la joven con naturalidad.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, muy bien... —aseguró ella decididamente.

—¿Cómo no has acompañado a tu marido?

Kobori, corpulento y alto, permaneció de pie ante Josui.

—Todavía no he estado en casa de su familia —contestó la joven, moviendo la cabeza.

—¡Ah!

Kobori se sentó y ella se dejó caer en el divancito.

—Háblame con toda franqueza —pidió el joven—. Ya sabes que somos antiguos amigos.

—Primero déjame poner las flores en agua —respondió Josui.

Tomó las flores y advirtió que eran lirios chinos, exquisitamente fragantes. En Kioto, en aquella estación del año, era fácil comprar muchas de aquellas plantas, con sus hojas gruesas, entre blancas y de tonos cremosos, rematadas en puntas de color verde jade.

—Mejor —dijo Josui— que no me hayas traído rosas rojas.

—¿Cómo iba a ser tan estúpido? —respondió Kobori, meneando la cabeza.

Y entonces el visitante reparó en lo que Allen no había notado: se dio cuenta de la existencia del niño.

—Ya veo que no estás sola —comentó—. Dentro de poco seréis tres.

Josui inclinó la cabeza sobre el hermoso ramo de flores.

—Allen —manifestó— no lo sabe todavía.

Kobori, sorprendido, abrió mucho los ojos y frunció los labios en un mohín de asombro.

—¿Cómo puede un marido no darse cuenta de eso? ¿O es que no desea tener hijos?

Josui se sentó ante la mesa, aromada por la fragancia de las flores, ya puestas en un jarrón, y explicó a Kobori lo concerniente a la ley prohibitiva de los casamientos entre personas de distinta raza. Lo expuso en cortas palabras. Todo resultaba claro, sencillo, inmutable. Josui acertó a hablar con tranquilidad y sin lágrimas. Él, comprendiéndola perfectamente, la escuchaba sin interrumpirla. De vez en cuando se marcaba una contracción en su rostro.

Cuando Josui concluyó, Kobori, recostándose en el respaldo de su asiento, dijo:

—¿No crees que haces mal no hablando con franqueza a tu marido? Acaso cuando el niño nazca cambien radicalmente las cosas.

—No —atajó ella rápidamente—. No me comprendes. Aquí un niño no tiene la importancia que entre nosotros, ni su presencia modifica nada. Las generaciones, en este país, no dependen una de otras.

—Sin embargo...

—¡Nada, nada! —exclamó ella impetuosamente.

Acababa de decidirlo. Nunca hablaría a Allen de Lennie.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, Josui? —preguntó Kobori con dulzura.

El joven se sentía anonadado por lo que acababa de descubrir. A su manera plácida había amado mucho a Josui, y al perderla sufrió bastante, aunque aquel sufrimiento ni implicara ira ni fuera duradero. Su dolor se había convertido en una aversión general hacia la idea de casarse. Pero esperaba que aquella reacción se disipara también y contaba, después de ver a Josui, gozar de su dicha, prepararse un matrimonio discreto y de conveniencia con alguna joven que le buscasen sus padres, a fin de darles nietos y crearse él mismo una familia propia. Porque el hombre debe tener hijos...

Mas, después de ver a Josui, todos sus planes se derrumbaron.

Se sentía más agitado que nunca.

La joven volvió a inclinar la cabeza sobre los lirios y musitó:

—No sé qué hacer. Sólo sé lo que no he de hacer.

Kobori respondió, suspirando.

—Lo mejor será que vuelvas a casa de tu padre. Así el niño, por lo menos, nacerá en el Japón. Los orfanatos de las islas están llenos de niños mestizos. Los americanos han dejado muchos como el tuyo. Y el tuyo será sencillamente uno más.

—No —dijo ella de nuevo.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —exclamó Kobori.

Los dos permanecieron silenciosos durante buen rato. El inevitable nacimiento del niño gravitaba sobre ellos como una carga. Josui adivinaba que su amigo luchaba con su propio corazón.

—Querida —dijo Kobori, al cabo—, ¿sigues queriendo al americano?

Josui levantó vivamente la cabeza. La pregunta que acababa de formular Kobori se la había formulado muchas veces ella misma. Realmente seguía amando a Allen, pero aquel amor era un amor mutuo. Le amaría siempre, mas sin esperanza. Allen y ella no coincidían en nada. Habían nacido muy distanciados y en circunstancias ordinarias hubieran vivido y muerto, sin conocerse siquiera, en opuestas partes del mundo. Ni Allen era esposo adecuado para ella, ni ella esposa adecuada para él. Los dioses los habían destinado a vivir separados y ellos, uniéndose, habían desobedecido la ley de los dioses. Josui no sentía, empero, ningún impulso de rebelión ni desesperación. Se limitaba a sentir un disgusto que invadía hasta lo más recóndito de su ser...

—De nada me sirve quererle —respondió con sencillez.

Sobrevino otro largo silencio. Los dos reflexionaban. Al fin Kobori habló, titubeante, y murmuró:

—Quisiera decirte una cosa, pero no sé de qué manera explicártela. Perdóname si, debiendo callar, no lo hago.

—Habla —repuso ella, sin volver la cabeza.

El hombre se pasó la lengua por los secos labios.

—Si alguna vez resuelves volver sola al Japón —dijo— acude a mi lado.

Repentinamente a Josui le pareció que el aroma de los lirios se tornaba insoportablemente intenso.

Apartó el jarrón. Había comprendido. Si ella iba sin el niño, Kobori estaba dispuesto a tomarla por esposa.

—Recuerda que voy a tener un hijo —murmuró.

Kobori apartó la mirada. Luego la fijó en sus manos, grandes y pálidas, apoyadas en sus rodillas.

—Con gusto —aseguró— me haría cargo de ese niño. Si fuese solo y no tuviera que pensar en mis padres y en mis antepasados, le acogería. Por lo menos así lo creo.

Se sentía turbado, hablaba con sinceridad y se esforzaba en ser generoso y bueno. Josui lo comprendió, pero ello no amenguaba su pena.

—Gracias —repuso—. Tal vez algún día tenga en cuenta lo que me has propuesto. Todavía no lo sé.

Se levantó resueltamente. Proferir una sola palabra más podía ser demasiado. Se sentía abrumada de disgusto. Si seguían hablando los dos, ella se derrumbaría moralmente.

—Voy a prepararte té —dijo con animación, dirigiéndose a la cocina—. Y menos mal que me queda té. Soy tan perezosa que nunca me acuerdo de comprar pastas.

Kobori la contemplaba mientras ella se atareaba preparando el té. No se le ocurrió ayudarla, porque estaba acostumbrado a que le sirviesen, y ella tampoco esperaba su ayuda. La joven volvió con una tetera de laca llena de té verde y fresco, pequeño lujo que siempre procuraba mantener en su casa. El té verde, esto es, el japonés, era rico en vitaminas y ella bebía mucho. Sirvió a Kobori y sujetó su propia taza, dorada y negra, en la curva de su mano.

—Háblame de mis padres —pidió—. Dos veces les he escrito, pero no me han contestado.

—Lo sé —repuso Kobori— porque visité al doctor antes de embarcar. Me aseguró que seguía enfurecido. Cree que jamás debiste desobedecerle.

Josui puso su taza en la mesa.

—Pues dile cuando le veas —declaró valerosamente— que él tenía razón.

Kobori quedó pasmado.

—¿Es posible que digas eso tú, Josui, a pesar de lo orgullosa que eres?

—He dejado de serlo —respondió ella con humildad—. Yo no puedo luchar contra la ley de América. Esa ley está grabada en los corazones de los americanos. Y como ellos hacen la ley de acuerdo con lo que sienten sus corazones, ¿cómo puedo yo oponerme? ¿Qué medios tengo de hacerlo? ¿Dónde iré para que nazca el niño? El pobre no tendrá donde reclinar su cabeza.

Al hablar así la joven perdió repentinamente, con su orgullo, el dominio de sí misma. La tremenda calma en que había vivido durante días y días se disolvió súbitamente. Rompió a llorar con fuerza, clamando, sosteniéndose la cara entre las manos, balanceándose de atrás hacia delante.

Kobori se sintió disgustadísimo y agitado. Posó la taza en la mesa, se incorporó y se retorció las manos. No se le ocurrió la idea de acariciar a la joven para consolarla.

—No te pongas así, Josui —dijo—. En tu estado sería peligroso. Repórtate.

Y esperó, suspirando. Al fin ella, avergonzada, cesó en su llanto. Se secó los ojos con la manga del quimono y habló razonadamente, con gran alivio de Kobori.

—¿Vas a quedarte en América? —preguntó.

—Pasaré aquí algunos meses —repuso él—. De todos modos, no me iré hasta que tú adoptes una decisión. Te pido que, por lo menos, me anuncies lo que te propones hacer. Mi dirección es ésta que te doy. Toma. Si salgo de la ciudad será para ir a algún lugar vecino, por motivo de negocios y para pocos días. Pero te dejaré también esas direcciones esporádicas por si necesitas avisarme.

La joven cogió la tarjeta de Kobori y la puso bajo una caja vacía que había al extremo de la mesa.

—Si no tienes noticias mías —dijo—, eso significará que no es necesario escribir.

—Pero has de comunicarme lo que resuelvas.

Josui se lo prometió, comprendiendo que Kobori saldría de la casa sin tener aquella certeza.

—Bien, Kobori, bien. Te escribiré. Pero puede ser que tarde bastante.

—Tu promesa me basta —contestó él.

Recogió cuidadosamente su sombrero, sus guantes y su bastón, y se fue. En la puerta los dos se hicieron una mutua y ceremoniosa reverencia. La joven esperó en el umbral hasta que subió al ascensor. Kobori y Josui volvieron a inclinarse profundamente el uno ante el otro, ante la atónita mirada del mozo del ascensor. Ahora le parecía perfectamente claro qué debía hacer por Lennie. Sabía que al niño aún no nacido no le quedaba lugar alguno en el mundo.

Al partir su marido, Josui, con la faz ruborizada, le había dicho:

—Mientras estés en tu casa no te escribiré, Allen.

Él, que estaba metiendo sus camisas en la maleta, había contestado:

—¿Por qué no?

—Sería —repuso ella— como desobedecer a tu madre, puesto que me prohíbe el acceso a su casa.

Él protestó:

—¡Qué absurda eres! ¿Acaso te molesta que visite a mis padres?

—No, Allen. Pero no te escribiré por atención a tu madre. Debo obedecerla.

Así, Allen no esperaba carta. Ni siquiera, al principio, pensó en ello. Cuando entró en el vestíbulo de la casa paterna, grande y acogedor, sintió la misma excitación de sus días infantiles y la convicción de que allí no podían dejar de marchar bien todas las cosas. Recordaba los días de antaño, cuando procedente de la academia militar de Lexington para pasar las Navidades en casa, hallaba un ambiente que le amansaba el espíritu y le despejaba el cerebro. Allí reinaba paz, allí resultaba fácil todo, allí se le acogía con grandes agasajos...

Parecióle revivir los antiguos días cuando su madre, moviéndose con ligereza y gracia, cruzó las abiertas puertas del vasto salón. Allen se dirigió a ella impelido por su impulsivo amor de siempre. La mujer se adelantaba con los brazos abiertos y su bata, de color gris perlino, flotaba y describía volutas en torno a sus pies.

—¡Hijo mío, querido hijo mío!

Le estrechó entre sus brazos. El tan conocido perfume encantó de nuevo el olfato de Allen.

—¡Hola, mamá! —dijo con una voz varonil que disimulaba perfectamente los sentimientos del desconcertado muchacho que en el fondo era.

—Bien venido seas, cariño.

—¿Cómo sabías que llegaba? Creí darte una sorpresa.

Ella se apartó, riendo triunfalmente, muy juvenil el semblante bajo sus rizos de plata.

—Tu padre no sabe engañar a nadie, y mucho menos a mí. Me enteré de todo. ¡Ea, felices Pascuas, querido!

Los volantes de la amplia bata envolvían a Allen como telas de araña. Los dedos,

finos y fuertes, de la señora Kennedy asieron la mano derecha del joven.

—Acércate al fuego. Todavía no hemos concluido de montar el árbol de Navidad. Tendrás que subir hasta lo más alto para poner la estrella, como antes hacías. Desde que faltas tú, nunca se ha puesto la estrella. Cintia ha venido a tomar el té con nosotros.

Había pronunciado el nombre de la muchacha con toda naturalidad, sin dejar al joven tiempo de que reaccionase. Luego llamó en voz alta:

—¡Cintia! Aquí tenemos a Allen. Ya sabía yo que vendría.

Cintia llevaba, bajo la chaqueta, un jersey encarnado y se había engalanado la cabeza con ramas y bayas de muérdago. Como de costumbre, ambos jóvenes se saludaron con tanta naturalidad cual si acabaran de separarse diez minutos antes.

—Siéntate —dijo Cintia—. Estoy sirviendo el té.

A tu madre le ha dado hoy uno de sus acostumbrados accesos de pereza.

—¡Porque soy muy feliz! —respondió la señora Kennedy.

Chirrió la pesada puerta de la biblioteca y sonó un apagado rumor de zapatillas. Presentóse el señor Kennedy.

—¿Quién hablaba de té? —exclamó—. ¿Tomar esa porquería? Decid a Harry que me prepare un martini. Bebe otro conmigo, Allen, y deja el té para las mujeres.

—Muy bien, papá.

Y los dos cambiaron un fuerte apretón de manos.

Harry llegó con una celeridad denotadora de que probablemente ya tenía mezclados los martinis. Saludó con suave voz a Allen.

—Encantado de volver a verle, señorito Allen. Felices Pascuas.

Allen pensó que la perfección existía todavía al menos en un lugar del planeta: en una pequeña población cercana a Richmond, en Virginia. A él le placería conservar esa perfección en medio de un mundo totalmente imperfecto. La perfección era cosa rara, valiosa, y había que procurar salvaguardarla para que fuese como una isla en un mar agitado o como un asidero salvador en el torbellino del desastre. Repentinamente advirtió toda la belleza que contenía aquel cuarto, con sus rosas amarillas, que la señora Kennedy seguía cultivando en el invernadero, mientras el resto del mundo se aplicaba a fabricar la bomba atómica. Oscuros cortinajes azules pendían ante la ventana que miraba a occidente, permitiendo distinguir los esplendores postreros del crepúsculo invernal. Lucía un fuego de leña en la chimenea ornamentada con bronce, y todo resplandecía, desde los sillones y divanes cubiertos de raso hasta los bruñidos suelos y las espesas alfombras. Las puertas de todos los cuartos estaban abiertas y el conjunto daba una impresión de magnificencia y limpieza conseguidas sin esfuerzo alguno, aunque bien sabía el joven cuántos esfuerzos habían costado. En cualquier caso tenía derecho a heredar todo lo que le rodeaba si no prefería prescindir de ello. Mas eso sería una locura.

Cintia permanecía junto a la mesa de palo de rosa, sobre la que brillaba una ostentosa tetera, que él debía heredar también con lo demás. Y Cintia, de seguir allí,



parecía, cualquiera que fuese su edad, igual que ahora, porque le asistía la bendición de la belleza y porque aquél era el ambiente que le correspondía. Allí estaba, por ende, la ley, la protectora ley a que él podía acogerse si se le antojaba...

Los días transcurrían regularmente, como era tradicional en la casa. Allen colocó la estrella en el árbol navideño y volvió a sentirse niño otra vez. Todos pusieron sus calcetines bajo la blanca repisa de mármol de la chimenea adquirida en Francia por el tatarabuelo de Allen hacía mucho, y la mañana de Navidad rieron presenciando sus dones: monos de juguetes, ositos... Pero en el extremo de su calcetín el joven encontró el alfiler de perlas que usaba en la corbata su abuelo. Aquello constituía casi un tesoro.

Dirigió a su madre una mirada reprobadora a la que ella contestó con una sonrisa.

—Alguna vez —dijo— habíamos de regalarte eso. De manera que, ¿por qué no ahora? Expliqué a tu padre que quería dártelo todo para Navidad. Un día de éstos quiero hablar contigo, ¿sabes?

Pero «uno de aquellos días» se iba demorando cada vez más. Al fin hubo de aplazarse porque el abogado de la familia marchaba a Miami y no regresaba hasta el Año Nuevo. El Año Nuevo, afirmó la señora Kennedy, era tan importante como la Navidad. Había un gran baile y Cintia tenía libres muchas danzas.

Danzando Allen con Cintia, los dos jóvenes hablaron.

—¿Sabes que tú y yo no hemos podido charlar a solas todavía? —observó Cintia.

—Yo no he podido ni pensar siquiera —respondió él.

—¿Y no tienes planes?

—Ninguno.

—¿No sabes que tu madre sigue tejiendo sus redes?

—¿Qué redes?

—Parece mentira que no lo comprendas. Siempre que una mujer quiere a un hombre, aunque sea su hijo, tiende redes y más redes. Y ella te quiere a ti más que a nadie en el mundo.

—Si todas las mujeres tienden sus redes, ¿has tendido tú alguna?

—Por ahora no —respondió ella, casi con brusquedad.

Allen creyó imaginar una extraña hostilidad en los azules ojos de Cintia. Ella lo miraba sin temor y sin apartar la vista, pero la expresión de sus ojos no era nada suave.

Mientras los dos bailaban con la naturalidad de siempre, él reflexionaba. Había de volver a Nueva York. Pensaba que, de poseer más dinero, podría más fácilmente legalizar su casamiento con Josui, construir una casa propia en cualquier sitio, desarraigarse del mundo anterior y crearse otro nuevo.

Aquello justificaba su dilación...

Después del baile de aquella noche escribió a Josui. Se sentía francamente turbado por la proximidad de Cintia, acaso tentado por su insólita reserva, quizá picado por la naturalidad con que la joven le había dado indirectamente a entender

que, puesto que él estaba casado, su trato no ofrecía peligro para las solteras.

Josui no contestó, ni él esperaba contestación. Pasados unos días se reuniría con ella. El Año Nuevo transcurrió entre visitas a los amigos y visitas de los amigos. En ninguna parte le preguntaba nadie por Josui. Se limitaban todos a acogerle con el agrado de siempre, entre gritos de júbilo:

—¡Diablo, Allen, preciosidad! ¡Dichosos los ojos que te ven!

Todas aquellas atipladas voces femeninas significaban para él, con sus cordiales acogidas, muy poca cosa, puesto que lo mismo recibían a todos los recién llegados; pero a la par notaba en ellas algo mucho más significativo, quizá por la calidez con que se expresaban.

Aquel modo de vida, tan conocido, era el suyo y ni siquiera el amor debía apartarle de él. Pero ¿qué le cabía hacer para conciliarlo todo?

Por la noche, después de otro día sin recibir carta de Josui, él no la telefoneó, como podía haberlo hecho. Acostado en su cama de soltero, meditaba desesperadamente sobre lo que le convenía hacer. Era inútil apelar a su madre ni buscar el apoyo de su padre. La ley, inexorable, se hallaba tras todos ellos y protegía a su madre. En la ley fundaría ella todos sus actos malévolos e inhumanos.

El joven la imaginaba mirándole con sus grandes ojos muy abiertos y diciendo:

—¡Pero si no soy yo, querido! Es la ley. Yo no puedo modificarla.

Y Allen reflexionaba que otras personas como su madre habían promulgado aquella ley.

Recurrió al único refugio posible: intentar dejar de pensar. Y, al hacerlo así, procuraba también sumirse de lleno en la comodidad y la belleza de la sólida y antigua casa.

Haynes, el abogado de la familia regresó, al fin, de Miami y fue llamado a la biblioteca. Allí Allen oyó lo que su madre había hecho. La mujer estaba sentada, al extremo de la larga mesa de caoba. Un sol invernal penetraba a través de las cortinas de terciopelo que descendían desde el techo hasta el entarimado.

Haynes era un hombrecillo de faz escuálida y encarnada nariz. El sol de Florida le había despellejado la cara.

—Allen —manifestó— tu madre ha tomado una decisión muy generosa. Ha puesto la casa familiar a tu nombre. Por lo tanto, es tuya.

Confuso, desconcertado, Allen se volvió a su padre.

—Yo pensaba que la casa te pertenecía a ti, papá.

El señor Kennedy permanecía sentado en un sillón, junto a uno de los altos ventanales. Dijo secamente (y seca apareció también su figura, vestida de gris, en el cuarto iluminado por el sol):

—Cuando nos casamos cedí la casa a tu madre. Los dos dábamos por hecho, naturalmente, que la propiedad revertiría a nuestro hijo mayor, como a mí había revertido al faltar mi padre. A mi entender, a una mujer le conviene tener una casa. Ésa puede ser su defensa contra los azares de la vida.

—Claro —explicó la señora Kennedy— que confío, hijo, en que siempre me dejarás un rinconcito en tu casa.

—En cualquier caso —manifestó Kennedy— conste que no apruebo la decisión de tu madre, Allen.

—Ni yo tampoco —apoyó el joven.

Su madre le rogó:

—Acepta, hijo. ¡Me gustará tanto que accedas a mis deseos!

—Pero a mí no me gusta.

Mentía, empero, porque sí le gustaba. Contempló la vasta estancia que ya le pertenecía. Por un momento pensó que su madre seguía tejiendo redes y redes. Sólo que la ley, que antes la favorecía a ella, ahora la obligaba a someterse a sus dictados, fuera para bien o para mal.

—No puedo vivir aquí —dijo Allen bruscamente.

—Acaso algún día puedas —repuso su madre.

De todos modos, contra las reticencias de Allen y la desaprobación de su padre, la cosa estaba hecha.

Una vez más Allen había de seguir el sendero que le trazara la solicitud maternal. Y al acceder a efectuarlo le acometía internamente una sensación posesoria que a la vez le placía y le irritaba. Para no entusiasmarse en exceso procuró recordar que la casa, de todos modos, hubiera terminado siendo suya. De manera que se limitaba a tomar posesión de ella un poco antes. Incluso si él hubiera construido otra casa en otro lugar, la mansión familiar también hubiese sido suya y entonces él podría decidir finalmente dónde le convenía instalar su hogar.

Aquella tarde marchó a Nueva York. Llegó a la ciudad ya de noche. Un taxi lo dejó ante su casa. Un mozo del ascensor —desconocido para él, porque sin duda había sido contratado recientemente— le llevó hasta el piso sin cambiar con él una sola palabra.

Allen tocó el timbre. Esperaba que Josui le abriera inmediatamente. Los remordimientos hacían latir con más fuerza su corazón. Mucho trabajo le costaría procurar tratar bien a Josui.

La puerta no se abrió. Allen llamó de nuevo, pensando que su mujer podía estar dormida. Josui solía adormecerse, como un gato, enroscada en el diván o en unos cuantos cojines, sobre el suelo. Pero la puerta no se abría. Finalmente Allen sacó su llavero, escogió una llave y entró. Dentro del piso reinaba una profunda oscuridad. Olía a cerrado y hacía un calor sofocante. El silencio era absoluto.

—¡Josui! —llamó Allen con voz fuerte.

No le contestó nadie. Encendió la luz y corrió hacia la alcoba. Josui no estaba tampoco allí. La cama estaba hecha y el suelo limpio. En el armario no colgaban otras ropas que las de Allen. Josui se había marchado.

Aquella convicción descendió sobre él con terrorífico peso. ¡Josui se había ido! ¿Cómo encontrarla? Allen conocía perfectamente las posibilidades de desesperación

que existen, latentes, en un corazón japonés. La joven debía de haber alcanzado algún tope de inaguantable congoja que procuró esconder a su marido bajo una apariencia jovial y negligente y bajo una capa de sumisión y dulzura. Nunca sabría él lo que Josui hubiera podido haber entrevisto ni comprendido.

Allen se dejó caer sobre el lecho, sintiendo vértigos. Le abrumaban el remordimiento y el dolor. Luego ocultó la cara entre las manos y se maldijo a sí mismo interiormente, no porque Josui se hubiese marchado, sino porque él, en medio de sus censuras a sí mismo, de su consternación y de su vergüenza, se sentía satisfecho en el fondo de verse desembarazado de Josui.

## **CUARTA PARTE**

Josui anduvo lentamente calle abajo. Todos los días en espera de que Lennie naciera, daba largos paseos. No hablaba a nadie, ni nadie le hablaba a ella.

Recordaba aquella calle. Era sorprendente pensar cuántas cosas evocaba de Los Ángeles. Todas acudían vividamente a su memoria. El ambiente... aunque conocido, no resultaba, en cierto modo, familiar ni atrayente. Aún rememoraba Josui la ira de su padre cuando le dijeron que había de evacuar forzosamente la ciudad.

Un día, Josui se acercó hasta la que fuera antaño casa paterna. Ahora la ocupaba una plácida familia de negros. La joven no entró, pero contempló el jardín donde antaño jugara con Kensan y donde ahora jugaban otros niños. El antiguo columpio de la muchacha seguía allí. El doctor Sakai lo había montado con buenas e indestructibles varillas metálicas. Los niñitos negros se columpiaban y prorrumpían en clamores de alborozo.

Aquel día Josui tenía que dar un paso decisivo. Se había levantado temprano, bañándose cuidadosamente y vistiéndose un traje azul marino recién comprado, cuya chaqueta suelta disimulaba la hinchazón de su figura. El dinero que su padre había depositado en un Banco de San Francisco había bastado para el traje y para arrendar un cuarto en una casa de huéspedes barata, dirigida por una mejicana que hablaba muy mal el inglés. Pagado todo eso, aún le quedaba a Josui dinero para subsistir. En todo lo demás habría de depender de la caridad. Que la caridad hiciese lo que no hacía el amor y lo que prohibía la ley. Había preguntado a un desconocido las señas de una institución de maternidad y hacia allí se encaminaba siguiendo una calle lateral llena de pensiones baratas.

La puerta de la institución estaba abierta. La joven penetró y se sentó en una sala de espera. Había allí otras dos mujeres o, mejor dicho, dos muchachas. Una, pálida, de cansados ojos, no debía contar más de catorce años. Tenía el cuerpo hinchado y los labios descoloridos. Carecía de encanto, de belleza, de todo. Sólo poseía su femineidad, de la que se había aprovechado probablemente algún hombre a cambio de invitar a la mocita al cine, o acaso meramente a un helado. ¿Quién podía saberlo? La pobre muchacha iba cubierta de andrajos. Bajo su falda asomaba un ribete de desgarrados y sucios encajes.

La otra muchacha lloraba. Era rubia, o más bien tenía el cabello teñido de color rubio platino, y las lágrimas le habían despintado los labios. Estaba muy delgada y al

llorar tosía. Sus piernas, enfundadas en medias de nylon baratas, estaban secas como palillos. Llevaba las manos cargadas de adornos baratos y no ostentaba anillo de boda.

Josui se sentó, cruzó las manos y esperó. La muchacha más joven fue llamada a la oficina y a poco salió, animada al parecer. Luego pasó la rubia y Josui la oyó prorrumpir en estruendosos llantos. Transcurrido largo rato salió, cubrióse con un velo su congestionado rostro, y se fue. La empleada de la oficina miró, algo perpleja a Josui.

—¿Su nombre?

—Josui Sakai.

—Pase —dijo la joven.

Josui entró en una oficina interior. Una mujer madura, de rostro benigno, se sentaba tras un destartado pupitre.

—¿Josui Sakai?

—Yo soy.

—¿En qué puedo servirla?

—He oído decir que ustedes se encargan de acoger niños recién nacidos... —murmuró inciertamente Josui, que no acertaba a explicarse debidamente.

—¡Ah! ¿Espera usted un niño? —preguntó la mujer, con un aire entre profesional y bondadoso.

—Ahora mismo, no. Pero debo ir preparándome...

—¿Tiene usted familia?

—No —repuso Josui.

La mujer empezó a escribir con una letra neta y clara.

—¿Desea conservar el niño con usted?

—No —manifestó Josui—. Me encuentro sola. No puedo tenerlo conmigo.

Muchas veces había ensayado ella mentalmente aquellas palabras, y ahora salieron de su boca con absoluta naturalidad. Pero si Lennie, al que interiormente ya había acunado tanto, supiera lo que su madre estaba diciendo...

—Yo me apellido Bray —dijo amablemente la mujer—. Si quiere, como amiga, hablarme de su caso personal...

—Soy sola —respondió Josui— y nada más le puedo explicar.

—Conste que todo lo que deseo es favorecerla —aseveró la señorita Bray—. ¿Puede usted decirme quién es el padre del niño?

—Un blanco. Un americano. Yo soy americana, pero de raza japonesa.

—Ya... —murmuró entre dientes la señorita Bray.

Y miró detenidamente a la visitante. Una muchacha bonita, reservada y muy infortunada ciertamente, porque ¿a quién le interesaba un niño semiblanco y semijaponés? Claro que el caso resultaba muy común. ¡Tantas guerras en tantos sitios dejados de la mano de Dios! Sólo dos días antes la institución había tenido que admitir un niño coreano, de dos meses de edad. ¿A quién podía interesarle un niño

coreano? Ni siquiera las casas que se dedicaban a recoger niños a cambio de una pensión querían semejantes criaturas. La señora Kisch, una de las mejores encargadas de pensión con que la institución contaba, había dicho que el nene coreano le atacaba los nervios con aquellos ojos oblicuos. Hubo que meter al pequeño en un orfanato de negros, y la señorita Bray se sentía desasosegada, porque un coreano no era realmente un negro.

—Y el padre, ¿no piensa asumir ninguna responsabilidad? —preguntó la Bray.

—Prefiero no decirle nada —contestó Josui.

—Querida —reprochóle la señorita Bray—, en eso no obra usted acertadamente. Los hombres deben saber estas cosas. Es muy cómodo quitarse los deberes de encima, pero no procede que sea así. ¿Quiere que le hable yo en su nombre?

—Le agradeceré que no lo haga —repuso, resueltamente, Josui.

La señorita Bray empezaba a impacientarse. Nunca había tenido amante y no comprendía a las mujeres que deseaban ocultar a los hombres lo que ellos habían hecho. Dejó el lápiz sobre la mesa y se afirmó los lentes sobre la afilada nariz.

—Escuche, señorita...

—Sakai.

—Eso, Sakai. ¡Son tan difíciles de pronunciar los nombres extranjeros! Quisiera explicarle, señorita Sakai, que será muy difícil colocar a su hijo en ninguna casa. Usted sabe que la adopción es casi imposible. Nadie desea adoptar un niño de sangre mezclada. Ya lo he intentado otras veces, sin resultado. Ni la gente blanca ni la de color desea mestizos en su familia.

—Lo sé —repuso Josui con voz serena.

—Algún pariente tendrá usted —insistió la Bray.

—Ninguno —obstinóse, aunque débilmente, Josui.

—¿De manera que nadie recogerá al niño?

Josui no contestó. Había resuelto no llorar y toda su inmensa voluntad se hallaba concentrada en su garganta.

La señorita Bray suspiró.

—Veremos lo que puede hacerse. Acaso el pequeño no resulte muy raro, puesto que tiene sangre blanca. Podré buscarle alguna pensión.

—¿Una pensión?

—Sí —explicó la señorita Bray—. Una casa donde le acojan pagando. ¿Puede usted contribuir a los gastos?

—Creo que sí.

Se sentía ofuscada. Respecto al porvenir de Lennie sólo había pensado en una cosa: un orfanato donde los niños jugaban sobre la hierba, a la sombra de grandes árboles. Recordaba haber visto uno de aquellos lugares en Los Ángeles, hacía mucho tiempo. Los niños parecían contentos, mas ella no los había observado de cerca.

—Si usted pudiera pagar, ello facilitaría mucho las cosas —manifestó la señorita Bray.



Y, tomando el lápiz otra vez, principió a escribir.

—¿Dónde se propone dar a luz? —inquirió.

—No lo sé —repuso Josui.

Había logrado dominar las lágrimas. Ya no sentía en la garganta la misma opresión.

—¿Dónde me aconseja usted que vaya? —inquirió.

—Más vale que se instale en un hospital. Tome esta dirección y pregunte por la doctora Steiner. Es una refugiada, y por cierto muy buena y amable. Nosotros recogeremos al niño en el mismo hospital. Presumo que no querrá usted verle.

—Sí quiero verle —respondió Josui.

La señorita Bray alzó la mirada.

—Si no desea conservarle a su lado, le aconsejo que procure no conocerlo.

—Quiero verle —insistió Josui.

La señorita Bray se encogió de hombros y concluyó de tomar notas.

—¿Para cuándo calcula usted el natalicio?

—Para junio.

—¿Me dará su dirección?

Josui la dio.

—Visite de vez en cuando a la doctora Steiner —aconsejó la señorita Bray—. Conviene examinar periódicamente su estado. Y si cambia usted de opinión en cualquier sentido, no deje de avisármelo.

Había terminado la entrevista tan temida por Josui. Lennie nacería y no faltaría quien le cuidase. La joven se levantó e hizo una graciosa reverencia.

—Gracias, señorita Bray —dijo.

—De nada, de nada... —respondió cortésmente la señorita Bray, que ya pensaba en otra cosa.

En la sala de espera había a la sazón más mujeres, todas jóvenes, todas de angustiado aspecto y todas procurando rehuir el mirarse unas a otras. Josui pasó ante ellas con paso vivo y salió a la calle. La temperatura era tibia. La joven tenía que ver a la doctora Steiner, pero aquel día no sentía deseos de visitarla. Se notaba muy cansada, e incluso alarmada porque Lennie se mostraba muy tranquilo. ¿Adivinaría el nene que iba a separarse de su madre?

Entró en un minúsculo parque y se sentó para descansar un rato. Había dos o tres madres con sus hijos y Josui las contempló atentamente. Todas eran blancas, y blancos sus hijos, y ello resultaba grato de mirar, porque aquellas mujeres no necesitarían separarse de sus niños.

Josui no quería pensar en Allen. En cuanto su imagen le acudía a la memoria, procuraba alejarla. Él debía de comprender que no volvería a reunirse nunca con Josui. Ella se había marchado sin dejar nota alguna, llevándose sus vestidos y adornos, que era todo lo que poseía. Seguramente él habría dejado el piso y estaría en casa de sus padres. Sólo Kabori sabía dónde habitaba Josui, y ella le había prohibido

acudir a buscarla hasta que todo pasara y terminase.

«Sólo me interesa vivir para ver por una vez el rostro de mi niño», había escrito Josui a Kobori.

Y le daba sus señas, pero le prohibía visitarla hasta que todo hubiese concluido.

La joven ponderó de nuevo la desesperada posibilidad de que le cupiese retener a Lennie a su lado. Pero ¿cómo podía ella vivir con un niño sin tener familia ni casa?

Se hacía perfecto cargo de lo que debía de sentir Allen. Y no le censuraba. Él anhelaba cosas naturales y buenas. Sólo que en ellas no podía incluir a Lennie, como a Lennie no podía incluirse tampoco en la casa del padre de Josui. Nadie tenía la culpa de nada, salvo la ley americana, que prohibía, y, sin embargo, no podía evitar, el nacimiento de Lennie, porque no había sabido impedir el amor que lo engendrara. La ley no tenía en cuenta el amor. Y ella seguía amando a Allen. Siempre le amaría, como se ama a los muertos, a quienes ningún ser viviente puede remplazarlos.

La doctora Steiner miró con curiosidad a la bella muchacha japonesa. El rostro pálido y juvenil de Josui no mostraba expresión alguna. Era como una máscara donde brillaran, como negros agujeros, dos grandes ojos. Las delicadas facciones y la fina piel que parecen privativas de las orientales, no obstaban a que los rasgos de la joven encubrieran cierta reciedumbre que debía de provenir de la resuelta calma con que Josui se preparaba para la tragedia.

La Bray había anunciado a la doctora la visita de Josui Sakai, y así la Steiner estaba ya preparada para la experiencia. Nunca había tratado a una japonesa, a pesar de que durante la guerra su Alemania natal había depositado sus esperanzas en el Japón, su aliada de Oriente.

—¿De manera —repitió la doctora por quinta vez— que no quiere explicarme la verdad?

—Si usted me lo permite, no —respondió Josui, impertérrita, pero sin enojarse.

La doctora Steiner era baja y gorda y no desconocía la fealdad de su rostro cuadrado. No por ello miraba con resentimiento a las mujeres hermosas. Desde muy tempranamente había aceptado su destino en la vida. Era poco verosímil que ningún hombre pidiese la mano de una mujer que tenía el rostro como tallado en piedra berroqueña. Por lo tanto, la Steiner había agradecido a Dios el poseer, al menos, un cerebro muy despejado. Así, prescindiendo de toda novelería, se convirtió en una mujer de ciencia, lo que no impedía que tuviese un corazón muy afectuoso. Sus sentimientos íntimos se delataban a través de la admiración y la humildad con que contemplaba a todo ser hermoso, ya fuera hombre, mujer o niño. Y a la sazón, así contemplaba a Josui.

No obstante, hacía muchas semanas que Josui se sentía indiferente a la admiración o a la piedad. Experimentaba una continua frialdad espiritual y mental, y esa frialdad, penetrando en todos los intersticios de su cuerpo, había acabado helando su sangre. Tanto era así, que sus manos y pies permanecían de continuo fríos e insensibles. La doctora Steiner reparó en ello mientras se afanaba en torno a la mesa donde yacía Josui cubierta por una sábana.

—¿Tiene usted frío, hija? —preguntó—. Es raro, porque hace un día caluroso, o al menos así me lo parece.

—Generalmente siento ahora mucho frío —respondió Josui.

—Procure relajar los músculos —mandó la doctora—. Con ellos rígidos no puedo reconocerla.

Pero Josui no lograba dar flexibilidad a sus miembros. Permanecía rígida como una estatua de mármol. Era tremenda la tensión de su espera. No pensaba en nada, nada sentía ni nada recordaba. Cada semana recibía carta de Kabori. Eran unos escritos prolijos, llenos de placenteros pormenores y de expresiones de inagotable bondad. No apremiaba a la joven, pero ella adivinaba su prisa y procuraba apartarle de su memoria.

En primer lugar le esperaba la laboriosa tarea del parto. Hasta que no se hallase separada de Lennie, no podría resolver adonde iría ni lo que haría de su existencia. En la medida de lo posible procuraba esperar sin pensar ni sentir nada.

A veces, por la noche, tendida sobre su angosta cama, no podía conciliar el sueño. El colchón era duro y tenue. Josui no osaba tomar un somnífero, porque ello podía perjudicar a Lennie, y Lennie tenía, por lo menos, el derecho de procurar abrirse camino en la vida. Cuando esta idea le acudía a la mente, Josui no pensaba, no reflexionaba, sino meramente sentía. Y ese sentimiento equivalía a la impresión que se experimenta cuando bajo un vendaje torna a abrirse una herida. Notaba entonces un acerbo dolor, no por lo hasta entonces pasado, sino porque ella nunca había de ver a Lennie, ni vivir con él, ni asistir a su desarrollo, ni oírle hablar ni sonreír, ni bañarle, ni conocerle tal como había de ser...

Después de largas reflexiones, había llegado a opinar que la señorita Bray tenía razón. Le valía más no conocer a Lennie, porque, si le veía la cara, nunca sabría separarse de él. Tal temía ella o tal imaginaba. Y entonces le acometió una congoja que sin duda superaba a cuantas las demás mujeres pudieran haber sentido. Sentía el corazón desgarrado doblemente porque todo lo que pasara dependía de ella misma. En medio de su angustia se agitaba siempre una sensación predominante: la de que se iba a portar muy mal con Lennie. El pobrecito, indefenso, inocente, impreparado, iba a ser abandonado por su madre para que emprendiese solo su camino. Incluso si le conservase a su lado no se portaría bien con él. Y el pobre no había causado mal a nadie... Iba a advenir a la vida en virtud de las leyes de la naturaleza. El amor había cumplido su misión, llamando al niño desde las sombras en que se encontraba, y él había acudido a la llamada alegremente. Porque Josui se sentía segura de que Lennie sería un niño alegre. Los movimientos que realizaba en el vientre de su madre lo garantizaban. Parecía nadar en el interior de Josui como un pez bajo la aurora, cuando tiemblan las montañas besadas por la temprana luz del día. A veces, en medio de una noche de llanto, los movimientos del niño despertaban a su madre, como para cerciorarla de que él, por su parte, reía. Y lo que más la disgustaba era no oír directamente la risa del niño.

—El embarazo es normal —dijo la doctora Steiner—. Está usted sana y todos sus órganos funcionan debidamente.

—Gracias —murmuró Josui.

Descendió de la mesa y comenzó a vestirse. Se volvió de espaldas, porque era pudorosa, y la doctora Steiner pudo contemplar las formas perfectas de su torso, de un color marfilino y puro, y la abundancia de su cabello espeso y negrísimo.

—Visíteme de mes en mes —dijo la doctora, con fuerte acento alemán—. Cuando llegue el momento yo la asistiré. Creo que no surgirán complicaciones.

—Gracias —repitió Josui, con dulce voz.

Se puso el resto de sus ropas, se repasó el peinado y salió.

La doctora Steiner telefoneó a la señorita Bray.

—He reconocido a esa joven japonesa recomendada por usted —dijo, expresándose a gritos, como siempre le parecía necesario hacerlo por teléfono—. Es una muchacha extraordinaria. Muy linda y muy saludable. Tengo la seguridad de que alguien adoptará con gusto a su hijo. No cabe duda de que la mocita es una aristócrata. Mujeres así no eligen a un varón estúpido, y, por lo tanto, el niño será inteligente, sano y hermoso. Entre las familias que usted conoce, ¿no habrá quien adopte a ese tesoro?

La voz nasal de la señorita Bray sonó al extremo del hilo, seca y pesimista como siempre.

—Voy a decirle una cosa que le parecerá rara —declaró—. Tenemos una lista de trescientos diecisiete matrimonios, todos los cuales piden a voces niños que no existen. No hacen más que reprochármelo y que exigirme niños, pero yo le apuesto a usted un dólar a que ninguno de esos matrimonios prohijaría al niño de la japonesa.

La doctora Steiner clamó:

—¡Esta clase de democracia me hace recordar al condenado Hitler! Porque tengo un octavo de sangre judía, era para Hitler judía por entero.

La señorita Bray no respondió a aquel exabrupto.

Era una mujer prudente y hacía mucho que había aprendido a creer lo peor en cualquier ser humano. Simpatizaba con la achaparrada doctora Steiner, que nunca se recataba de decir lo que pensaba, y creía que la doctora, en un sentido abstracto, también la apreciaba a ella. Las dos habían tenido ocasión de trabajar juntas. La doctora Steiner siempre armaba alborotos cuando veía a los niños mejicanos y negros ser relegados a los peores y más hacinados orfanatos.

La señorita Bray repetía pacientemente, una vez tras otra:

—¿No ve que nadie los quiere? Los blancos no se sienten interesados por ellos. Comprenda que hay ya demasiada abundancia de mestizos mejicanos y niños negros.

—No comparto ese criterio —replicaba la Steiner—. Un niño es un niño y nada más.

Y, pretendiendo sonreír, esbozaba una mueca. La señorita Bray, que no conocía el pasado de la Steiner, la imaginaba muy alemana en el fondo, aunque de una manera imprecisa.

A la sazón la doctora Steiner preguntaba por teléfono:

—Bien. ¿Qué me dice?

—He estado pensando en el caso —repuso con voz apagada la señorita Bray—. Creo que tendremos que mandar al niño al orfanato de la zona oeste.

—¿Cómo? —dijo a voces la doctora Steiner—. ¡Si no les quedan ni tres pies cuadrados para acomodar a otro asilado!

—¿Y qué quiere que haga?

—Eso es asunto suyo, amiga Bray —repuso, siempre a grandes gritos, la doctora Steiner—. Yo pondré al niño en el mundo vivo y sano. Mi tarea termina ahí.

Y, dejando el auricular, la doctora se secó con la manga la sudorosa frente. Siempre sudaba mucho cuando se enojaba, y solía enojarse muy a menudo. No podía permitirse aquel lujo, por lo gorda que estaba. En América sobraban buenas cosas para comer y ella tenía un gran apetito después del hambre pasada en los campos de concentración de Alemania. Su línea no le interesaba a nadie. Tampoco deseaba vivir muchos años, ni siquiera en América...

Dio una voz a su tímida enfermera.

—¡La primera paciente! ¡Qué pase!

Corrían los meses. Los días parecían vacíos y las noches eran como cáscaras huecas, llenas de oscuridad. A medida que se acercaba el momento crítico, Josui lloraba menos. Su mente se relajaba y su corazón se adormecía mientras los demás miembros de su cuerpo se preparaban para la prueba. La concepción es una batalla entre la madre y el hijo. El hijo lucha contra su madre para obtener la libertad y la madre lucha contra el hijo para salvar la vida. Sólo piensa en volver a dar a luz de nuevo, o sencillamente en sobrevivir. Terminada su tarea y cumplido su deber corporal con su generación, se retira y desfallece...

—¡A... ja! —dijo la doctora Steiner.

Y exhibió al niño, tan esperado. Era un bebé gordito, menudo, perfectamente formado ya, porque nacía con algunos días de retraso. La doctora había esperado el natalicio de aquel niño con sorprendente interés e incluso con impaciencia. Durante toda la primavera le había divertido y luego emocionado el pensar en la aparición en el mundo de aquel pequeño al que todos rechazaban. Extraordinario iba a ser sin duda aquel niño —mero hijo del mundo, como ella lo llamaba—, que nacía atrevidamente, a despecho de todas las leyes y todos los odios. Quizás estuviera en su mano crear un mundo nuevo...

—¡A... ja! —repitió con voz suave, mirando al recién nacido.

Sabía que éste no enfocaba visualmente los objetos aún, pero parecía contemplarla. Tenía unos enormes ojos negros y una carita diminuta y alegre.

—Es varón —anunció la doctora a Josui.

La joven no contestó. Se hallaba anestesiada.

—No se lleven al niño —mandó la doctora a la enfermera—. Yo misma lo atenderé.

La enfermera envolvió al nene en una sábana limpia y le colocó en una cuna desocupada. La doctora Steiner, acercándose, miró a Lennie. Poco sobre él había dicho la joven, pero aquella mañana, antes de que le fuese administrado el éter, advirtió a la doctora:

—Haga el favor de recordar dos cosas. Que no quiero ver a mi hijo y que ha de llamarse Lennie.

—¿Sin apellido?

—Sin ninguno.

Y después, atenazada por el dolor, Josui dejó que le aplicasen la anestesia.

—Lennie —repitió la doctora.

Sin saber por qué, parecíale que aquel nombre cuadraba a la criatura. Su carita, pequeña y suave, era muy pálida, sin el enrojecimiento usual en los recién nacidos. Tenía el cuerpo muy bien modelado y menudo y su peso ascendía a poco más de cinco libras. Había nacido con facilidad, surgido del claustro materno con naturalidad, casi al desgaire, como sin preocupaciones de ningún género...

El niño volvió la cara hacia la mujer, deseoso de reír, según ella imaginó. Se sintió sorprendida. En general hallaba que los recién nacidos no hacen, durante cierto espacio de tiempo, otra cosa que continuar su prolongado sueño. Pero Lennie no. Ya se aprestaba a la vida. La fea y tierna alemana sintió dentro de su pecho un anhelo indefinible. No sentía inclinaciones maternales, ni había deseado tener hijos, acaso porque comprendía la dificultad de lograrlo. Miraba al recién nacido como a un ser humano que llega al mundo, de repente, y ha de ser puesto en condiciones de llevar una vida prolongada y saludable. Todo lo que a ella le interesaba se reducía a atender corporalmente a Lennie. Su pensamiento y su curiosidad no debían ir más lejos.

Mas Lennie era algo distinto a cuanto ella viera antes. Envuelto en la sábana blanca, con los puñitos bajo la barbilla, sus grandes y negros ojos, de cristalinas pupilas, miraban a la doctora como si pretendiesen justipreciarla. Dijérase que el niño comentaba, a su manera:

«¿De manera que tú eres un ser humano?».

¡Lástima que aquella mirada del pequeño no se fijase en la joven! Volviéndose hacia el lecho, la doctora Steiner comenzó a vigilar las atenciones que dedicaba la enfermera a la parturienta. Todo era simple cuestión rutinaria. Josui dormía tan profundamente como si no quisiera despertar jamás. Parecía tan inconsciente y tan abatida que la doctora, por precaución, le tomó el pulso. Pero no: los latidos eran recios, normales... Se trataba simplemente de que en el fondo Josui no deseaba despertar y ello redoblaba la potencia del anestésico.

—Llévensela —dispuso la doctora.

A una llamada de la enfermera entraron dos mozos y sacaron de la estancia el lecho de la joven. Llegó una enfermera más, presta a limpiar el niño.

—Espere —dijo la doctora—. Yo misma lavaré a este pequeño. Me propongo reconocerlo a fondo.

La enfermera no respondió. Todos en el hospital conocían la testarudez de aquella alemana, incomprensible en todo, exigente hasta excitar la rebeldía de sus subalternas, pero también de una competencia y una eficacia que obligaban a obedecerla con admiración, aunque a regañadientes.

La joven enfermera americana, entre despreciativa y comprensiva, aportó una vasija de agua caliente, jabón, gasas limpias y una toalla esterilizada. Sin la menor prisa, dando al olvido a las demás pacientes que aguardaban, la doctora Steiner lavó cuidadosamente el cuerpecillo del pequeño, observando todos los pormenores de su



complexión, a la vez delicada y recia. Los hombros eran anchos, la cabeza tenía el corte característico de las que albergan cerebros inteligentes, su boca estaba muy bien dibujada... Pero lo más extraordinario de todo eran los ojos.

—¡Qué niño tan poco corriente! —dijo la doctora a la enfermera—. Hay en él algo que rebasa lo individual. Quizá se trate de esa manifestación que suele producirse cuando se mezclan las razas. Eso no lo comprendió nunca Hitler. Cuando se cruzan dos razas antiguas, sobreviene algo nuevo. ¡Ya lo creo!

La enfermera apenas escuchaba. Era una muchacha de cabello cobrizo y faz sonrosada, y generalmente no pensaba más que en sus propios asuntos. Le faltaba una hora para terminar las ocho de su jornada de trabajo. Luego le esperaba un grato programa de diversiones a cuál más atractiva, que durarían hasta medianoche y que compartiría con su novio actual, con el quizá se casara o quizá no. Por supuesto, él no era japonés, ni judío, ni alemán, ni miembro de otras razas exóticas, sino un americano de cuerpo entero.

Con todo, la joven no era cruel. Cuando la doctora Steiner le puso en los brazos al niño, ella lo recibió con la semiternura que su experiencia le había enseñado, que era lo más conveniente para tratar con los niños muy pequeños. Modernamente se daba por hecho que los bebés se criaban mejor si les rodeaba en su vida cotidiana algo semejante a la ternura. A diario, cada niño era mecido durante quince minutos entre los brazos de una enfermera, para proporcionarle la sensación de la calidez maternal.

—Ponga a este niño en la cuna de la esquina —ordenó la doctora Steiner—. Pasaré a verle todos los días.

—Bien, doctora —respondió, obediente, la enfermera.

Llevóse al niño, sacó de la cuna de la esquina a una niña, séptima hija de un policía irlandés y colocó a Lennie en su lugar. En rigor, la mujer debiera haber cambiado las sábanas, pero como el recién nacido era japonés, seguramente no moriría con facilidad, sin contar con que la niña irlandesa estaba también muy sana. La última hora de tarea corría velozmente y la joven tenía que ultimar aún muchos pormenores antes de despedirse de la encargada de las enfermeras. Vistió a Lennie con unas cuantas prendas menudas, le arropó con la manta rosa que había cubierto a la niña y le dejó dormido. Cuando cambiase el turno, advertiría a la compañera que la sustituyese que se había verificado el cambio de cunas, que la doctora Steiner pensaba cuidar muy especialmente a aquel niño, y que, por lo tanto, había que andar con muchos miramientos, para no irritar el violento carácter de la alemana. Porque la Steiner no temía a nadie, y cuando se enojaba prorrumpía en retahílas de prolijas palabras germanas que nadie comprendía ni por su sonido ni por su significado.

Aquella noche, antes de volver a su casa la doctora Steiner entró en la sala y se acercó a la cuna de la esquina. El incomparable niño dormía pacíficamente. No estaba encogido, como suelen estarlo los recién nacidos, sino estirado en toda la diminuta longitud de su cuerpecillo y con las manos abiertas. La doctora cogió una de sus manos, perfecta y pequeñísima. No, no la tenía crispada. La doctora había leído que

los niños orientales no aprietan los puños, como los de Occidente. Los dedos del bebé, finos y afilados, estaban abiertos con tanta naturalidad como los pétalos de una flor. Niños así quizá llegaran a la vida aceptando su sino, sin resistirse a él, cargados de la antigua sabiduría que palpitaba en la sangre de sus progenitores. Y la mujer se entregaba a interesantes especulaciones, que rebasaban con mucho la mera forma física del niño y que, simples imaginaciones de momento, podrían alguna vez convertirse en certidumbres, cuando el cerebro humano, evolucionando, dejara de pensar en la muerte para pensar en la vida.

Mirando a Lennie, la doctora pensó también que a aquel niño nadie le esperaba en el mundo, nadie se cuidaba de su soledad, a nadie le importaba ni que pudiera vivir o morir. ¿Quién se preocupaba siquiera de que hubiese o no nacido? ¿Qué sería de él y adónde iría a parar después de los pocos días que en el hospital iban a retenerle?

Se apartó bruscamente de la cuna y se dirigió a su casa, siguiendo, como de costumbre, el largo trayecto en tranvía, con un transbordo. Vivía en una fea y pequeña casita moderna, en los alrededores de la ciudad. Había intentado residir en un edificio de pisos, pero lo encontró insoportable. Necesitaba montar un hogar propio, aunque ella fuese muy mala ama de casa.

Abrió la puerta, no sin luchar, como siempre, con la llave, que se le atascaba a causa de la violencia con que la introducía. Solía levantarse temprano para dejar la casa razonablemente limpia.

Todo estaba tal como lo había dejado, y a los ojos de cualquiera, no siendo los suyos, el espectáculo hubiera sido desagradable. La mesa estaba llena de libros y folletos, dejando sólo un pequeño espacio libre para un mantelito sobre el que había un cuchillo, un tenedor, una cuchara, una taza y un plato.

La mujer recorrió la minúscula vivienda. Dos habitaciones, una cocinita del tamaño de una alacena y un baño tan reducido que la Steiner tenía que entrar de lado en él. Mientras pasaba a la bañera y se ceñía después una raída bata de algodón, hablaba consigo misma, en alemán y en voz alta. Luego empezó a calentar la sopa que, con unas gruesas rebanadas de pan moreno, constituían ordinariamente su cena. Entre guturales murmullos se preguntaba a sí misma si se habría vuelto loca. ¿Qué iba a hacer ella con un niño, ni a quién podría convencer de que aquel pequeño era un milagro, un valiosísimo ser humano cuyas facultades no se podían dilapidar, una criatura harto preciosa para que se le tratase de cualquier modo?

Sentóse a la mesa y cuidadosamente se quitó la dentadura postiza. Cómoda ya, comió, sin usar más que las encías, el pan bien reblandecido en el caldo. Había perdido todos los dientes en el campo de concentración. Unos se los habían quitado a golpes y otros se habían caído espontáneamente. Llevaba dentadura postiza por no molestar con su desdentada boca a las gentes, pero cuando quería estar cómoda, se la quitaba. A veces, si había de ejecutar alguna operación peligrosa, dejaba estupefactas a las enfermeras arrancándose la dentadura, alargándola a la joven más cercana y diciéndole:

—No me pierda eso. Me costó una fortuna.

Después de comer limpió cuidadosamente la dentadura y la dejó junto al sumidero de la cocina, dentro de un vaso lleno de líquido antiséptico. Lavó los vasos, preparó el mantel y los cubiertos para el día siguiente y se sentó en un butacón tapizado de raído terciopelo rojo. Al lado del sillón había una mesa cuadrada y encima de ella un teléfono, revistas, libros, opúsculos, manuscritos, una caja de cigarros, una de cerillas de cocina y un plato roto que hacía las veces de cenicero.

Cogió uno de los cigarros y comenzó a fumar. Exteriormente se hallaba muy tranquila, pero en su interior se arremolinaban los pensamientos.

Cosa de diez minutos más tarde empuñó el teléfono y, sujetando fuertemente el cigarro entre las comisuras de los labios, inició una conversación.

—¿La señorita Bray?

Sonó a distancia una voz fatigada.

—Yo soy, doctora Steiner.

—El niño ha nacido hoy.

—¿Qué niño?

—¡No sea estúpida, mujer! El hijo de la linda muchacha japonesa que usted me recomendó. ¿O lo había olvidado?

—No. Ya recuerdo.

—¿Me oye bien?

—La oiría mejor si no hablase tan alto.

La doctora Steiner presumió que su amiga debía de sentirse cansada y, por lo tanto, inclinada a mostrarse un tanto desagradable.

—¿Cómo va a oírme mejor si hablo más bajo? —bramó la alemana—. Eso es absurdo.

Alzó la voz y añadió:

—Amiga mía, he resuelto hacerme cargo de ese niño.

Esperó los resultados de aquella tremenda noticia. Pero la Bray permanecía silenciosa.

—¿Me ha entendido?

—Muy bien —repuso a lo lejos la señorita Bray—. Lo malo es que nuestras reglas nos prohíben confiar la custodia de niños a ninguna mujer que no tenga marido.

La doctora Steiner estalló:

—¿Cuántos maridos hay en el orfanato que me mencionó usted? ¡En el orfanato donde pensaba usted hacer ingresar a ese niño! Si el pobre va allí probablemente contraerá una diarrea y morirá. Diez casos de defunción por ese motivo se han registrado este año entre los asilados. Yo me quedo con el niño. Si alguien la quiere molestar, mándemelo a mí.

El día había sido muy largo y caluroso y el número de mujeres embarazadas que acudieron a consultar rebasó el acostumbrado. La señorita Bray estaba harta, y por el

momento incluso le hubiera tenido sin cuidado perder el empleo. Llevaba algún tiempo pensando irse a trabajar en el campo, para desenvolverse sólo entre hombres y mujeres de edad.

—Bien, bien —repuso acremente—. Presumo que nadie se preocupará por niño más o menos. Desde luego, no veo la manera de que nadie le adopte.

—¡Lo adopto yo! —tronó la doctora Steiner.

La seca voz de la señorita Bray respondió:

—Haga lo que quiera y haga Dios que no tenga que arrepentirse. Pediré el oportuno permiso a la madre y se lo entregaré, doctora.

—¡Bueno, bueno! —dijo a gritos la Steiner.

Colgó el receptor, volvió a instalarse en la butaca y, empuñando otra vez el medio consumido puro, meditó.

Cuando Josui se halló ante el papel por el que se desprendía de su hijo, titubeó. Tenía que firmar, puesto que ella misma lo había decidido. Pero no acertaba a efectuarlo. La invadía un sentimiento singular. Algo como la sensación de haber emprendido algo no llevado después a su plenitud.

En el papel no mencionaba otro nombre que el de la institución benéfica, y no se sabía cuál iba a ser el paradero del niño. ¡Era terrible firmar un documento en cuya virtud Lennie era cedido a una entidad caritativa, sin que se supiera más!

—¿Hay alguien que se haya hecho cargo del niño? —preguntó.

—Más vale que no se preocupe de eso —repuso secamente la señorita Bray.

Josui no contestó. Súbitamente, sacudida por un espasmo, se inclinó sobre el papel y trazó su firma debajo de la línea donde se leía: «La madre». Ella era la madre, en efecto, sólo ella podía renunciar a Lennie, y eso era lo que acababa de hacer. La señorita Bray no reparó en las lágrimas que pendían de las largas pestañas de Josui. Se limitó a recoger el documento y a secar la firma.

—Todo resuelto —anunció—. Si desea noticias del niño, puede dirigirse a nosotros. Si algo le sucede, la avisaremos. De no recibir nuevas del pequeño, dé usted por hecho que se encuentra bien. Ahora lo mejor que puede hacer es olvidarlo.

—Gracias —murmuró Josui con voz débil.

Se levantó, recogió su bolso, se secó los ojos y repitió, aún más débilmente:

—Adiós.

—Adiós —dijo la señorita Bray.

Josui salió a la calle, iluminada por el sol. Se sentía abrumada, y, sin embargo, todo se lo había buscado ella. Había prometido pasar a ver a la doctora para que la reconociese por última vez, mas no hubiese cumplido su promesa de no ser porque la tal doctora era, sobre todo, mujer, además de insólita y brusca, bondadosa.

Una o dos veces había pensado Josui hablar a la Steiner de su caso personal, pero nunca llegó a hacerlo. Más valía seguir siendo una desconocida, como hasta entonces. Una vez que terminara el postrer reconocimiento, escribiría a Koberi, los dos se avistarían y entonces se resolvería lo más conveniente. Había llegado a la conclusión de que no debía escribir a Allen jamás, ni verle. Su amor persistía, pero era como el amor dedicado a un muerto o a un ser que no ha existido nunca. La joven ahora debía llevar la existencia que más familiar le fuese. No se le había ocurrido que incluso en

California cabía vivir una vida de renunciamiento. Pero California, a la sazón, le resultaba remotísima, aunque ella anduviese por sus calles y le calentara su sol.

Entró en la consulta de la doctora. Se esforzaba en aparentar tranquilidad. La Steiner la aguardaba con impaciencia. La Bray le había contado que la joven ignoraba el paradero del niño y que debía mantenerse en esa ignorancia. La doctora, aunque rezongando, fue prudente por una vez y no respondió sí ni no. Había decidido su línea de conducta y empezó a desarrollarla en cuanto tuvo delante a Josui, cuyos dedos sin sortijas apretaban fuertemente el bolso sobre su regazo.

—Escuche —dijo la doctora Steiner mirando fijamente a Josui y deleitándose una vez más en la contemplación de la pálida belleza de la joven—. Deseo que sepa lo que es de su hijo, siempre que no diga nada a la Bray. No quiero camorras con ella. Es muy buena, pero muy estúpida.

Se inclinó hacia delante y bajó mucho la voz.

—Yo he adoptado a su hijo. Deseo que lo sepa y he de añadirle que ese niño es extraordinario. No debe echársele a perder haciéndole vivir entre gentes que no reconozcan su valía. Yo le tendré conmigo, yo le enseñaré a tener conciencia de su importancia, yo le diré que en su minúsculo ser contiene todo un mundo en pequeño.

Y la doctora describió con sus brazos gruesos y cortos un círculo que parecía querer abarcar el planeta.

—Yo haré de él un gran hombre. Y lo conseguiré porque ya lo es en potencia.

Josui atendía, pasmada y emocionada. Se inclinó también hacia delante.

—¿De modo —murmuró, jadeante— que podré saber dónde está mi hijo?

—Podrá —dijo firmemente la doctora Steiner—. Es justo que lo sepa. El niño, se lo repito, es maravilloso. Si alguna vez quiere verle, puede venir a mi casa y pasar un rato con él.

—Muchas gracias —respondió Josui, sintiendo que su férrea determinación se disolvía en un mar de maternal anhelo—. No estaré mucho tiempo aquí, pero ¿podría pasar una noche en su casa?

—Sí —afirmó la Steiner—. Tome la llave. Vaya y yo le llevaré al pequeño. Ya he comprado una cuna para él. Puede usted dormir en la alcoba. Yo descansaré en el diván del gabinete. Puede usted pasar dos días con el niño, casi a solas. Yo tengo mucho trabajo aquí. Si quiere estar más tiempo, no me opongo.

—¿Y cómo se arreglará usted para...? —murmuró Josui, dirigiendo una mirada a la atestada sala de espera del consultorio.

—Ya lo tengo todo resuelto. Hay en la vecindad una buena mujer, relativamente joven, pero abuela ya. Sus hijos no viven con ella. Ella se encargará del niño mientras yo esté en el hospital. Las viejas suelen ser cariñosas con los pequeños, porque saben que en ellos se encierra el verdadero significado de la vida, puesto que constituyen el eslabón entre el ayer y el mañana. Ea, vaya a mi casa y espere. Yo llevaré al niño a la hora de comer.

Josui tomó la rolliza y tosca mano que le tendía la doctora. Inclinó un instante la

cabeza, apoyé la mejilla en aquella mano y luego salió, sin acertar a pronunciar una palabra.

Caminó lentamente. No sabía cómo reaccionar. A fin de cuentas iba a acabar teniendo cerca a su hijo, al hijo de Allen... Podría lavarle, vestirle, darle de comer, y ¿qué haría mientras él durmiese? Quizá coserle ropitas y confeccionarle regalos menudos que acaso la amable y ruda alemana le guardaría para cuando él fuera mayor, de suerte que pudiera saber entonces que los debía a su madre.

Entró en una tienda y adquirió franela rosa y azul, agujas e hilo de seda de lindos colores. Púsose el paquete bajo el brazo y tomó un tranvía. Al llegar a la casa la reconoció sin dificultad. Dijérase que en algún sentido el edificio se parecía a la doctora.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió. Aquél iba a ser el hogar de Lennie. Miró fijamente alrededor. Deseaba grabar en su mente la impresión que le producía aquella sala vasta, la mesa con su única silla ante ella, las estanterías llenas de libros que cubrían las paredes, la ajada butaca colocada junto a una chimenea de ladrillo llena de cenizas... De la sala se pasaba al dormitorio, donde había un viejo lecho de hierro, muy limpio, y una cunita nueva, pintada de azul pálido. La cama estaba sin hacer y sobre ella se veía un montón de mantas y sábanas nuevas.

El corazón de Josui estaba a punto de estallar. Pero la joven no lloró. Quitóse el sombrero y el chaquetón y, con sus usuales movimientos precisos y hábiles, principió a colocar las ropas de cama en el que había de ser para Lennie su primer lugar de descanso.

Y así comenzó aquella inefable semana.

Porque una semana entera transcurrió antes de que las dos mujeres se separasen. Lennie llegó a la casa en brazos de la doctora Steiner, quien le depositó en la cuna, ya preparada por Josui. Aunque el día era muy caluroso, dentro de la casa hacía fresco. Josui había puesto en marcha el ventilador eléctrico y colocado debajo un bloque de hielo. Puso también ante la mesa una segunda silla. Abrió la nevera, halló algunas provisiones y con ellas aderezó su almuerzo, compuesto de un plato parecido al *sukiyaki*, de ensalada fría y de finas rebanadas de pan tostado. También encontró una caja de botellas, varias latas de leche condensada y un filtro esterilizador. Aquello estaba destinado a Lennie, pero Josui no sabía cómo prepararlo. Coincidiendo con esa sensación de perplejidad, volvió a notar un fuerte dolor en los pechos. ¿Permitiría la doctora que la propia Josui amamantara al niño?

Cuando llegó la alemana, Josui le dirigió una muda súplica, llevándose las manos al pecho y empezando a desabotonarse la blusa.

—¡Pobre criatura! —exclamó la doctora—. Dé, dé de mamar al niño. A su tiempo le secaré esa fuente, tome.

Josui, ebria de felicidad, recibió en sus brazos a Lennie. Entró en la alcoba, cerró la puerta y comenzó a ofrecer al pequeño el fruto de sus pechos. Aquello le parecía extraño al niño, hecho a los biberones de goma y a los recipientes de cristal. Pero al

fin, comprendiendo, comenzó a beber a largos tragos la bendita leche, mientras miraba fijamente a su madre. Y ella, contemplando los grandes ojos de su hijo, sintió una desgarradora congoja y rompió en lágrimas que cayeron sobre la faz del pequeño. Las secó con la palma de la mano y siguió mirándole, estremecida de amor.

El niño, ahíto de leche, se durmió en seguida y ella le instaló en la cuna. Se inclinó hacia él examinando su cara, sus manos, la contextura de su cuerpo, sus desnudos pies... La boca era como la de Allen, de labios suavemente curvados, pero la firme barbilla desmentía aquella dulzura y recordaba la del padre de Josui. Las manos eran como las de Josui, mas los hombros, muy cuadrados, debían de proceder de algún antecesor desconocido, porque ella los tenía delicadamente caídos y los de Allen tampoco eran iguales.

Josui se fijó en las pestañas del niño. Eran típicamente americanas. Ningún japonés podía tenerlas tan largas y a la vez tan curvadas hacia arriba. En resumen, los ojos de Lennie, aunque asiáticos, estaban circuidos por unas pestañas occidentales.

Aquellas pestañas, empero, no eran las de Allen tampoco, sino las de alguna persona de su familia, las de alguna mujer hermosa americana, viva o muerta, a la que Josui no había conocido nunca.

Abrióse la puerta y penetró la doctora Steiner. Las dos permanecieron en silencio, adorando al niño.

Así, repetámoslo, empezó aquella inefable semana. Durante dos días y una noche se inició lo que había de ser una comunicación espiritual entre los tres. Josui acabó relatando en breves términos la historia de la concepción de Lennie. Al hablar, la joven recordaba cosas que había olvidado o en las que acaso no reparase cuando se produjeron.

—Cuando nos encontramos por primera vez bajo las wisterias... —dijo.

Mas en seguida añadió:

—No, me refería a cuando por primera vez nos besamos...

—Ignoro qué sensación se experimenta en esos casos —respondió la doctora Steiner—. Yo nunca he besado a un hombre. Siga. ¿Qué les sucedió?

—Que notamos cierto remolino en el aire, una especie de brisa realmente insólita, puesto que el día era muy despejado y no soplaba la menor ráfaga de viento.

Y Josui, rememorando aquel momento, prosiguió:

—Tuvimos la impresión de que había otro ser cerca de nosotros. ¿Cree usted que pudiera ser el alma, aún no plasmada, del niño?

—No lo creo, mas tampoco lo dejo de creer —respondió la doctora.

Si Josui hizo confidencia a la Steiner, la doctora no dejó de imitarla. En América había tenido que permanecer silenciosa, a causa de que vivía entre gentes que apenas comprendían las tribulaciones, porque muy pocas veces las habían pasado. Tampoco habían asistido a la inmolación de millones de seres inocentes, jóvenes y viejos. Ahora, pues, observando que tenía un auditorio adecuado, la Steiner explicó a Josui sus recuerdos, que nunca se borrarían de su cerebro hasta que estuviese reducida a



polvo.

—Al principio —explicó— ninguno creíamos realmente que los alemanes matasen niños de sangre mezclada. No se trata sólo de su sangre, Josui, sino de la mía, mezclada con la de los alemanes. Los nazis insistían en que la sangre debe ser pura... ¡cómo si la sangre humana no lo fuera siempre! Su sangre, querida, no difiere en nada de la mía. Nuestras respectivas sangres son rojas, aunque yo sea una vieja judía alemana y usted una delicada y bella muchachita oriental.

Colocó a Lennie sobre su amplio regazo y ahuecó su ancha falda en torno a sus gruesas piernas. Luego intentó explicar a Josui que ella, al fin, había conseguido asistir al triunfo de su íntima fe.

—Este niño es muy hermoso. Demuestra palpablemente lo que opino yo. ¿Y sabe lo que opino? Que los seres humanos, cualesquiera que sean sus cruces y mezclas raciales, pueden resultar bellos. ¡Incluso soberbios! ¿Sabe lo que significa eso, hijita?

—Soberbios —dijo Josui— significa muy superiores.

A Lennie no le dejaron dormir en su cuna hasta la noche. Y aun así lo hicieron porque entonces las dos mujeres hubieron de cesar de hablar y prepararse a dormir. La doctora no podía levantarse fatigada a la mañana siguiente, puesto que necesitaba empuñar el bisturí. Y en cuanto a Josui, era joven y se hallaba en una tremenda encrucijada de disgusto y amor. El niño dormía en los brazos que le sujetaban, ya fueran largos y finos, ya cortos y robustos. Siempre dormía, ora cuando le llevaban de un cuarto a otro, ora cuando descansaba en un confortable regazo, ora cuando se apoyaba en un suave pecho que le nutría. Vivía, pues, envuelto en auténticas redes de amor. Las dos mujeres le adoraban, y así la primera memoria subconsciente de Lennie, que había de persistir en el fondo de su alma hasta el fin de su vida, era una sola: amor, amor, amor... Y ello porque había sido el niño más mimado del mundo.

Llegó el día postrero de la semana y Josui se preparó a partir. Al principio había temido aquel momento, pero ahora se sentía presta a la marcha. No sacaría a Lennie de la casa en que se encontraba. El niño, allí, estaba a salvo. Fuera, nada bueno podía esperarle. Pero en la casa de aquella mujer cuyo gran corazón había sobrevivido a los espantos de la vida y la muerte, Lennie estaba seguro, porque la doctora amaba al niño y a la Humanidad.

—Quédese conmigo, hija —habíale aconsejado la Steiner—. Vivamos los tres juntos. Yo gano bastante...

Josui no accedió.

—El niño no me pertenece —dijo—. Algún día preguntaría por su padre. Y a esa pregunta no podría contestarle. Permítame marchar.

Se hallaba determinada a partir, a dejar la personalidad de Allen incorporada a la del niño, cuya faz risueña rememoraba la de su padre. Aquello desgarraba el corazón de Josui, porque su intensa felicidad había terminado muy pronto.

Iría a San Francisco, donde la esperaba Kabori. Hablaría con él y entonces decidiría. Sentía su alma tranquila, porque de ella se había alejado el amor que la

dominara antes.

En el momento de la separación, Josui tomó a Lennie entre sus brazos. El niño llevaba unos zapatitos rosados azules en los que su madre había bordado unas mariposas. Luego tendió el pequeño a la doctora Steiner, que le recogió en sus brazos. La joven hizo una profunda reverencia al estilo japonés.

—Gracias —dijo—. Gracias durante tanto tiempo como dure mi vida y la del niño.

La doctora Steiner, apoyando la criatura en su hombro, respondió:

—Vuelva cuando quiera.

Josui tornó a inclinarse.

—Gracias —repitió.

Pero no agregó que sabía que no volvería nunca más. Había renunciado a todo. Ningún eslabón quedaba entre lo pasado y lo futuro.

Kobori esperaba en la estación de San Francisco. Iba muy pulcramente vestido. Mientras se ataviaba, se había sentido regocijado al reparar en su aspecto. Siempre convenía —pensaba— presentarse lo mejor posible. Reservárale la vida lo que le reservara, era oportuno no descuidar los detalles. Tantas cosas se evadían a sus posibilidades de consecución, que resultaba necio no perfeccionar hasta el extremo lo conseguible.

Llevaba, pues, un vestido de verano, de seda, muy apropiado para aquel caluroso día. En las distantes montañas se hacinaban masas de bruma que podían por la noche llegar a la costa, pero por el momento prevalecía el sol.

El tren no llevaba retraso. Kobori distinguió a Josui antes que ella a él. La vio, una vez más, hermosa y esbelta. Latióle el corazón, en su ansia de saludarla, pero le constaba que no procedía mostrar impaciencia. Confiaba en que la experiencia de un amor loco hubiese desengañado a la muchacha, mas él, si había de obrar decorosamente, debía dejar a Josui todas las probabilidades de rechazarle.

El joven se sentía deprimido por su propia sinceridad, y entendía que no le acompañaría la fortuna hasta que hiciese conocer a Josui las noticias publicadas en los periódicos desde la última vez que él y ella se entrevistaron. Tras no corta vacilación Kobori había decidido transmitir verbalmente a Josui aquellas nuevas. Así vería si en los espléndidos ojos de la mujer asomaba algún resquicio de esperanza y nostalgia que en este caso sería también prudencia.

Se quitó el sombrero, se aproximó a la joven y le tendió la mano para ayudarla a apearse, al estilo occidental. Eso, en un andén de estación, no despertaba la atención tanto como las reverencias japonesas.

—¡Hola, Josui! —dijo.

Ella, que no le había visto, se volvió al percibir el sonido de su voz.

—¡Kobori! Te agradezco mucho que hayas venido a esperarme.

Josui apretó ligeramente la mano del joven y retiró la suya en seguida.

—¿No habíamos quedado de acuerdo en que te aguardara? —respondió él.

Recorrieron juntos el andén y atravesaron la estación. Los seguía el mozo, cargado con el equipaje de Josui. Kobori no dejaba de mirar a su amiga. No estaba tan pálida como él había temido. Parecía tranquila y su aspecto era muy saludable. Sus mejillas tenían un delicado color de rosa y sus negros ojos aparecían serenos.

Representaba más ecuanimidad y más dominio de sí misma, más para él todas esas cualidades aumentaban su belleza.

Kobori buscó un coche, ayudó a entrar a la joven en él y se sentó a su lado.

—¿Vamos a almorzar juntos? —preguntó, titubeante, temiendo haber pedido demasiado.

—Con mucho gusto —respondió ella.

Kobori dio al chófer el nombre de un restaurante y se recostó en el asiento. Ella permanecía a prudencial distancia de su amigo, y sus enguantadas manos sostenían su bolso de cuero. Vestía un traje muy sencillo, una blusa blanca, con pliegues, y un sombrerito de paja oscura.

Parecía mucho más americana que antes, o así lo juzgó Kobori. Sintióse un tanto conturbado por ello, pero luego recordó que, en realidad, muy pocas veces había visto a Josui vestida con atuendos occidentales. Sorprendióle advertir que ello no perjudicaba a su belleza, como les sucedía a la mayor parte de las niponas. Los rasgos de Josui podían soportar la prueba de los vestidos sobrios y su perfil resaltaba, nítido y atractivo, bajo el sombrerito europeo.

El joven no hallaba nada que decir. ¿De qué podía hablar? No deseaba preguntar nada acerca del niño. Tampoco quería saber si el niño vivía, ni lo que ella había hecho de él. Nada tenía que ver aquel hijo con Josui ni con Kobori, salvo que las noticias que él había de comunicarle la hicieran cambiar de criterio.

Josui se volvió a su acompañante, sonriendo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con japonesa cortesía.

—Muy bien.

—¿Y tus padres?

—Muy bien también.

—¡Excelentes noticias son ésas! —opinó ella.

—Tú —respondió Kobori— también tienes muy buen aspecto.

Josui rió.

—Así, todos estamos bien.

El restaurante estaba cerca, el coche paró pronto y Kobori lo despidió, dando al chófer una generosa propina. Le hubiese placido asir del brazo a la joven, como hacían los americanos con sus mujeres, pero su timidez se lo impedía. Entró en el restaurante, que era pequeño, bueno y caro. Ya había encargado mesa y minuta. La fonda era criolla y la cocina, la típica de Nueva Orleans... Kobori hubiese preferido un restaurante japonés, pero quería, antes de hacer ni insinuar nada, ver cómo reaccionaba Josui ante la situación.

La mesa se hallaba junto a un ventanal que miraba a la bahía. Sobre el mantel, blanquísimo, campeaban limpios platos y bruñidos cubiertos de plata. Todo era adecuado y correcto. Había encima de la mesa un jarrón de flores que él había comprado y que abrían ostentosos sus pétalos.

Kobori se recostó en su silla, que resultaba demasiado pequeña para él. Por

primera vez en el día se sintió satisfecho y sereno.

—Come —dijo— los platos que he encargado, Josui. Pasan por ser los mejores de la cocina criolla. No difieren mucho de nuestros manjares asiáticos, aunque llevan más especias.

—Yo me siento hambrienta —repuso Josui—. Desde que no estoy triste, he recuperado el apetito.

Era agradable saber que la joven había olvidado su tristeza y sonreía. Luego Kobori recordó las noticias que su honradez le exigía transmitir a su amiga. Pero resolvió esperar hasta que llegase el caldo.

El mozo lo sirvió en una sopera de plata, no excesivamente grande, y colocó sendas tazas ante Josui y Kobori. Una vez llenas las tazas él invitó a su amiga a que empezara. Bebieron el caldo sin hablar. Los dos habían sido educados en la costumbre de que ninguna quietud debe apartar el ánimo de una buena comida.

Siguió una larga espera antes de que se sirviese el manjar sucesivo.

—Los cangrejos, que han de constituir el plato principal —explicó Kobori—, no pueden prepararse antes de que llegue el cliente.

—Es igual. ¿Verdad que no tenemos prisa?

—No.

Kobori se limpió la boca con una blanca servilleta de hilo.

—No —repitió. Después dijo:

—Tenía muchas ganas de verte. He de transmitirte algunas noticias que no sé si te parecerán buenas o no.

—¿Qué noticias son ésas? —preguntó la joven.

Pensó antes que en nada en Allen. Luego su mente voló hacia sus padres.

—En el curso de los últimos quince días —repuso él pronunciando las palabras con una entonación clara y doliente que Josui comprendió muy bien— me he informado de que los tribunales de California han decidido que los blancos pueden casarse con personas de raza japonesa.

Y dirigió a la joven una fija y penetrante mirada. Ella, adivinando la apasionada interrogación que latía en los ojos de su amigo, repuso:

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Me pareció que te convendría saberlo, puesto que ello puede hacer variar las cosas. Ahora podrías escribir al americano cuyo nombre no quiero pronunciar. Los dos podéis vivir legalmente unidos.

—Ya no es posible que él y yo vivamos unidos —contestó la joven.

El corazón de Kobori casi dejó de latir. Dijérase que se le había subido a la garganta.

—¿Es posible que no desees...? —musitó.

—No se trata de desear —repuso ella—. Se trata de que no debe ser.

Por un momento su acento se dulcificó al agregar:

—¿No te haces cargo, Kobori? La ley es ya lo de menos. Pero ahora conozco a

Allen y sé que no es un esposo adecuado para toda la vida.

El corazón de Kobori seguía palpitando hasta casi dolerle dentro del pecho.

—¿Y sería posible que ya no volvieses a sentir...?

Ella le evitó pronunciar la palabra.

—¿Amor? Quizá no y quizá sí. Pero eso no importa. El amor, en un matrimonio, no basta. Al menos no me basta a mí. Puede que les baste a los americanos mas no a Josui Sakai. Hasta ahora no me había enterado de ello.

Kobori, conteniendo el aliento, exhaló un largo y sibilante suspiro.

—¿Quieres decir, Josui, que te propones volver al Japón?

—Sí, como lo hizo mi padre.

El camarero se presentó inoportunamente en aquel momento, llevando una fina fuente de loza llena de cangrejos. El hombre, con aire satisfecho, colocó la fuente ante Kobori y le tendió el tenedor y cuchara.

—¿Servirá usted a la señora, señor? —preguntó.

Kobori, sonrojado y sorprendido, empuñó con torpe mano los cubiertos.

—¿Sabes —dijo a Josui— que yo no había hecho esto nunca?

—Déjame que sirva yo.

Y Josui, con diestra mano, tomó graciosamente tenedor y cuchara.

—Acerca tu plato, Kobori. Yo te pondré lo que quieras.

Él, reconocido, alargó su plato, murmurando:

—Gracias.

Miró a la joven y pensó que había sido una suerte el conservar en su poder aquel collar de auténticas perlas rosadas de la India.

—Yo soy el anfitrión, pero tú haces los honores mejor que yo —murmuró.

Ella sonrió sin responder. Le parecía completamente natural servir a aquel hombre amable e inteligente, pero inútil para muchas cosas. Y a ella le agradecería seguir sirviéndole durante el resto de su vida.

En la pequeña ciudad virginiana reinaba el bochornoso calor de un día de mediados de verano. Todo permanecía silencioso. Estaban verdes los árboles y brillaban, esplendorosas, las flores a la sombra de las protectoras tapias.

La señora Kennedy, ya despejada después de la siesta, bajaba la bruñida escalera. Parecía muy esbelta con su vestido azul. Un momento se paró a mirar la piscina. Le habían despertado los sonos de voces y chapoteos en el agua, y por un momento se sintió indignada contra los que así turbaban su sueño. Luego reconoció las voces de Allen y de Cintia, y su furia desapareció.

Los dos jóvenes parecían empezar a entenderse. La señora Kennedy había procurado ahincadamente no decir nada a Cintia, y menos dar por hecha la consumación de lo que deseaba. Allen, el invierno pasado, había vuelto a la casa paterna aquejado de un tremendo enfriamiento, de una inexplicable fatiga, de un cansancio de todo que le tornaba hosco y huraño.

La familia fue a pasar un mes a White Sulphut Springs. La madre no hizo a su hijo pregunta alguna. Prefirió esperar a que él hablase con su padre. Y después de eso tampoco quiso preguntar nada.

Tom se limitó a decir a su mujer que la japonesita había hecho su equipaje y partido, sin dejar siquiera una nota. Allen, entonces, abandonó su empleo, despidió el piso y volvió a casa de sus padres.

—¡Cuánto me alegro, Tom! —había exclamado la señora Kennedy.

Y ése fue su único comentario.

El joven hablaba poco, pero su madre estaba acostumbrada a sus frecuentes silencios. Ya se daba por hecho entre todos que sobraba hablar más. La culpa no era de nadie. Quizá de la muchacha, aunque extranjera, hubiera comprendido que debía renunciar a su hijo...

Además, la señora Kennedy había sido siempre excepcionalmente paciente con Allen. Excepcionalmente, sí, porque cuando quería mucho a alguien procedía con él impacientemente, dominadoramente, deseosa de tributos y homenajes. No ignoraba cuando ofendía a los seres queridos, porque siempre que se excitaba sentía un malévolo deseo de molestar. Pero a la sazón Josefina permitía a su hijo contradecirla e incluso tratarla con ruda implacabilidad.

—Haz el favor de dejarme resolver las cosas por mi cuenta.

Tal era la expresión que Allen repetía obstinadamente, incluso cuando se trataba de cosas menudas, como, por ejemplo, si su madre se empeñaba en hacerle probar un plato de manjar blanco. Se trataba de una cosa que a él le desagradaba por mucho que su madre asegurara que había encontrado una nueva receta para prepararlo. La señora Kennedy añadía que la leche y los huevos convenían a Allen ahora que se encontraba tan decaído. Más él se mostraba casi tan desobediente y tenaz como de niño. Su madre, empero, cedía a sus caprichos con tal de verle otra vez en la casa.

Asomándose a la ventana, la señora Kennedy miró tiernamente a la pareja, que se hallaba en aquel momento en la terraza, al pie de un sicomoro. Los dos chorreaban agua por todas partes, pero no daban muestra de que les importase, porque hacía un día muy caluroso. Los dos eran hermosos y altos. No obstante —pensó la señora Kennedy— convenía aconsejar a Cintia que procurase engordar cuando fuera teniendo más años. Por lo general —aunque ése no era el caso de la señora Kennedy— las mujeres casadas tendían a engordar, sobre todo a partir del primer parto.

Soltó la cortina de seda, atravesó la estancia y tocó el timbre. En seguida apareció Harry, el mayordomo, muy pulcro bajo su vestido blanco.

—Prepare unos combinados, Harry —mandó la señora Kennedy—, y llévelos a mi hijo y a la señorita Cintia.

—Sí, señora.

—Ponga bastante hielo y sívalos en la bandeja de plata. Ésa de metal pintado que usa usted no me gusta nada. Saque cuatro vasos. Es posible que mi marido y yo vayamos a beber con los muchachos.

—Sí, señora.

Salió el hombre y la señora Kennedy se sentó. Pensaba si, caso de salir ella y su marido, no interrumpirían una posible declaración. Un mes llevaba pensando lo mismo, día tras día y noche tras noche. Quizá de un momento a otro Allen la abordase diciendo: «Mamá, Cintia accede a...».

Se recostó en el respaldo del asiento, procurando no desordenarse los rizos. Cerró los ojos y sonrió, esperando.



Cintia se secaba el cabello frotándolo con una verde toalla de baño. Allen, que estaba tendido a sus pies, en la hierba, preguntó:

—¿Por qué usas una toalla verde? ¿Porque te gusta el color, porque sabes que te sienta bien, o para hacer juego con el traje de baño?

—Cogí la toalla en el cuarto de aseo al bajar, y creo que no me fijé en nada —repuso Cintia—. Pero tal vez aciertes y la eligiera por su verde. En cualquier caso no la hubiera escogido azul. Así, he obrado conscientemente hasta cierto punto.

—Hasta cierto punto no, sino tan conscientemente como de costumbre —bromeó Allen.

—Acaso.

Él se incorporó, apoyándose sobre los codos.

—¡Cuántas tonterías decimos!

—Siempre ha ocurrido igual —asintió Cintia—. Recuerdo que cuando tenías diez años yo te consideraba el chico más tonto que había conocido en mi vida.

—Pero ¿me apreciabas?

La joven titubeó un instante.

—Creo que sí.

Las maneras despectivas de Cintia irritaron a Allen. Resolvió extirparlas definitivamente, como se extirpa una planta ponzoñosa.

—Creo, Cintia, que ya es hora de que nos expliquemos.

Ella, sin responder, siguió frotándose vivamente su rubio cabello.

—¡Cintia! —exclamó él—. ¡Suelta esa condenada toalla!

Inclinóse hacia la joven, asió una punta de la toalla y tiró de ella. Pero Cintia sujetó el otro extremo de la prenda. Los dos luchaban por arrebatarla.

—¡Tan tonto como siempre! —comentó Cintia.

Allen soltó el pico de la toalla.

—Estoy harto —dijo— de la forma que tienes de comportarte conmigo. Sabes perfectamente bien lo que quiero decirte y tú no me permites que te lo diga. No pretendas engañarme, porque te conozco muy bien.

La joven soltó a su vez la toalla.

—Puedes decir lo que quieras. Cuanto antes, mejor.

—¡Cintia!

Los azules ojos de la joven despedían llamas y sus labios estaban muy apretados. Allen sintió un repentino amor. ¿No se habría sentido acaso demasiado seguro de...?

—Habla —ordenó ella.

—¡Lo haré, maldita sea! —exclamó Allen, poseído de repentino enojo—. Quiero que te cases conmigo, y tú lo sabes hace mucho tiempo.

—Pues yo no quiero casarme contigo, y también va siendo hora de que te enteres.

Las palabras de la joven sonaban en los oídos de Allen de un modo extraño. Las oía y no acertaba a creerlas. Llevaba semanas enteras dando por hecho que Cintia no deseaba otra cosa que casarse con él. Incluso pensaba que, por él, Cintia había rechazado otras proposiciones.

—No creo que hables con sinceridad —dijo Allen.

Y, asumiendo un talante de súbita dignidad, se levantó y empezó a quitarse las briznas de hierba que se habían adherido a sus desnudas piernas.

Cintia, concluido el secado de cabello y abandonada la verde toalla, miraba a Allen y se preguntaba cómo su amor por él podía haberse desvanecido así. Cuando se hallaba sola no pensaba en el caso, ni sabía razonar sus motivos. Era una mujer impulsiva, procedía en virtud de alternas atracciones y repulsiones, y hacía tres meses que no encontraba atractivo alguno en Allen. Persistía el antiguo compañerismo entre ambos, pero no hallaba placer alguno en el trato del joven. Su presencia no la excitaba en lo más mínimo.

Añadió:

—Siento decírtelo, pero... Hubiera preferido que esto no ocurriese así.

Allen comprendió que Cintia no le amaba, por inverosímil que ello pareciera. ¿No estaban los dos hechos el uno para el otro? ¿No lo afirmaba así su madre? ¿Y acaso su madre se engañaba alguna vez?

—No puedo aceptar tu negativa —repuso él con gravedad—. Hace años que no sueño más que en casarme contigo. Ahora, si es que estás pensando en Josui...

—En ella pensaba —respondió Cintia.

—Pues está de más que lo hagas —adujo él—. Eso ha terminado. Es como si no hubiera sucedido nunca. No acierto a comprender cómo me dejé atrapar así. Llevaba tanto tiempo fuera de mi país... No creo que una cosa de este estilo, Cintia, deba significar nada para ti. Y conste que no traté con ninguna otra japonesa, bien al contrario de mis camaradas.

Allen no tenía la certeza de que Cintia le escuchara.

El cabello de la joven caía, seco ya, en rizos sobre su rostro, dándole un aspecto casi infantil. Permanecía tan quieta como una estatua.

La mirada de la joven se fijó en el césped que se extendía ante ella.

—Creo saber por qué Josui se separó de ti —dijo—. Seguramente estaba embarazada.

—Eso es inexacto. Ella me lo hubiera dicho.

—No lo creo —observó Cintia, con aire abstraído—. Seguramente juzgaba que, si

tu madre la rechazaba a ella, también rechazaría a su hijo.

—¡No critiques a mi madre! —gritó, airado Allen—. La culpa, como bien lo sabes, no fue de mi madre, sino de cierta ley que...

—¡Bah! —exclamó ella, tirando la toalla.

Se apoyó en el sicomoro y se cruzó de brazos.

—¿Acaso Virginia —preguntó— es el único Estado de la Unión Americana?

—Pero mi Estado es éste y aquí tengo mi casa —repuso él.

—¡Sandeces! —respondió Cintia, casi con lágrimas en los ojos.

Allen, al advertirlo, se precipitó hacia ella con los brazos extendidos.

—Querida Cintia...

La joven se retiró, exclamando:

—¡No me toques! Me sería insoportable.

Inclinóse hacia la hierba, recogió su toalla y con ella en la mano echó a correr hacia la puerta de la baja tapia de piedra que comunicaba con la finca de su padre.

Allen la miró mientras ella huía velozmente. Sentía una desolación como nunca hubiera creído poder sentir. Su mundo acababa de terminar repentinamente. Ya meses atrás, al dejar su piso de Nueva York, se había notado muy abatido, pero entonces, a pesar de la opresión que experimentaba, pudo volver a la casa natal en busca de consuelo. Pensaba en Cintia, que sin duda le esperaba. Pasado un intervalo decoroso y un tiempo prudencial de galanteo, él acabaría persuadiéndose de que no había amado a Josui y podría reanudar su vida anterior. Sólo que ahora se advertía claramente que ello no iba a suceder así. En adelante, Cintia viviría a un lado de la tapia que separaba los dos jardines, y él al otro.

La idea le pareció insoportable. Lenta y distraídamente se dirigió hacia la puerta de la casa y estuvo a punto de tropezar con Harry, que llegaba con una bandeja de plata en la que se veían unas altas copas con bebidas y hielo. Adivinando en aquello la mano de su madre, Allen dijo, con acritud:

—Llévese eso, Harry. La señorita Cintia se ha ido a su casa.

Y siguió su camino. En la puerta su madre le esperaba, con obvia preocupación. Valía más explicarse de una vez.

—Mamá —dijo Allen—, quiero que sepas de una vez para siempre que he propuesto a Cintia que nos casemos y que ella se ha negado. ¡No vuelvas a hablarme del asunto!

—¡Allen! —murmuró ella—. ¿Qué razones te ha dado?

—Ninguna —repuso él, con una sonrisa oblicua—. Es posible que yo no la atraiga.

Allen, alto, arrogante —tanto que su apuesta presencia casi desgarraba, por lo exagerada, el corazón de su madre— miró a la señora Kennedy con una angustia que ella adivinaba a través del orgulloso talante de su hijo.

—Lo mejor, mamá, será que pida el reingreso en el Ejército.

—¡Oh, querido mío! —sollozó ella, tendiéndole los brazos.

Pero él, eludiéndola, subió a trancos la escalera y se refugió en su dormitorio.

La doctora Steiner tenía una enorme toalla de baño sobre las rodillas.

—Vamos, señora Markey —mandó—. Colóqueme al niño aquí. Yo le secaré y le pondré los polvos.

La señora Markey —una mujer casi vieja, delgada, que vestía un traje gris de algodón con florecitas blancas— sacó a Lennie de la bañera y le colocó sobre el amplio regazo de la doctora. El nene procuraba erguirse cuanto podía y miraba a la alemana entre decidido e incierto. Salvo si sentía dolor —lo que nunca sucedía a menos de que aquellas torpes y cariñosas mujeres le pincharan con un imperdible o le retrasasen el biberón— siempre sonreía al mirarlas. Los grandes ojos asiáticos del niño, tan negros y tan dulces mostraban unas pestañas curvadas y largas, rarísimas en Asia. Y su cuerpo, sólido y erguido, sus recios hombros, sus manos, exquisitas como pétalos de flor; su rostro, animado y alegre; su expresiva boca y su nariz algo arremangada, sumían en verdaderos éxtasis de placer a la doctora.

Interrumpió su pausada y científica operación de secar al niño para decir:

—Fíjese, señora Markey, en las manos de Lennie. Note sus dedos. El índice y el meñique se colocan paralelos del pulgar, mientras los dedos segundo y el tercero se doblan sobre la palma de la mano. Es una postura propia de las danzas rituales de Siam y Birmania, sin duda trasplantadas antaño al Japón. O sea que los creadores de las danzas asiáticas consideraron los primeros movimientos de un recién nacido como la expresión primigenia de la forma que debe adoptar la mano humana.

La señora Markey era una mujer iletrada, pero, con todo, examinó cuidadosamente las manos de Lennie. Se agitaban como alas de pájaro y dijérase que, arrancando del regazo que lo sostenía, se proponía lanzarse a volar. Todo eran mohines y sonrisas y tenía la vivacidad del agua afluyente o de la luz del sol al surgir. ¡Qué distinto de los hijos de la señora Markey, que habían sido toscos y torpes y uno de los cuales, ahora, se pudría en el seno de la jungla de una lejana isla!

Las vecinas, cuando la buena mujer alababa a Lennie, solían comentar:

—¿Es posible que haya tomado tanto cariño a un chiquillo japonés?

—Lennie no es japonés —replicaba ella—, y además difiere de todos los niños que he visto hasta ahora.

—Con todo —aducían cruelmente las comadres— el hijo de usted murió a manos de los japoneses.

La mención de Sam hacía sangrar casi literalmente el corazón de la anciana. Pero respondía:

—Lo único que sé es que no fue Lennie quien le mató.

Pero era inútil hacer comprender aquellas cosas a unas vecindonas tan estúpidas.

Aquel día, repentinamente, empezó a notarse en Lennie un alarmante cambio. Después de estar alegre como la mañana, una consternada expresión se dibujó de pronto en su inteligente carita. Miró con reproche a la doctora Steiner, a la que ya discernía como la figura central de su mundo. Su roja boquita temblaba y acudían a sus pestañas gruesos lagrimones. Porque ya sabía llorar...

—¡Pronto! —exclamó con agitación la doctora—. El niño está hambriento. No perdamos tiempo. Ahora, ahora vamos, monín. Traiga el biberón, señora Markey.

La mujer corrió hacia la botella. La doctora, recogiénola, la tocó cuidadosamente. No estaba muy caliente ni muy fría. Deslizó sobre la cabeza de Lennie, un delantalillo de manga corta y le puso un pañal sobre los gordezuelos muslos. Pero él, agotada su paciencia, movía furiosamente los pies y las manos.

—¡Vamos, vamos! Ya sé que soy un poco lenta... —excusóse la doctora Steiner—. Toma el biberón.

El nene tendió las manos en un movimiento hartito vivo para su edad, como no dejó de advertir la doctora, y, asiendo la botella que contenía su alimento, se lo aplicó a la boca, donde sentía concentrada toda la angustia que le suscitaba su hambre. Se apoyaba en el rollizo antebrazo de la Steiner y, mientras satisfacía las exigencias de su cuerpo, miraba el rostro femenino, grande y bondadoso, que se inclinaba sobre el suyo. Percibía minúsculos ruidos cuya procedencia ignoraba y que eran los que producía la señora Markey vaciando el baño y separando los residuos que a diario dejaba el ritual de la infantil limpieza.

La doctora Steiner, como tenía por costumbre cuando no sobrevenían novedades, dialogaba con la señora Markey.

—Ayer, ¿sabe?, terminé mis ensayos sobre las capacidades del niño.

—¿Es posible? —exclamó la Markey, con cierto acento de rebeldía.

La buena mujer consideraba una crueldad —una perversidad incluso— someter a ensayo alguno a un niño tan pequeño y tan perfecto. ¿Qué pruebas necesitaba Lennie para acreditar que era el chiquillo mejor dotado que se viera nunca?

La voz fuerte y rotunda de la doctora Steiner prosiguió:

—Sí, le he sometido a todas las pruebas, incluso a las neurológicas. Su inteligencia, me place decirlo, es superior a la de cualquier otro ser humano de esta edad. Realmente, puede considerarse maravilloso.

—No me agrada oír llamar a Lennie un ser humano —dijo con brusquedad la señora Markey.

La doctora miró con asombro a su interlocutora.

—¿Por qué?

—Porque eso da la impresión de que éste es un niño ordinario. Y yo no le tengo

sólo por un ser humano. Es el más mono y más encantador de todos los niños.

Lennie, oyendo la voz de la vieja, la miró. Ella se sintió abrumada de cariño.

La doctora Steiner soltó una risa que parecía brotar de las profundidades de su abdomen.

—Me parece, señora Markey, que no quiere usted mucho al pequeño —dijo.

La Markey se tapó la boca con la mano. Siempre lo hacía, cuando iba a sonreír, para ocultar su estropeada dentadura.

—No sé por qué será —murmuró—, pero el caso es que, a pesar de que he tenido hijos, y uno de ellos ha muerto, cada vez que miro a esta criatura siento como si dentro de mí sucediera algo que no puedo explicar.

Lennie rechazó la botella. Corríale la leche por la barbilla. Con una sonrisa angelical miró a la corpulenta doctora, como si se preguntase en qué forma reaccionaría ella ante aquella travesura.

La doctora Steiner contempló la riente faz del niño. Y repentinamente pensó en otros muchos pequeños muertos de hambre, asesinados, atravesados a bayonetazos, por el solo delito de que sus padres habían sido judíos, o católicos, o rebeldes, y en consecuencia habían sido odiados, despreciados y temidos. Y ella no podía soportar la idea de que Lennie advirtiera la expresión de tristeza que en aquel momento brillaba en sus ojos. Era tan sensitivo, tan sabio, de tal modo atesoraba en su cerebro todos los dones del mundo...

Le tomó en brazos, le apretó contra su pecho y sintió en su mejilla el suave roce del cabello, entre rojizo y oscuro, del niño. De aquel niño tan recio, tan sereno, tan inteligente, tan alegre... La doctora le valoraba en cuanto valía y por eso se humillaba ante lo que Él había de llegar a ser... Se consideraba feliz. Una vieja solterona había sido escogida para atender a aquel niño... Los ignorantes, los angostos de mentalidad, los mezquinos de corazón, no comprendían lo que valía Lennie, pero ella sí. Entre todos los niños que se habían perdido, sólo él se salvaba.

—¡Oh —se lijo la mujer—, a qué florecimiento asisto!

Y, triunfalmente, comenzó a mecer a Lennie y a acariciarle la espalda.

**FIN**



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

*La buena tierra* forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También



escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.